

ISSN 2254-6111

2025

R U H M

Revista Universitaria de Historia Militar

Volumen 14, Nº 29



DOSSIER Xauen 1924:

¿Un Annual ocultado o un acierto del dictador?

Centro de Estudios
de la Guerra



Revista Universitaria
de Historia Militar

Revista Universitaria de Historia Militar

RUHM

Volumen 14, número 28, año 2025

ISSN: 2254-6111

Centro de Estudios de la Guerra-RUHM

<http://ruhm.es>

La RUHM está recogida e indexada por el Sello de Calidad de la FECYT, CONICET (Grupo 1), Emerging Sources Citation Index Web of Science Thomson Reuters, CIRC (Categoría C), ERIHPLUS, CARHUS Plus+, Base de datos ISOC, Latindex, DOAJ, MIAR (ICDS: 9,4), REDIB, Dialnet, directorios CIRBIC del CSIC, Dulcinea, Google Scholar Metric (HIndex 4 - MedianaH 5), COPAC, Regesta Imperii y Fuente Academica Plus.

© Centro de Estudios de la Guerra-RUHM (Terrassa, España), 2025

EDITA

Centro de Estudios de la Guerra-RUHM (Teruel, España)

Revista Universitaria de Historia Militar ISSN: 2254 – 6111

<http://ruhm.es>

SECRETARÍA

Alba Llavina Ros

Mail: secretaria@ruhm.es

REDES SOCIALES

Manuel Castelao Ouzande

X (@ruhm_online)

Sabina Mompó Toribio

Bluesky (@ruhm.bsky.social)

Fernando Sapiña González

IMAGEN DE PORTADA

Tropas españolas formando en el cuartel de Artillería de Tetuán, 1924. Fotografía de Ricardo Martín. Fondo Car-Kutxa Fototeca

La *Revista Universitaria de Historia Militar* es una publicación científica de carácter semestral editada por el Centro de Estudios de la Guerra-RUHM.

Esta revista no se identifica necesariamente con los contenidos aquí incluidos. Queda prohibida la reproducción total y/o parcial de cualquier contenido de la revista sin la autorización expresa y por escrito de la dirección.

Edita
Centro de Estudios de la Guerra-RUHM

Equipo editorial
Editores / Editors

Miguel Alonso Ibarra, Universidad Nacional de Educación a Distancia
Alfonso Iglesias Amorín, Universidade de Santiago de Compostela
Arnau Fernández Pasalodos, Universidad de Granada
Esteban Damián Pontoriero, Universidad Nacional Tres de Febrero – Universidad Nacional
de San Martín/Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales/CONICET
Assumpta Castillo Cañiz, Università degli Studi di Padova
Sandra Morón Rocés, Universitat Autònoma de Barcelona
Daniel Raya Crespi, Universitat Autònoma de Barcelona
Margarida Roig Sureda, Universitat Autònoma de Barcelona

Gestión de reseñas / Book Review

Sabina Mompó Toribio, Universitat Autònoma de Barcelona [reseñas@ruhm.es]

Revisión de contenidos en inglés / English Proofreading

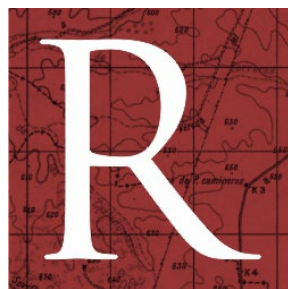
Antonio Escobar Tortosa

Consejo de Redacción / Editorial board

David Alegre Lorenz, Universitat Autònoma de Barcelona
Daniel Aquillué Domínguez, Centro Universitario de la Defensa de Zaragoza
Alberto Bueno, Universidad de Jaén
Carlos Domper Lasús, Universidad de Zaragoza
María Gajate Bajo, Universidad de Salamanca
Bárbara Caletti Garciadiego, Universidad de Buenos Aires
Claudio Hernández Burgos, Universidad de Granada
Alejandro Rabinovich, Universidad Nacional de la Pampa
Antonio José Rodríguez Hernández, Universidad Nacional de Educación a Distancia
Patricia Bou Ventura, Universitat Autònoma de Barcelona
Stephanie Wright, Lancaster University
Ekaitz Etxeberria, Euskal Herriko Unibertsitatea

Consejo Asesor / Consulting Board

Ángel Alcalde, University of Melbourne	Enrique Martínez Ruiz, Universidad Complutense de Madrid
Isaías Arrayás Morales, Universitat Autònoma de Barcelona	Sönke Neitzel, Universität Potsdam, Alemania
Maximiliano Fuentes Codera, Universitat de Girona	Xosé M. Núñez Seixas, Universidade de Santiago de Compostela
Cristina Borreguero, Universidad de Burgos	Javier Rodrigo, Universitat Autònoma de Barcelona
Luc Capdevila, Université Rennes II	María del Carmen Saavedra Vázquez, Universidade de Santiago de Compostela
Joanna Bourke, Birbeck College-University of London	Manuel Santirso, Universitat Autònoma de Barcelona
Antonio Espino López, Universitat Autònoma de Barcelona	Germán Soprano, CONICET-Universidad Nacional de Quilmes
Stig Förster, Universität Bern	Klaus Schmider, Royal Military Academy Sandhurst
César Fornis, Universidad de Sevilla	María Inés Tato, UBA/CONICET – Facultad del Ejército, Univ. Nacional de la Defensa
Manuel-Reyes García Hurtado, Universidade da Coruña	Benjamin Ziemann, University of Sheffield
Karen Hagemann, University of North Carolina	
John Horne, Centre for War Studies, Trinity College Dublin	
Mario Lafuente Gómez, Universidad de Zaragoza	
José Luis Ledesma, Universidad Complutense de Madrid	



La *Revista Universitaria de Historia Militar* (RUHM) es una publicación científica semestral de alcance internacional dedicada a los estudios de la guerra, la violencia, el mundo militar y el orden público. Fundada en 2012, es la primera revista del mundo hispanohablante que dentro de este ámbito se rige por un sistema de evaluación por pares. La RUHM está abierta a la recepción de monográficos, artículos, ensayos bibliográficos y reseñas donde lo militar y/o la guerra en sus múltiples aspectos pongan el escenario u ocupen un lugar central en el análisis, con especial predilección por aquellos trabajos que se enmarquen en las coordenadas propias de la historia social y cultural. No hay restricciones ni por lo que respecta al marco temporal y espacial: la revista acepta trabajos desde la Prehistoria hasta la actualidad, y al mismo tiempo está interesada en abrir al máximo el espectro de escenarios geográficos objeto de estudio. La RUHM tampoco plantea limitaciones por lo que respecta al enfoque metodológico, siempre y cuando los textos se muevan en las perspectivas y debates más avanzados dentro de su campo. En este sentido, son bienvenidas las contribuciones desde el campo social, cultural, económico, político, militar, diplomático-internacional o de género, incluyendo los análisis desde perspectivas comparadas, transnacionales y globales. El objetivo de la revista es promover el diálogo entre expertos y expertas de diferentes partes del globo y con distintas tradiciones académicas a sus espaldas, de manera que cada número ofrezca una muestra actualizada de los principales avances en los campos de la historia militar y los estudios estratégicos. En última instancia se trata de poner en valor los estudios de la guerra e integrarlos dentro de los principales debates e inquietudes de la comunidad académica hispanohablante.

Miguel Alonso Ibarra, David Alegre Lorenz, Alfonso Iglesias Amorín, 2020.

SUMARIO

Dossier

Xauen 1924:

¿Un Annual ocultado o un acierto del dictador?

Coord. Josep Pich Mitjana

Introducción

Josep Pich Mitjana.....9

Aspectos políticos y militares de la retirada de Xauen (1924)

Juan Pastrana Piñero.....15

Hacia el fin de la pesadilla: La retirada de Xauen y su trascendencia para los africanistas (1924-1925)

María Gajate Bajo.....39

El bautismo de sangre de Manuel Brabo Montero: Su participación en la guerra del Rif, la comida de Ben Tieb y la retirada de Xauen (1923-1924)

Josep Pich Mitjana y Víctor López Mirabet.....60

Los imaginarios coloniales y anticoloniales de la «misteriosa» Xauen: Africanismo, orientalismo y antiimperialismo (1920-1936)

David Martínez Fiol.....84

Estudios

Estudio sobre el asedio de Sertorio a la ciudad de Contrebia según el testimonio de Tito Livio (Frag. 91)

Gregorio Carrasco Serrano y David Romero Fernández.....111

«Bueno ha andado el negro»: El servicio militar de Gaspar Téllez-Girón y Sandoval, V duque de Osuna, en la guerra de Portugal (1657-1665)

Javier H. Alcázar Miragaya.....129

Fuerzas de guerra y movilización armada en la guerra entre unitarios y federales: Salta, 1828-1831

Paul Richart Barboza.....153

¿Una «milicia anémica»? El «Gran Somatén Español» durante la dictadura de Primo de Rivera

Carlos Navajas Zubeldia y Guillermo María Muñoz.....184

Reseñas

Simon CAHANIER: *«J'ai combattu en Hispanie»: La mémoire culturelle des guerres de Rome dans la péninsule Ibéri-que (fin du IIIe s. a.C.-début du Ve s. p.C.)*, Bordeaux, Ausonius Éditions, 2024, 680 pp., ISBN: 978-2-35613-603-9.

Antonio Terol Pacheco.....212

Rafael ZURITA: *Agustina de Aragón. Vida y mito de una heroína de guerra*, Barcelona, Ático de los Libros, 2025, 575 pp., ISBN: 978-84-19703-49-1.8.

Rafael Fernández-Sirvent.....217

Aldo AVELLANEDA: *Inquietudes marciales. Formación de un mundo militar en la Argentina (fines del siglo XIX y principios del XX)*. Rosario, Prohistoria, 2024, 338 pp., ISBN: 978-987-809-092-4.

Lucas Codesido.....223

Roberto MUÑOZ BOLAÑOS: *Lucha de gigantes. Una historia naval de la Primera Guerra Mundial*, Madrid, Desperta Ferro, 2025, 465 pp., ISBN: 978-84-129810-2-5.

Alberto Guerrero Martín.....228

Xavier CASALS MESEGUER y Enric UCELAY-DA CAL: *El fascio de las Ramblas. Los orígenes catalanes del fascismo español*, Barcelona, Pasado & Presente, 2023, 568pp., ISBN: 978-84-12595-46-8.

Carles Garcia i Flores.....233

Francisco ALÍA MIRANDA (coord.): *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha: Historia y memoria*, Granada, Comares, 2024, 424 pp., ISBN: 978-84-9044-701-7.

Sergio Nieves Chaves.....237

David ALEGRE LORENZ: *Verdugos del 36: La maquinaria del terror en la Zaragoza golpista*, Barcelona, Crítica, 2025, 634 pp., ISBN: 978-84-9199-794-8.

Adrián Pericet Caro.....241

Myroslav SHKANDRIJ: *In the Maelstrom: The Waffen-SS “Galicia” Division and its legacy*, McGill-Queen’s University Press, 2023, 424 pp., ISBN: 978-0-2280-1653-3.

Carlos Romeu García.....247

María de los Llanos PÉREZ GÓMEZ y Damián A. GONZÁLEZ MADRID (coords.): *Las mil caras de la violencia contra las mujeres durante la guerra civil y la dictadura franquista, 1936-1966*. Granada, Comares, 2024, 288 pp., ISBN: 978-84-1369-887-8.

Helena Prohías Moreno.....252

Claudio HERNÁNDEZ BURGOS y César RINA SIMÓN (eds.): *El franquismo se fue de fiesta. Ritos festivos y cultura popular durante la dictadura*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2022, 236 pp., ISBN: 978-84-1118-003-0.

Daniel Velasco García.....257

Dossier

Xauen 1924:

¿Un Annual ocultado o
un acierto del dictador?

Coord.:

Josep Pich Mitjana

Xauen 1924: ¿Un Annual ocultado o un acierto del dictador?

Josep Pich Mitjana
Universitat Pompeu Fabra
josep.pich@upf.edu

En septiembre de 1923, cuando el general Miguel Primo de Rivera instauró la primera dictadura del siglo XX en España, la guerra del Rif se había consolidado como uno de los principales focos de inestabilidad política. El marqués de Estella accedió al poder con el beneplácito del rey, el respaldo mayoritario del Ejército y el apoyo de sectores clave como las organizaciones patronales, la jerarquía católica y una parte significativa del catalanismo. Tampoco opusieron una resistencia destacable ni la dirección del socialismo español ni algunos líderes republicanos de relevancia. A este consenso tácito en torno a la dictadura se sumó la apatía de una sociedad profundamente desilusionada, agotada tanto por la «comedia política» del régimen de la Restauración, como señala Francisco J. Romero Salvadó, como por las tensiones sociales que sacudían el país, reflejadas en fenómenos como el pistoleroismo en Barcelona o los levantamientos agrarios del trienio bolchevique en Andalucía.

Siguiendo las líneas expuestas en su *Manifiesto al país*, Primo de Rivera centró sus primeros objetivos como dictador en abordar aquellas causas que, según él, habían justificado la instauración del régimen. Su agenda inmediata se articuló en torno a tres prioridades fundamentales: restablecer el orden público, con especial atención en Barcelona, el epicentro del conflicto social y del pistoleroismo; contener el auge de los nacionalismos y regionalismos subestatales, pese al apoyo inicial de la Mancomunitat de Catalunya; y, por último, afrontar con decisión el llamado «problema marroquí», en el que se hallaba personalmente implicado el propio monarca Alfonso XIII, apodado significativamente «el Africano». Todo ello se desarrolló en un contexto internacional marcado por el descrédito de las monarquías, ejemplificado por la crisis italiana que llevó al poder a Benito Mussolini y por la crisis griega, que tras la derrota frente a Turquía desembocó en la proclamación de la Segunda República Helénica en 1924.

Alfonso XIII optó por respaldar provisionalmente la solución autoritaria propuesta por el general Primo de Rivera y el denominado «cuadrilátero» militar de Madrid. No obstante, aunque el nuevo dictador había prometido resolver el conflicto

marroquí, existía una gran incertidumbre respecto a la estrategia que adoptaría el llamado «cirujano de hierro» (expresión acuñada por Joaquín Costa) ante uno de los problemas más acuciantes para la sociedad española de la época. Incluso entre los propios militares africanistas predominaba el escepticismo, ya que Primo de Rivera había defendido públicamente la retirada de Marruecos e incluso llegado a sugerir el canje de Ceuta por Gibraltar, una propuesta inaceptable tanto para los sectores imperialistas españoles como para los británicos.

En este clima de incertidumbre y desconfianza dentro del propio estamento militar, especialmente en lo relativo a los planes del dictador para la zona de influencia española en el norte de Marruecos, los rifeños lanzaron, en el verano de 1924, una nueva ofensiva tras la proclamación de la República del Rif. La gravedad de la situación obligó a Primo de Rivera a desplazarse personalmente a Marruecos. Como militar profesional, con experiencia en la región desde la guerra de Margallo de 1893, recorrió el territorio bajo control español y pronto llegó a una conclusión alarmante: la victoria militar no estaba cerca y existía un riesgo real de que se repitiera un desastre de proporciones similares al de Annual en 1921. Además, con las Cortes disueltas y las garantías constitucionales suspendidas, el Directorio Militar no podría culpar del desastre a los políticos civiles, como se había hecho tras Annual. Un nuevo fracaso recaería directamente sobre el régimen, comprometería la viabilidad de la dictadura y pondría en peligro la estabilidad de la monarquía que la había respaldado.

Ante este panorama, el marqués de Estella retomó parcialmente sus antiguos planteamientos abandonistas y ordenó al ejército replegarse hacia posiciones más cercanas a la costa. El objetivo era acortar las líneas de suministro, constantemente hostigadas por las fuerzas rifeñas, facilitar la defensa del territorio bajo control español y minimizar las bajas. Sin embargo, esta decisión fue recibida con profundo malestar por los sectores africanistas del Ejército, que la interpretaron como una señal de debilidad. Aunque no se ha podido confirmar que realmente ocurriera, este descontento se habría manifestado en un gesto simbólico y sarcástico: servir al dictador un menú compuesto únicamente por huevos durante su visita al campamento de Ben Tieb.

Primo de Rivera ordenó la retirada de gran parte de las posiciones ocupadas por las tropas españolas en el norte de Marruecos, concentrando el dispositivo militar en torno a una línea defensiva que rodeaba las principales ciudades de la parte occidental del protectorado: Ceuta, Tetuán, Larache, Alcazarquivir, Arcila y Melilla. Este sistema de fortificaciones pasaría a conocerse como la línea Estella o línea Primo de Rivera. Su objetivo era claro: reducir las constantes bajas causadas por los ataques de las cabilas no sometidas y garantizar una defensa más eficaz del territorio aún controlado. Esta estrategia implicaba, entre otras medidas, el abandono de las obras ferroviarias en curso entre Tetuán y Xauen, consideradas hasta entonces fundamentales para la consolidación de la presencia española.

Consciente del alcance político y simbólico de la retirada, el dictador decidió asumir personalmente la responsabilidad de las operaciones. A finales de octubre de 1924, asumió el cargo de alto comisario y general en jefe del Ejército de Operaciones en Marruecos, que ejerció hasta el éxito del desembarco de Alhucemas en 1925, momento en el que delegó el mando en el general José Sanjurjo.

Entre octubre de 1924 y enero de 1925 se llevó a cabo el repliegue de las tropas españolas desde Xauen hacia la franja costera y, posteriormente, hasta Tetuán. La operación, desarrollada en condiciones extremadamente difíciles, estuvo marcada por intensos combates con las fuerzas rifeñas. Durante la retirada, el general Serrano fue abatido y el general Federico Berenguer resultó gravemente herido, lo que evidenció la dureza de los enfrentamientos. Como resultado, el perímetro defensivo en la parte occidental del protectorado quedó definitivamente limitado al espacio comprendido por la llamada línea Estella.

El debate entre los defensores de abandonar la zona norte de influencia española en Marruecos y quienes apostaban por continuar la guerra a toda costa estuvo estrechamente relacionado con la rivalidad entre dos sectores del Ejército: los militares africanistas y los peninsulares. Los primeros veían en la campaña marroquí una vía para consolidar su estatus profesional y social, impulsando sus carreras mediante méritos de guerra. Por el contrario, los peninsulares, aunque no se oponían a la empresa colonial, se sentían desplazados en el sistema de ascensos, dominado por los africanistas. En este contexto de tensiones corporativas y conflictos de intereses se produjo la retirada de Xauen en 1924.

En los últimos años, los estudios sobre la retirada de Xauen han dado lugar a un intenso debate historiográfico acerca de los verdaderos objetivos y resultados de la estrategia implementada por el dictador. Por un lado, una tradición historiográfica sostiene que la retirada, aunque costosa, fue una maniobra acertada por parte del Ejército español. Por otro lado, una corriente emergente cuestiona esta visión, argumentando que la operación constituyó un fracaso militar.

El primer artículo del dossier es de Juan Pastrana Piñero, doctor en Historia y máster en Historia del Mundo por la Universitat Pompeu Fabra (UPF). Miembro de la Asociación Española de Historia Militar (ASEHISMI) y del Grup de Recerca en Estats, Nacions i Sobirania (GRENS) de la UPF, presenta su trabajo titulado «Aspectos políticos y militares de la retirada de Xauen (1924)». En él, explica que la retirada de la ciudad de Xauen formó parte de un repliegue más amplio de las fuerzas españolas en el norte de Marruecos, impulsado por el general Primo de Rivera tras su llegada al poder. Esta operación provocó un intenso debate entre los mandos militares y ha sido objeto de diversas interpretaciones historiográficas, que van desde considerarla una retirada perfecta sin bajas hasta calificarla como un desastre comparable al de Annual, o incluso

como una maniobra estratégica destinada a provocar la entrada de Francia en el conflicto.

El análisis de la documentación original demuestra que ninguno de estos extremos se ajusta plenamente a la realidad. Pastrana sostiene que la retirada no fue impecable ni estuvo exenta de bajas, pero tampoco constituyó un desastre ni un plan maestro. En realidad, se trató de una operación militar bien ejecutada, diseñada por Primo de Rivera como una solución intermedia entre su postura inicial abandonista y la presión de los altos mandos que defendían una guerra total. Esta maniobra le permitió ganar tiempo para decidir el rumbo definitivo de la política española en el protectorado.

El segundo artículo, titulado «Hacia el final de la pesadilla: Xauen y su trascendencia para la casta africanista», es obra de María Gajate Bajo. Doctora en Historia por la Universidad de Salamanca (2011) con premio extraordinario (2012), es especialista en Historia Militar Contemporánea por la Universitat Jaume I (2016). Actualmente es secretaria de *Studia Historica: Historia Contemporánea*, forma parte de la Asociación de Historia Contemporánea (AHC) y es miembro fundadora de la Asociación Española de Historia Militar (ASEHISMI).

En su artículo, Gajate analiza el contexto, las motivaciones y las consecuencias inmediatas de la retirada de Xauen, considerada la operación más dura dentro del proceso de construcción de la línea Estella (1924-1925). Esta arriesgada decisión del dictador Miguel Primo de Rivera en el protectorado occidental se estudia desde una doble perspectiva: militar y diplomática. La autora examina el impacto de la retirada entre los militares africanistas, profundizando tanto en su ideología como en la evolución de su relación con el dictador. La investigación se apoya en diversas fuentes, entre las que destacan la documentación del archivo particular de Primo de Rivera, especialmente su correspondencia con el duque de Tetuán, así como testimonios militares y la prensa de la época.

El tercer artículo, titulado «El bautismo de sangre de Manuel Brabo Montero (1904-1973): Su participación en la guerra del Rif, la comida de Ben Tieb y la retirada de Xauen (1923-1924)», está escrito por Josep Pich Mitjana y Víctor López Mirabet. El primero es profesor de la UPF e investigador principal del GRENS de la misma universidad, mientras que el segundo es doctor en Historia y miembro del GRENS de la UPF.

Este artículo ofrece una nueva mirada a la figura de Manuel Brabo Montero a partir de fuentes inéditas, como sus memorias, su hoja de servicios y documentación periodística. Enmarcado en la renovación historiográfica de la historia política y biográfica, el estudio analiza su paso por el Tercio de Extranjeros (donde se forjaron sus concepciones sobre la masculinidad, la disciplina y la violencia) y su participación en la retirada de Xauen, aportando datos novedosos sobre este controvertido episodio histórico. La investigación se estructura en torno a la experiencia militar de Manuel Brabo Montero, su incorporación al Tercio de Extranjeros y su papel en los conflictos entre los

africanistas y Miguel Primo de Rivera (incluyendo nueva información sobre la comida de Ben Tieb), así como un análisis historiográfico de la retirada de Xauen. Las conclusiones subrayan que la biografía de Brabo Montero permite esclarecer aspectos poco conocidos del africanismo y aporta nuevos elementos de interpretación sobre el llamado «desastre envuelto en gloria», en expresión de Alfonso Iglesias Amorín.

El dossier se cierra con el artículo de David Martínez Fiol, «Los imaginarios coloniales y anticoloniales de la “misteriosa” Xauen: Africanismo, orientalismo y antiimperialismo». David Martínez Fiol es profesor de la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB) y miembro del Grup de Recerca en Estudis Polítics, les Identitats, les Institucions i la Corrupció (GREPIIC) de la misma universidad.

Este artículo analiza las diversas interpretaciones que generó la retirada, o «desastre», de Xauen en 1924 dentro del imaginario de distintos sectores militares e intelectuales españoles. A partir del estudio de la revista *África: Revista de Tropas Coloniales*, dirigida por Francisco Franco, se muestra cómo el africanismo militar clásico y contrarrevolucionario evitó mencionar la retirada, prefiriendo resaltar la conquista de Xauen en 1920 y la reconquista en 1926, en un claro intento de construir un relato imperial simbólico. Frente a esta postura oficialista, se contrapone la visión crítica del teniente Fermín Galán, cuyo enfoque antiimperialista y antimilitarista, reflejado en su novela inédita *La barbarie organizada*, denuncia los métodos represivos del ejército español durante la guerra del Rif.

El análisis se completa con la perspectiva de Aurora Bertrana, quien en *El Marruc sensual i fanàtic* ofreció una lectura anticolonial, feminista y antropológica, aunque no exenta de contradicciones, sobre el significado espiritual y político de Xauen para la población marroquí. El artículo contextualiza estas visiones contrapuestas en el marco de la reconfiguración territorial, imperialista y nacionalista posterior a la Primera Guerra Mundial y a la disolución del Imperio otomano, mostrando cómo Xauen se convirtió en un símbolo cargado de significados militares, políticos y culturales dentro del debate colonial español.

En síntesis, el dossier «Xauen 1924: ¿Un Annual ocultado o un acierto del dictador?» amplía nuestro conocimiento sobre un episodio crucial (y, hasta ahora, en gran medida olvidado) en el proceso de consolidación de la zona de influencia norte española en Marruecos, al tiempo que ofrece una mirada plural y crítica a las múltiples dimensiones de esta retirada militar. A lo largo de los artículos que lo integran, se abordan aspectos políticos y militares clave de la operación, se analiza su impacto en la casta africanista, se profundiza en la experiencia personal de figuras como Manuel Brabo Montero y se contrastan distintas perspectivas: desde el relato africanista formulado en la revista *África*, pasando por la crítica antimilitarista del teniente Fermín Galán, hasta la mirada anticolonial y antropológica de Aurora Bertrana.

Este dossier busca aportar matices y complejidad a la interpretación de un episodio controvertido: la retirada de Xauen de 1924. Se suma así a la línea de análisis que han desarrollado autores como Gustau Nerín, en *La guerra que vino de África* (2005), o María Rosa de Madariaga, en *Los moros que trajo Franco* (2002), al situar las raíces de la guerra civil española en la experiencia y las dinámicas generadas por la guerra en África. En este sentido, Xauen 1924 emerge no solo como un acontecimiento militar relevante, sino como un nodo clave para entender tanto la consolidación de la dictadura de Primo de Rivera como la «pacificación» de la zona marroquí bajo control español.

Aspectos políticos y militares de la retirada de Xauen (1924)

Political and Military Aspects of the Retreat from Chefchaouen (1924)

Juan Pastrana Piñero
GRENS, Universitat Pompeu Fabra
joan.pastrana@gmail.com

Resumen: La retirada de la ciudad de Xauen fue una operación enmarcada en un más amplio movimiento de repliegue de las fuerzas españolas en las zonas de Gomara y Yebala del norte de Marruecos. Esta operación militar fue planificada por el general Primo de Rivera, recién llegado al poder, cuyas tesis abandonistas del protectorado norte de Marruecos fueron objeto de fuerte contestación por parte de varios altos oficiales destacados allí.

Dicho repliegue ha sido objeto de diversas controversias historiográficas, desde su calificación como una retirada perfecta sin bajas, hasta alegaciones de ser un desastre equivalente al de Annual-Monte Arruit, pasando por ser un plan maestro destinado a ganar la guerra en el protectorado al provocar la entrada en el conflicto de Francia. A través de los fondos documentales depositados en el Servicio Histórico Militar de Madrid, junto con la bibliografía que ya ha tratado este tema, pretendo revisar estas afirmaciones para intentar dilucidar qué hay de verdad en ellas o si bien se trata tan solo de mitología usada para defender posiciones ideológicas.

Las conclusiones a las que se ha llegado en este trabajo demuestran que el calificativo de «retirada perfecta sin bajas» no puede aplicarse a esta operación al existir los partes de bajas sufridas. Igualmente, tampoco fue el enorme desastre que señaló el general Eduardo López de Ochoa ni se trató de un plan maestro para provocar la entrada en la guerra de Francia. Todos estos mitos son rebatidos en el texto con el apoyo de documentación original. Si bien la retirada de Xauen y la

creación de la línea Estella fue una operación bien ejecutada, se trató tan solo de una opción intermedia para el dictador Primo de Rivera con la que ganar tiempo para planificar el siguiente paso, oscilando entre las tentaciones abandonistas defendidas por él mismo antes de su llegada al poder y la escalada a una guerra total que propugnaban la mayor parte de los altos mandos militares en el protectorado.

Palabras clave: protectorado de Marruecos; Primo de Rivera; Xauen; línea Estella; Franco.

Abstract: The retreat from the town of Chefchaouen was an operation framed within a broader withdrawal of Spanish forces from the Gomara and Jebala regions in northern Morocco. This military operation was planned by General Primo de Rivera, newly in power, whose abandonmentist policies regarding the northern Moroccan protectorate were strongly contested by several senior officers stationed there.

This retreat has been the subject of various historiographical debates, ranging from its characterization as a flawless withdrawal with no casualties to allegations that it was a disaster comparable to Annual–Monte Arruit, as well as claims that it was a master plan intended to win the war in the protectorate by provoking a French intervention. Drawing on documentary sources from the Servicio Histórico Militar in Madrid, together with the relevant bibliography, this study seeks to reassess these claims to determine their factual basis—or whether they constitute mere mythology invoked to defend a given ideological position.

The findings demonstrate that this retreat cannot be defined as a “flawless operation with no casualties” due to the existence of documented losses. Nor was it the massive disaster claimed by General Eduardo López de Ochoa, and it was not a master plan designed to provoke a French intervention. All these myths are refuted in the text with the support of original documents.

While the retreat from Chefchaouen and the establishment of the Estella Line constituted a well-executed operation, it was merely an intermediate option through which Dictator Primo de Rivera sought to buy time to plan the next step carefully—oscillating between the abandonmentist tendencies he had advocated prior to his rise to power and the escalation toward total war championed by most of the senior military leaders in the protectorate.

Keywords: Spanish Protectorate in Morocco; Primo de Rivera; Chefchaouen; Estella Line; Franco.

Para citar este artículo: Juan PASTRANA PIÑERO: “Aspectos políticos y militares de la retirada de Xauen (1924)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 14, N° 29 (2025), pp. 15-38.

Recibido 15/02/2025

Aceptado 16/07/2025

Aspectos políticos y militares de la retirada de Xauen (1924)

Juan Pastrana Piñero

GRENS, Universitat Pompeu Fabra

joan.pastrana@gmail.com

Introducción

La retirada de la ciudad de Xauen iniciada el 16 de noviembre de 1924 es uno de esos episodios rodeados de misticismo para diversos cuerpos militares dentro del Ejército español, así como para diversos panegiristas de la actuación hispana en el norte de África, que llegan a hablar incluso de una «retirada perfecta». La intención en este trabajo es analizar las decisiones políticas que llevaron a la conclusión de la necesidad de una retirada, objeto de enorme polémica castrense en la época, así como el desarrollo de la operación que concluiría con el repliegue de las fuerzas españolas a la denominada línea Estella.

Dentro del análisis, prestaré especial atención al análisis de los tres grandes mitos que rodean esta operación militar, a saber:

- Fue una «retirada perfecta» sin una sola baja.
- El repliegue fue un plan maestro diseñado por Primo de Rivera forzar a Abd el-Krim a atacar a los franceses y así garantizar su derrota.
- La retirada fue un gran fracaso militar con más de dieciséis mil bajas mortales.

Evolución de la situación militar entre 1920 y 1924

La ciudad santa de Xauen siempre fue uno de los grandes objetivos militares de las fuerzas españolas a la hora de establecer el protectorado norte de Marruecos. Situada en la zona de Yebala, en el occidente del territorio designado como de soberanía española, debía constituir un punto logístico clave para la prosecución de las operaciones militares en Yebala y Gomara. Su conquista el 14 de octubre de 1920 supuso un gran golpe para la autoridad de El Raisuni, que se mostró ante sus seguidores como incapaz de evitar que los españoles capturasen la ciudad santa, además de quedar prácticamente rodeado.¹ Paradójicamente, el plan de operaciones fue diseñado por el general Fernández

¹ Tomás García Figueras, *Marruecos: La acción de España en el Norte de África* (Madrid: Ediciones Fe, 1941), 174.

Silvestre,² que menos de un año después sería el máximo responsable de la debacle de Annual.

Sin embargo, los sucesos del mes de julio de 1921 en Annual, y el consiguiente derrumbamiento de la comandancia de Melilla, supusieron la detención de todas las operaciones militares en las zonas de Yebala y Gomara³. Xauen quedaba situada en primera línea de las operaciones, cerrando la posición defensiva del *uad* Lau por el sur; era, por tanto, un punto clave en el sistema defensivo español, un papel muy alejado del previsto inicialmente de convertirse en nodo logístico para operaciones ofensivas. Pero la creación de dicha base topaba con la realidad de que la única carretera que conectaba Xauen con Tetuán era una pista de tierra difícilmente transitable por los camiones, por lo que se consideró el establecimiento de una línea ferroviaria que aliviase los problemas de suministro hasta el puesto avanzado:

Desde que se abrieron a la civilización las puertas de la ciudad sagrada de Xauen, pensó el Mando en unirla por ferrocarril con Tetuán, no sólo facilitando los transportes de tropa, sino el aprovisionamiento de las posiciones de la línea de Xauen, que se hace hasta aquí en camiones con un éxito indiscutible para el personal del destacamento del Centro Electrotécnico de Tetuán, pero con un gasto grande para el Estado que se reduce considerablemente en ferrocarril.⁴

Aunque se estableció un primer tramo de ferrocarril entre Tetuán y Ben Karrich, la complicada orografía, llena de quebradas y cauces de ríos que era necesario salvar, como era el caso del *uad* Najla, obligaba a una desproporcionada inversión que las finanzas españolas no estaban en condiciones de afrontar. Por tanto, cualquier proyecto de extensión del ferrocarril quedó congelado a la espera de nuevas partidas presupuestarias que permitiesen completarlo.

El advenimiento de la dictadura de Primo de Rivera el 13 de septiembre de 1923 supuso una reevaluación de la situación, y hasta cierto punto de la propia existencia, del protectorado español en Marruecos. Se debe recordar que el dictador había mantenido una activa posición pública en contra del protectorado español en el norte de África. Por ejemplo, en su manifiesto del 12 de septiembre de 1923 proclamaba:

Ni somos imperialistas, ni creemos pendiente de terco empeño en Marruecos el honor del Ejército, que con su conducta valerosa a diario lo vindica. Para esto, y cuando el ejército haya cumplido las órdenes recibidas ajeno por completo a este

² Juan José López Barranco, «La guerra de Marruecos en la narrativa española (1859-1927)» (tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2003), 33.

³ López Barranco, «La guerra de Marruecos en la narrativa española».

⁴ Antonio Fernández Hidalgo, «El ferrocarril militar río Martín-Zinatz», *Memorial de Ingenieros del Ejército* 12 (1924): 505-513.

movimiento, que aun siendo tan elevado y noble no debe turbar la misión de los que están frente al enemigo, buscaremos al problema de Marruecos solución pronta, digna y sensata.⁵

Este discurso fue duramente criticado por gran parte de la cúpula militar destinada en el protectorado, y de forma especialmente vigorosa, como veremos más adelante, desde la *Revista de Tropas Coloniales*, fundada por el general Queipo de Llano en Ceuta en enero de 1924,⁶ cuando se hicieron públicos los planes de creación de la línea Estella. Era un curso de acción radicalmente opuesto a las opciones que se barajaban en el Estado Mayor Central hasta entonces.

En el mes de agosto de 1923, el Gobierno de Antonio Maura encargó al general Valeriano Weyler una evaluación de la situación en el protectorado. A su regreso del viaje de inspección, el anciano general, que contaba ya 85 años, presentó su informe que

Determinaba que las líneas defensivas de Marruecos eran deficientes y era preciso emprender acciones a fin de conquistar terrenos más favorables donde establecer un frente sólido. Por otra parte, si se pretendía conquistar el centro de poder del líder rifeño Abd el-Krim, no era recomendable avanzar por tierra, como propugnaba la Comandancia de Melilla, sino efectuar un desembarco en la bahía de Alhucemas, planificado por el Estado Mayor Central.⁷

El informe provocó un encendido debate en el seno del Gobierno, recibiendo la oposición, por su alto coste económico, del gobernador de Barcelona Severiano Martínez Anido, del ministro de Hacienda Miguel Villanueva, el de Trabajo, Comercio e Industria Joaquín Chapaprieta y el de Fomento Rafael Gasset.⁸ Además, la opinión pública, con el desastre de Annual aún en la memoria, no entendería la intensificación de operaciones militares con el consiguiente coste en vidas, por lo que el plan de acción recomendado por Weyler quedó descartado.

Una de las primeras decisiones de Primo de Rivera fue la sustitución del alto comisario Luis Silvela por el general Luis Aizpuru.⁹ El 21 de septiembre, tras recibir el informe inicial del nuevo alto comisario, Primo de Rivera publicó las «Líneas generales que el Directorio deseaba se tuvieran en cuenta por el Alto Comisario, general en jefe, para su actuación» Se trataba de un documento con una serie de recomendaciones de

⁵ Citado en Francisco Gómez-Jordana Souza, *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos* (Madrid: Editora Nacional, 1976), 55.

⁶ López Barranco, «La guerra de Marruecos en la narrativa española», 58.

⁷ Gabriel Cardona y Juan Carlos Losada, *Weyler: Nuestro hombre en la Habana* (Planeta, 1997), 295.

⁸ Valeriano Weyler, *Memorias de un general* (Destino, 2004), 305-307.

⁹ López Barranco, «La guerra de Marruecos en la narrativa española», 56.

actuación, entre las cuales se mencionaba la actuación en la denominada región occidental (punto 8), que se debía dividir en tres sectores:

A) *Uno ya ocupado por nuestras tropas* – En él, el Alto Comisario debe hacer rápida revisión de las zonas que permiten entregarse al régimen civil, en las que, con vertiginosa actividad y con el máximo de elementos, debe tenderse a dar la sensación de nuestra capacidad para realizar la obra de Protectorado, haciendo verdadero alarde de perfección para que ese modelo revele al indígena las grandes ventajas que puede esperar de nosotros. *Igualmente se procederá al desarme de las cabilas* que ya se hallen en condiciones de ello, que indicará el Alto Comisario.

B) *Región Gomara* – Es de gran importancia neutralizar esa región, hoy en plena rebeldía y que absorbe nuestra atención y energías, ya que por la situación ventajosa amenaza nuestra comunicación con Xauen y tiene en jaque las posiciones de la costa, de muy medianas condiciones militares.

C) *La región de Yebala*, aún no sometida, que se halla bajo la influencia del Raisuni, es a la que se refiere el pacto, y de llegar a concertarlo en buenas condiciones depende, por lo tanto, la conducta a seguir.¹⁰

De forma prácticamente inmediata, Aizpuru inició conversaciones tanto con El Raisuni como con Abd el-Krim, con el objetivo de lograr una solución pacífica para el establecimiento de la autoridad española. Era un retorno a la política previa al desastre de Annual, ofreciendo cargos y dinero a los líderes rifeños para que aceptasen el establecimiento del protectorado. Pero mientras El Raisuni, teniendo en cuenta su delicada situación militar, aceptó someterse, Abd el-Krim se negó terminantemente a cualquier tipo de acuerdo.¹¹ Por tanto, no quedaban más que dos opciones para el dictador español: el abandono total del protectorado, o bien incrementar la apuesta militar para someter definitivamente todo el territorio asignado a Madrid.

Ninguna de las dos opciones resultaba especialmente atractiva para Primo de Rivera.¹² Un abandono total, aunque consecuente con su discurso anterior a su ascenso a la dictadura, generaría demasiado ruido de sables, como hacían saber una y otra vez los mandos militares destacados en el protectorado, que no dudaron en calificar las posturas abandonistas de Primo como «un plan judío».¹³ Por otro lado, el redoblamiento de la apuesta militar iba a conllevar nuevas agitaciones del frente civil, con una sociedad española hastiada de sangre y dinero consumidos en un territorio al que no se le veía utilidad alguna. Por tanto, Primo decidió un curso intermedio con el que ganar tiempo:

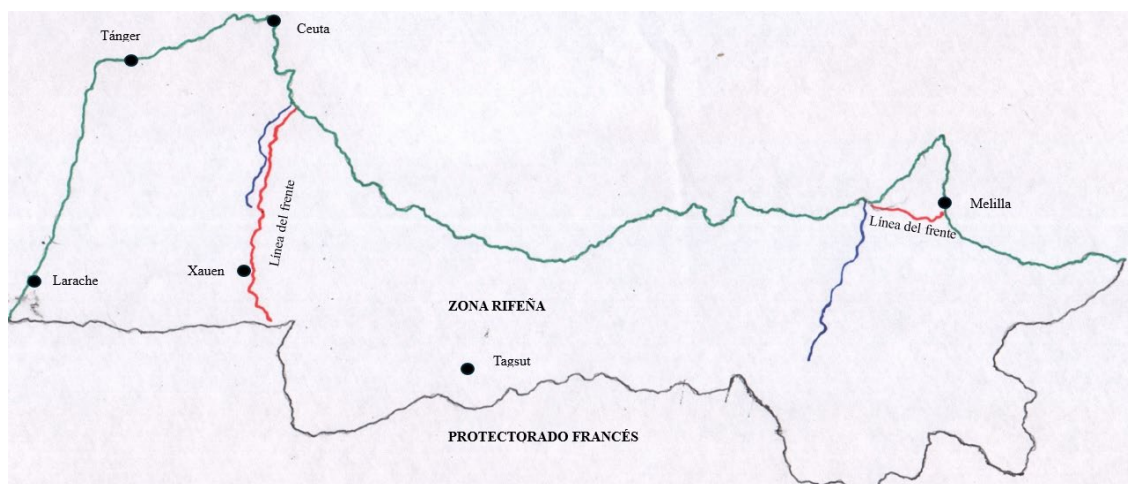
¹⁰ Citado en Gómez-Jordana, *La tramoya*, 58-59.

¹¹ López Barranco, «La guerra de Marruecos en la narrativa española», 56.

¹² Shannon E. Fleming y Ann K. Fleming, «Primo de Rivera and Spain's Moroccan problem, 1923-27», *Journal of Contemporary History* 12, n.º 1 (1977): 86.

¹³ Shlomo Ben-Ami, *El cirujano de hierro: La dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)* (RBA, 2012), 112.

un repliegue parcial a una línea defensiva, la denominada línea Estella, que permitiese economizar recursos monetarios y económicos.¹⁴ Aunque era una postura que no iba a satisfacer a ninguno de los grupos de presión, Primo confiaba en que los licenciamientos de tropas que se harían posibles tras el acortamiento de líneas contendrían el descontento popular, mientras que, para los militares más recalcitrantes, no sería sino una rectificación de líneas que se podría vender como una necesidad estratégica para ganar tiempo y planificar adecuadamente nuevas operaciones militares.



*Mapa 1. Situación en el protectorado español de Marruecos en septiembre de 1924.
Elaboración propia.*

Una vez decidido dicho curso de acción, el problema radicaba en cómo lograr un repliegue exitoso, habida cuenta de los múltiples ataques que estaban recibiendo las posiciones españolas a lo largo de toda la línea del *uad* Lau. A modo de ejemplo, el 20 de junio la posición de Kobba Darsa quedaba aislada y las fuerzas españolas necesitaron de un fuerte contraataque para liberar la posición tras un asedio que se prolongó hasta el 6 de julio.¹⁵

Pero Kobba Darsa no era un caso aislado. La aceptación de El Raisuni de la oferta española había provocado la defección de gran parte de sus seguidores, que corrieron a refugiarse bajo la bandera de Abd el-Krim.¹⁶ Esto posibilitó al líder rifeño el inicio de operaciones contra varias posiciones españolas. Dada la dispersión de los puestos, las fuerzas rifeñas lograron penetrar una y otra vez entre ellas en dirección al macizo de Gorgues y la carretera entre Tetuán y Xauen. Múltiples posiciones quedaron aisladas

¹⁴ S. E. Fleming y A. K. Fleming, «Primo de Rivera and Spain's Moroccan problem», 87.

¹⁵ Salvador Fontenla Ballesta, *La guerra de Marruecos (1907-1927)* (La Esfera de los Libros, 2017), 427.

¹⁶ López Barranco, «La guerra de Marruecos en la narrativa española», 59.

o fueron destruidas, mientras las tropas españolas organizaban columnas para realizar contraataques que aliviasen la presión.¹⁷ La intensidad de los combates obligó al envío de diversas brigadas adicionales desde la Península que, junto con una intensificación de las acciones aéreas, lograron evitar el hundimiento de la línea del Lau.¹⁸

Una revisión de las comunicaciones existentes no deja lugar a dudas de la gravedad de la situación vivida entre junio y septiembre de 1924, especialmente en lo que concierne a la línea de comunicación entre Tetuán y Xauen:

Posición de Sclano ha caído. Parece también muy probable que la posición de Alalex del sector Fondak ha experimentado igual suerte. Sigue absolutamente incomunicado la carretera a dicha posición desde poco más allá de Laucien pues en el cónico <ilegible> ha hecho presencia el enemigo que ataca dicha posición. Otro tanto ocurre en la pista de Xauen interceptada por completo entre Ben Karrich y Zinat y en el Zoco y el puente de Timisal.¹⁹

El 9 de septiembre se informaba desde Xauen que la situación era prácticamente insostenible sin apoyo externo, ya que los rifeños presionaban sin descanso sobre los puestos que rodeaban y daban seguridad a la población, solicitándose soluciones radicales para acabar con las concentraciones enemigas:

La seguridad de Xauen está en los puestos situados en las alturas Yala y Magí, simples blocaos a los que hay que proveer agua cada cuatro días con medios insuficientes por difíciles sendas fáciles de coronar por pocos enemigos bien situados contra estos débiles puestos [...] Ruego ordene que por aviación tiren gases sobre poblados.²⁰

El bombardeo con gases jamás se llevó a cabo, ni fue posible enviar ayuda, por lo que la situación continuó deteriorándose a marchas forzadas, hasta el punto de que Primo de Rivera ordenó una importante concentración de medios organizados en cuatro columnas que debían forzar la ruta entre Tetuán y Xauen. La operación debía dar inicio el 19 de septiembre y estar culminada el 25 del mismo mes, pero la resistencia enemiga fue mucho mayor de lo anticipado, atacando las posiciones que flanqueaban la ruta, lo que obligaba a las diversas columnas a desviar tropas para asegurar su expuesto flanco izquierdo. Las contraórdenes y el desgaste de las unidades eran constantes, como

¹⁷ Fontenla Ballesta, *La guerra de Marruecos*, 427-428.

¹⁸ Gómez-Jordana, *La tramoya*, 67.

¹⁹ Radiograma del general en jefe al presidente del Directorio Militar, 8 de septiembre de 1924, legajo [leg.] 48, carpeta [carp.] 68, Servicio Histórico Militar [SHM], Madrid.

²⁰ Radiograma del coronel de la Columna Xauen al general en jefe, 9 de septiembre de 1924, leg. 48, carp. 68, SHM.

reconocía el general Serrano el 30 de septiembre, cuando se suponía que su columna ya debía haber entrado en Xauen:

Ruego a V.E. aclaración telegrama en que me dice que retroceda con columna [...]

Pongo en su conocimiento que en la actualidad mi columna está reducida según estados de fuerza a dos mil quinientos cincuenta y un hombres que descontados Ingenieros, dos Baterías de Artillería, Sanidad y demás elementos auxiliares de la columna quedan reducidos a un máximo de mil doscientos combatientes que seguramente dado el temporal de lluvias que desde anoche estamos soportando será más reducido. Fuerza que en la actualidad considero insuficiente para cubrir los 10 kilómetros entre Xauen y Punto Mitzal.²¹

Solamente tras fuertes combates y la llegada de nuevos contingentes al mando del general Alberto Castro Girona se logró restablecer la comunicación, evitando la caída de Xauen. Pero eso no significó el cese de los ataques de Abd-el-Krim al perímetro defensivo de Xauen y toda la ruta que la comunicaba con Tetuán. Así, el 10 de octubre, se informaba desde el Zoco el Arbaa que

Coronel columna Xauen me comunica que ve desde el Campamento Blocao Miskrel-la número dos destruido y numeroso enemigo entra y sale ignorando detalles [sic].

Cree necesaria cooperación otras fuerzas y aviación para batir Garusín no bastando aquella columna, espero resolución V.E. y llegada General Castro.²²

Tan sólo dos días después, se insistía en la necesidad de refuerzos para mantener abierta la comunicación con Xauen, habida cuenta de los incesantes ataques enemigos:

Jefe posición Muratahar me dice que incendiados blocaos Miskrella n° 2 y 3, ayer y hoy de madrugada respectivamente, quedando el de Amegrí n° 1 dependiente de dicha posición, completamente aislado y dominado por el enemigo si no se socorren urgentemente.

Su guarnición corre peligro caer en poder enemigo o perecer por no tener retirada.²³

A pesar de la llegada de refuerzos a Xauen, Abd el-Krim había olido de nuevo la sangre y no estaba dispuesto a abandonar su proyecto de expansión en dirección a Goma y Yebala. Por tanto, el tiempo pasaba a ser un factor clave para Primo de Rivera:

²¹ Radiograma del general Serrano al general en jefe, 30 de septiembre de 1924, leg. 48, carp. 68, SHM.

²² Radiograma del comandante general al general en jefe, 10 de octubre de 1924, leg. 48, carp. 68, SHM.

²³ Radiograma del comandante general al general en jefe, 12 de octubre de 1924, leg. 48, carp. 68, SHM.

los ataques del verano de 1924 habían demostrado la inestabilidad de las posiciones españolas y, si se quería evitar un nuevo Annual, debía llevarse a cabo el proyecto de repliegue lo antes posible. Al mismo tiempo, un repliegue apresurado sin la adecuada planificación podía acabar en un desastre idéntico al de la comandancia de Melilla del verano anterior.

Las reticencias al repliegue

El plan de creación de la línea Estella abogaba por el abandono prácticamente total del territorio conquistado en las zonas de Yebala y Gomara. Se trataba de una serie de fortificaciones que ascendía por el territorio al este de Alcazarquivir hasta alcanzar el territorio de la Zona Internacional de Tánger, girando entonces al este hasta el macizo del Gorgues, englobando las posiciones de Ben Karrich y Kudia Tahar y finalizando en Río Martín. De esta forma, se pretendía crear un escudo impenetrable que protegiese la ciudad de Tetuán y, por extensión, Ceuta.²⁴

Este plan de repliegue ha generado la idea de ser la primera parte de un plan maestro diseñado por el Directorio Militar para lograr la victoria total en el protectorado y del que algunos autores se han hecho eco.²⁵ La podemos encontrar en el libro del teniente general Francisco Gómez-Jordana, cuando afirma:

Ese repliegue alejaría nuestras líneas del centro de gravedad de la rebeldía, el cual quedaría más próximo a la zona vecina a la que inevitablemente acabaría atacando, obligando a los franceses a combatir, conjuntamente, con nosotros, a Abdel-Krim que hasta entonces había sido su protegido.²⁶

Gómez-Jordana realiza aquí un planteamiento completamente equívoco, buscando justificar ciertas actuaciones. Su inferencia de que Abd el-Krim se vería obligado a atacar a los franceses carece de cualquier fundamento. El líder rifeño podía optar por varios cursos de acción distintos: desde concentrar sus esfuerzos militares en la toma de Tetuán o de Melilla hasta simplemente dedicarse a un asedio lejano de las posiciones españolas y consolidar su naciente República del Rif. No existe ninguna base para afirmar que se vería obligado a atacar a los franceses. E incluso si esto llegase a producirse, no se puede deducir que, automáticamente, París entraría en alianza con Madrid para aplastar al líder rifeño *manu militari*. Francia podía, simplemente, rechazar el ataque de Abd el-Krim y dejar que fuesen los españoles los que se apañasen con él.

²⁴ Fontenla Ballesta, *La guerra de Marruecos*, 428-429.

²⁵ Julián Paniagua López, «¿Cómo ganó España la guerra del Rif? El plan de operaciones del Directorio Militar tras la retirada de Chauen, noviembre de 1924», *Norba: Revista de Historia* 32 (2019): 235.

²⁶ Gómez-Jordana, *La tramoya*, 64.

La decisión de crear la línea Estella era simplemente un curso de acción intermedio entre el abandonismo y la guerra total. Primo de Rivera estimaba que dicho repliegue permitiría reducir la presencia militar española de 125 000 a 50 000 efectivos, licenciando diversas quintas para calmar el frente interno y hacer ver que estaba cumpliendo con sus compromisos abandonistas.²⁷ El problema fue la reacción de determinados mandos militares, mucho más dura de lo que se había anticipado.

La contestación a los planes de Primo de Rivera vino por diversas vías. Uno de los ejemplos mejor conocidos es el artículo escrito por Francisco Franco en la *Revista de Tropas Coloniales* denominado «Pasividad e inacción». Se trataba de un duro alegato contra cualquier pretensión abandonista del Directorio Militar, que finalizaba con un ataque directo contra el dictador:

No es la guerra oficio de pasivos; en ella encarnan la actividad y la energía, la iniciativa y la voluntad, y los que no sientan en la campaña la actividad del bien obrar, los que encubran tras de suicida pasividad su indecisión e ignorancia, los que no acierten a vislumbrar tras el empeño el resplandor de la victoria o se sientan sobrecogidos por la responsabilidad o el temor, recuerden la máxima napoleónica que dices: «la guerra es un juego serio en el cual se puede comprometer la reputación y el país, y cuando se es razonable se debe sentir y conocer si se ha nacido o no para el oficio», y dejen el paso franco a los más aptos o capaces.²⁸

Primo de Rivera tuvo ocasión de conocer de primera mano el sentir de muchos altos oficiales de la Legión con motivo de su visita al campamento de dicho cuerpo en Ben Tieb, en el muy conocido incidente del menú a base de huevos.²⁹ Dicha situación ha sido objeto de debate sobre si se produjo realmente, y por razones de espacio no entraré en ella. Sin embargo, lo que sí parece estar fuera de toda duda es que se trató de un momento muy tenso entre un acompañante de Primo de Rivera y algunos oficiales de la Legión, a raíz de un discurso de Franco en el que se criticaba la postura abandonista del dictador.³⁰ De hecho, Ben Tieb no fue más que una pequeña muestra del malestar existente entre gran parte de la oficialidad destacada en el Rif, llegándose al punto que el Alto Comisario Luis de Aizpuru publicó el siguiente bando el 12 de septiembre de 1924:

A partir de la publicación de este bando, queda terminantemente prohibido discutir ninguna orden dada por las autoridades españolas ni difundir más noticias que

²⁷ S. E. Fleming y A. Fleming, «Primo de Rivera and Spain's Moroccan problem», 88.

²⁸ Francisco Franco Bahamonde, «Pasividad e inacción», *Revista de Tropas Coloniales* (Ceuta) 4 (abril de 1924): 4.

²⁹ López Barranco, «La guerra de Marruecos en la narrativa española», 60.

³⁰ S. E. Fleming y A. Fleming, «Primo de Rivera and Spain's Moroccan problem», 88.

las publicadas en los comunicados oficiales, de cuyas noticias queda prohibida igualmente toda crítica y discusión.

Los que no cumpliesen lo anteriormente mandado, incurrirán en los siguientes delitos y penas siendo calificados como autores de éstos

1.º Incurrirá en la pena de cadena temporal a muerte, el que [...] facilite notas acerca de movimientos de tropas, salidas de convoyes, organización y objetivos que se propongan las columnas

2.º Incurrirá en la pena de prisión correccional a prisión mayor, el que [...] se dedique a hablar acerca de las operaciones militares, noticias que puedan producir alarma en el elemento civil.

3.º Incurrirá en la pena de prisión correccional, el que [...] se dedique a la crítica de las noticias publicadas oficialmente tratando de llevar al ánimo de los demás [...]

[...]

7.º Los delitos de que trata este Bando, serán juzgados en Consejo de Guerra; los comprendidos por el artículo 1.º por los trámites para el procedimiento sumarísimo en los artículos 653 y siguientes del Código de Justicia Militar [...] ³¹

En realidad, el temor de muchos oficiales era que un movimiento de repliegue conllevara la insurrección de cierto número de cabilas que hasta el momento habían permanecido leales a España. Así, desde Xauen se enviaba el siguiente telegrama a principios de septiembre a Primo de Rivera:

El General de la Columna de Xauen, después de oír el parecer del Coronel de la Circunscripción y Jefe de la antigua Columna en Xauen, del Capitán Interventor del Ajmús y del Bajá de la Ciudad, y examinada la situación política y militar, informa que es en absoluto improcedente y no puede por ahora pensarse en ello, el abandono de puesto ni posición alguna de las existentes, sino su conservación, pues a la vista de un movimiento cualquier de evacuación, se robustecería el recelo de los indígenas sobre el que insiste tanto la propaganda enemiga, de que se piensa abandonar Xauen y de lo que sospechan ha sido el principio de las evacuaciones ya efectuadas de Adgós y Taguesut, siendo necesario dar la sensación de que esto fue movimiento voluntario de repliegue y que las actuales líneas se conservarán. ³²

Como veremos más adelante, no faltaba la lógica en dicho razonamiento.

³¹ Bando de D. Luis Aizpuru y Mondejar. 12 de septiembre de 1924, leg. 48, carp. 64, SHM.

³² Radiograma del comandante en jefe de Xauen al presidente del Directorio Militar, 3 de octubre de 1924, leg. 48, carp. 64, SHM.

El plan de repliegue de Xauen

Operativamente, el repliegue a la línea Estella, en lo que respecta a la zona de Xauen, se realizaría en cuatro fases:

1. La evacuación de las posiciones del *uad* Lau. Este repliegue se iniciaría el 6 de septiembre, y se preveía darle conclusión alrededor del 16 de octubre.
2. Simultáneamente, se asegurarían, mediante columnas móviles y el establecimiento de posiciones fijas, la ruta de comunicación entre Tetuán y Xauen y el macizo del Gorgues, el escudo natural de la ciudad de Tetuán. Esto se llevaría a cabo durante el mes de septiembre, concentrándose todas las banderas legionarias, menos la 2.^a, en la ciudad de Xauen.
3. El abandono de las posiciones que rodeaban Xauen, replegándose sus guarniciones sobre la ciudad.
4. Una vez concentradas todas las fuerzas, se llevaría a cabo el repliegue sobre la línea Estella, vía Dar Acoba y Zoco el Arbaa, llegando como meta a la ciudad de Ben Karrich. Inicialmente, estaba previsto dar comienzo a la evacuación de la ciudad el 9 de noviembre.

El problema principal, del que ya se había advertido desde Xauen, era que se dio publicidad al repliegue, con el objetivo de que Abd el-Krim se abstuviese de atacar a las columnas en retirada, ya que iba a poder ocupar el territorio abandonado sin tener que sufrir pérdidas.³³ Para el líder rifeño, era la oportunidad perfecta de caer sobre un enemigo en retirada, ocasionando una nueva derrota a las armas españolas similar a la de Annual, cuando la evacuación del campamento general acabó degenerando en un sálvese quien pueda y el subsiguiente baño de sangre a lo largo de toda la ruta hacia Melilla y en Monte Arruit.

Una dificultad añadida, y no menor, era que Xauen se encontraba defendida por no menos de noventa posiciones,³⁴ la mayoría de ellas tipo blocao, que debían abastecerse diariamente. Su abandono sería un indicativo de que la retirada española estaba a punto de iniciarse y, por lo tanto, pondría sobre aviso a Abd el-Krim para alertar a sus fuerzas para el ataque. Por tanto, era necesario mantener la apariencia de que la evacuación de las posiciones exteriores no significaba que se fuese a abandonar la propia Xauen, algo realmente complicado y que correría a cargo, como veremos, de los legionarios bajo el mando del teniente coronel Francisco Franco.

Por otro lado, el anuncio del repliegue a la línea Estella provocó cierta reacción internacional, especialmente por parte de París, que recriminó a Primo de Rivera el

³³ Fontenla Ballesta, *La guerra de Marruecos*, 429.

³⁴ Julián Paniagua López, «La última batalla del Rif», *Revista Guerra Colonial* 3 (2018): 63-81.

abandono unilateral del compromiso adquirido en el tratado de protectorado de 1912. El dictador español decidió continuar adelante sin importar lo que pudiesen decir Francia o generales como Manuel Goded, que volvieron a alzar su voz contra lo que estimaban un acto de cobardía.³⁵

Las fases uno y dos se pudieron completar sin excesivos problemas³⁶ y, tal y como se había indicado desde Xauen, hasta el momento muchas de las cabilas se habían posicionado a favor de El Raisuni o se habían negado a tomar las armas contra España. Sin embargo, las cabilas vieron en los movimientos de repliegue la señal para correr bajo la bandera de Abd el Krim, haciendo que prácticamente la totalidad de la Yebala y la Gomara se insurreccionasen, incrementando la presión sobre la línea de retirada española.³⁷ Las cabilas de Ajmás, Beni Hassan y Beni Hosmar se pasaron a Abd el-Krim en agosto, mientras que en la zona de Larache lo hacían, a principios de septiembre, las de Sumata, Beni Arós, Beni Gorfet y Beni Isef.³⁸

En medio de esta complicada situación, Primo de Rivera decidió asumir personalmente el mando supremo de las operaciones al destituir al general Aizpuru y nombrarse a sí mismo alto comisario el 16 de octubre,³⁹ vinculando de este modo la supervivencia de su régimen a la conclusión satisfactoria de la retirada.

La tercera fase, el repliegue de las posiciones del perímetro de Xauen, se completó el 26 de octubre,⁴⁰ estableciéndose la fecha de retirada de la ciudad para el 9 de noviembre. Sin embargo, llegada esa fecha, el tránsito por la pista entre Xauen y Tetuán resultaba completamente imposible por las fuertes lluvias que se venían produciendo desde hacía más de tres días, por lo que fue necesario demorar el inicio del movimiento hasta el día 16, dando tiempo al terreno a secarse y permitir de ese modo el movimiento del material automóvil y los elementos de artillería sin quedar atascados en el barro.⁴¹

En términos tácticos, la operación tendría un mando dividido. El máximo responsable sería el general Julián Serrano, pero el cuerpo principal sería responsabilidad del general Castro Girona, mientras que la retaguardia, encargada de proporcionar seguridad ante la presión rifeña, actuaría bajo las órdenes de Franco. La actuación de las banderas de la Legión iba a ser la clave del éxito de la operación: si los rifeños lograban superar el elemento de seguridad que constituían estas tropas y caer sobre el cuerpo principal en repliegue, la situación de Annual bien podía repetirse, con un resultado en pérdidas muy similar al de 1921.

³⁵ Paniagua López, «La última batalla del Rif», 68.

³⁶ Gómez-Jordana, *La tramoya*, 69.

³⁷ Vicente Fernández Riera, *Xauen 1924: La campaña que evitó un nuevo Annual* (Almena, 2013), 183.

³⁸ Fontenla Ballesta, *La guerra de Marruecos*, 430.

³⁹ López Barranco, «La guerra de Marruecos en la narrativa española», 61.

⁴⁰ Gómez-Jordana, *La tramoya*, 70.

⁴¹ Fernández Riera, *Xauen 1924*, 186.

En noviembre de 1924, había concentrados a lo largo de la ruta 17 956 efectivos: 5515 efectivos en la propia Xauen y sus inmediaciones (batallones de San Fernando, Talavera, Segorbe, Regulares de Tetuán y Banderas de la Legión, además de elementos auxiliares y de artillería), 3174 en Dar Akoba (batallones de Ceuta, Figueras, de la Reina y Segovia, más elementos auxiliares y de artillería) y 9267 en Zoco el Arbaa hasta Ben Karrich (batallones de España, Las Palmas, Barbastro, Ceriñola, Madrid, Serrallo, Victoria, Regulares de Tetuán y elementos auxiliares y de artillería).⁴²

La operación debía progresar mediante un sistema de repliegue de acordeón. Una vanguardia debía ocupar posiciones desde las que dar seguridad al resto de la columna en su movimiento contra interferencias enemigas procedentes del frente. El cuerpo principal se desplazaría a cubierto de esta vanguardia y de una retaguardia que debía realizar la misma tarea, pero contra un enemigo que casi seguro se lanzaría en persecución de las fuerzas españolas en cuanto se detectase el abandono de posiciones. Una vez el cuerpo principal alcanzase las posiciones de vanguardia, la retaguardia se replegaría hasta alcanzar la zona de reagrupamiento, volviendo a realizar el mismo movimiento hasta llegar a la línea Estella.

En total, estaba previsto realizar un total de siete movimientos.⁴³ El primero sería entre Xauen y Dar Akoba, donde se agruparían las columnas de los generales Castro Girona y Serrano, este último al cargo de la posición de Dar Akoba. El segundo salto alcanzaría la población de Hamara, y en el tercero se llegaría a Zoco Arbaa, donde ambas columnas se unirían a la del general Berenguer. El cuarto salto llevaría a las fuerzas españolas hasta Fondak de Sidi Amin, y el quinto hasta Kerikera. Desde allí solamente quedaría un pequeño trecho hasta Ben Karrich (sexto salto) y luego a Tetuán en el último movimiento de repliegue. Pero, como reza el viejo proverbio, ningún plan resiste el primer contacto con el enemigo, y las fuerzas españolas iban a comprobarlo rápidamente.

La evacuación de Xauen: 16 y 17 de noviembre

Tras el retraso impuesto por las lluvias, la noche del 16 al 17 de noviembre de 1924 se inició el abandono de la ciudad de Xauen. La vanguardia y el cuerpo principal, en el que iban integrados veinte camiones que transportaban a la población civil,⁴⁴ abandonaron la ciudad a cubierto de la oscuridad sin apenas problemas, mientras la retaguardia quedaba a cargo de las banderas legionarias bajo el mando del teniente coronel Francisco Franco. Consciente de que un repliegue a plena luz del día, con los rifeños informados

⁴² José Luis Rodríguez Jiménez, en su libro *A mí la Legión* (Planeta, 2005), cuantifica el total de tropas implicadas en la retirada en unos 10 000 efectivos (225). Las cifras aquí expuestas corresponden a los estadillos de fuerzas según la documentación del SHM, leg. 49, carp. 12.

⁴³ «Plan de evacuación de Xauen», carp. 12, leg. 49, SHM.

⁴⁴ Fernández Riera, *Xauen 1924*, 187.

de que la mayor parte de las tropas habían abandonado la ciudad, podría fácilmente acabar con la aniquilación de las fuerzas bajo su mando, ordenó encender hogueras y apostar maniqués en puestos de vigilancia, como si la totalidad de las tropas españolas aún permaneciesen en la ciudad. En cuanto el cuerpo principal hubo avanzado por la carretera a Dar Akoba, Franco ordenó el repliegue de todas las fuerzas legionarias, que se unieron sin problemas a la fuerza principal y sin sufrir bajas. Y eso que apenas unos días antes se informaba desde Xauen:

Diariamente aumenta la presión, número y proximidad de estas guardias, lo cual demuestra que el enemigo se encuentra muy vigilante y atento, esperando el repliegue de noche para dar la alarma y reunir sobre nuestras guarniciones en retirada todos sus esfuerzos.⁴⁵

Este destacado hecho de armas ha sido el origen del segundo gran mito relacionado con Xauen: una operación perfecta que no tuvo ni una sola baja entre las fuerzas españolas.⁴⁶ Pero esto no deja de ser un mito. Aunque es cierto que no se registraron muertos ni heridos entre las unidades en repliegue, solamente se trataba del primer movimiento de repliegue de los siete que debían realizarse hasta alcanzar la seguridad de la zona próxima a Ben Karrich. Y ni siquiera se ajusta a la realidad, ya que sí se produjeron bajas entre las fuerzas españolas durante esa jornada.

La reacción de Abd el-Krim fue relativamente lenta. Sorprendido por el repliegue español que no habían detectado sus vigías, los primeros ataques para obstaculizar el movimiento de las tropas hispanas se produjeron el 17 de noviembre en la zona de Dar Akoba, cuando algunos grupos reducidos de rifeños atacaron la retaguardia y el cuerpo principal, utilizando rutas entre las montañas que les permitieron infiltrarse entre las unidades de cobertura.⁴⁷ Se trataba tan solo de ataques de tanteo para comprobar la disciplina de la retirada y ver si resultaba posible provocar un colapso de la moral que replicase el éxito obtenido en Annual tres años antes.

Desde Dar Akoba se informaba a Primo de Rivera del éxito que había supuesto la retirada sin apenas bajas:

Se ha replegado toda la guarnición de Xauen a Dar Acoba sin más que pequeño tiroteo del flanco izquierdo del repliegue y con sólo doce heridos siete indígenas aunque desgraciadamente explosión un obús montaña ha producido herida capitán artillería Naudin y varios tropa. Esta noche pernoctan reunidas en Dar Akoba

⁴⁵ Telegrama de Xauen, 13 de noviembre de 1924, leg. 49, carp. 12, SHM.

⁴⁶ Salvador Fontenla Ballesta, «Centenario de la Legión: Xauen, la retirada que no tuvo una sola baja», *La Razón*, 21 de octubre de 2019. <https://www.larazon.es/cultura/centenario-de-la-legion-xauen-la-retirada-que-no-tuvo-una-sola-baja-LD25371749/>.

⁴⁷ Fernández Riera, *Xauen 1924*, 187.

columnas Castro y Serrano y el Comandante General. Supongo sofocado conato sedicioso cuando carezco de noticias de él. Mañana columna Castro debilitada se replegará al Zoco y pasado la de Serrano reforzada hará la misma marcha. Le saludo.⁴⁸

La reacción rifeña: 18 y 19 de noviembre

Después del 17 de noviembre, todo parecía indicar que la parte más peligrosa del movimiento de repliegue había pasado; pero ese 18 de noviembre iba a borrar completamente el sentimiento de seguridad. Al alcanzar las fuerzas españolas la zona de Xeruta, se vieron hostilizadas en su flanco derecho y su retaguardia por numerosos grupos de guerrilleros que obligaron a sostener duros combates por la práctica totalidad de las unidades a fin de evitar ser cortados y rodeados por el enemigo.⁴⁹ Aunque se produjeron algunos conatos de hundimiento por pánico, la disciplina se reimpuso rápidamente y se rechazaron la totalidad de ataques enemigos, si bien el coste fue muy alto: 127 bajas entre tropa y oficiales, incluyendo 102 heridos y 25 bajas mortales. El análisis detallado de estas bajas nos muestra la extensión de los ataques: en la retaguardia, sostenida por el Tercio de Extranjeros, hubo 12 muertos (un oficial) y 42 heridos (dos oficiales); en el cuerpo principal, respaldado por Regulares de Alhucemas y Ceuta, 13 muertos y 60 heridos (cinco oficiales). Pero solamente era un anticipo de lo que estaba por llegar.

El 19 de noviembre, las fuerzas españolas abandonaban Xeruta y se dirigían hacia Zoco el Arbaa, justo cuando Abd el-Krim había acabado de reunir a sus tropas y las lanzó en masa contra las columnas en retirada. Atacadas en campo abierto y sin posibilidad de fortificarse, se llegó incluso en algunos momentos al combate cuerpo a cuerpo, mientras las unidades de cobertura se batían para evitar ser superadas y que los rifeños cayesen en gran número sobre los elementos auxiliares que constituían el centro de la columna.⁵⁰ Los conatos de pánico del día anterior se repitieron en mayor número, pero los oficiales, conscientes de lo sucedido en Annual, restablecieron la disciplina con rapidez. Además, el ejemplo de regulares y legionarios sirvió como sostén moral de las unidades más bisoñas, a pesar de las bajas que se acumulaban y entre las que figuraba el general Julián Serrano Orive, que cayó muerto por un disparo en el cuello. Le reemplazó el general Federico Berenguer, que al día siguiente también cayó herido, recayendo el mando en el general Castro Girona.

Por si fuera poco, sobre la ruta de repliegue cayó un fuerte aguacero que convirtió la pista, ya de por sí poco transitable, en un auténtico lodazal que impedía cualquier movimiento de vehículos y material pesado como la artillería.⁵¹ Sin otra opción, Castro

⁴⁸ Telegrama, 17 de noviembre de 1924, leg. 49, carp. 12, SHM.

⁴⁹ Fernández Riera, *Xauen 1924*, 189-190.

⁵⁰ Fernández Riera, 190.

⁵¹ López Barranco, «La guerra de Marruecos en la narrativa española», 62.

Girona ordenó a todas sus fuerzas concentrarse en Zoco el Arbaa y establecer un perímetro fortificado a la espera de que el tiempo mejorase para reiniciar el repliegue.⁵² El primer parte de bajas enviado a Tetuán ponía de manifiesto la dura lucha sostenida. Se informaba de unas 325 bajas, incluyendo 25 oficiales, pero el número no tardó en incrementarse, puesto que la práctica totalidad de la Yebala estaba convergiendo sobre las fuerzas españolas. Al finalizar el día, se habían registrado ya 510 bajas, incluyendo a más de 200 hombres del Tercio de Extranjeros, que habían cargado, como era habitual, con los combates más feroces del día.

El fantasma de Monte Arruit: 20 de noviembre a 15 de diciembre

El 20 de noviembre amaneció también con lluvias que impedían el movimiento, a lo que se sumaba un enemigo cada vez más numeroso concentrado alrededor de las posiciones españolas en el Zoco el Arbaa. Para desesperación de Castro Girona, se le informó que las fuerzas de Abd el-Krim habían cortado la pista al norte del zoco y resultaba imposible abrirse camino porque la constante lluvia había convertido la pista en un mar de barro. Cualquier intento de atacar las posiciones de bloqueo de rifeños y yebalíes se convertiría en un tiro al pato debido a que era imposible maniobrar.

Era una situación que, aparentemente, recordaba demasiado a Monte Arruit: miles de soldados españoles en posiciones rodeadas por las fuerzas de Abd el-Krim y a corta distancia de las líneas propias, pero sin poder llegar a ellas. No obstante, aquí acababan las similitudes. Frente a la colección de unidades rotas y desmoralizadas que fueron masacradas cerca de Melilla, en Zoco el Arbaa se encontraban algunas de las mejores fuerzas coloniales, cuya moral de combate no se había visto afectada y que servían de corsé a las unidades con mayor cupo de reclutas. Además, los problemas de aguada eran menores, ya que los cercados poseían diversas fuentes con las que abastecerse sin abandonar el perímetro fortificado. El mayor problema lo constituían los víveres y las municiones, pues el elevado número de tropas concentradas hacía que dichos suministros se consumieran con rapidez. En el Zoco el Arbaa se hallaban rodeadas cinco banderas legionarias, tres tabores de regulares, cuatro batallones de infantería, cinco baterías de artillería, tres compañías de ingenieros y seis escuadrones de caballería, además de elementos auxiliares como logística, transmisiones o automovilismo.⁵³

Primo de Rivera era perfectamente consciente de que Annual había supuesto la caída del Gobierno y que un desastre análogo podría acarrear lo mismo para su prácticamente recién estrenada dictadura. Por ello, inmediatamente ordenó la creación de una zona segura en Ben Karrich para dar cobertura a la columna cuando pudiese reiniciar su repliegue. En concreto ordenó:

⁵² López Barranco, 62.

⁵³ «Informe despliegue fuerzas», 20 de noviembre de 1924, leg. 49, carp. 12, SHM.

A fin de proporcionar a las fuerzas que se retiren desde Zoco Arbáa un punto de apoyo fuerte y de capacidad suficiente para su efectivo, ordeno al general Don Leopoldo Saro organice defensivamente alrededor de Ben-Karrich una zona de extensión suficiente a dicho fin, sin rebasar Xudia Vísperas, dotándole de comunicaciones en dirección de Sur a Norte por las que puedan desfilar las fuerzas en retirada sin sufrir la presión enemiga así como de posiciones artilleras que permitan apoyar el repliegue y batir las concentraciones que traten de actuar sobre dicha zona.⁵⁴

A pesar de estas disposiciones, Castro Girona era consciente de que no iba a ser nada fácil llegar hasta Ben Karrich. La lluvia era el principal impedimento para realizar cualquier tipo de ruptura en dirección a Tetuán, que sería inmediatamente hostilizado por las fuerzas de Abd el-Krim, sabedoras de que solo había una ruta por la que avanzarían las tropas españolas. Por ello, sería necesario esperar a que mejorase el tiempo. Pasaron veinte días hasta la mejora de las condiciones y de que se secase la pista para permitir el tráfico pesado, sometidos a constantes ataques y «paqueos».⁵⁵

Finalmente, el 10 de diciembre, Castro Girona ordenó el inicio del movimiento hacia Ben Karrich. Se volvió a replicar el procedimiento de acordeón, nuevamente con la legión en retaguardia.⁵⁶ Fue necesario abrirse paso a través de una fuerte resistencia enemiga, con un Abd el-Krim decidido a repetir su gran éxito de 1921; pero esta vez las fuerzas españolas lograron abrirse paso hasta llegar a la posición intermedia de Taranés, donde se efectuó un alto el 11 de diciembre para recomponer la columna.⁵⁷

No fue un repliegue fácil, como atestigua la concesión de la Cruz Laureada de San Fernando al sargento de ingenieros José García Marcos, ese día comandante del camión blindado número 6. Su misión consistía en proteger la retaguardia de la columna, pero los daños recibidos por fuego de fusilería y granadas hicieron que el blindado quedase varado en el camino. Durante dos días, la dotación de nueve hombres resistió los ataques enemigos hasta que el 12 de diciembre, sin agua, comida ni apenas municiones y cargando con cuatro heridos, abandonaron el camión intentando alcanzar las posiciones españolas. Sin embargo, fueron capturados y trasladados al interior del Rif. El sargento fue liberado en 1926, tras casi dos años de cautiverio.⁵⁸

El último movimiento dio inicio el 12 de diciembre. Conscientes los rifeños de que era su última oportunidad para aniquilar a las fuerzas españolas, los combates fueron de una gran intensidad, tal y como recogen los partes que iba emitiendo Castro Girona.⁵⁹

⁵⁴ «Disposiciones defensivas en Zoco ben Karrich», 8 de diciembre de 1924, leg. 49, carp. 12, SHM.

⁵⁵ Fernández Riera, *Xauen 1924*, 197.

⁵⁶ Fernández Riera, 199.

⁵⁷ Fernández Riera, 201.

⁵⁸ Juan Carrillo de Albornoz y Galbeño, «García Marcos, José», *historia-hispanica.rah.es*. <https://dbe.rah.es/biografias/69938/jose-garcia-marcos>.

⁵⁹ Telegrama de Ben Karrich a Tetuán, 12 de diciembre de 1924, leg. 49, carp. 12, SHM.

Al final del día, el recuento de bajas ascendió a 56, siendo el Tercio de Extranjeros, con 19 heridos, y los Regulares, con un muerto y 30 heridos, las unidades más afectadas. Ese mismo día alcanzaban la zona de seguridad de Ben Karrich y, dos días después, la ciudad de Tetuán, donde recibirían la lectura de la orden del día firmada por el propio Primo de Rivera, en la que se exponía su felicitación a las tropas:

Entráis en Tetuán después de realizar las más difíciles operaciones de la guerra; levantar asedios, retirar puestos alejados y replegarse por un largo desfiladero cubierto de enemigos en sus dos flancos. Esto es lo que en la presente ocasión han pedido el honor y la conveniencia de España, y ésta es la empresa que habéis culminado, mucho más difícil que avanzar y, además, demostrativa de mayor abnegación y disciplina. ¡Bravo, señores generales, jefes, clases y soldados!

[...]

Algo queda por hacer. Dominar focos de rebeldía que se han encendido ingrata y cobardemente tras nuestras líneas mientras os batíais bravamente. El escarmiento será breve, pero duro. También en Larache termina hoy la liberación de puestos asediados y el repliegue a las líneas. En Melilla vuestros camaradas, vigilantes, no han cesado de tener inquieto al enemigo.

[...]

Y ahora unas horas de descanso, y en seguida a trabajar; a ultimar la magnífica obra, que el mundo la observa y España espera impaciente la solución de este problema para atender a otros que envuelven su progreso y engrandecimiento.⁶⁰

Más de veinte mil efectivos serían repatriados desde el protectorado a la Península en las semanas siguientes por Primo de Rivera, decidido a aplacar el frente interno antes de decidir el siguiente paso.⁶¹ La retirada había concluido y no habría un nuevo Annual para un Abd el-Krim que el 14 de diciembre había entrado en Xauen⁶² y que no tardaría en ajustar cuentas con El Raisuni, quien fue capturado y ejecutado en enero de 1925.

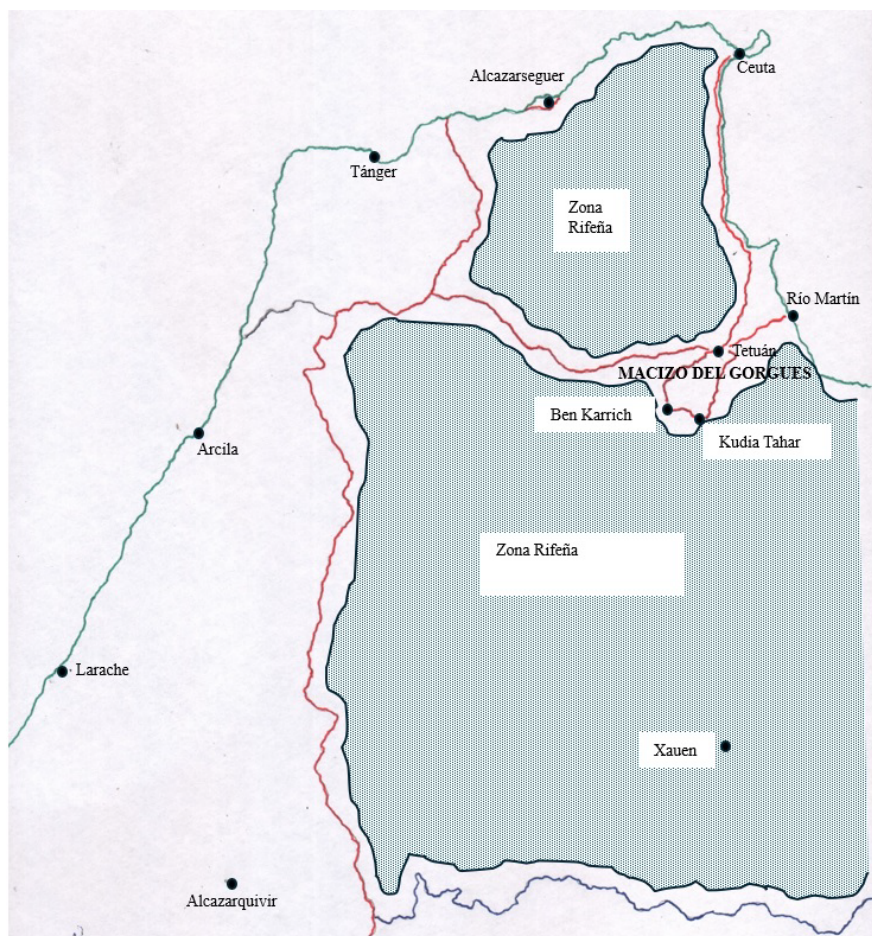
Con la retirada completada, volvió a surgir el debate de los diferentes cursos de acción para 1925. La línea Estella permitiría ganar tiempo para reflexionar sobre la situación sin que se produjese una nueva debacle, aunque no iba a impedir el goteo de bajas provocado por los constantes pequeños ataques de los rifeños a las posiciones españolas. El peso de estas pérdidas iba a recaer ahora en cuerpos como la Legión, la

⁶⁰ Citado en Gómez-Jordana, *La tramoya*, 70-71.

⁶¹ Rodríguez Jiménez, *¡A mí la Legión!*, 226.

⁶² Fontenla Ballesta, *La guerra de Marruecos*, 434.

Policía Indígena y los Regulares, limitando el tributo de sangre de los cupos de reemplazo, lo que, sin duda, aliviaría la tensión en la retaguardia española.



Mapa 2. La línea Estella. Elaboración propia.

Lo que no se iba a aliviar era la presión de los sectores militares africanistas más radicales, quienes clamaban por una movilización general de recursos militares y económicos que permitiese una campaña de desquite tanto desde Melilla como desde Ceuta para alzarse con una incontestable victoria militar. Frente a esta postura, defendida por oficiales como Emilio Mola, José Sanjurjo o el propio Francisco Franco, Primo de Rivera seguía debatiéndose entre el abandono total del protectorado y una combinación de acción política y militar, usando la negociación, acompañada de cuantiosos sobornos a los líderes rifeños, junto a operaciones militares limitadas. Pero entonces, en mayo de 1925, estalló el conflicto entre Abd el-Krim y los franceses en la zona del río Uarga, en lo que se ha venido a denominar el Annual francés. La colusión hispanofrancesa, a pesar

de la opinión contraria del mariscal Hubert Lyautey, era ya un hecho que se concretaría en el desembarco de Alhucemas en septiembre de 1925.⁶³

El mito de las catorce mil muertes españolas

Si la retirada de Xauen generó el mito de la retirada perfecta para los panegiristas de Francisco Franco, en el lado contrario se situarían los críticos con la dictadura de Primo de Rivera, en especial tras la publicación del libro del general López de Ochoa *De la Dictadura a la República* en 1930.⁶⁴ En dicha publicación se ofrecía la cifra de catorce mil bajas españolas durante la retirada de Xauen, cifra que se transformó en muertos según quien comentaba dichos números.

Hoy en día resulta extremadamente difícil establecer una cifra definitiva de bajas sufridas por las fuerzas españolas durante la retirada de Xauen. En una conferencia durante el mes de noviembre de 2024, el general Miguel Balenilla ha afirmado que el total de pérdidas rondaría las dos mil bajas totales.⁶⁵ Fleming y Fleming las cifraban en 7760, que se desglosarían en 1500 muertos, 460 desaparecidos y 5800 heridos.⁶⁶ Vicente Fernández Riera ofrece el dato de 4500 bajas, repitiendo la cifra de 1500 muertos de Fleming y Fleming, pero rebajando a 3000 los heridos.⁶⁷ Por fin, Salvador Fontela se situaría cerca de la cifra ofrecida por el general López de Ochoa, al cuantificar las pérdidas en 13 500 hombres, con 3500 muertos y 10 000 heridos.⁶⁸

Durante las diversas visitas al Servicio Histórico Militar intenté encontrar informes de bajas, pero o bien no existen o se han perdido. Sería necesario confrontar los partes parciales de bajas con los estadillos de fuerzas al inicio y al final de la operación, una tarea para la que no he dispuesto del tiempo necesario. Queda para el posterior trabajo de algún historiador interesado en el tema dicha cuantificación, que aportaría una luz necesaria sobre cuál fue el impacto real de una operación demasiadas veces catalogada como «retirada perfecta».

Conclusiones

La retirada de Xauen, enmarcada dentro del más amplio movimiento de repliegue de las fuerzas españolas para la creación de la línea Estella, fue una decisión intermedia para Primo de Rivera, atrapado entre su discurso abandonista previo a su ascenso al poder y las presiones de diversos grupos de interés, como podían ser gran parte de los

⁶³ María Rosa de Madariaga, *En el barranco del Lobo* (Alianza, 2005), 344-347.

⁶⁴ Eduardo López de Ochoa, *De la Dictadura a la República*, pról. Eduardo Ortega y Gasset (Madrid: Zeus, 1930).

⁶⁵ <https://www.acami.es/noticia/conferencia-la-retirada-de-xauen/> [Consultado por última vez el 10/01/2025]

⁶⁶ S. E. Fleming y A. Fleming, «Primo de Rivera and Spain's Moroccan problem», 89.

⁶⁷ Fernández Riera, *Xauen 1924*, 246.

⁶⁸ Fontenla Ballesta, *La guerra de Marruecos*, 436.

altos oficiales destacados en el protectorado norte y la opinión pública española. Cualquier decisión en favor de uno de estos grupos de presión iba a provocar la inmediata respuesta del opuesto, por lo que se optó por una respuesta intermedia, que permitiese ganar tiempo para consolidar el proyecto nacional del «cirujano de hierro» y reflexionar sobre el mejor curso de acción para terminar la sangría humana y material que representaba la «pacificación» del norte de Marruecos.

Militarmente fue una operación bien conducida, con momentos de especial tensión, como el asedio al que se encontraron sometidas las fuerzas españolas a partir del 20 de noviembre de 1924. Con los recuerdos del desastre de Annual de 1921 aún presentes, se corría el riesgo de una repetición. Pero esta vez la presencia de legionarios y regulares fue un corsé en el que el resto de las tropas españolas se escudaron y pelearon sin perder su cohesión ni su moral de combate.

La creación de la línea Estella fue el principio del fin para Abd el-Krim y su nascente República del Rif. Aunque ninguna guerra se gana a base de retiradas, sí proporcionó a España el tiempo necesario para negociar un acuerdo con Francia que iba a liquidar definitivamente el problema del protectorado norte, si bien aún iban a necesitarse meses de duros combates. Pero de ninguna forma fue esta retirada la operación perfecta ni el plan maestro que algunos han defendido y que he tratado de refutar en las líneas anteriores, al igual que tampoco fue el enorme desastre en vidas que el general López de Ochoa estimó por intereses personales. Como siempre, la exactitud histórica subyace en un término medio, que es el que he intentado mostrar en este trabajo.

Declaración de divulgación

El autor no ha declarado ningún conflicto de intereses potencial.

Hacia el fin de la pesadilla: La retirada de Xauen y su trascendencia para los africanistas (1924-1925)

Toward the End of the Nightmare: The Retreat from Chefchaouen and Its Impact on the Africanist Military Circles (1924–1925)

María Gajate Bajo
Universidad de Salamanca
mariagajate@usal.es

Resumen: Este artículo se publica coincidiendo con la celebración del primer centenario de la controvertida retirada de Xauen, la operación más cruel y sanguinaria dentro del amplio ciclo de combates protagonizados por el ejército español en Marruecos para la edificación de la línea Estella entre los años 1924 y 1925. Su objetivo es analizar el contexto y circunstancias que motivaron semejante apuesta del dictador Miguel Primo de Rivera en la zona occidental del protectorado; una apuesta muy arriesgada tanto en lo estrictamente militar como en el ámbito diplomático. Además, se procurará analizar el impacto y las consecuencias en el corto plazo de esta decisión estratégica en el colectivo africanista. Será preciso, para ello, caracterizar a esta «familia» militar y profundizar en algunos de sus planteamientos políticos, así como en la naturaleza cambiante de su relación con el dictador.

Las fuentes empleadas para el esclarecimiento de estas cuestiones son variadas, si bien es preciso destacar la importancia de la documentación procedente del archivo particular de Miguel Primo de Rivera (la correspondencia con el duque de Tetuán reviste un particular interés). También ha resultado crucial en el desarrollo de esta investigación el testimonio de algunos protagonistas del periodo, sobre todo de procedencia castrense, así como el estudio de los medios periodísticos

que, incluso bajo un régimen de censura, no apartaron su mirada del territorio magrebí e intentaron ampliar el alcance de las decisiones gubernamentales en la dirección de la guerra del Rif.

Palabras clave: repliegue; protectorado; africanistas; Ben Tieb; Xauen; Alhucemas.

Abstract: This article is published to mark the centenary of the controversial retreat from Chefchaouen—the most brutal and bloodstained operation within the broader cycle of battles fought by the Spanish Army in Morocco during the construction of the Estella Line between 1924 and 1925. It analyzes the context and circumstances that led dictator Miguel Primo de Rivera to undertake such a risky endeavor in the western zone of the Protectorate—a hazardous venture that posed significant military and diplomatic challenges. The study also seeks to examine the short-term impact and consequences of this strategic decision on the Africanist military corps. To that end, it characterizes this military “family” and explores some of its political positions as well as the evolving nature of its relationship with the dictator.

This research draws on diverse sources, although special attention has been given to documents from Miguel Primo de Rivera’s private archive—particularly his correspondence with the Duke of Tetuán, which proves especially illuminating. The testimonies of key actors from the period, especially those of military origin, have also been crucial, as has the study of contemporary newspapers which, even under the regime’s censorship, did not avert their gaze from the Maghrebi territories and sought to convey the scope of the government’s decisions in directing the Rif War.

Keywords: retreat; protectorate; Africanists; Ben Taieb; Chefchaouen; Al Hoceima.

Para citar este artículo: María GAJATE BAJO: “Hacia el fin de la pesadilla: La retirada de Xauen y su trascendencia para los africanistas (1924-1925)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 14, N° 29 (2025), pp. 39-59.

Recibido 16/04/2025

Aceptado 27/06/2025

Hacia el fin de la pesadilla: La retirada de Xauen y su trascendencia para los africanistas (1924-1925)

María Gajate Bajo
Universidad de Salamanca
mariagajate@usal.es

Introducción

El ejército español destacado en Marruecos protagonizó, cuando estaba a punto de concluir 1924, una de las campañas más brutales en la corta historia del protectorado: la conocida como «retirada de Xauen», que ahora cumple su primer centenario. Por entonces, el conglomerado africanista se hallaba bien definido y consolidado, después de más de una década de luchas con elevado coste humano y económico.¹

Su identidad, encarnada sobre todo en la oficialidad de las tropas de choque, había empezado a gestarse, por raro que parezca, a raíz de las campañas antillanas y más claramente tras los combates de 1909, coincidiendo con el infortunado episodio del Barranco del Lobo.² El malestar popular provocado por las numerosas bajas peninsulares motivó, dos años después, la creación de los primeros Grupos de Regulares de Melilla³ y la aprobación en 1912, tras un dilatadísimo debate parlamentario, de una nueva ley de Reclutamiento y Reemplazo.⁴ La cosmovisión de los africanistas continuó perfilándose durante la siguiente década, un periodo en el que se debatió largo y tendido sobre el

¹ Sobre el rendimiento económico de la región, véase Víctor Morales Lezcano, *El colonialismo hispano-francés en Marruecos (1898-1927)* (Siglo XXI, 1976), 70-75. La zona asignada a España en Marruecos contaba con una superficie de 22 790 kilómetros cuadrados. Se trataba de un terreno bastante montañoso, con un régimen hidrográfico muy pobre y un clima adverso. Vivían en el protectorado sesenta y seis tribus diferentes y el espacio agrícola aprovechable no representaba más que el 15 % de la superficie total.

² Francisco Gracia Alonso, *Gobernar el caos: Una historia crítica del Ejército* (Desperta Ferro, 2024), 287-303. El año 1898, recordado por las derrotas de Santiago y Cavite, supuso un batacazo para el prestigio militar e impuso la necesidad de adaptar la organización del Ejército a una nueva distribución de efectivos. Este primer desastre también acarrió el reverdecimiento de un acentuado anticatalanismo entre la oficialidad.

³ José María Jiménez Domínguez, *Fuerzas Regulares Indígenas: De Melilla a Tetuán, 1911-1914* (Almena, 2006).

⁴ Fernando Puell de la Villa, *Historia del Ejército en España* (Alianza, 2000), 134-140. El nuevo servicio militar tenía una duración total de dieciocho años, correspondiendo tres a la primera situación de servicio activo. Frente a la pretendida universalización de clara inspiración germana, la ley creaba la figura de la cuota militar. En tiempos de paz, el cuota podía elegir destino, evitando por norma ir a África. Debían costear su uniforme, equipo y alimentación e, incluso, el caballo. No pernoctaban en el cuartel y estaban libres de servicios mecánicos. En 1912 se registraron 6599 cuotas, que ascendieron a 16 242 en 1920.

pactismo, porque empezaron a comprobarse sus nefastas implicaciones,⁵ y en el que también se conformó el movimiento de las Juntas de Defensa.⁶ Por último, el africanismo alcanzó su plenitud en el tiempo comprendido entre 1921, a raíz del desastre de Annual y la emergencia del problema de las responsabilidades, y 1925, fecha del desembarco de Alhucemas que consagró a este grupo como «familia» hegemónica en el Ejército y, al mismo tiempo, apuntaló al general Miguel Primo de Rivera en el poder.⁷

Hechas estas precisiones cronológicas, en las páginas que siguen se pretende esclarecer cuáles eran los rasgos definitorios de esa cosmovisión africanista durante los momentos previos al pronunciamiento del 13 de septiembre de 1923 y, sobre todo, cómo reaccionaron ante la decisión de abandonar Xauen. En segundo término, se aspira a entender mejor la relación entre este colectivo y el dictador, así como las circunstancias que rodearon la controvertida apuesta por el repliegue. Como es bien sabido, el presidente del Directorio Militar, pese a su dilatada experiencia en tierras marroquíes, no era un africanista, aunque tampoco se mostró como un juntero al uso. De hecho, fue su falta de dogmatismo, ese instinto para alumbrar con una vela a Dios y con otra al diablo, lo que le permitió adecuarse a unas circunstancias cambiantes y transitar del credo abandonista al entendimiento coyuntural con los africanistas.

Conviene, antes de abordar estas cuestiones, reparar en la complejidad del periodo que siguió a la debacle de Annual. En realidad, meses antes de la estampida española ya se había evidenciado el creciente hartazgo de un monarca desasistido por sus consejeros y obsesionado por el peligro comunista. En mayo de 1921, Alfonso XIII pronunció en el Círculo de la Amistad de Córdoba un controvertido discurso:

La responsabilidad ha sido conferida al Parlamento y esto es muy grave decirlo, pero es la pura verdad, que el Parlamento no cumple con sus deberes y muchos de los proyectos que se le presentan y que podían ser de gran beneficio para el país, se impide que progresen. Se produce un aparente debate, en el que el deseo de mejorar el proyecto no aparece, sino más bien existe el deseo de que no prospere para mejor servicio de sus fines políticos. El tiempo pasa y el Gobierno cae, otros

⁵ Sobre la «compra de voluntades», María Rosa de Madariaga, «El lucrativo negocio del Protectorado español», *Hispania Nova* 16 (2018): 591-598. Es conocido el caso del alto comisario Francisco Gómez-Jordana, que en 1918 murió desfallecido, sobre su mesa de trabajo, y humillado por el obligado repliegue ante los caprichos del jerife El Raisuni.

⁶ Ana Isabel Alonso Ibáñez, *Las Juntas de Defensa Militares (1917-1922)* (Ministerio de Defensa, 1998). En las guarniciones peninsulares, la oficialidad más pacata estuvo condenada, al contrario que en Marruecos, a llevar una vida rutinaria y ajena al favoritismo regio. Su descontento profesional y malestar económico fraguaron, en el contexto inflacionista de 1917, el movimiento de las Juntas de Defensa.

⁷ Como ejemplo de esclarecedoras visiones panorámicas del desastre de Annual, de sus repercusiones y del protagonismo político de Abd el-Krim, Pablo La Porte, *La atracción del imán: El desastre de Annual y sus repercusiones en la política europea (1921-1923)* (Biblioteca Nueva, 2001); María Rosa de Madariaga, *España y el Rif: Crónica de una historia casi olvidada* (UNED, 2008); y, por último, Richard C. Pennel, *La Guerra del Rif: Abdelkrim El-Jattabi y su estado rifeño* (UNED; La Biblioteca de Melilla, 2001).

hombres ocupan sus puestos, y, una vez más, el Rey firma el mismo proyecto para presentarlo a las Cortes y aquellos que, en principio, lo aprobaban, pero que fracasaron en lograr su aprobación, por Ley o lógica política, al estar en la oposición, se oponen entonces a él [...] Sé el terreno que piso y sé lo que puedo decir. Y porque lo sé, y en vista del estado de cosas que he descrito, siento la necesidad de que las provincias inicien un movimiento de apoyo al Rey y entonces en el Parlamento el bienestar de la Nación triunfará.⁸

La inutilidad del Parlamento ilustraba lo quebrantado que se hallaba el andamiaje de la Restauración. Desde 1913, momento iniciático de esa evidente deriva, el Partido Conservador estaba fraccionado entre los conocidos como «idóneos» —o, lo que es lo mismo, los datistas— frente a los mauristas. Cuatro años después, también el Partido Liberal se escindió en tres grandes bloques. La sucesión de todos ellos, a un ritmo cada vez más vertiginoso, revelaba que, más allá del descrédito parlamentario, el verdadero problema del sistema radicaba en la prostitución del sufragio. Tal y como reconocía el maurista José Calvo Sotelo: «Cuando el poder público convocaba a comicios, o se aplicaba el frondoso y bienquisto artículo 29, o se simulaba la mecánica electorera».⁹

Al mismo tiempo, la Unión General de Trabajadores (UGT) crecía notablemente en puertos y ciudades, y el Partido Comunista de España (PCE) adquiría carta de naturaleza casi coincidiendo con Annual. La división y radicalización del movimiento obrero —en respuesta, sin duda, al pistolero y a episodios como el asesinato de Salvador Seguí (marzo de 1923)— condicionaron profundamente este momento histórico, sin olvidar el mesianismo de una opinión pública desilusionada, la intensificación del nacionalismo catalán, muy apreciable desde la huelga de La Canadiense en febrero de 1919, y la ambición de poder de algunos generales. Este fue el caso del general Francisco Aguilera, encumbrado por las masas debido a su tan apreciable empeño por depurar responsabilidades tras la hecatombe de Annual, pero humillado por la clase política —con bofetón incluido— e inhabilitado, finalmente, para encabezar un golpe.¹⁰

El Gobierno conservador de José Sánchez-Guerra se esmeró a la hora de contemporizar con el movimiento obrero durante la segunda mitad de 1922. Entre otras cosas, permitió la rehabilitación de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), lo que

⁸ Charles Petrie, *Alfonso XIII y su tiempo* (Dima, 1967), 178. La trascendencia, así como las peligrosas implicaciones de este discurso, fueron puestas de relieve por Miguel de Unamuno, entre otros. Meses después de conocerlo, aseveró: «Cuando se estudie la historia íntima del régimen político de España en estos años, se verá que el Desastre de Annual ha sido una fortuna. Sin él habríase intentado el golpe que se anunció en Córdoba». Miguel de Unamuno, «La hora de la libertad», *El Socialista*, 22 de marzo de 1922.

⁹ José Calvo Sotelo, *Mis servicios al Estado* (Instituto de Estudios de la Administración, 1974), 16.

¹⁰ Francisco Alía Miranda, *Duelo de Sables: El general Aguilera, de ministro a conspirador contra Primo de Rivera (1917-1931)* (Biblioteca Nueva, 2006), 131-137. Se relatan los incidentes del 3 y el 5 de julio de 1923 en el Senado, primero con Sánchez de Toca y luego con Sánchez-Guerra, que hundieron el prestigio de este general, presidente del Consejo Supremo de Guerra y Justicia (al parecer, para satisfacción regia).

enfureció a la Lliga Regionalista; destituyó a Martínez Anido como gobernador civil de Barcelona, lo que molestó a la burguesía catalana (aunque sí satisfizo a la Lliga, que consideraba al general *españolista* en exceso); y, como se verá, también intentó aplacar la cólera socialista llevando al Congreso el malhadado asunto de las responsabilidades. No obstante, esto terminaría por sobrepasar al Gobierno de Sánchez-Guerra. Con su caída en diciembre, el panorama político se tornó muy preocupante.

Breve estado de la cuestión: El africanismo castrense y sus rasgos definitorios

Desde el principio de su andadura, los militares se enseñorearon en la zona asignada al norte de Marruecos.¹¹ Teóricamente, con la fórmula jurídica del protectorado se buscaba arrastrar a los *nativos* hacia la «civilización» desde la premisa de la conservación y el respeto hacia las formas de gobierno local, que estaría únicamente tutelado por un interventor.¹² Sin embargo, la realidad se alejó pronto de estas aspiraciones, preñadas de altruismo, porque España carecía de una experiencia colonizadora previa, aunque podía presumir de una dilatadísima historia de conquistas. Al menos hasta 1927, los oficiales africanistas hicieron de su porción del sultanato poco menos que un feudo: un espacio en el que enriquecerse y para promocionar en el escalafón.¹³ El protectorado, por tanto, les ofreció la posibilidad de dar rienda suelta a su espíritu imperialista y de hacer brillantes carreras con meteóricos ascensos. Además, supieron obtener buen rédito del caos peninsular, cifrado en la existencia tanto de una población desnortada cuando se trataba de definir la política exterior como de unos gobiernos ensimismados, más volcados en la mera supervivencia que ejerciendo el poder ejecutivo.

Sin embargo, el Ejército era una institución compleja y desafiante: macrocefálico, mal retribuido y peor equipado, anímicamente abatido y socialmente aislado, porque su creciente intervencionismo en materia de orden público estaba alimentando el viejo fantasma golpista.¹⁴ Sus tradicionales disputas internas nacían de los desiguales

¹¹ Sobre los primeros acuerdos para la colonización del territorio, Youssef Akmir, *De Algeciras a Tetuán, 1875-1906: Orígenes del proyecto colonialista español en Marruecos* (Instituto de Estudios Hispano-Lusos, 2009).

¹² Instrumentos auxiliares de las Oficinas de Intervención fueron el Consultorio de Moros y la Escuela de Moros. El médico y el maestro fueron siempre hábilmente utilizados para el «tanteo político» de las cabilas. Véase José Luis Villanova, «La formación de los interventores en el Protectorado español en Marruecos (1912-1956)», en *El Protectorado español en Marruecos: Gestión colonial e identidades*, ed. Felipe Rodríguez Mediano y Helena Felipe (CSIC, 2002), 247-280; y José Luis Villanova, «La pugna entre militares y civiles por el control de la actividad interventora en el Protectorado español en Marruecos (1912-1956)», *Hispania* 220 (2005): 683-716.

¹³ Carolyn P. Boyd, *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII* (Alianza, 1990), 51-53. Los africanistas disfrutaron de sueldos que duplicaban al de sus compañeros en la península y de ascensos mucho más rápidos en un contexto de saturación de las escalas.

¹⁴ La aprobación en 1906 de la ley de Jurisdicciones precipitó la deriva castrense hacia posiciones ultraconservadoras. Su participación destacada en los sucesos de 1917 redundaría en el mismo sentido. Para más detalles sobre la organización y preparación doctrinal del ejército en los meses previos al Desastre de 1921, Fernando

privilegios de que gozaba cada arma. Así, la caballería y la infantería a menudo se creían relegadas ante los cuerpos más técnicos y elitistas como eran la artillería, ingenieros y el Estado Mayor.

Un primer trabajo que perfiló la existencia de cuatro facciones dentro del Ejército español fue el de Balfour y La Porte.¹⁵ Los autores distinguieron una cultura juntera, otra dominada por los burócratas peninsulares, la de los politizados a favor de la república y, por último, la heterogénea cultura africanista. En este último caso, la oficialidad, como la tropa, estaba unida por un comprensible sentimiento de camaradería derivado de la brutalidad de la vida en campaña. No obstante, aludieron al contraste entre mandos civilistas y militaristas, enfatizando que fue en Marruecos donde se perfilaron los dos bandos que posteriormente se enfrentaron en la Guerra Civil.¹⁶

El africanismo arraigó particularmente entre la oficialidad de las tropas de choque (el Tercio y los Regulares), las que más claramente contemplaron Marruecos como tierra de expiación y escenario para una mágica reconstitución.¹⁷ Casi todos los africanistas apelaron a la importancia geopolítica de esta región para defender un imperialismo de naturaleza compensatoria y, de paso, para censurar la labor de los diplomáticos. Además, exhibieron frecuentemente un españolismo férreo, iliberal y nostálgico, que glorificaba el arrojo en combate al tiempo que desdeñaba en la esfera política, sobre todo, a los socialistas. Hicieron del fanatismo bélico, o de su codicia por las laureadas, sus principales rasgos identitarios.

Pese al éxito publicitario de la frase de Ortega y Gasset «Marruecos hizo del alma dispersa de nuestro Ejército un puño cerrado», el faccionalismo castrense se intensificó durante la guerra del Rif. Muchos militares partidarios de la penetración política —pero, insistimos, no todos— se formaron en la Escuela Superior de Guerra (el joven Francisco Gómez-Jordana, Emilio Barrera, Ignacio Despujol, Gabriel Morales o Juan Picasso). Otros se emplearon como mandos de las fuerzas de policía e hicieron gala de un carácter respetuoso, cuando no de franca admiración, hacia los marroquíes (Juan Luis Beigbeder, por ejemplo). Frente a este colectivo, los militares más belicosos, aquellos que apostaban por la gloria —los «flamencos», como los bautizó Primo de Rivera—,¹⁸ se atareaban en la dirección de las mentadas tropas de choque y exhibían un común desprecio hacia sus compañeros del Estado Mayor.

Puell de la Villa, «El ejército español en vísperas de Annual», *Studia Historica: Historia Contemporánea* 39 (2021): 17-47.

¹⁵ Sebastian Balfour y Pablo La Porte, «Spanish military cultures and the Moroccan wars, 1909-1936», *European History Quarterly* 30 (2000): 310.

¹⁶ Sebastian Balfour, *Abrazo mortal: De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)* (Península, 2002), 381-435.

¹⁷ Un estudio pionero del colectivo en Andrés Mas Chao, *La formación de la conciencia africanista en el Ejército español (1909-1926)* (Servicio Geográfico del Ejército, 1988). Una síntesis más certera en Federico Villalobos, *El sueño colonial: Las guerras de España en Marruecos* (Ariel, 2004), 55-88.

¹⁸ Susana Sueiro Seoane, *España en el Mediterráneo: Primo de Rivera y la «cuestión marroquí», 1923-1930* (UNED, 1993), 322-323.

Todavía es posible abundar más en estas tipificaciones y hay quien repara en que bastantes africanistas hicieron del protectorado el paraíso de la corrupción y del favoritismo. Los primeros, como recuerda la arabista Madariaga, fueron los bautizados en la Península como «caponíferos».¹⁹ Consiguieron pequeñas fortunas a través del pluriempleo, del contrabando armamentístico y también desviando un porcentaje de los fondos públicos dedicados a la construcción de carreteras y cuarteles, así como al suministro de víveres, a las manos del oficial de turno. Quizás el más célebre de todos estos chanchullos fue el conocido como escándalo del millón de Larache.²⁰ Al sobrevenir el desastre en Annual, muy pocos de estos oficiales lucharon por mantener la moral elevada entre sus soldados.

Los segundos, retratados en la prensa casi como héroes de leyenda, recibían el apodo de «jabatos». Lo que ocurre, en el fondo, es que los más militaristas conforman, sin duda, el subgrupo de caracterización más discutible. Porque ¿acaso es razonable incluir en el mismo saco a Manuel Fernández Silvestre, José Sanjurjo, José Cavalcanti, Leopoldo Saro, Francisco Franco o José Millán-Astray? Según el hispanista Sebastian Balfour, se creyeron caballeros cristianos de la España medieval y practicaron a menudo —que no siempre y, de nuevo, importan los matices— un disoluto estilo de vida, cultivando una ideología fundamentada en el culto extremo hacia la violencia, la creencia en la redención tras la muerte en el frente y un exacerbado machismo. Curiosamente, fue este fanatismo guerrero el que les indujo a rechazar siempre el empleo de armas químicas en el Rif. Ellos anhelaban la gloria, las distinciones y, en definitiva, la guerra como forma ideal de existencia.²¹

Decididos, pues, a sortear las siempre objetables categorizaciones, algunos investigadores han preferido volcar sus energías en definir y explicar la evolución del colectivo africanista desde enfoques próximos a la antropología y la sociología. Gustau Nerín, al investigar la personalidad, las ideas y la actuación de estos combatientes, ha logrado hacernos entender mejor la brutalidad de la posterior guerra civil, ofreciendo además una interpretación innovadora del franquismo, mucho menos emparentado con el pensamiento fascista que con la experiencia colonial.²² Más recientemente, Daniel Macías ha procurado también adentrarse en el universo mental de los africanistas con una exhaustiva investigación sobre qué supuso para ellos el trauma de 1898 o, andado el tiempo, el desarrollo y puesta en marcha de métodos expeditivos de avance (las razias o los gaseamientos). A su juicio, la práctica de la guerra irregular generó una espiral de

¹⁹ María Rosa de Madariaga, *En el Barranco del Lobo: Las guerras de Marruecos* (Alianza, 2005), 250-265.

²⁰ Carlos Sánchez Tárrago, *El millón de Larache: Cien años después (1923-2023)* (Sial; Casa de África, 2023), 19-34.

²¹ Balfour, *Abrazo mortal*, 327.

²² Gustau Nerín, *La guerra que vino de África* (Crítica, 2005), 71-90. Esta investigación analiza magistralmente los posicionamientos políticos de los africanistas durante el primer tercio del siglo XX, marcados por una visión conspirativa de la historia.

violencia que marcó profundamente a los africanistas, dotándolos de un *esprit de corps*, una conciencia de enorme singularidad. La exaltación de las virtudes castrenses y viriles que promovió el africanismo condujo al surgimiento de una mística de la muerte; una estética particular, definida por el culto hacia las cicatrices y heridas; y, por último, formas de ocio también distintivas (el alcoholismo y la prostitución).²³

Sensibilidades heridas: Antecedentes político-militares del 13 de septiembre de 1923

Desde muy temprano —podría servir de referencia la celebración de la Conferencia de Algeciras (1906)—, los partidos y sus dirigentes fueron cambiando la política marroquí en función de múltiples variables: la actitud de la opinión pública, la disponibilidad de recursos, los apremios del rey, la sensibilidad de los distintos líderes, la conducta más o menos leal de los rebeldes marroquíes, etc. En cambio, los africanistas, desde una óptica más simple por rígida, creían que todos estos vaivenes constituían una debilidad; una flaqueza que se acrecentó, como ya se ha anticipado, a finales de 1922.

La crisis del Ejecutivo presidido por Sánchez-Guerra se solucionó con el regreso al poder de los liberales, formándose un Gobierno presidido por Manuel García Prieto, con Santiago Alba en Estado y Niceto Alcalá-Zamora en Guerra. Había tres puntos de su programa político que iban a resultar determinantes para abrir la ruta hacia el golpe de Estado: priorizar la acción civil sobre la militar en el protectorado, llegar hasta el final en la exigencia de responsabilidades por el desastre de Annual y reducir los gastos de personal militar mediante la amortización de vacantes y el cierre de las academias militares. Mientras que los dos primeros puntos enojaron a los africanistas, el último molestó a la mayor parte de la oficialidad, que se consideró, una vez más, convertida en cabeza de turco de las políticas de ahorro.²⁴

Procurando esa preeminencia de lo civil, el traslado de Luis Silvela desde el Ministerio de Marina a la Alta Comisaría en febrero de 1923 tensó sobremanera la situación.²⁵ El mensaje de Santiago Alba era de una claridad meridiana: buscaba el sometimiento de los militares, pero logró desatar los primeros y alarmantes rumores de «ruido de sables y espuelas por todas partes». Además, le atribuyó en exclusiva «la iniciativa de cuantas operaciones hayan de efectuarse en el Protectorado», prohibiendo el inicio de cualquier acción de guerra sin su conocimiento y obligando a los comandantes generales a someter a su aprobación cualquier plan que creyeran necesario emprender, así

²³ Daniel Macías Fernández, *Franco «nacido en África»: Los africanistas y las campañas de Marruecos* (Tecnos, 2019), 59-99, 321-347. Sobre la llamativa relación amor-odio entre africanistas y combatientes marroquíes, véase Daniel Macías Fernández y María Gajate Bajo, «Ni contigo ni sin ti: La africanidad en el discurso de los militares africanistas (1909-1927)», *El Futuro del Pasado* 14 (2023): 377-408.

²⁴ Fernando Puell de la Villa y María Gajate Bajo, *La sombra de Alfonso XIII: El general Saro, de Cuba a Alhucemas* (Marcial Pons; Ministerio de Defensa, 2025), 287-289.

²⁵ Real Decreto de 16 de febrero de 1923, *Gaceta de Madrid* 49 (18 de febrero de 1923): 602.

como cualquier otro proyecto que consideraran preciso, incluida la «construcción de pistas, carreteras y ferrocarriles de carácter militar».²⁶

A resultas de estas disposiciones, cambió el rumbo de las reuniones del bautizado como Cuadrilátero, que se habían iniciado a raíz del encartamiento de Dámaso Berenguer y con el propósito de «acabar con la influencia civil en Marruecos e imponer la acción militar a fondo hasta sofocar la insurrección de los rifeños».²⁷ En adelante, sin embargo, se dedicaron a reunir información sobre el estado de opinión de la oficialidad y a sopesar la conveniencia de contar con un teniente general que detuviera el asunto de las responsabilidades. Sabido es que, después de la humillación pública del general Aguilera, quien terminaría por encabezar la sublevación fue el general jerezano Miguel Primo de Rivera. Insistimos en que no compartía el credo africanista, pero sí su profundo carácter antisistema.

Sea como fuere, dos ideas primaban en el pensamiento africanista antes del 13 de septiembre de 1923: la sensación de que España iba a la deriva por culpa de los políticos, a cada cual más incompetente a la hora de plantear una solución para el problema marroquí;²⁸ y la del agravio comparativo, porque estaban siendo testigos de cómo avanzaba la depuración de las responsabilidades militares —en virtud de la meticulosa investigación efectuada por el general Picasso y luego ampliada por el Consejo Supremo de Guerra y Marina—, pero no la de las responsabilidades políticas.²⁹ Si bien el Ejecutivo de Sánchez-Guerra había otorgado carta de naturaleza a dos comisiones parlamentarias para hacerlas efectivas y para responder a las increpaciones del diputado socialista Indalecio Prieto, sus trabajos transcurrían con una exasperante lentitud en un ambiente intoxicado. La llamada Comisión de los Diecinueve, incapaz de alcanzar un dictamen, fue sustituida en 1923 por la Comisión de los Veintiuno. Los diputados que integraban esta se reunieron varias veces, recabando información adicional del antiguo alto comisario Berenguer, Gómez-Jordana, José Riquelme y otros. Después de las vacaciones estivales, el pleno no pudo reunirse, aunque el voto de sus conclusiones estuviera previsto para el 2 de octubre, porque se le adelantó Primo de Rivera.

²⁶ Real Orden de 19 de febrero de 1923, *Gaceta de Madrid* 51 (20 de febrero de 1923): 626-627.

²⁷ Cándido Pardo González, *Al servicio de la verdad: Las Juntas de Defensa Militares, el Protectorado de Marruecos y Alhucemas, la Dictadura del segundo marqués de Estella. Aportaciones para un estudio crítico de la Dictadura del General Primo de Rivera* (Madrid: Imprenta Rehyma, 1930), 357.

²⁸ Ramón Díez Rioja, «El desembarco de Alhucemas: La operación definitiva del colonialismo español en Marruecos (1911-1925)» (tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2019), 248-263. A mediados de 1923, Silvela, para mayor disgusto de los africanistas, desechó el proyecto de desembarco y ocupación de Melilla defendido por el general Severiano Martínez Anido, entonces comandante general de Melilla. Se necesitaban cincuenta mil hombres para su ejecución, lo que chocaba de lleno con los planes del gobierno de concentración liberal.

²⁹ «La revisión de fortunas», *La Acción*, 31 de julio de 1923, 1. El editorial es un brutal ataque hacia los políticos: «Es una gran infamia, porque si no hay Ejército ni lo había cuando Annual, y por eso hubo Annual, a los políticos se debe y solamente a ellos».

De modo secundario, otros elementos también incidieron en la consolidación de la cosmovisión africanista. La atmósfera política y militar se hallaba enrarecida por la prohibición de las comisiones informativas, ya que, aunque las juntas habían sido teóricamente desarticuladas, continuaban maniobrando en la sombra. La hostilidad entre ambas familias militares alcanzó uno de sus momentos estelares con la celebración del juicio por el convoy a Tizza. A finales de septiembre de 1921, durante las operaciones de desquite que siguieron al hundimiento casi total de la comandancia de Melilla, los españoles se propusieron levantar el cerco al que estaba sometido el estratégico enclave de Tizza. Ante la resistencia tan enconada que ofrecía el enemigo y a la vista de la ineficacia de sus subordinados, el general Cavalcanti decidió lanzarse al galope con un pequeño grupo de jinetes para cubrir la distancia de un kilómetro e introducir suministros en la posición. Esta acción, en la que cayeron dos oficiales y sesenta y siete soldados, supuso su procesamiento en 1923 y, aunque resultaría absuelto al año siguiente, envenenó a los junteros, sobre todo al ser propuesto para una segunda laureada. Además, se condenó a penas leves de prisión correccional militar a algunos mandos bajo sus órdenes: un general de brigada (Tuero) y a dos coroneles (Lacanal y Sirvent), todos integrantes de las juntas.³⁰

Tampoco debemos perder de vista el enorme malestar que había generado en los africanistas el pago de un rescate por los prisioneros que Abd el-Krim mantenía en Axdir, la capital de su recién nacida república. Santiago Alba gestionó el rescate de los 367 oficiales, soldados y civiles que aún seguían en poder de Abd el-Krim. Su liberación tuvo lugar el 27 de enero de 1923, a cambio del pago de 4 millones de pesetas (casi 11 millones de euros), otras 270 000 (715 000 euros) de indemnización por gastos de transporte y manutención y la puesta en libertad de 40 rifeños presos en España. Mientras que la prensa liberal celebró el rescate, la conservadora desató una campaña contra García Prieto y Alba, presentándolos como enemigos de la Iglesia, la propiedad y el Ejército.³¹ En particular, Alba fue duramente censurado, ya que el ejército interpretó el pacto para el rescate como una humillación. Las críticas de los africanistas se pusieron de manifiesto en un escrito publicado por la Unión Ciudadana el 12 de febrero.³² No obstante, Silvela se mostró firme en su compromiso con la implantación de un protectorado de carácter civil, en lugar de seguir una política de conquista.³³ Este cambio de orientación desembocó, en junio, en una situación de total desesperación para los soldados españoles, que quedaron atrapados en la posición de Tizzi Assa.³⁴

³⁰ Expediente 51, n.º 34, 10-19, Reservado, Tribunal Supremo, Archivo Histórico Nacional [AHN], Madrid. También «El general Tuero y los coroneles Lacanal y Sirvent, condenados. El general Cavalcanti, absuelto», *El Sol*, 23 de febrero de 1924, 3; y «Tuero, Lacanal y Sirvent en libertad», *El Sol*, 11 de julio de 1924, 3.

³¹ «El rescate de los cautivos de Axdir», *La Época*, 29 de enero de 1923, 1-2.

³² Shlomo Ben-Ami, *La dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)* (Planeta, 1984), 31.

³³ «Los problemas amenazadores», *El Sol*, 5 de mayo de 1923, 1.

³⁴ Más detalles sobre estos combates en Jaime Latas Fuertes, *La batalla por Tizzi-Azza y la muerte de Valenzuela* (Galland Books, 2023).

Una última circunstancia que generó el monumental cabreo de los africanistas fue la blanda actuación de la justicia castrense tras el amotinamiento de la tropa en Málaga en agosto 1923. El jueves 23 de agosto, la tensión en las salas de banderas y en la calle se agudizó al saberse que en el muelle de Málaga se había amotinado la tropa de un regimiento que estaba a punto de embarcar hacia Melilla. El orden se restableció entrada la noche, con un balance de un suboficial muerto y un oficial y seis soldados heridos a manos de los amotinados, de los que 74 fueron detenidos y 39 desertaron. Nada más conocer lo sucedido, Primo de Rivera forzó a Sánchez-Guerra a aplicar «un pronto y ejemplar castigo si se quiere evitar posibles repeticiones en peores circunstancias, como hubieran concurrido al embarcar en Bilbao en un ambiente de rebeldía y huelga» y aprovechó la ocasión para dar su opinión sobre lo que debería hacerse en Marruecos, un problema «espiritual y económico [que] incuba y facilita la revolución social comunista, cada día más preparada y dispuesta». ³⁵

El lunes siguiente, un consejo de guerra sumarísimo condenó a muerte a un cabo y a penas de privación de libertad a 14 soldados. El martes, ante el clamor popular y periodístico que pedía la conmutación de la sentencia de muerte, el Gobierno interrumpió sus vacaciones y se avino a concederla, lo que encorajinó a la oficialidad. ³⁶ Una semana después, la indignación se disparó al publicarse en una revista de gran circulación la fotografía del cabo abrazado al comandante juez instructor y al capitán encargado de su defensa tras comunicárselo. ³⁷ Para el Ejército de África, este indulto suponía un ataque en toda regla a la disciplina castrense.

Los acontecimientos se precipitaron desde este preciso instante. Aunque no nos detendremos en ello, Primo de Rivera se alzó con la dirección del país apenas una semana más tarde, esgrimiendo un rudimentario programa de corte regeneracionista conservador. ³⁸ Entre sus grandes propósitos figuraban la estabilidad gubernamental, la procura de una menor conflictividad social, el sometimiento de los nacionalistas vascos y catalanes y, por último, una solución para el «avispero» rifeño. ³⁹ Sin embargo, podemos anticipar que, hasta bien avanzado 1924, su política marroquí fue continuista y la tropa en el protectorado se mantuvo casi siempre a la defensiva.

³⁵ Carta mecanografiada del general Primo de Rivera al presidente Sánchez-Guerra, 25 de agosto de 1923, carpeta 1 bis, Golpe de Estado, Archivo Particular de Primo de Rivera [APR], Madrid.

³⁶ «Los sucesos de Málaga», *El Sol*, 25 de agosto de 1923, 1; «El Rey ha indultado al cabo Sánchez Barroso», *El Sol*, 29 de agosto de 1923, 1. Varios errores procesales justificaron el indulto, pero los africanistas desconocían estos detalles. Véase Gerardo Muñoz Lorente, *La dictadura de Primo de Rivera* (Almuzara, 2022), 47.

³⁷ «El cabo Sánchez Barros [sic], indultado», *Mundo Gráfico*, 5 de septiembre de 1923, 13.

³⁸ Puell de la Villa y Gajate Bajo, *La sombra de Alfonso XIII*, 292-310.

³⁹ Roberto García Villa, 1923: *El golpe de Estado que cambió la historia de España* (Espasa, 2023), 585-589.

Primo de Rivera y sus primeros pasos en la dirección de la política marroquí

Es algo muy sabido, incluso un tópico al perfilar su trayectoria vital, que Primo de Rivera había sido cesado como gobernador militar de Cádiz en 1917 y como capitán general de Madrid cuatro años después, a causa de sus manifestaciones favorables al abandono militar del protectorado y a la permuta con Gran Bretaña de las plazas de Ceuta y Gibraltar.⁴⁰ No obstante, decidido a asumir los mandos del país, comenzó mostrándose precavido en el famoso manifiesto de septiembre de 1923: «Ni somos abandonistas ni creemos pendiente de un terco empeño en Marruecos el honor del ejército. Buscaremos al problema de Marruecos solución pronta, digna y sensata», postura que calificó como «pragmatismo estratégico».

En verdad, el dictador contemplaba la guerra marroquí como una cuestión de primer orden, a pesar de sus querencias abandonistas, y ello le indujo a tomar dos decisiones urgentes que, dada la coyuntura, se revelaron acertadas: la fijación de una relación directa con el alto comisario, prescindiendo de la intermediación del Estado y del Ministerio de la Guerra, tan tormentosa en el pasado;⁴¹ y el nombramiento al frente de la Alta Comisaría de un militar, el general Luis Aizpuru, eliminando el carácter civil de este cargo en un momento de considerable tensión bélica.⁴² En la esfera pública, Primo de Rivera procuró en las mismas fechas arrinconar la idea de un desembarco en Alhucemas, señalando que no era algo apremiante.⁴³ En cambio, sí ordenó el licenciamiento de miles de reclutas e inició una negociación con los rifeños, al tiempo que prometía resolver el problema de Marruecos por medio de «las armas y la diplomacia juntas».⁴⁴

Al margen de estas manifestaciones, el presidente del Directorio estaba muy preocupado por las acometidas de «El Jeriro», lugarteniente de Abd el-Krim, en todo el territorio yebalí. Entre otras, se habían planteado situaciones muy dramáticas, como la vivida durante el cerco de Kobba Darsa en junio de 1924 o el aniquilamiento de Taza a finales de agosto. Abd el-Krim había logrado alumbrar un nuevo Estado, la efímera República del Rif, dotado de un ejército fuerte y de cierta solidez administrativa, capaz de negociar con algunos consorcios mineros, así como de solicitar su reconocimiento por parte de Londres y de la Sociedad de Naciones. Pero, ante todo, Abd el-Krim era hijo de la guerra y vivía para la guerra; requería de un espacio vital y, sintiéndose constreñido en la zona oriental tras el desquite, había decidido, primero, enfrentarse a El Raisuni y, más tarde, hacer lo propio con los franceses. Entretanto, la impaciencia

⁴⁰ Francisco Alía Miranda, *La dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)* (Catarata, 2023), 45.

⁴¹ Francisco Gómez-Jordana, *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos* (Editorial Nacional, 1976), 27. Escribía sobre la Sección de Marruecos, dentro del Ministerio de Estado, que fue «factor común de todos los entorpecimientos, pesadilla de todos los Altos Comisarios, que jamás encontraron en ella más que obstáculos y maquinaciones para su desprestigio».

⁴² Real Decreto de 16 de 1923, *Gaceta de Madrid* 259 (16 de septiembre de 1923): 1115.

⁴³ «El presidente del Directorio hace declaraciones», *El Sol*, 11 de octubre de 1923, 2.

⁴⁴ «Tentativa de regeneración nacional», *La Vanguardia*, 14 de diciembre de 1923, 3.

cundía entre el sector africanista, que denunciaba las consecuencias nefastas de que las tropas permaneciesen expectantes:

Por mucho que ansiemos la paz de Marruecos, de hecho, existe un problema militar que solucionar, una guerra en que vencer, y en ella, la inacción y la pasividad conducen irremisiblemente a ser vencidos. No es posible permanecer quietos desempeñando la eterna parodia de un protectorado.⁴⁵

El protectorado civil quedaba desacreditado, según estas palabras del joven Francisco Franco, y el abandonismo de Primo no tenía cabida. Y es que, a comienzos de septiembre, Xauen se hallaba completamente aislada y únicamente tras un mes de enconados combates pudo restablecerse su comunicación con Tetuán. Estas luchas encarnizadas, que solo se resolvían de manera provisional, animaron al dictador a decantarse por un remedio muy discutido, en las antípodas de lo que entonces reclamaba el teniente coronel Franco: la retirada de Xauen dentro de un plan general de repliegue que permitiría recortar las fuerzas en el protectorado de 125 000 a 50 000 militares.⁴⁶ Dicha solución empezó a concretarse antes de que el dictador viajase a Tetuán el 5 de septiembre de 1924, cuando comunicó a Alfonso XIII su plan de rectificar la línea del frente, amparándose en que los miembros del Directorio se mostraban proclives a desechar tanto los avances arriesgados como a mantener posiciones a todo trance:

No por presión del enemigo, sino porque así conviene al interés público y al acertado desenvolvimiento del problema, el directorio propone la rectificación de frentes replegando las fuerzas a líneas más fuertes y seguras que permitan la reducción de efectivos, y consiguientes gastos, y tras las cuales se pueda intensificar el protectorado, mostrándolo al mundo y al propio país insumiso como modelo de organización [...]. La solución que el Gobierno propone no es pues un desistimiento de compromisos aceptados anteriormente, cuyo acierto no hay para que enjuiciar ahora, ni un abandono precipitado y sin medir sus consecuencias, ni es tratar de cambio o permutas cuya oportunidad, si la hubo, la ofreció el desenvolvimiento de la guerra mundial y es pasada desde que desaparecieron las recíprocas situaciones y circunstancias de los pueblos con que se había de concertar y convenir; es afirmar y ratificar la voluntad de España de dar cumplimiento a la misión aceptada en el Norte de Marruecos, pero con aquel método y espacio de tiempo que le permitan la acción continua, sin esfuerzos esporádicos ni dispendios inaguantables.⁴⁷

⁴⁵ Francisco Franco, «Pasividad e inacción», *Revista de Tropas Coloniales* (Ceuta) 4 (abril de 1924): 4.

⁴⁶ Muñoz Lorente, *La dictadura de Primo de Rivera*, 248.

⁴⁷ Minuta mecanografiada para un despacho del general Primo de Rivera con Alfonso XIII, s. f., carpetilla Duque de Tetuán, Correspondencia general, carpeta 19/5, APR.

El dictador, como parece evidente, se estaba amilanando y comenzaba a asumir que, aunque no había hallado dificultades para amnistiar a Dámaso Berenguer y a Felipe Navarro,⁴⁸ le iba a tocar ceder en otras parcelas. O lo que es lo mismo: debía templar su abandonismo —en favor de un semiabandono— tanto por el rechazo que suscitaba en el Gobierno británico, temeroso de que una Francia sin remilgos se abalanzara sobre la zona española, como entre los propios africanistas.⁴⁹

¿Qué había ocurrido con ellos después de que Franco publicara su célebre artículo? El 19 de julio de 1924, su hartazgo y frustración habían salido a la luz de manera intempestiva durante una visita de Primo de Rivera, acompañado por los generales Aizpuru y Sanjurjo, a Ben Tieb. Aquí se ubicaba el cuartel de la Legión al mando de Franco y, aunque sobre este episodio han circulado abundantes versiones, nada trascendió en la prensa de la época. Semejante rareza, por descontado, alimentó la propagación de numerosos rumores.

Según la leyenda popular, al dictador le ofrecieron un almuerzo elaborado a base de huevos para demostrarle qué le sobraba a la Legión (y qué le faltaba a él).⁵⁰ Sin embargo, las investigaciones más recientes apuntan al carácter apócrifo de esta anécdota, aunque confirman que el encuentro fue extraordinariamente tenso.⁵¹ En boca de Franco ponen un discurso incendiario, alardeando de su deseo por «llegar hasta el último peñascal del Rif [...] a pecho descubierto». ⁵² La contestación del dictador, defendiendo el repliegue, fue recibida entre murmuraciones y silbidos. Y remataba: «Para mantener la disciplina, en vez de ciega acometividad, debe existir una ciega obediencia al mando».

⁴⁸ «Informaciones: Notas militares», *La Época*, 8 de julio de 1924, 1.

⁴⁹ Como muestra, aunque el Reino Unido quiso dotar a Tánger de un verdadero carácter internacional, fue Francia la que asumió más facultades sobre la ciudad gracias al estatuto del 18 de diciembre de 1923, ratificado por España *ad referendum* dos meses después.

⁵⁰ Santiago Domínguez Llosá, «El incidente de Ben Tieb: Primo de Rivera y los africanistas», en *La dictadura de Primo de Rivera (1923-1930) en Ceuta y el Norte de África* (Instituto de Estudios Ceutíes, 2024), 266-272. El autor sostiene que el menú a base de huevos es un mito y aclara que el viaje de Primo al Protectorado estuvo plagado de incidentes. Por ejemplo, durante un desfile en Ceuta, los legionarios, en vez de hacer vista a la derecha, donde estaba el dictador, hicieron vista a la izquierda, hacia Millán-Astray. Este trabajo se hace eco, por último, de una reunión entre Primo y Franco posterior al choque de Ben Tieb. Parece que el segundo convenció al dictador de evitar el repliegue en el frente oriental, pero no hay referencias directas a esta entrevista. Por norma, las alusiones a lo ocurrido en Ben Tieb son tardías y confusas. Se ha procurado esclarecer el episodio con la consulta del archivo particular del dictador —una de las principales motivaciones para efectuar este artículo—, sin éxito.

⁵¹ Muñoz Lorente, *La dictadura de Primo de Rivera*, 251-252. De acuerdo con el testimonio tardío del periodista Emilio Herrero, los legionarios planeaban, incluso, trasladar a Primo de Rivera a las Chafarinas si no cambiaba de actitud.

⁵² No nos resistimos a dejar de comentar que este tono exaltado de Franco recuerda a las bravuconadas del fallecido Silvestre y que la anécdota de los huevos, ficticia o no, encaja con su conocida «política testicular» (¡Por cojones!). Véase, para más detalles del episodio: Xavier Casals, *Franco y los Borbones: Historia no oficial de la Corona española* (Ariel, 2019), 76-77; y Vicente Fernández Riera, *Xauen, 1924: La campaña que evitó otro Annual* (Almena, 2013), 44. El primer autor alude a una intentona golpista de Franco contra Primo en septiembre de 1924, aunque fue trunca. Fernández Riera, al contrario, minimiza el significado del incidente y rechaza que hubiese cualquier amago de amotinamiento durante el banquete.

José Varela llegó a replicar al dictador: «Mal, muy mal, mi general». A lo que Primo, al parecer, respondió con un «no tenéis derecho a creer que monopolizáis el patriotismo».

Constituye un lugar común afirmar que este encontronazo animó a Primo de Rivera a abdicar de sus postulados abandonistas, evitando cualquier rectificación de líneas en la zona oriental. Ahora bien, como más adelante se comprobará, tan solo estaba aplazando una decisión ya tomada. Por el momento, la agresividad rifeña y el «más intenso estudio y reflexión» pesaban en este circunstancial cambio de opinión, definido por el tránsito del abandonismo a la intervención quirúrgica, con escala en el semiabandono o la semiocupación.

La creación de la línea Estella

Coincidiendo con la celebración del primer aniversario del golpe, Primo de Rivera escribía desde Marruecos a su amigo Juan O'Donnell, subsecretario del Ministerio de la Guerra con quien se carteaba casi a diario, para transmitirle, entre otras cosas, la necesidad apremiante de evacuar los Gorges, una permanente amenaza para la seguridad del protectorado, y, en segundo término, quejándose del comportamiento de muchos militares africanistas:

El espíritu de las tropas peninsulares está en consonancia, como ha pasado siempre, con el de los Jefes y Oficiales que las mandan [...] Jefes de columna hay pocos buenos. Acaso no pudiera designar más que a Morato, Castro, Riquelme, más media docena de Tenientes Coroneles entre los que habría que señalar a Fisher, Molina, Franco y algún otro; pero lo verdaderamente deplorable por lo inepto, inactivo y olvidado de su misión son los Estados Mayores.⁵³

Primo de Rivera, a la vista queda, no albergaba rencor contra Franco, uno de los africanistas más respetados. Sin duda, ambas circunstancias —velar por la seguridad de Tetuán y atar en corto a los mandos africanistas— pesaron en la decisión del dictador de asumir la Alta Comisaría de Marruecos, el 16 de octubre, con el propósito de dirigir personalmente las operaciones que se avecinaban.⁵⁴ El repliegue que se inició ese mismo mes en la zona occidental es lo que conocemos como «línea Primo de Rivera» o, más habitualmente, «línea Estella», por el marquesado del que era titular. Su establecimiento acarreó el desmantelamiento de unas trescientas posiciones, muchas de ellas en situación precaria, para erigir en cambio una sólida línea defensiva que uniese Ceuta, Tetuán y Alcazarquivir, garantizando con ello, por tratarse de un compromiso

⁵³ Carta mecanografiada del general Primo de Rivera al general Juan O'Donnell, 13 de septiembre de 1924, carpetilla Duque de Tetuán, Correspondencia general, Carpeta 19/5, APR.

⁵⁴ «El general Primo de Rivera, alto comisario», *El Imparcial*, 17 de octubre de 1924, 2.

internacional, la posibilidad de abordar la construcción de una vía férrea entre Tánger y Casablanca.⁵⁵

Este retroceso sobre la línea Estella pronto encontró el apoyo decidido de la prensa. He aquí un ejemplo: «España no hace dejación de los derechos y deberes que los tratados le asignaron en Marruecos, sino que se apresta a ejercerlos y a llenarlos mejor por un sistema más razonable y eficaz que demanda menores sacrificios». ⁵⁶ El dictador, en privado y en pleno proceso de retirada, se enorgullecía de lo que juzgaba un acierto:

El sistema de fuertes pequeños y próximos, susceptibles de perfección enlazándolos por alambradas u otros obstáculos y dejando contado número de pasos a la línea, apoyados a retaguardia, a modo de reservas, por las posiciones que permiten tener artillería o ametralladoras, es como el despliegue de un ejército a cubierto [...] Todo esto será una fortaleza enorme para la defensa [...] Los fortines pequeños o avanzadillas se han defendido mejor que los puestos principales, por tener menos necesidades que satisfacer y el moro bien sabe que no encuentra compensación en tratar de expugnar un fuerte de estos⁵⁷.

La propaganda política y mediática a favor de Primo de Rivera y su intervención en Marruecos alimentaron, de hecho, el conocido como «mito del estratega». Este alude a un supuesto plan premeditado, ideado por el general Gómez-Jordana, según el cual el dictador, al ordenar el repliegue, tendió una doble trampa a rifeños y franceses.⁵⁸ De acuerdo con esta tesis, Abd el-Krim fue incitado a abrir un doble frente de combate, pues, abandonado el territorio, se apresuró a ocuparlo hasta chocar con los galos. Los franceses, asimismo, se vieron forzados a colaborar militarmente con España. En el ámbito historiográfico no le han faltado seguidores a este planteamiento.⁵⁹ Aunque también se ha topado con muchos detractores: convencidos unos del pragmatismo de Primo de Rivera, que permanecía empeñado en forzar una revisión de los tratados;⁶⁰ seguros otros de la necesidad de apartar a la tropa española de los gaseamientos químicos,⁶¹ o persuadidos de que se trató directamente de un error de cálculo.⁶²

⁵⁵ Servicio Histórico Militar, *Historia de las campañas de Marruecos*, vol. 4 (Servicio Histórico Militar, 1951), 13-14. El repliegue se aprobó el 5 de septiembre y la evacuación de posiciones menores se prolongó hasta febrero de 1925.

⁵⁶ «Las perspectivas de paz», *Heraldo de Madrid*, 13 de noviembre de 1924, 1.

⁵⁷ Carta mecanografiada del general Primo de Rivera al general Juan O'Donnell, 29 de diciembre de 1924: Carpeta 19/5, Correspondencia general, carpetilla Duque de Tetuán.

⁵⁸ Gómez-Jordana, *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos*, 71.

⁵⁹ María Teresa González Calvet, *La Dictadura de Primo de Rivera: El Directorio Militar* (El Arquero, 1987), 198, 278; Julián Paniagua López, «¿Cómo ganó España la guerra del Rif? El plan de operaciones del Directorio Militar tras la retirada de Chauen, noviembre de 1924», *Norba* 32 (2019): 227-249.

⁶⁰ Sueiro Seoane, *España en el Mediterráneo*, 131-136; Villalobos, *El sueño colonial*, 250-251.

⁶¹ Balfour, *Abrazo mortal*, 200.

⁶² Fernández Riera, *Xauen, 1924*, 239-241. Se trata de la descripción más minuciosa de las operaciones habidas para la conformación de la línea Estella.

Más allá del mito y la propaganda, desde un enfoque técnico, hoy en día muchos historiadores consideran aquel repliegue un garrafal error y alguno incluso lo tilda de «descabellado, heterodoxo y peligroso». ⁶³ Se aduce, entre otras razones, que resultaba desaconsejable retirarse ante un enemigo crecido y, más si cabe, operando en un territorio abrupto, con caminos embarrados y mientras Primo de Rivera daba rienda suelta a sus usuales indiscreciones. Ciertamente, en el plazo inmediato ni se redujeron las tropas ni los gastos, ascendiendo a 2806 las bajas en septiembre (de ellas, 779 fallecidos). ⁶⁴ En el largo plazo, no está tan claro que el semiabandono concluyese en un fracaso.

Conocemos, por último, las pesimistas impresiones de Primo de Rivera sobre el desenvolvimiento de esta operación gracias a una larga exposición al Directorio, pródiga en detalles y de enorme relevancia para entender la evolución de sus razonamientos. Pese a su considerable extensión, merece la pena reproducir parte de su contenido:

En el momento actual y por lo que respecta a la Zona Occidental, donde el peligro se había presentado más agudo y amenazador, se ha llegado a una solución aceptable como transitoria. [...] Creía el exponente que el repliegue del Ejército español y el abandono de ciertas posiciones habría de dar lugar, por iniciativa francesa o de cualquier otro país, a gestiones encaminadas a modificar los Tratados. [...] Pero, sin duda por temor a tocar esta cuestión que pudiera ser modo de levantar un avispero, Francia ha tomado ciertas medidas para contrarrestar la falta de colaboración en la obra de ocupación del territorio que nuestro repliegue representa, pero no ha iniciado ni siquiera conversaciones en un sentido que modifique el actual estado de derecho [...] España encuentra reducido su problema, aunque sosteniendo todavía su ominosa carga de cien mil hombres en tierras de Marruecos, que con optimismo se podrá esperar a reducir a una mitad, pero nunca en más, aun cuando se llegue a la disminución del territorio en la zona oriental. Tendremos, pues, sobre nosotros y para el porvenir un esfuerzo económico no menor de ciento cincuenta millones de pesetas anuales y un desgaste de sangre no menor de un par de miles de bajas [...] ¿Es servir completamente al país dejar el problema planteado o estabilizado en estos términos? Yo creo sinceramente que no [...] Mi arraigado y antiguo modo de pensar me hace desechar como medio de engrandecimiento y de provecho para España toda ampliación de fronteras, mucho más mientras en el corazón nacional está clavada la dolorosa espina de Gibraltar [...] Todavía podían reducirse a más las aspiraciones de España [...]. Esta reducción podría consistir, lisa y llanamente, en mantener las plazas de Ceuta y Melilla [...]

⁶³ Salvador Fontenla Ballesta, «El principio del fin: la decisión», en *Reacción e innovación: El gran paso hacia la pacificación del Protectorado, 1921-1925* (Ministerio de Defensa, 2022), 183.

⁶⁴ Salvador Fontenla Ballesta, *La guerra de Marruecos, 1907-1927: Historia completa de una guerra olvidada* (La Esfera de los Libros, 2017), 203.

sin abandonar nunca la idea de que cualquiera de las dos plazas, lógicamente la de Ceuta, pudiera ser algún día la prenda de cambio por Gibraltar [...] Si ninguna de estas soluciones de carácter internacional fuera realizable, y el Gobierno creyera que sin nuevos convenios no debe abandonar por sí mismo de ninguna manera los compromisos que significan e imponen los ya contraídos, habrán de tomarse medidas indispensables para sostener el prestigio de la acción española.⁶⁵

Por tanto, el dictador no habría renunciado a su anhelo de ordenar un repliegue en la zona oriental, sino que lo había postergado por el desaire sufrido en Ben Tieb. Por otro lado, sus preocupaciones de índole económica y estrictamente humanitaria seguían intactas y en su mente seguía anidando la idea de un canje con el que satisfacer su irredentismo gibraltareño. Sin embargo, eran los compromisos internacionales los que le forzaban a acompasar sus pasos con los de los franceses.

Conclusiones: Rumbo a Alhucemas

Queda claro que Primo de Rivera consideraba el desembarco en la bahía de Alhucemas como la última decisión que adoptar, solo recomendable en la tesitura de que Francia y el Reino Unido se mostraran impasibles (como así ocurrió).⁶⁶ La rectificación de líneas, por de pronto, le había permitido únicamente reducir costes y congraciarse con la opinión pública.

Al iniciarse 1925 descartaba además la cooperación con Francia, si bien se disponía a efectuar un experimento en Alcazarseguir: un desembarco que, por cierto, salió bastante bien al terminar marzo y donde Franco tuvo una actuación destacada.⁶⁷ Primo de Rivera había logrado la repatriación de dieciocho mil hombres y confiaba en efectuar otras dos repatriaciones a lo largo de 1925.⁶⁸ En paralelo, empeñado en no renunciar a esta posibilidad, también había iniciado un acercamiento diplomático a Abd el-Krim que, por el momento, no daba los frutos anhelados.⁶⁹

⁶⁵ Minuta mecanografiada de una memoria sobre la situación en Marruecos, s. f., carpetilla Duque de Tetuán, Correspondencia general, Carpeta 19/5, APR. El documento, dictado por Primo de Rivera, no está fechado, pero su contenido permite datarlo en enero de 1925, tres meses después de haberse hecho cargo de la Alta Comisaría.

⁶⁶ El desembarco en Alhucemas se había propuesto muchas veces en el pasado: lo hizo el general Marina en 1910; García-Aldave al año siguiente; el finado Gómez-Jordana en 1913; y diez años más tarde, Martínez Anido. Por diferentes razones, todos aquellos proyectos acabaron desestimándose. Véase Díez, *El desembarco de Alhucemas*, 135-265.

⁶⁷ Francisco José Jiménez Moyano, «El desembarco de Alcazarseguer», *Revista de Historia Militar* 99 (2006): 59-76.

⁶⁸ José Manuel y Luis de Armiñán, *Epistolario del Dictador* (Madrid: Javier Morata, 1930), 53-55.

⁶⁹ Manuel Goded, *Marruecos: Las etapas de la pacificación* (Madrid: Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1932), 128.

Por su parte, los seguidores de Abd el-Krim capturaron a El Raisuni a principios de ese año, lo que, unido a sus reiterados y exitosos ataques a los españoles, acrecentó su prestigio e influencia. Aunque el mariscal francés Hubert Lyautey era consciente desde hacía tiempo del peligro que aquello podría entrañar para la presencia gala en Marruecos y de que la amenaza sobre la línea del Uarga se acrecentaba, rehuía recurrir a la acción militar y lo fiaba todo a una acción política intensa. Más allá de que el escaso número de efectivos condicionara sus planes, el residente general no creía que Abd el-Krim intentase ninguna agresión seria antes de abril, absorto como se hallaba atacando a los españoles y sabedor de que el mal tiempo dificultaría ese movimiento. No obstante, comenzó a reforzar la línea fronteriza entre la zona francesa y la española. En ello estaba cuando, el 13 de abril de 1925, unos dos mil combatientes rifeños invadieron el territorio de los beni zerual.⁷⁰

Al principio, Primo de Rivera se mantuvo a la expectativa y continuó utilizando los servicios del empresario Horacio Echevarrieta para aproximarse al cabecilla rifeño.⁷¹ A finales de junio, ante el fracaso de estas negociaciones, se precipitó la celebración de la Conferencia de Madrid y, con ella, un cambio en las siempre tensas relaciones diplomáticas hispano-francesas.⁷² Entramos, así pues, en la etapa de preparativos de la llamada «operación definitiva»: Alhucemas.⁷³ Primo de Rivera y el mariscal Philippe Pétain se reunieron el 27 de julio, en Ceuta, y el 21 de agosto, en Algeciras para ultimar este plan militar conjunto.

Para terminar, se debe explicar por qué la retirada de Xauen no fue tan nefasta en el medio plazo. En 1932, el general Manuel Goded explicaba por qué había sido posible dar prioridad a las labores preparatorias del desembarco en la comandancia general de Ceuta y no en la de Melilla:

Diferente situación militar, pues en tanto que el de Ceuta (territorio occidental), reducida la ocupación militar a una estrecha franja de terreno [...], quedaban en realidad libres y disponibles para concentrarse e instruirse las fuerzas que habían de tomar parte en la operación, en el de Melilla (territorio oriental), más extenso y con mayor profundidad, no pudo disponerse de las unidades ni reunir las hasta pocos días antes de embarcar.⁷⁴

⁷⁰ Madariaga, *En el Barranco del Lobo*, 257-267.

⁷¹ Aunque, un día antes del ataque rifeño sobre el Uarga, el dictador le relataba al subsecretario del Ministerio de la Guerra que había empezado a estudiar a fondo cómo realizar el desembarco en Alhucemas. Carta mecanografiada del general Primo de Rivera al general Juan O'Donnell, 12 de abril de 1925, carpetilla Duque de Tetuán, Correspondencia general, Carpeta 19/5, APR.

⁷² Madariaga, *En el Barranco del Lobo*, 257-267.

⁷³ Diego Victoria Moreno, *El mito de Alhucemas: Negocio, tragedia y muerte en el Protectorado español de Marruecos (1921-1927)* (Nova Spartaria, 2024). El libro es una síntesis muy completa, sin que falte la necesaria reflexión, sobre los antecedentes y trascendencia de esta gran operación.

⁷⁴ Goded, *Marruecos*, 156.

A diferencia de Gómez-Jordana, Goded no achacaba esa relación de causa y efecto a la voluntad decidida de Primo de Rivera, pero asumía que sin el repliegue hubiera sido imposible dispensar un entrenamiento óptimo a las tropas ceutíes. Se halla en esta apreciación, por tanto, la única consecuencia positiva en el medio plazo del repliegue a la línea Estella. La instrucción básica del combatiente fue meticulosa y prolongada: desde junio, se practicó diariamente durante seis horas, de lunes a sábado, para ajustarla «a los reglamentos tácticos y de tiro».⁷⁵ Incluso los días de lluvia se aprovechaban para impartir clases teóricas, casi siempre orientadas a elevar la moral de las tropas.⁷⁶

La guerra de Marruecos terminó oficialmente en 1927, cuando se consiguió la «pacificación» total del territorio. Desde el desembarco, en la práctica, la resistencia rifeña había quedado muy mermada. De los integrantes de la gran familia africanista, José Sanjurjo, Leopoldo Saro y Francisco Franco fueron los más recompensados por su contribución a la operación de Alhucemas. En particular, Franco fue ascendido a general en febrero de 1926 y, dos años después, fue nombrado primer director de la reabierta Academia General de Zaragoza. Un gran éxito, sin duda, para esta compleja familia militar a la que hemos intentado retratar en un momento histórico trascendental.

Declaración de divulgación

La autora no ha declarado ningún conflicto de intereses potencial.

Financiación

La autora no ha recibido apoyo financiero para la investigación, la autoría o la publicación de este artículo.

⁷⁵ Mariano Santiago Guerrero *et al.*, *La Columna Saro en la campaña de Alhucemas* (Barcelona: Tipografía La Académica, 1926), 98-99. Mariano Santiago Guerrero fue el jefe de Estado Mayor de la denominada Columna Saro y, con los capitanes Troncoso y Quintana, redactó el mejor informe técnico sobre el papel asumido por la columna de Ceuta en el desembarco, la principal ejecutora de esta compleja operación anfibia.

⁷⁶ Santiago Guerrero *et al.*, *La Columna Saro*, 108-109. Las conferencias impartidas, ilustrativas de las preocupaciones doctrinales y tácticas de los africanistas, se titularon «Hechos de la Legión. El espíritu de la muerte»; «El que tenga que conservar su puesto, a toda costa lo hará. Importancia de España en la guerra colonial»; «Conseguir la Medalla Militar es la aspiración de la Séptima Bandera»; «Necesidad que tiene España de mantenerse en África»; «Cómo lucha y muere el soldado español», «Deberes contraídos para con la Patria»; «Forma de combatir en la guerra irregular»; «Convoy al Kala Bajo llevado por los artilleros de Xauen»; «Hechos principales más gloriosos de la Artillería»; «Cómo se hace la guerra en África»; «Importancia de la Sanidad en campaña»; e «Importancia del Servicio de Intendencia en campaña».

El bautismo de sangre de Manuel Brabo Montero: Su participación en la guerra del Rif, la comida de Ben Tieb y la retirada de Xauen (1923-1924)

**Manuel Brabo Montero's Baptism of Blood:
The Rif War, the Ben Taieb Banquet and
the Retreat from Chefchaouen (1923–1924)**

Josep Pich Mitjana
Universitat Pompeu Fabra
josep.pich@upf.edu

Víctor López Mirabet
Universitat Pompeu Fabra
victor.lopez@upf.edu

Resumen: Este artículo analiza la figura de Manuel Brabo Montero (1904-1973) a partir de su hoja de servicios, la prensa de la época y sus memorias inéditas. El estudio se centra en su participación en la guerra del Rif entre 1923 y 1924, con el objetivo de examinar, desde una perspectiva crítica y contextualizada, algunos acontecimientos clave de ese periodo, como la célebre comida de Ben Tieb y la retirada de Xauen. Mediante el contraste entre su testimonio personal y los actuales debates historiográficos, se plantea si aquella retirada constituyó un desastre militar o una maniobra estratégica posteriormente resignificada desde el ámbito político, cuyas consecuencias influyeron de forma decisiva en el curso del conflicto y en su memoria.

La investigación se organiza en cinco apartados: los orígenes familiares y la formación de Brabo Montero; su llegada a la zona de influencia española en Marruecos y su visión del Tercio; el conflicto entre africanistas y la dictadura de Primo de Rivera; y, de forma particular, los episodios de Ben Tieb y la retirada de

Xauen. Este enfoque biográfico permite arrojar luz sobre episodios controvertidos de la historia militar española y contribuye a enriquecer el estudio del africanismo castrense y de la guerra del Rif.

Palabras clave: Manuel Brabo Montero; Tercio de Extranjeros; Legión; guerra del Rif; Xauen.

Abstract: This article analyzes the figure of Manuel Brabo Montero (1904–1973) based on his service record, contemporary press sources, and his unpublished memoirs. The study focuses on his participation in the Rif War between 1923 and 1924, with the aim of critically and contextually examining several key events from that period—most notably the Ben Taieb banquet and the retreat from Chefchaouen. By contrasting Brabo Montero’s personal testimony with current historiographical debates, the article questions whether that retreat constituted a military disaster or rather a strategic maneuver later reinterpreted within the political sphere—one whose consequences decisively influenced both the course of the conflict and its subsequent historical memory.

The article is organized into five sections: Brabo Montero’s family origins and military training; his arrival in the Spanish-controlled zone of Morocco and his perception of the Tercio de Extranjeros; the tensions between Africanists and Primo de Rivera’s regime; and the episodes of Ben Taieb and the retreat from Chefchaouen. This biographical approach sheds new light on controversial episodes in Spanish military history and contributes to a deeper understanding of both military Africanism and the Rif War.

Keywords: Manuel Brabo Montero; Tercio de Extranjeros; Spanish Legion; Rif War; Chefchaouen.

Para citar este artículo: Josep PICH MITJANA y VÍCTOR LÓPEZ MIRABET: “El bautismo de sangre de Manuel Brabo Montero: Su participación en la guerra del Rif, la comida de Ben Tieb y la retirada de Xauen (1923-1924)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 14, N° 29 (2025), pp. 60-83.

Recibido 21/02/2025

Aceptado 31/05/2025

El bautismo de sangre de Manuel Brabo Montero: Su participación en la guerra del Rif, la comida de Ben Tieb y la retirada de Xauen (1923-1924)

Josep Pich Mitjana
Universitat Pompeu Fabra
josep.pich@upf.edu

Víctor López Mirabet
Universitat Pompeu Fabra
victor.lopez@upf.edu

Un «hombre simpático, confuso y peligroso» en la guerra del Rif

Este artículo investiga los orígenes, la formación y la etapa como militar de Manuel Brabo Montero (1904-1973), hijo del conocido comisario y espía Manuel Brabo Portillo.¹ En particular, nos centraremos en sus primeros años en el Ejército español, en el Tercio de Extranjeros y en su participación en la retirada de Xauen de 1924. Este estudio se ha fundamentado principalmente en su hoja de servicios, hallada en la Sección Guardia Civil del Archivo General del Ministerio del Interior; en la prensa; y en una copia parcial de sus memorias, que se conservan en el Fondo Josep Benet del Arxiu Nacional de Catalunya.

Brabo Montero ha sido mencionado con frecuencia por su papel como represor tras la Guerra Civil. En 1940 fue uno de los testigos en el juicio contra el presidente de la Generalitat Lluís Companys y en sus memorias aseguró haber presenciado su fusilamiento.² Fue el líder del llamado «rondín antimarxista», un cuerpo de represión de carácter informal cuyo nombre ya es indicativo de la naturaleza de su actividad.³ Jordi Finestres y Xavier García Luque han detallado su paso por la dirección del Fútbol Club

¹ Josep Pich Mitjana y David Martínez Fiol, «Manuel Brabo Portillo: Policía, espía y pistolero (1876-1919)», *Vínculos de Historia* 8 (2019): 387-408; y Josep Pich Mitjana, «Manuel Bravo Portillo: L'inici de la policia i un comissari singular», en *Del sometent als mossos d'esquadra: Història de l'ordre públic a Catalunya*, ed. Àngel Casals (Afers, 2022), 127-159.

² Josep Benet, *El President Companys, afusellat* (Edicions 62, 2005).

³ Manu Valentín, *La ciudad y la esvástica: Fascismo y antifascismo en la Barcelona de los años treinta y cuarenta* (Comanegra, 2022), 280.

Barcelona con la finalidad de «españolizarlo», y Ramón García Piñeiro ha escrito sobre su participación en la guerra contra la guerrilla en Asturias.⁴

Se incorporó a la Guardia Civil en 1928 proveniente del Ejército y estuvo vinculado a dicho cuerpo policial hasta octubre de 1946, cuando pasó a la reserva con una jubilación extraordinaria, a los 42 años.⁵ El motivo de tan temprana jubilación se halla en su implicación, tres años antes, en el asesinato del espía Joaquín Gastón Sanvicente, un antiguo miembro de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) que trabajaba como agente doble para los servicios secretos británicos y para la policía española. Los historiadores José Fernando Mota Muñoz y Javier Tébar Hurtado han elaborado una detallada investigación sobre este sórdido asesinato; Joaquín Gastón había sido abandonado moribundo cerca del municipio catalán de Argenton, depilado y con bragas de mujer.⁶

Si bien la biografía ha sido un género ampliamente cuestionado por la historiografía del siglo XX, al considerarse una forma de estudio histórico excesivamente centrada en el individuo,⁷ tras el final de la Guerra Fría adquirió una renovada legitimidad al constatar el papel determinante de los sujetos en los procesos de cambio político y social.⁸ En España, este giro se evidenció con el número monográfico de *Ayer* de 2014, con aportaciones de Pedro Ruiz Torres, Mónica Bolufer, Isabel Burdiel y Roy Foster,⁹ seguido del volumen colectivo coordinado por estos últimos, donde se defendía que la biografía es un enfoque historiográfico de pleno derecho, con capacidad singular para ofrecer una «descripción densa» de una época.¹⁰

Este artículo se sitúa en la intersección entre la «nueva» historia política, la microhistoria y la historia militar cultural, tres perspectivas que coinciden en valorar las trayectorias individuales como vía para comprender estructuras más amplias. En su momento, estas corrientes se agruparon bajo las denominaciones de «nueva» historia política o «nueva» historia militar, pero hoy en día se tiende a emplear los términos

⁴ Xavier G. Luque y Jordi Finestres, *El Barça segrestat: Set anys intervingut pel Franquisme (1939-1946)* (Ara Llibres, 2014); Ramón García Piñeiro, *Luchadores del ocaso: Represión, guerrilla y violencia política en la Asturias de posguerra (1937-1952)* (KRK, 2017).

⁵ José Fernando Mota Muñoz y Javier Tébar Hurtado, *La muerte del espía con bragas: Falangistas, policías, militares y agentes secretos en la Barcelona de posguerra* (Flor del Viento, 2013), 264-294; y copia de la hoja de servicios de Manuel Bravo Montero, 2-3v, 4v, 18-20, 22v, Arma de infantería, Sección Guardia Civil, Archivo General del Ministerio del Interior [AGMI].

⁶ Mota Muñoz y Tébar Hurtado, *La muerte del espía*.

⁷ Josef Konvitz, «Biography: The missing form in French historical studies», *European Studies Review* 6 (1976): 9-20; Pierre Bourdieu, «L'illusion biographique», *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* 62 (1986): 69-72; Marc Ferro, «La biographie, cette handicapée de l'histoire», *Le Magazine littéraire* 164 (1989): 85-86.

⁸ Timothy C. W. Blanning y David Cannadine, eds., *History and biography: Essays in honour of Derek Beales* (Cambridge University Press, 1996); Margaret Macmillan, *History's people: Personalities and the past* (Profile, 2016).

⁹ Isabel Burdiel, «Los retos de la biografía», *Ayer: Revista de Historia Contemporánea* 93 (2014): 13-18.

¹⁰ Isabel Burdiel y Roy Foster, eds., *La historia biográfica en Europa: Nuevas perspectivas* (Institución Fernando el Católico, 2015), 10.

historia cultural de la política e historia sociocultural de la guerra, respectivamente, para reflejar mejor su madurez y consolidación historiográficas. Javier Rodrigo señalaba ya en 2017 que la llamada «nueva» historia política, lejos de limitarse a los actores institucionales, prestaba atención a las prácticas, los afectos y los discursos que configuran lo político.¹¹ Por su parte, Jacques Revel argumentó que la microhistoria no consiste únicamente en estudiar casos excepcionales, sino en abordar lo local como vía para entender lo global.¹²

Nuestra investigación también se puede vincular a la «nueva» historia militar, o historia sociocultural de la guerra, una tendencia historiográfica que en Estados Unidos ya era muy relevante durante la última década del siglo XX.¹³ Más recientemente, en España, Carlos Navajas Zubeldia ha reflexionado sobre cómo esta «nueva historia militar» se relaciona con la «novísima historia del presente».¹⁴ La historia sociocultural de la guerra se ha consolidado como uno de los ámbitos más dinámicos e innovadores de la historiografía reciente, en buena medida gracias a su conexión con la historia global y transnacional.¹⁵

¿Por qué es relevante estudiar la biografía de Manuel Brabo Montero? Nuestra interpretación se enmarca en las tesis de Gustau Nerín, quien sostiene que las guerras coloniales fueron determinantes en la configuración del carácter profesional y político tanto de la Administración civil como del Ejército español contemporáneos.¹⁶ Su trayectoria ofrece una ventana privilegiada para comprender la construcción del africanismo castrense, un fenómeno complejo que ha sido objeto de reciente revisión historiográfica. Macías Fernández y García Pujades han realizado un exhaustivo estado de la cuestión sobre el africanismo castrense, definido como un grupo militar forjado en el contexto colonial de las campañas de Marruecos (1909-1927) y decisivo para entender la historia contemporánea española del siglo XX.¹⁷

¹¹ Javier Rodrigo, «¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos? Algunas reflexiones sobre historiografía y contemporaneísmo en la España del siglo XXI», *Studia Historica: Historia Contemporánea* 35 (2017): 23-42. Véase también Carlos Navajas Zubeldia, «La Nueva Historia Militar y la Novísima Historia del Presente en la España actual», *Atenea: Revista de la Asociación Española de Historia Militar* 1 (2024): 67-80.

¹² Jacques Revel, «Microhistoire», en *Historiographies: Concepts et débats*, vol. 1, dir. Christian Delacroix *et al.* (Gallimard, 2010), 532.

¹³ Cristina Borreguero Beltrán, «La “new military history”», *Hispania* 186 (1994): 145-177.

¹⁴ Navajas Zubeldia, «La Nueva Historia Militar», 67-80.

¹⁵ David Alegre Lorenz y Miguel Alonso Ibarra, eds., «La historia global en los estudios de la guerra», *Ayer* 134, n.º 2 (2024).

¹⁶ Gustau Nerín, *La guerra que vino de África* (Crítica, 2005).

¹⁷ Daniel Macías Fernández y Sergio García Pujades, «El africanismo castrense: un estado de la cuestión», *Studia Historica: Historia Contemporánea* 39 (2022): 49-72. Sobre el dictador y el africanismo castrense, véase Daniel Macías Fernández, «Guerra y colonialismo: El Protectorado, Primo de Rivera y los africanistas», en *Nuevas miradas sobre la dictadura de Primo de Rivera en su centenario: Actas del VIII Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo*, coord. Carlos Navajas Zubeldia y Guillermo María Muñoz (Universidad de La Rioja, 2025), 113-128.

Nuestro estudio sobre Brabo Montero permite analizar cómo su experiencia en la guerra del Rif moldeó su visión del mundo, su concepción de la disciplina y la violencia y muchas de sus decisiones y acciones posteriores. Durante la Guerra Civil, mientras se encontraba preso en la Cárcel Modelo, relataba a sus compañeros de presidio sus «casi novelescos» recuerdos de la guerra de África. Sus amigos lo llamaban «Manolo» y lo recordaban como un «hombre simpático, confuso y peligroso».¹⁸ Su biografía, por tanto, no es solo la historia de un individuo, sino también un testimonio representativo de cómo el contexto colonial impactó en la mentalidad y el comportamiento de una generación de militares y funcionarios españoles que identificamos con el africanismo castrense.

Orígenes y formación militar

Manuel Brabo Montero nació en Madrid el 27 de enero de 1904. Su familia se mudó a Barcelona cuando su padre obtuvo plaza en la jefatura de policía de la capital catalana. Desconocemos cómo vivió gran parte de su infancia o adolescencia, aunque sabemos que el 5 de septiembre de 1919 marcó un hito indeleble en su vida. Ese día, los hombres de acción de la CNT asesinaron a su padre entre la una y media y las dos de la tarde. Brabo Portillo tenía numerosos enemigos en la Ciudad Condal. Había sido apartado de la policía un año antes de su asesinato, después de que lo acusaran de trabajar como espía para los Imperios Centrales y de estar involucrado en el hundimiento del vapor *Mumbrú*. A pesar de eso, tras el final de la Primera Guerra Mundial, encontró una nueva ocupación de la mano del capitán general de Cataluña, Joaquín Milans del Bosch, y de la patronal catalana, que lo contrataron para intimidar, reprimir y asesinar a miembros destacados del movimiento obrero barcelonés.¹⁹

Dos días después del asesinato de su padre, Manuel Brabo Montero se encontraba al frente de la comitiva fúnebre que, partiendo del Hospital Clínico, se dirigió al cementerio de Montjuïc para dar sepultura a su progenitor. Lo acompañaban destacadas autoridades. Esta fue la primera vez que nuestro biografiado apareció en la prensa barcelonesa. No sería la última. Contaba por aquel entonces con apenas quince años.²⁰

Sin duda, la muerte de su padre debió producir en él un profundo impacto psicológico. En la novela *Memorias de un terrorista*, sobre los años del pistolero, Francisco de Paula Calderón e Isaac Moreno hicieron que su protagonista relatara el ambiente que reinaba en Barcelona los días posteriores a la muerte del polémico policía. El protagonista acudió por curiosidad a observar la comitiva fúnebre y se fijó en

¹⁸ Manuel Tarín-Iglesias, *Los años rojos: Un testimonio capital sobre la Quinta Columna en zona republicana durante la guerra civil* (Planeta, 1985), 218, 244.

¹⁹ Pich Mitjana y Martínez Fiol, «Manuel Brabo Portillo»; y Pich Mitjana, «Manuel Bravo Portillo».

²⁰ «Entierro de Brabo Portillo», *El Día Gráfico* (Barcelona), 8 de septiembre de 1919, 9.

[...] un chaval enlutado, que iba en la presidencia del duelo, [que] apretaba los dientes y crispaba los puños. En sus ojos claros de infantilidad y secos de llanto lumbreaba una idea de odio. El huérfano debía sentir asco de la ciudad que así miraba encogida de hombros el paso del ataúd donde iba el cadáver sangriento de su padre.²¹

Si bien esta descripción corresponde a la narración de la novela, pensamos que debió de aproximarse bastante a la realidad. Tras el asesinato de su padre, Brabo Montero debía sentir una enorme rabia tanto por los asesinos de su padre como por la ciudad que celebraba su muerte.²²

Un año después de dicho acontecimiento, el 8 de septiembre de 1920, ingresó en la Academia de Infantería de Toledo. Según su propio relato, tras la muerte de su progenitor, fue acogido por lo que él consideraba su «familia militar» y habría contado con el apoyo del monarca.²³ Su ingreso en la academia de infantería seguramente respondió a la necesidad vital de huir del cargado ambiente de la capital catalana. No obstante, pensamos que sus antecedentes familiares también influyeron en la toma de esta decisión. Su abuelo paterno, Manuel Brabo Barrera, había sido coronel y gobernador político-militar de las Marianas entre 1875 y 1880; mientras que su abuelo materno, Mariano Montero Cordero, había sido capitán general de las Canarias.²⁴

Según consta en su hoja de servicios, Brabo Montero permaneció en Toledo hasta finales de enero de 1923; un mes antes había obtenido el grado de alférez de infantería por promoción.²⁵ A comienzos de 1923 fue destinado a Barcelona, al Regimiento de Infantería Badajoz n.º 73, y el 1 de abril comenzó a ejercer de profesor en la academia de aspirantes a cabo. Permaneció en la capital catalana hasta el 22 de septiembre de 1923, cuando lo destinaron al Regimiento de Albuera n.º 26, en Melilla. Así pues, se encontraba en Barcelona cuando el capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, proclamó y estableció la dictadura mediante un pronunciamiento, como señalaba Santos Juliá, «si no de real orden, sí fue de real beneplácito». Moreno Luzón utiliza esta cita para iniciar su trabajo titulado «De real beneplácito: Apuntes sobre el papel de Alfonso

²¹ Francisco de P. Calderón [Estanislao Rico Ariza] e Isaac Romero, *Memorias de un terrorista: Novela episódica de la tragedia barcelonesa* (Barcelona: s. p., s. f. [¿1924?]), 264.

²² M.^a Àngels Gómez Ayala, «Pistolerismo y conflictos sociales en Barcelona a través de la prensa satírica (1917-1923)», en *Miradas al pasado, miradas al presente: Nuevos horizontes de la historiografía contemporánea. Actas del XVI Congreso de Historia Contemporánea. Logroño, del 7 al 9 de septiembre de 2023*, coord. Jesús Movellán Haro et al. (Universidad de La Rioja, 2024), 1027-1031.

²³ Copia de la hoja de servicios, 3; Mota Muñoz y Tébar Hurtado, *La muerte del espía con bragas*, 115-116, 291.

²⁴ Robert F. Rogers, *Destiny's landfall: A history of Guam* (University of Hawaii Press, 1995), 292; José Luis Isabel Sánchez, *Caballeros de la real y militar orden de San Fernando: Infantería*, t. 2, vol. 2 (Ministerio de Defensa, 2001), 600.

²⁵ Copia de la hoja de servicios, 3.

XIII en el golpe de 1923».²⁶ Y Brabo Montero, según su propio testimonio, «colaboró ardorosamente en la preparación del golpe de Estado [...], siendo uno de los más activos elementos del levantamiento de la guarnición barcelonesa», hasta el punto de encargarse de la «toma de Telégrafos».²⁷

Su llegada a Marruecos y su incorporación al Tercio de Extranjeros

El 25 de septiembre de 1923, Brabo Montero se incorporó a su nuevo regimiento en Melilla y, dos días más tarde, se trasladó junto a su columna al campamento militar de Tafersit. El sistema de despliegue militar del Ejército español en África se basaba en una red de campamentos, posiciones y blocaos. Sin embargo, como él mismo recordaba en sus memorias, las cabilas hostigaban, asediaban y aislaban tanto las posiciones fortificadas como los blocaos y las «columnas de socorro tenían que acudir rápidamente de un sitio a otro, con grandes bajas, grandes dispendios y gran desgaste, constituyendo una verdadera pesadilla para la metrópoli».²⁸ El sistema había demostrado ser ineficiente tanto por las dificultades presentadas por la accidentada geografía rifeña como por la falta de coordinación y eficacia logística.

El 12 de octubre, Brabo Montero partió junto a un convoy hacia el puesto avanzado de Tizzi-Assa, una posición que había sido tomada por los españoles en octubre del año anterior y era considerada estratégica, ya que debía servir de escalón provisional en el avance sobre Alhucemas. Este puesto avanzado se encontraba bajo el asedio rifeño desde finales de mayo. Su complicada situación geográfica y su aislamiento la hacían una posición vulnerable y a la vez difícil de abastecer. De hecho, allí fue donde el teniente coronel Rafael de Valenzuela, que había sustituido a José Millán-Astray al frente de la Legión, perdió la vida unos meses antes de la llegada de Brabo, cuando luchaba para defenderla.

Tras regresar de su misión sin ninguna incidencia, Brabo asistió junto a su columna a un reconocimiento al poblado de Azib de Midar, al sur de este campamento. Entre el 6 de noviembre y el 6 de diciembre permaneció acuartelado en Tizzi-Assa y, a su regreso a Tafersit, abandonó su puesto en el ejército expedicionario y se unió al Tercio de Extranjeros, entrando a formar parte de este cuerpo oficialmente el 28 de diciembre de 1923.²⁹

²⁶ Javier Moreno Luzón, «De real beneplácito: Apuntes sobre el papel de Alfonso XIII en el golpe de 1923», en *La Dictadura de Primo de Rivera: La primera dictadura española del siglo XX*, ed. Josep Pich et al., (Icaria, 2024), 13, 27-29.

²⁷ Manuel Brabo Montero, *Memòries de Manuel Bravo Montero*, 21, ANCI-244-T-277, Fons Josep Benet, Arxiu Nacional de Catalunya [ANC], San Cugat del Vallès.

²⁸ Brabo Montero, 30.

²⁹ Copia de la hoja de servicios, 5v.

Brabo Montero asegura que fue su «espíritu inquieto» el que lo llevó a enrolarse en el «Glorioso Tercio».³⁰ Aunque es probable que detrás hubiera otras motivaciones más bien económicas y a la vez comunes a las de otros combatientes, como un mayor salario que en el ejército regular, ascensos por méritos de guerra o promesas de futuro, como un puesto en el Cuerpo de Carabineros o en la Guardia Civil a su regreso a la península.

El Tercio de Extranjeros era una unidad relativamente nueva dentro del Ejército español. Fue legalmente constituido el 28 de enero de 1920. Los problemas provocados por la guerra del Rif habían llevado al Gobierno a plantearse la creación de una unidad militar de voluntarios. El oficial elegido para constituir dicha unidad de combate fue José Millán-Astray, quien siguió el modelo de Légion Étrangère francesa, con la idea de crear una unidad militar compuesta por excombatientes de la Primera Guerra Mundial, especialmente de aquellas capas sociales con menos recursos, así como de tropas locales de Marruecos. Durante unos meses, Millán-Astray fue comisionado por el Gobierno para estudiar el funcionamiento de esa unidad militar en Argelia.³¹

La primera convocatoria de tropas se llevó a cabo mediante carteles, inicialmente en el cuartel del Rey en Ceuta y, posteriormente, en los de toda España. Las primeras tropas del Tercio de Extranjeros fueron unos cuatrocientos hombres, de los cuales la mitad provenían de Barcelona. El propio Millán-Astray reconocía que muchos de ellos eran «sindicalistas de la Star», es decir, miembros de los grupos de acción de la CNT. En plena guerra social, el tándem de generales formado por Severiano Martínez Anido, desde el Gobierno Civil, y Miguel Arlegui, al mando de la policía barcelonesa, ofreció a los sindicalistas detenidos la posibilidad de integrarse en el Tercio de Extranjeros como alternativa a la «ley de fugas».³²

En 1921, el Tercio de Extranjeros contaba con aproximadamente mil setecientos hombres. Según Miguel Ballenilla, «las mejores condiciones que ofrecía el nuevo voluntariado respecto al creado en 1912, y la ausencia de restricciones, salvo la fortaleza física, provocaron una auténtica avalancha de voluntarios españoles, especialmente en el Banderín de Enganche de Barcelona».³³ Eran relativamente pocos los apellidos extranjeros que figuraban en las listas de voluntarios en comparación a los españoles.

El dotar de extranjeros a esta nueva unidad militar no fue fácil y estuvo plagado de dificultades, empezando por el Tratado de Versalles, que impedía el reclutamiento de

³⁰ Brabo Montero, «Memòries», 21.

³¹ Miguel Ballenilla y García de Gamarra, *La Legión española 1920-1927: La creación de una unidad colonial* (Universidad de Granada, 2023); Luis Casteleiro Villalba, *Del Tercio de Extranjeros a la Legión: Sus principales protagonistas* (Galland, 2019); y Luis E. Togores, *Historia de la Legión española: La infantería legendaria. De África a Afganistán* (La Esfera de los Libros, 2016); José Luis Rodríguez Jiménez, *¡A mí la legión! De Millán Astray a las misiones de paz* (Planeta, 2005).

³² Xavier Casals y Enric Ucelay-Da Cal, *El fascio de Las Ramblas: Los orígenes catalanes del fascismo español* (Pasado y Presente, 2023), 302.

³³ Ballenilla, *La Legión española*, 85.

soldados alemanes en otros países, pero que se hizo igualmente por cauces informales. El propio Brabo explica en sus memorias que intentaron cubrir las bajas sufridas con alemanes y que, en 1924, alistaron a unos dos mil provenientes de Hamburgo, aprovechando que no tenían trabajo. En el barco les comunicaron que no trabajarían como fuerzas de orden público, sino como tropas de choque en el Tercio de Extranjeros. Se amotinaron y fusilaron a los «tres más destacados cabecillas». También aseguraba que su rendimiento en combate había sido pésimo. Y si bien la cifra de alemanes reclutados proporcionada por Brabo Montero tal vez no era muy precisa, lo que sí era cierto era la desconfianza que los alemanes despertaban entre el resto de los legionarios, ya que — como él mismo afirmaba— también Abd el-Krim había alistado a alemanes para dirigir su artillería y sus antiaéreos. Brabo relata que, durante el desembarco de Alhucemas en 1925, algunos de los legionarios de origen alemán habrían negociado con los rifeños la entrega del campamento español en Dar Drius. Al ser informado de ello, Franco ordenó concentrar las cuatro banderas en la explanada del campamento y formó un cuadro con los cinco cabecillas del complot:

[...] se les hizo cavar a ellos mismos, con pico y pala, su propia fosa, y allí mismo se les dispararon cuatro tiros para que sirviera de ejemplo y símbolo de la disciplina y rigidez de la Legión, pues ésta tenía un régimen disciplinario muy distinto, dada la brutalidad de sus soldados.³⁴

Brabo Montero también explica que era oficial ayudante en la 5.^a Bandera, conocida como «Los Chacales» o «del Gran Capitán», a la que le había asignado el teniente coronel Francisco Franco. La unidad estaba «formada por negros cubanos y puertorriqueños, así como por sindicalistas catalanes, pistoleros y rebeldes al orden, que habían sido enviados, más o menos “voluntarios”, a la Legión por Martínez Anido y Arlegui, desde Cataluña». En sus memorias recuerda a uno de sus compañeros en el Tercio de Extranjeros, Tomás Ramón Amat, que durante la Segunda República destacó por su trayectoria como médico y político de Esquerra Republicana de Catalunya (ERC).³⁵ Según Brabo Montero se había hecho anarquista mientras estudiaba medicina. Lo califica de «valiente destacado», ya que de legionario raso ascendió por méritos de guerra a cabo y luego a cabo primero, sargento, sargento primero, brigada provisional y brigada, hasta que finalmente se licenció.³⁶

Fue en el Tercio de Extranjeros donde Brabo Montero forjó su concepción de la masculinidad, así como su visión sobre la disciplina, la dureza de los castigos, el ensañamiento con el enemigo, el patriotismo castrense y el culto a la muerte. En los

³⁴ Brabo Montero, «Memòries», adenda 1, cap. 5.

³⁵ Armand Rotllan, *Tomàs Ramon Amat: Aspectes biogràfics del metge manresà i polític republicà (1901-1937)* (Zenobita, 2024).

³⁶ Brabo Montero, «Memòries», 31.

campamentos militares se cultivaba una «masculinidad hegemónica», entendida como un ideal viril basado en la resistencia física, el desprecio por el sufrimiento, la obediencia extrema y la glorificación del riesgo. Esta virilidad se probaba en combates y castigos, pero también en la vida cotidiana, a través de relaciones de poder entre las tropas y oficiales españoles.³⁷ En este sentido, resulta fundamental el marco propuesto por Darina Martykánová y Marie Walin en su estudio sobre las masculinidades en la España contemporánea, donde analizan cómo la construcción de los Estados nación europeos implicó una reformulación de los ideales masculinos. El servicio militar, el trabajo o la actividad pública adquirieron un papel central en la autopercepción masculina, mientras que otros modelos de masculinidad fueron marginados o ridiculizados.³⁸ El africanismo castrense encarnó uno de estos modelos dominantes, cuya huella es reconocible en los recuerdos de Brabo Montero.

En una de sus anécdotas sobre el Tercio de Extranjeros, Brabo Montero recordaba un episodio que ejemplifica a la perfección esa «masculinidad hegemónica». El recuerdo data de 1925, después de la retirada de Xauen, cuando se encontraban acampados y todos los oficiales decidieron ir al barracón de las «legionarias». Según él, estas mujeres eran «inverosímiles, siempre acompañando a la Legión. Algo extraño, algo raro. No se sabía si eran mujeres, hombres o bichos».³⁹ Tras organizar un baile, comenzaron a beber, pero de pronto se dieron cuenta de que faltaban un capitán, el teniente cura y un teniente. Estos se habían quedado a dormir en su tienda. Los despertaron, pero se negaron a ir al baile; el capitán explicó que él era «muy serio», el cura se negó a asistir y el teniente alegó que estaba enfermo «de una enfermedad de mujeres». Para sacarlos de la tienda, el oficial Martínez Esparza lanzó una bomba de mano con una mecha de medio minuto, advirtiéndoles que o salían, o la bomba estallaba. Los tres que estaban dentro salieron rápidamente, deslizándose por debajo de las faldas de la tienda, quedando cubiertos de barro. Al enfriarse, los tres se enfermaron. La tienda estalló, pero la «cosa no quedó más que en un susto, en grandes risas y en una de las que vulgarmente se llamaba “bromas legionarias”».⁴⁰

Sobre la brutalidad en el Tercio de Extranjeros, Brabo explica que eran «tan primitivos que, cuando traían la cabeza de un moro, se les daba cinco pesetas, o cuando traían dos orejas; lo que demuestra el salvajismo de aquellas fuerzas».⁴¹ También recordaba que, después del desembarco de Alhucemas, quedaron diezmados y fueron

³⁷ Sobre el concepto de «masculinidad hegemónica», véase Gemma Torres, *La virilitat d'Espanya a l'Àfrica: Nació i masculinitat al colonialisme al Marroc (1880-1927)* (Afers, 2020), 30-31.

³⁸ Darina Martykánová y Marie Walin, coords., *Ser hombre: Las masculinidades en la España del siglo XIX* (Universidad de Sevilla, 2023).

³⁹ Brabo Montero, «Memòries», adenda 4-5, cap. 5.

⁴⁰ Brabo Montero, adenda 4-5, cap. 5.

⁴¹ Brabo Montero, adenda 4-5, cap. 5.

enviados a recuperarse al cuartel de Dar Riffien. El dictador y alto comisario les fue a despedir personalmente cuando

[...] uno de ellos se acercó a Primo de Rivera con un pan grande, de los clásicos del ejército y le dijo: ¿Quiere tomar este bocadillo? Y cual no fue la admiración del Dictador español cuando se encontró que, dentro del «bocadillo» había tres orejas de moro fritas.⁴²

Fueran o no auténticas estas anécdotas, historias como estas rondaban por todas partes en el imaginario de los miembros del Tercio durante la guerra del Rif. Además, el hecho de que se normalizaran refleja la profunda deshumanización con que se trató al enemigo rifeño.

El 31 de enero de 1924, Brabo Montero llegó a la zona occidental del protectorado y partió al mando de una expedición de reclutas hacia su bandera en García Uría. Allí quedó encuadrado en la columna del general Gonzalo Queipo de Llano, de servicios de campaña y participando en varios convoyes a Solano y Tazza. En una de estas acciones, Brabo Montero tuvo su bautismo de fuego. Además, participó en la toma de la «loma verde» bajo las órdenes del teniente coronel Fernando Martínez-Monje. El 25 de mayo fue destinado al cuartel de la Legión en Dar Riffien, donde permaneció hasta el 27 de junio, y luego regresó a las posiciones españolas de Solano y Tazza, en la orilla derecha del río Lau.⁴³

La reactivación de la guerra en el Rif y la comida de Ben Tieb

Brabo Montero relata en sus memorias que en 1924 hubo un «nuevo alzamiento de los marroquíes», pero, a diferencia de 1921, los combates se centraron en la zona de la comandancia de Ceuta. Explica que fueron atacados por las «kabilas de la zona de Ceuta, de Tetuán y de Larache, bajo las inteligentes órdenes del lugarteniente de Abd-el-Krim, llamado el “Jarero”, antiguo sargento de regulares de Tetuán».⁴⁴ Así pues, se reactivaron las hostilidades entre ambos bandos en toda la zona del río Lau, donde se encontraba Brabo, que hacía más o menos de frontera entre las posiciones españolas y la República del Rif.

En julio de 1924 se unió a la columna de Francisco Franco y participó en diversas operaciones, como el auxilio de Kobba Darsa, el 6 de julio. El 15 de julio quedó destacado en Solano al mando de una sección de ametralladoras y entró en combate los días

⁴² Brabo Montero, adenda 2, cap. 5.

⁴³ Copia de la hoja de servicios, 5v-6.

⁴⁴ Brabo Montero, «Memòries», 22-25.

22, 27 y 29 de este mes. Posteriormente volvió a unirse a la bandera que lideraba Franco el 2 de agosto de 1924.⁴⁵

El principal problema exterior de la dictadura de Primo de Rivera era la República del Rif, encabezada por Abd el-Krim El-Jattabi. El dictador sabía que la consolidación del régimen que encabezaba dependía de cómo resolviera la guerra en la zona de influencia española en el norte de Marruecos. En su programa de gobierno, aseguró que la guerra del Rif se solucionaría tanto militar como diplomáticamente, pero que era necesario sacar el tema de la guerra de Marruecos del debate público. Por otro lado, la guerra continuaba siendo muy impopular, aunque, como explica Alejandro Quiroga, el dictador «acertó en su vaticinio sobre la combinación de armas y diplomacia».⁴⁶

Según Quiroga, Primo de Rivera no tenía un plan claro sobre cómo resolver la guerra y su actuación fue «bastante errática». Inicialmente, había defendido abandonar Marruecos, pero antes del pronunciamiento, en el verano de 1923, apoyó explícitamente el plan del general Martínez Anido de llevar a cabo bombardeos aéreos masivos sobre las poblaciones rifeñas utilizando bombas incendiarias y gases tóxicos. Probablemente, lo hizo para obtener el apoyo de los oficiales africanistas, respaldo que, efectivamente, consiguió. Al instaurar la dictadura, no cambió las directrices de los últimos gobiernos de la Restauración: «[...] utilizando gases tóxicos contra la población civil, negociando bajo cuerda pactos con los líderes rebeldes e intentando que los franceses frenaran el tráfico de armas hacia los rifeños». Además, centralizó el mando de las operaciones militares, nombrando al general Luis Aizpuru como alto comisario en la zona de influencia norte española en Marruecos, dándole el control máximo tanto civil como militar. Esto coincidió con la ofensiva de los rifeños contra las posiciones españolas en Tizzi Azza, Xauen y el Rif Occidental. El general Aizpuru propuso un contraataque, pero el dictador optó por imponer el repliegue de las tropas españolas hacia posiciones más fáciles de defender, lo que posteriormente sería conocido como la línea Estella.⁴⁷

A inicios de julio de 1924, la situación militar en el Rif era tan crítica que el dictador fue personalmente a evaluarla. Brabo Montero relata en sus memorias que el dic-

⁴⁵ Copia de la hoja de servicios, 6.

⁴⁶ Alejandro Quiroga, *Miguel Primo de Rivera: Dictadura, populismo y nación* (Crítica, 2022), 119.

⁴⁷ Quiroga, 119-120. Véase también Francisco Gómez-Jordana Souza, «Plan de Directorio: fase inicial. Su difícil ejecución», en *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos* (Madrid: Editora Nacional, 1976), 55-68. Sobre la guerra química, véase: Francisco Javier Martínez Antonio, «Un catalán contra el Rif: Joaquín Planell y la guerra química en Marruecos (I). De Trubia a La Marañosa», *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos* 37 (2024): 251-275; y Francisco Javier Martínez Antonio, «Armas químicas y abandonismo en la política marroquí de Primo de Rivera, 1923-1925», en *Nuevas miradas sobre la dictadura de Primo de Rivera en su centenario: Actas del VIII Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo*, coord. Carlos Navajas Zubeldia y Guillermo María Muñoz (Universidad de La Rioja, 2025), 413-428.

[...] se autonombró Alto Comisario y Jefe de las fuerzas militares del norte de Marruecos, tras ser testigo de los sacrificios humanos que costaron las posiciones de Koba Darsa, Uad-Lau, Gorques, Xauen y Mexerach, por citar solo algunas de las áreas sitiadas, que implicaron grandes pérdidas.⁴⁸

Ante esta situación, decidió imponer el repliegue de las tropas españolas; es decir, retirar las fuerzas hacia la costa, abandonando el resto del territorio. Fue el 18 de octubre de 1924 cuando Primo de Rivera se autonombró alto comisario y general en jefe del Ejército de Operaciones en la zona de influencia española en el norte de Marruecos.⁴⁹

Los oficiales africanistas reaccionaron de manera extremadamente hostil a la orden de replegarse. Se mostraban contrarios a establecer una línea defensiva cerca de las principales ciudades de la comandancia de Ceuta. Según Brabo Montero, tras conocer la orden de repliegue, los oficiales la consideraron un «deshonor y una vergonzosa capitulación ante el enemigo y ante el mundo» y se resistieron a abandonar «territorio y lugares que tanta sangre y tantos sacrificios habían costado a España». ⁵⁰

El 19 de julio de 1924, Primo de Rivera visitó el campamento de la Legión en Ben Tieb, acompañado por uno de sus principales partidarios, el general Sanjurjo. Durante la visita, una parte considerable de los tenientes coroneles del Tercio de Extranjeros, incluido Franco, expresaron su malestar de manera vehemente respecto a la orden de repliegue y presentaron su dimisión. El dictador no las aceptó.⁵¹

Brabo Montero asegura en sus memorias que estuvo presente en Ben Tieb, donde «habían 4 Banderas de la Legión», y que le ofrecieron al dictador un banquete completo, con «entremeses, platos y postres» compuesto por «HUEVOS, simbolizando el valor del Ejército español de África, que no quería obedecer el retirarse a la costa, si no proseguir la conquista total de la Zona del Protectorado». Según explica, Franco invitó a todos los oficiales españoles presentes en la zona a una comida, durante la cual acordaron «bajo palabra de honor» hacer prisionero a Primo de Rivera, reducirlo a un simple soldado legionario y continuar con el golpe de Estado militar para llevar la «guerra de Marruecos hasta el fin».

En pleno banquete alzó la voz de rebeldía el teniente coronel Pareja, la mejor carrera del ejército y Jefe de los Regulares de Larache. Franco que previamente había conferencia[do] [sic] a solas con Primo de Rivera al llegar, ante la sorpresa de todos, reclamó obediencia y disciplina, y que no se debía ir contra el Alto

⁴⁸ Brabo Montero, «Memòries», 30-31.

⁴⁹ Gómez-Jordana, *La tramoya*, 69-70; Quiroga, *Miguel Primo de Rivera*, 120; Encarnación Albasanz Mata y Luisa Auñón Manzanares, «El problema de África durante la Dictadura de Primo de Rivera a través de las Actas de los Consejos de Ministros de los años 1925 a 1930», *Aldaba* 26 (1995): 22.

⁵⁰ Brabo Montero, «Memòries», 31.

⁵¹ Quiroga, *Miguel Primo de Rivera*, 120.

Comisario, pues no había derecho, dijo, a que, en nombre de nuestra voluntad, fuésemos contra el pueblo español que deseaba acabar la guerra, y las mujeres y las finanzas españolas clamaban por ello.

Brabo Montero estaba convencido de que la defensa del dictador le habría valido al teniente coronel Franco «al faltar, con razón o sin ella a la palabra empeñada, dos ascensos consecutivos en un mismo período, lo que estaba vedado». A su juicio, «FRANCO FALTÓ A LA PALABRA DE HONOR QUE TENÍA EMPEÑADA».⁵²

Es poco probable que Brabo Montero hubiera presenciado realmente lo ocurrido en aquella comida. Son varios los indicios que hemos encontrado que nos hacen pensar que no estuvo en ella. En primer lugar, su hoja de servicios dice que el 15 de julio estaba destacado al mando de una sección de ametralladoras en Solano y que no fue hasta el 2 de agosto que volvió a unirse a su bandera.⁵³ En segundo lugar, Brabo Montero explica en sus memorias que era ayudante oficial en la 5.^a Bandera, mientras que en el momento del incidente de Ben Tieb solamente estaban presentes la 2.^a, la 3.^a y la 4.^a Banderas.⁵⁴

Seguramente a él le hubiera gustado formar parte de aquel banquete a base de huevos (si es que realmente fue aquel el menú) y codearse con los principales oficiales de la Legión. Aun así, pensamos que Brabo no miente cuando describe el ambiente general de tensión que reinaba entre las filas del Tercio de Extranjeros y es seguro que el incidente fue ampliamente comentado entre los oficiales. De hecho, su testimonio coincide con el de otros coetáneos que también afirmaron que había quien conspiraba en contra del dictador.⁵⁵

La comida en Ben Tieb ha generado una gran controversia. Algunos historiadores vinculados al franquismo niegan que esa tensa comida realmente se hubiera llevado a cabo.⁵⁶ Por su parte, la nieta de Queipo de Llano afirma que sí tuvo lugar y que Franco le habría comunicado a su abuelo que los oficiales africanistas habían decidido encarcelar al general Primo de Rivera y le habría solicitado que asumiera el mando, a lo que Queipo se habría negado. Ante la propuesta de Franco, Queipo de Llano habría optado por

[...] convencerlos para que depusiesen su actitud, lo que conseguí manifestándoles, entre otras cosas, que cualquier demora en el avance pondría en grave riesgo a las posiciones que demandaban auxilio urgente. Cedieron y, cuando me encontraba con el espíritu tranquilo, fui separado del mando y enviado a un castillo.

⁵² Brabo Montero, «Memòries», 27-33, 68, 70-72 (en mayúsculas en el original).

⁵³ Copia de la hoja de servicios, 6.

⁵⁴ Ricardo de la Cierva, *Franco* (Planeta, 1986), 79.

⁵⁵ Ballenilla, *La Legión española*, 311.

⁵⁶ Ricardo de la Cierva, *Francisco Franco: Un siglo de España* (ENU, 1972), fasc. 10.

El dictador consideró a Queipo de Llano como el «cabecilla de un atentado contra su poder», lo cesó del cargo de jefe de la comandancia de la zona de Ceuta, el 23 de septiembre de 1924, y le impuso un mes de arresto en el castillo de Ferrol.⁵⁷

El coronel retirado y antiguo jefe del 2.º Tercio de la Legión en Ceuta, Enrique Domínguez Martínez-Campos, sostiene, desde una perspectiva próxima al discurso institucional militar, que la famosa comida organizada por el teniente coronel Francisco Franco sí tuvo lugar en el cuartel de Ben Tieb y que, después de la comida, Primo de Rivera ordenó a Franco que le esperara esa noche en la Comandancia General de Melilla, donde se reunieron a solas cerca de dos horas. Domínguez Martínez-Campos considera que esta reunión pudo haber cambiado los planteamientos del general Primo de Rivera respecto a la guerra en Marruecos.⁵⁸ No obstante, el relato defendido por Domínguez Martínez-Campos no está exento de problemas historiográficos. Francisco Franco negó, en el periodo final de la dictadura, que se hubiese celebrado el supuesto banquete compuesto por huevos. Así lo declaró a Ricardo de la Cierva, quien lo publicó en un artículo en *Abc* el 1 de abril de 1973, tal como lo explica Alfonso Iglesias Amorín.⁵⁹

En cualquier caso, es indudable que los planteamientos abandonistas de Primo de Rivera generaron una fuerte tensión con los sectores africanistas del Ejército. El propio Franco publicó duros artículos críticos con la estrategia del dictador en la *Revista de Tropas Coloniales*. Esta tensión culminó, en julio de 1924, con un enfrentamiento directo entre Primo de Rivera y varios oficiales africanistas, que le presentaron su dimisión, pero no les fue aceptada.⁶⁰ Más allá de si la cena tuvo lugar o no, lo relevante es que, con o sin banquete, con o sin conspiración, el dictador logró imponer su criterio a los africanistas castrenses que defendían prolongar la ofensiva en el Rif. Además, en agosto de 1924, Primo de Rivera ofreció en secreto al embajador británico el intercambio de Ceuta por Gibraltar.⁶¹

La orden de repliegue del dictador implicó la retirada de todas las tropas de los territorios ocupados en el interior de la zona de la comandancia de Ceuta y concentrarlas en una línea defensiva cercana a las ciudades de Ceuta, Tetuán, Larache, Alcazarquivir y Arcila. El objetivo era reducir el número constante de bajas causadas por los ataques de los rifeños, así como mejorar la defensa de las fortificaciones españolas, optimizar las comunicaciones y concentrar los recursos militares disponibles.⁶² Además, si tras la

⁵⁷ Ana Quevedo y Queipo de Llano, *Queipo de Llano: Gloria e infortunio de un general* (Planeta, 2001), 135-141.

⁵⁸ Enrique Domínguez Martínez-Campos, «La visita del general Primo de Rivera a Ben Tieb», conferencia pronunciada en la Academia de las Ciencias y las Artes Militares, 24 de mayo de 2023, disponible en <https://www.acami.es/noticia/la-visita-del-general-primo-de-rivera-a-ben-tieb/>.

⁵⁹ Alfonso Iglesias Amorín, «Imaginarios y conmemoración del fin del “problema” de Marruecos durante la dictadura de Primo de Rivera», *Hispania Nova* 20 (2022): 859-860, nota 5.

⁶⁰ Iglesias Amorín.

⁶¹ Quiroga, *Miguel Primo de Rivera*, 120; Albasanz Mata y Auñón Manzanares, «El problema de África durante la Dictadura de Primo de Rivera», 20.

⁶² Salvador Fontenla Ballesta, *La guerra de Marruecos: Historia completa de una guerra olvidada* (La Esfera de los Libros, 2017), 402.

retirada los rifeños decidían atacar el protectorado francés, esto posibilitaría formar una alianza franco-española que acabaría con la República del Rif.

En agosto de 1924, Brabo Montero formó parte de la columna comandada por Franco y participó en los enfrentamientos con las tropas rifeñas. El 22 de agosto sufrió su primera herida, leve, debido al rebote de una bala en la región costal derecha. A pesar de la herida, continuó combatiendo durante los días 23, 24 y 25, así como el 27 y el 30 de agosto. Por su valentía se le otorgó la Medalla Militar de Marruecos con pasador Tetuán.⁶³

Algunos coetáneos de los hechos consideraban que el principal defecto de las tropas españolas en la guerra del Rif era su inmovilidad, reflejada en la estrategia de intentar controlar el territorio ocupado mediante una extensa red de pequeñas posiciones fortificadas, sostenidas por reducidos grupos de soldados. Esta táctica, basada en el control estático del terreno, absorbía la mayor parte de las tropas destinadas al Rif y generaba graves problemas de aprovisionamiento, facilitando el desarrollo de una exitosa guerra de guerrillas por parte de las fuerzas rifeñas.⁶⁴

Esta estrategia contrastaba con la denominada «mancha de aceite», un concepto militar desarrollado inicialmente por el mariscal francés Hubert Lyautey, adaptado por el general Berenguer para el Ejército español entre 1919 y 1921, y perfeccionado a partir de 1925. La «mancha de aceite» consistía en un avance progresivo y expansivo a partir de puntos fortificados, combinando posiciones fijas con columnas móviles para mejorar la flexibilidad y el control del terreno. Esta táctica también implicó la creación y empleo de fuerzas indígenas, un aspecto en el que Berenguer desempeñó un papel fundamental.⁶⁵

La retirada de Xauen

Como hemos explicado anteriormente, el 22 de agosto Brabo sufrió una herida leve de bala en la región costal derecha. A pesar de eso, la herida no le impidió participar en la evacuación de los puestos militares de la zona del Lau. Brabo Montero participó activamente en los combates en la columna del general Julián Serrano en Hoj, Tisgarin, y Cheruda. El 14 de septiembre embarcó en Uad Lau y dos días después quedó asignado a la columna de Franco en Dar Riffien. Con esta columna combatió a lo largo de todo el mes de septiembre de 1924 y participó en el auxilio de Xauen, cuando rompieron el cerco de los rifeños el 29 de septiembre. Estuvo en esta población prestando servicios en

⁶³ Copia de la hoja de servicios, 5v-6v.

⁶⁴ Amadeu Hurtado, *Quaranta anys d'advocat: Història del meu temps* (Edicions 62, 2011), 457-458.

⁶⁵ Dámaso Berenguer, *Campañas en el Rif y Yebala, 1921-1922: Notas y documentos de mi diario de operaciones* (Madrid: Sucesores de R. Velasco, 1923); Dámaso Berenguer, *De la dictadura a la república* (Tebas 1975); Geoffrey Jensen, *Cultura militar española: Modernistas, tradicionalistas y liberales*, trad. Jaime Blasco (Biblioteca Nueva, 2014); María Gajate Bajo, «Dámaso Berenguer y sus lecciones sobre la guerra asimétrica en el Norte de Marruecos (1918-1923)», *Revista Universitaria de Historia Militar* 11, n.º 23 (2022): 62-84.

carreteras con la columna del coronel Agustín Gómez Morato. Entre el 2 y el 13 de octubre combatió diariamente contra los rifeños para luego regresar a Xauen y unirse a la columna del coronel Miguel Núñez de Prado. Entre el 16 y el 28 de octubre participó en la evacuación de las tropas de diversos puntos fortificados y posteriormente regresó a Xauen. En noviembre continuó combatiendo contra los rifeños en misiones de aprovisionamiento a las tropas desplegadas en el territorio. El 29 de noviembre volvió a estar a las órdenes de Franco, participó en la evacuación de los blocaos y dirigió una sección de morteros y otra de ametralladoras.⁶⁶

En sus memorias, Brabo Montero explica que la retirada de Xauen fue «durísima». En plena retirada, el 8 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción, celebraron de manera sobria la fiesta patronal del arma de infantería. Se encontraban en el zoco de Beni Hasán y su jefe, el teniente coronel Franco, les habló con gran emoción, llegando al llanto al recordar las

[...] sensibles e importantísimas bajas de las jornadas anteriores, entre ellas la del General Serrano, la del teniente coronel Claudio Temprano, de regulares de Alhucemas, y del laureado e inválido Capitán Arredondo, así como unos cabos furrieles que cayeron en una cruel emboscada al ir a buscar víveres para la fiesta, se emocionó y lloró.⁶⁷

El general Julián Serrano Orive murió en combate el 19 de noviembre de 1924, mientras cubría la retirada de Zoco el Arbaa.⁶⁸ Ese mismo día también fue herido de muerte el capitán Pablo Arredondo Acuña, quien murió dirigiendo la 1.^a Compañía de la 1.^a Bandera del Tercio y «entablado desesperada lucha en circunstancias cada vez más desventajosas por las numerosas bajas sufridas». ⁶⁹ El teniente coronel Claudio Temprano también murió el mismo día «como consecuencia de las heridas recibidas durante el repliegue de Xauen». A título póstumo le fue concedida la Cruz Laureada de San Fernando y su nombre fue asignado a un cuartel de Regulares. De hecho, los militares al mando de la dictadura decidieron, para «resolver sus tropiezos», no comunicar a las familias de los muertos «lo que había ocurrido durante los combates ni de sus consecuencias. Hay quien dice que en el Ejército español estas cosas no salen jamás de los despachos hasta que el tiempo va borrando las huellas de lo sucedido». ⁷⁰

⁶⁶ Copia de la hoja de servicios, 6v-7v.

⁶⁷ Brabo Montero, «Memòries», 33.

⁶⁸ Alfonso de Ceballos-Escalera Gila, «Julián Serrano Orive», *historia-hispanica.rah.es*. <https://historia-hispanica.rah.es/biografias/42107-julian-serrano-orive>.

⁶⁹ José Luis Isabel Sánchez, «Pablo Arredondo Acuña», *historia-hispanica.rah.es*. <https://historia-hispanica.rah.es/biografias/3926-pablo-arredondo-acuna>.

⁷⁰ Guillermo Serrano Sáenz de Tejada, *De la guerra de Marruecos y el combate que no debió ser* (Ministerio de Defensa, 2013), 208.

El 11 de diciembre, Brabo Montero asumió el mando de su compañía tras la muerte de su capitán a manos de los rifeños y continuó combatiendo hasta el 20 de diciembre, cuando ocupó el cargo de comandante interino de bandera.⁷¹ No obstante, en sus memorias asegura que el momento crucial fue el 12 de diciembre, cuando, al salir del zoco de Beni Hasán, estuvo a punto de repetirse una desbandada similar a la de Annual cuando

[...] ante la filtración de los rifeños [...] [las tropas] se desmoralizaron y abandonaron sus puestos sin orden ni concierto. Entonces, el Teniente Coronel, Francisco Franco Baamonde [*sic*], que vestía uniforme y gorro legionarios y se cubría con una chilaba rifeña, empuñando el fusil de un muerto, gritó: A MÍ LA LEGIÓN, OFICIALES, y formó la famosa guerrilla de contención de los huidos, con unos catorce oficiales, de cuya fuerza heroica solo quedan hoy con vida el entonces Teniente Coronel Francisco Franco Baamonde [*sic*], actualmente Jefe del Estado español, y Manuel Brabo Montero.⁷²

El 23 de diciembre, los miembros del Tercio que habían sobrevivido llegaron al campamento de Dar Riffien.⁷³ Algunos coetáneos de los hechos afirmaban que la retirada de las tropas de Xauen a Tetuán dio lugar a un desastre de la magnitud de Annual.⁷⁴ Una vez establecida la nueva línea defensiva, su mantenimiento también resultó costoso y la situación se volvió aún más difícil, ya que algunas cabilas que inicialmente habían aceptado el control español se alinearon con la República del Rif encabezada por Abd el-Krim.⁷⁵

Existe un debate historiográfico acerca de los objetivos reales de la retirada de Xauen y sobre si esta operación constituyó o no un «desastre». Desde el punto de vista militar, la retirada resultaba poco conveniente cuando se llevó a cabo, ya que implicaba desplazar grandes cantidades de tropas y de material en una época del año —el otoño— especialmente complicada para los desplazamientos debido a las lluvias, que impidieron el uso de la aviación. Además, la retirada supuso un fuerte incremento de la moral de los rifeños al ver como las tropas españolas abandonaban el territorio que habían ocupado.

Una parte de la historiografía interpreta la retirada como una maniobra costosa pero acertada por parte del Ejército español. Esta perspectiva es defendida por Tomás

⁷¹ Copia de la hoja de servicios, 6v-7v.

⁷² Brabo Montero, «Memòries», 32-33.

⁷³ Copia de la hoja de servicios, 6v-7v.

⁷⁴ Jaume Garriga i Massó, *Memòries d'un liberal catalanista* (Edicions 62, 1987), 264.

⁷⁵ Albasanz Mata y Auñón Manzanares, «El problema de África durante la Dictadura de Primo de Rivera», 23.

García Figueras, el militar Francisco Gómez-Jordana Souza o María Teresa González.⁷⁶ La monografía de Fernández Riera sobre la retirada de Xauen explicita la tesis que defiende en el subtítulo de su libro *Xauen 1924: La campaña que evitó un nuevo Annual*,⁷⁷ mientras que Julián Paniagua argumenta que la retirada de Xauen no fue una acción defensiva, sino una astuta trampa del directorio militar español, diseñada simultáneamente para atrapar tanto a los rifeños como a los franceses, con el objetivo de involucrarlos en el conflicto y, así, ganar la guerra.⁷⁸ Esta idea también se ha repetido a menudo en la prensa generalista, con artículos como los publicados por Luis Togores y Salvador Fontenla, ambos especialistas en la Legión, que ofrecen una imagen triunfalista de la retirada de Xauen, hasta el punto que Togores ha afirmado: «El repliegue tuvo pocas bajas. Porque Franco hizo una cosa que puede parecer infantil: dejó muñecos vestidos de legionarios».⁷⁹ Fontenla publicó un artículo asegurando que la retirada «no tuvo una sola baja».⁸⁰

Otra parte de la historiografía ha abordado la retirada de Xauen desde una perspectiva más crítica que la anterior. En 1998, Susana Sueiro argumentó que el dictador Primo de Rivera ordenó la retirada porque pretendía revisar los tratados internacionales, con el objetivo de que España pudiera intercambiar Tánger por el resto del protectorado.⁸¹ Alejandro Quiroga explica que Primo de Rivera actuaba de manera pragmática, improvisando soluciones a los problemas a medida que surgían; por lo general, sus decisiones eran impulsivas e instintivas y el dictador «rara vez se mostró preocupado por las vidas de sus soldados caídos en combate».⁸² Sebastian Balfour sostiene que la retirada de Xauen tenía como objetivo preparar una masiva campaña de bombardeos, que incluía el uso de bombas incendiarias y gases tóxicos. Para llevar a cabo esta estrategia, era necesario retirar las tropas para evitar que se vieses afectadas por los bombardeos.⁸³ Por su parte, González Calleja afirma que el planteamiento de Primo de

⁷⁶ Tomás García Figueras, *Marruecos: La acción de España en el Norte de África* (Madrid: Fe, 1951), 203; Gómez-Jordana, *La tramoya*, 70-73; María Teresa González Calbet, *La Dictadura de Primo de Rivera: El Directorio Militar* (El Arquero, 1987), 198, 278.

⁷⁷ Vicente Fernández Riera, *Xauen 1924: La campaña que evito un nuevo Annual* (Almena, 2013).

⁷⁸ Julián Paniagua López, «¿Cómo ganó España la Guerra del Rif? El plan de operaciones del Directorio Militar tras la retirada de Chauen, noviembre de 1924», *Norba: Revista de Historia* 32 (2019): 227-249.

⁷⁹ Luis E. Togores citado en Juan León G., «“El repliegue de Xauen” o el principio del fin de la Guerra del Rif», *El Faro de Ceuta*, 13 de febrero de 2020. <https://elfarodeceuta.es/repliegue-xauen-principio-fin-guerra-rif/>.

⁸⁰ Salvador Fontenla Ballesta, «Centenario de la Legión: Xauen, la retirada que no tuvo una sola baja», *La Razón*, 20 de octubre de 2019. <https://www.larazon.es/cultura/centenario-de-la-legion-xauen-la-retirada-que-no-tuvo-una-sola-baja-LD25371749/>.

⁸¹ Susana Sueiro Seoane, «Spanish colonialism during Primo de Rivera's dictatorship», *Mediterranean Historical Review* 13, n.º 1-2 (1998): 53.

⁸² Quiroga, *Miguel Primo de Rivera*, 122.

⁸³ Sebastian Balfour, *Abrazo mortal: De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)* (Península, 2002), 200.

Rivera al ordenar la retirada de Xauen era pragmático y flexible, abierto a todas las posibilidades.⁸⁴

Alfonso Iglesias Amorín explica que bajo el mando del dictador se llevó a cabo una retirada gradual de la zona occidental.

No sabemos si la idea inicial era que fuera definitiva o, como han sostenido algunos autores, si el objetivo era dar a Abd el-Krim las manos libres y que se sintiera lo suficientemente poderoso para lanzarse contra la zona francesa.

No obstante, la madrugada del 16 al 17 de noviembre, las tropas españolas comenzaron a retirarse de Xauen y de centenares de posiciones en lo que fue una «costosísima operación cuyo lugar en la memoria histórica ha sido mucho menos relevante de lo que su magnitud justificaría». Las cifras de bajas siguen siendo motivo de controversia. De hecho, aún no existe un estudio definitivo que las haya contabilizado. El general López Ochoa recordaba que había muerto un general y las bajas superarían las 15 000, lo que las situaría por encima de las del desastre de Annual. En la franja baja de las estimaciones, Fernández Riera sostiene que fueron aproximadamente 4500, de las cuales unos 1500 hombres habrían muerto.⁸⁵ En cambio, Brabo Montero afirma que la retirada de Xauen «costó 30 000 bajas».⁸⁶

La diversidad de interpretaciones sobre la retirada de Xauen refleja las tensiones existentes entre el relato oficial (o su ausencia) en el momento de los hechos, los recuerdos de quienes combatieron durante la retirada y los análisis historiográficos posteriores. En este contexto, las memorias de Brabo Montero, marcadas por la experiencia directa en los combates, contrastan de manera significativa con aquellas interpretaciones que minimizan el coste humano o presentan la operación como un éxito estratégico. La cifra de bajas que aporta Brabo Montero no puede considerarse un dato cuantitativo exacto, pero sí constituye un indicio valioso del grado de violencia, desorganización y percepción de desastre entre quienes participaron en la retirada. Su testimonio, junto con otras fuentes contemporáneas, sugiere que la operación, aunque obedeciera a una lógica táctica —y posiblemente estratégica— que condujo a la victoria hispano-francesa en la guerra del Rif, fue en sí misma un fracaso militar.

La retirada de Xauen se caracterizó por ser una maniobra desordenada y sumamente costosa en vidas humanas, que solo posteriormente, tras el ataque de la República del Rif a Francia, fue resignificada como parte de una estrategia más amplia que facilitó la victoria conjunta hispanofrancesa en el conflicto. La operación fue un desastre

⁸⁴ Eduardo González Calleja, *La España de Primo de Rivera: La modernización autoritaria 1923-1930* (Alianza, 2005), 111-112.

⁸⁵ Alfonso Iglesias Amorín, *Marruecos, panteón del Imperio español (1859-1931)* (Marcial Pons, 2022), 401-402.

⁸⁶ Brabo Montero, «Memòries», 32.

innegable para quienes participaron directamente en el repliegue, pero cuya memoria fue cuidadosamente moldeada por el discurso oficial con el fin de evitar un nuevo escándalo como el de Annual.

La censura de la dictadura logró frenar el impacto del desastre militar y no se inició ninguna investigación para esclarecer lo ocurrido, por lo que el repliegue de 1924, en palabras de Iglesias Amorín, fue un «desastre directo al olvido». Además, el dictador consiguió que fuera un desastre «envuelto en gloria», ya que, efectivamente, Abd el-Krim atacó a los franceses. Estos, a su vez, se aliaron con los españoles y, finalmente, destruyeron la República del Rif. No obstante, testimonios de los hechos apuntan a que durante la retirada de Xauen hubo escenas de pánico similares a las del desastre de Annual. También es un hecho que muchos cadáveres quedaron insepultos en el campo de batalla, como ocurrió en Annual, y no fueron enterrados hasta que las tropas españolas recuperaron esos territorios en 1926. Incluso, el número de prisioneros españoles capturados por los rifeños superó a los de Annual en 1921.⁸⁷ El conde de Romanones, uno de los principales dirigentes liberales, consideraba que el dictador había acertado al renunciar a sus teorías abandonistas respecto a la zona de influencia española en el norte de Marruecos, donde habría logrado el mayor éxito de todo su mandato. Para Romanones, a partir del acuerdo con Francia, Abd el-Krim El Jattabi «estaba vencido».⁸⁸

Conclusiones

El análisis de las memorias y la hoja de servicios de Manuel Brabo Montero, centrado en su participación en la campaña del Rif y especialmente en la retirada de Xauen, permite no solo reconstruir un episodio biográfico significativo, sino también repensar la manera en que dicho conflicto ha sido narrado y legitimado en el discurso oficial del Ejército español. La trayectoria de Brabo Montero ilustra cómo la experiencia de guerra, vivida con crudeza y narrada en primera persona, ofrece una perspectiva crítica frente a operaciones militares que la historiografía oficial ha tendido a resignificar como éxitos estratégicos.

Brabo Montero provenía de una familia estrechamente vinculada al Estado y al Ejército, con tradición en la administración colonial. Tras el asesinato de su padre, ingresó en la Academia de Infantería de Toledo y, posteriormente, se incorporó al Tercio de Extranjeros, donde combatió durante más de tres años en el Rif. Allí coincidió con el teniente coronel Francisco Franco, con quien mantuvo una relación profesional intensa

⁸⁷ Iglesias Amorín, *Marruecos*, 401-403. Sobre la censura véase: Adrián Gómez-Rey Benayas, «¿Censura para todos? La postura de la prensa militar española respecto a Marruecos durante la dictadura de Primo de Rivera», en *Nuevas miradas sobre la dictadura de Primo de Rivera en su centenario: Actas del VIII Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo*, coord. Carlos Navajas Zubeldia y Guillermo María Muñoz (Universidad de La Rioja, 2025) 391-411.

⁸⁸ Romanones [Álvaro Figueroa y Torres, conde de], «Notas de una vida», en *Obras completas* (Editorial Plus Ultra, 1955), 430.

y ambivalente. Este estudio se ha centrado en su primera etapa en Marruecos, entre 1923 y 1924, coincidiendo con el choque del dictador con los africanistas castrenses, durante la supuesta comida de Ben Tieb, así como con su intensa participación en los combates durante la retirada de Xauen.

Las experiencias recogidas en sus memorias, donde relata la brutalidad imperante en la Legión y describe con viveza los combates, ayudan a comprender no solo su evolución como militar, sino también el clima moral y operativo de aquella guerra. Aunque su testimonio sobre ciertos episodios, como la comida de Ben Tieb, no pueda confirmarse documentalmente, su relato de la retirada de Xauen resulta coherente con otras fuentes coetáneas. A pesar de sus críticas a Franco, reconoce que éste desempeñó un papel clave en contener el caos en diciembre de 1924, evitando lo que podría haber sido un nuevo desastre que superase al de Annual.

Mediante la reconstrucción de la trayectoria militar de Brabo Montero, proponemos una lectura crítica de la retirada de Xauen. Defendemos que esta fue una maniobra vivida por los combatientes como un fracaso traumático y desorganizado más que como un repliegue táctico exitoso. El testimonio de Brabo Montero, con las limitaciones propias del género memorialístico, se alinea con otras voces que subrayan el altísimo coste humano de la operación, en contraste con el relato oficial consolidado tras la alianza hispanofrancesa y la derrota de la República del Rif.

Este artículo aporta tres contribuciones principales al debate historiográfico. Primero, reivindica el valor de las memorias militares como fuentes cruciales para revisar relatos institucionalizados sobre el conflicto. Segundo, subraya la centralidad de la retirada de Xauen como episodio fundacional en la reconfiguración de la guerra del Rif y su memoria. Y, tercero, plantea la necesidad de investigaciones más rigurosas sobre las cifras reales de bajas y los mecanismos de ocultación activados por el régimen de Primo de Rivera.

En síntesis, la retirada de Xauen debe entenderse no solo como una operación militar inscrita en una lógica estratégica más amplia, sino también como un hecho traumático cuya memoria fue cuidadosamente moldeada para evitar una repetición del escándalo de Annual. El testimonio de Brabo Montero (crítico, subjetivo, interno y detallado) constituye una pieza fundamental para desmontar esa narrativa oficial y situar este episodio en su verdadera dimensión: la de un desastre militar resignificado políticamente, cuyas consecuencias marcaron tanto el devenir del conflicto como la forma en que ha sido explicado historiográficamente. Porque si bien es cierto que el ataque de los rifeños a Francia fue el inicio de su derrota, también lo es que la retirada de Xauen fue, para quienes la vivieron, un desastre en toda regla.

Declaración de divulgación

Los autores no han declarado ningún conflicto de intereses potencial.

Financiación

Los autores no han recibido apoyo financiero para la investigación, la autoría o la publicación de este artículo.

Los imaginarios coloniales y anticoloniales de la «misteriosa» Xauen: Africanismo, orientalismo y antiimperialismo (1920-1936)

Colonial and Anticolonial Imaginaries of “Mysterious” Chefchaouen: Africanism, Orientalism and Anti-imperialism (1920–1936)

David Martínez Fiol
GREPIIC, Universitat Autònoma de Barcelona
david.martinez.fiol@uab.cat

Resumen: El artículo analiza cómo fue interpretada por el imaginario de diferentes sectores corporativo-profesionales españoles —militares e intelectuales principalmente— la denominada retirada o desastre de Xauen de 1924. A partir de *África: Revista de Tropas Coloniales*, dirigida por el general Francisco Franco, se recoge la visión del africanismo militar clásico y contrarrevolucionario, la cual optó por ignorar en sus páginas la existencia de la operación de retirada de Xauen de 1924 y destacar, por el contrario, la conquista de 1920 y la reconquista de 1926 de la ciudad.

A la visión del africanismo militar clásico se contrapone la de un africanismo minoritario de corte izquierdista, representado por la icónica personalidad del por aquel entonces teniente Fermín Galán. Para ello, la fuente principal es la que fuese su novela inédita hasta 1930: *La barbarie organizada*. Desde una óptica antimilitarista y con simpatías hacia los sectores libertarios, esta obra cuestionó no el colonialismo, sino la forma y los métodos contrainsurgentes con que el ejército español condujo la guerra de Marruecos.

Finalmente, el núcleo del análisis sobre Xauen y la presencia española en Marruecos, centrado en los años republicanos, se aborda a partir de la obra *El Marroc sensual i fanàtic*, escrita por la novelista y periodista catalana Aurora

Bertrana, simpatizante de la Esquerra Republicana de Catalunya y notablemente influida por la figura capital del periodismo de investigación de la época, el francés Albert Londres. *El Marroc sensual i fanàtic* se concentró en exponer una visión antropológica, feminista y anticolonialista —aunque con profundas contradicciones— sobre cómo la población marroquí entendía el significado espiritual y político de la ciudad de Xauen.

El artículo expone estos diferentes puntos de vista sobre el significado militar, político y religioso de Xauen teniendo en cuenta el proceso de reconstrucción territorial, imperialista y nacionalista surgido en el norte de África, el Próximo y el Medio Oriente tras el final de la Gran Guerra y la caída del Imperio otomano.

Palabras clave: Marruecos; Xauen; africanismo; antiimperialismo; colonialismo.

Abstract: The article analyzes how the so-called retreat or “disaster” of Chefchaouen in 1924 was interpreted within the imaginaries of various Spanish corporate and professional sectors, primarily the military and the intellectual elite. Drawing on *África: Revista de Tropas Coloniales*, edited by General Francisco Franco, the study presents the perspective of classic, counterrevolutionary Africanism. Deliberately ignoring the 1924 retreat from Chefchaouen, the magazine instead highlighted the city’s conquest and reconquest in 1920 and 1926, respectively.

In contrast to this traditional military Africanism, the article explores the minority current of left-wing Africanism represented by the iconic figure of then-Lieutenant Fermín Galán. The main source for this section is his novel *La barbarie organizada*, unpublished until 1930. Written from an antimilitarist standpoint and with clear sympathies toward libertarian circles, the work did not question colonialism itself, but rather the counterinsurgent methods and practices through which the Spanish Army conducted the Moroccan campaign.

Finally, the analysis of Chefchaouen and the broader Spanish presence in Morocco during the Republican years focuses on *El Marroc sensual i fanàtic*, authored by Catalan novelist and journalist Aurora Bertrana. A sympathizer of Esquerra Republicana de Catalunya and strongly influenced by pioneering French investigative journalist Albert Londres, Bertrana offered an anthropological, feminist, and anti-colonial—though deeply contradictory—vision of how the Moroccan population understood the spiritual and political significance of the city of Chefchaouen.

The article thus presents these diverse perspectives on the military, political, and religious meanings of Chefchaouen within the broader context of territorial, imperial, and nationalist reconstruction in North Africa, the Near East, and the Middle East following the end of the Great War and the collapse of the Ottoman Empire.

Keywords: Morocco; Chefchaouen; Africanism; anti-imperialism; colonialism.

Para citar este artículo: David MARTÍNEZ FIOL: “Los imaginarios coloniales y anticoloniales de la «misteriosa» Xauen: Africanismo, orientalismo y antiimperialismo (1920-1936)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 14, N° 29 (2025), pp. 84-109.

Recibido 13/02/2025

Aceptado 04/07/2025

Los imaginarios coloniales y anticoloniales de la «misteriosa» Xauen: Africanismo, orientalismo y antiimperialismo (1920-1936)

David Martínez Fiol

GREPIIC, Universitat Autònoma de Barcelona

david.martinez.fiol@uab.cat

La insurrección de Abd el-Krim, con la consiguiente creación de la denominada República salafista del Rif (1921-1926), resulta inexplicable sin el contexto internacional de 1914-1939. Durante la Gran Guerra, las dos grandes potencias imperiales de la Entente Cordiale, Francia y Gran Bretaña, prometieron al jerife de La Meca, Husáin ibn Ali, la instauración de un reino árabe que incluiría los territorios del Próximo Oriente, con excepción del sur de Irak y las costas del Mediterráneo que bañan la actual Siria y el Líbano. Esta promesa debía ir aparejada de la intervención militar árabe al lado de las tropas británicas. En este sentido, la denominada revuelta árabe de 1916-1918 debe ser incluida dentro del fenómeno que caracterizó a la Gran Guerra: la construcción, o intento de construcción, de legiones nacionales que, al servicio de los aliados, querían combatir y combatieron contra los Imperios Centrales a cambio de un reconocimiento nacional que, al final de la contienda, no siempre se tradujo en el reconocimiento explícito ni en la recompensa esperada, al menos en su totalidad.

La importancia de las ciudades símbolo en un contexto internacional marcado por el insurreccionalismo árabe y panárabe (1916-1939)

Acabada la Gran Guerra, la derrota militar de los Imperios Centrales tuvo como consecuencia en el Próximo Oriente la desmembración del Imperio otomano, que fue repartido entre Francia y Gran Bretaña a través del Tratado de Sèvres en forma de mandatos de la Sociedad de Naciones y protectorados. Francia ocupó los territorios de los actuales Siria y Líbano, donde a lo largo de los años veinte se crearon los diferentes estados autónomos —bajo tutela del mandato francés— del Gran Líbano, Damasco, Alepo, Alauí y Yábal al-Drus (este último de mayoría drusa). Por su parte, Gran Bretaña se hizo con

el mandato de Palestina, asumiendo al mismo tiempo los protectorados del reino hachemita de Irak y el emirato de Transjordania, ambos recién instituidos en 1921.¹

En rigor, el epílogo de la revuelta árabe de la Gran Guerra tuvo un balance negativo para aquellos sectores que, dentro del mundo árabe y del mundo islámico, habían confiado en concretar el sueño de un reino panárabe o, en otro caso, panislámico. Estos no necesariamente debían ser sinónimos, aunque a un cierto nacionalismo árabe laico se opuso un nacionalismo islámico u otro que identificaba lo árabe y lo islámico. Lo que sí es verdad es que la caída del Imperio otomano resultó insatisfactoria para todas las sensibilidades árabes e islámicas existentes en Próximo Oriente, lo que se tradujo en diferentes revueltas a lo largo del período de entreguerras: Irak en 1920, la gran revuelta siria de 1925-1927 o la revuelta árabe de Palestina de 1936-1939.²

Tampoco se debe olvidar la llamada guerra de independencia turca contra la presencia de las naciones aliadas, las cuales se habían repartido, tras el fin de la Gran Guerra, los territorios de la península de Anatolia en áreas de influencia. Liderados por Mustafa Kemal, los nacionalistas turcos expulsaron a franceses, británicos e italianos, además de poner fin al Estado kurdo y a la presencia griega en las costas de Asia Menor, en lo que se debe considerar un conflicto de exterminio nacional, étnico y religioso y que condujo, en 1923, al establecimiento de la República de Turquía como un Estado laico y nacionalista revolucionario.³

Todas estas revueltas tuvieron también un denominador común, ya fuese en clave religiosa o laica: la reconstrucción simbólica del juego de ciudades. Por poner algún ejemplo de los estados autónomos del mandato francés, Alepo o Damasco darían nombre a sus respectivos estados, de la misma forma que Bagdad devendría la capital del reino Hachemita de Irak o La Meca seguiría siendo el lugar de peregrinación básico del mundo musulmán. La rivalidad árabe-judía tendría en Jerusalén uno de sus principales focos de discordia, al reivindicar ambas comunidades su «propiedad nacional» o «religiosa» (o ambas a la vez), o, sin ir más lejos, en la construcción de un enclave nuevo estrictamente judío, como fue Tel Aviv, a partir de la Convención de Judíos de Yafa en 1906. Más aún, la República de Turquía de 1923 reafirmaría su espíritu revolucionario

¹ Para el mandato británico en Palestina: Roza I. M. El-Eini, *Mandated Landscape: British Imperial Rule in Palestine, 1929-1948* (Routledge, 2005). Para el francés: Philip S. Khoury, *Syria and the French Mandate: The Politics of Arab Nationalism 1920-1945* (Princeton University Press, 1987). Los nuevos reinos árabes con protección británica: Timothy J. Paris, *Britain, the Hashemites and Arab Rule 1920-1925: The Sherifian Solution* (Frank Cass, 2005); y Peter Slugget, *Britain in Iraq: Contriving King and Country* (I. B. Tauris, 2007).

² Michael Provence, *The Great Syrian Revolt and the Rise of Arab Nationalism* (University of Texas Press, 2005); Abbas Kadhim, *Reclaiming Iraq: The 1920 Revolution and the Founding of the Modern State* (University of Texas Press, 2012).

³ El fin del Imperio otomano en Eugene Rogan, *La caída de los otomanos: La Gran Guerra en el Oriente Próximo*, trad. Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar (Crítica, 2015); y Allan Palmer, *The Decline and Fall of the Ottoman Empire* (Fall River Press, 1992). La pervivencia de la otomanidad en el conjunto del Próximo Oriente: Michael Provence, *The Last Ottoman Generation and the Making Modern Middle East* (Cambridge University Press, 2017). El triunfo y la construcción de la república nacionalista turca: Andrew Mango, *Atatürk* (John Murray, 1999).

y laico convirtiendo a Ankara en su capital política en detrimento de Estambul, identificada esta con el derribado sultanato y su poder religioso.⁴

La rebelión de Abd el-Krim contra la presencia española recogió, a su manera, buena parte de las características generadas por el insurreccionalismo árabe e islámico e incluso turco durante los años de la Gran Guerra y del período de entreguerras.⁵ Si bien la revuelta árabe de Próximo Oriente tuvo un patrocinio franco-británico, todo parece indicar que en los orígenes de la toma de consciencia antiespañola de Abd el-Krim, en torno a 1915, tal vez intervino Alemania. Entre 1913 y 1921, fue el territorio del Yebala el que, bajo el liderazgo de Ahmed El Raisuni, sostuvo la resistencia contra las fuerzas militares españolas de ocupación. La confrontación yebalí contra España era, a efectos prácticos, enfrentarse a Francia, puesto que no existieron dos protectorados, uno español y otro francés.⁶ La realidad legal-administrativa, establecida en los acuerdos franco-marroquíes de 1912, constataba un único protectorado francés, el cual cedió a España una reducida «área de influencia» en su parte norte, correspondiente a las regiones del Rif y el Yebala.⁷

Derrotado El Raisuni, a partir de 1921 sería la zona del Rif la que recogería el testigo de la rebelión antiespañola y en la que el juego de ciudades tendría un papel relevante. La constituida como república salafista del Rif tuvo a Axdir como su capital política, aunque Alhucemas fuese la población con un mayor número de habitantes. Con todo, sería Xauen la ciudad que, en el conflicto entre la República del Rif y el Ejército y el Gobierno españoles, alcanzaría un especial simbolismo para los contendientes. Xauen, ciudad fundada en 1471, se caracterizó por acoger población musulmana y judía procedente de los diferentes territorios de al-Ándalus. Fue considerada durante siglos una ciudad sagrada a la que estaba prohibida la llegada de extranjeros, un precepto que se vio sacrificado con la entrada de las autoridades españolas en 1912 al establecerse el «protectorado» o «área de influencia» de España en Marruecos.⁸

La rebelión de El Raisuni hizo difícil la presencia española en Xauen de una forma continuada. No sería hasta 1920, con la victoria militar sobre el líder yebalí, que las autoridades españolas pudieron certificar el pleno control de la ciudad. Sin embargo,

⁴ Por ejemplo, para Estambul como símbolo de la otomanidad musulmana: Juan Goytisolo, *Estambul otomano* (Planeta, 1989). El combate por la identidad de Jerusalén, en Dominique Lapierre y Larry Collins, *Oh, Jerusalén* (Plaza y Janés, 1974). Para Bagdad, en un juego de comparativas con el Occidente cristiano: Hans Belting, *Florenia y Bagdad: Una historia de la mirada entre Oriente y Occidente*, trad. Joaquín Chamorro Mielke (Akal 2012). También las obras de Ross Burns, *Damascus: A History* (Routledge, 2019); y *Alepo: A History* (Routledge, 2017).

⁵ David S. Woolman, *Rebels in the Rif: Abd el Krim and the Rif Rebellion* (Stanford University Press, 1968).

⁶ Paolo La Porte, «La espiral irresistible: La Gran Guerra y el protectorado español en Marruecos», *Hispania Nova* 15 (2017): 500-526.

⁷ *El Protectorado español en Marruecos: La historia trascendida*, Vol. 1: *Vertiente jurídica, socioeconómico-demográfica y científico-educativa*, dir. Manuel Aragón Reyes, coord. Manuel Gahete Jurado, colab. Fatiha Benlabbah (Iberdrola, 2013).

⁸ Faris El-Mesaoudi-Ahmed Messaud, «El Rif en el primer tercio del siglo XX (1900-1930)» (tesis doctoral, Universidad de Granada, 2016), <http://hdl.handle.net/10481/41235>.

la inmediata insurrección rifeña de 1921 condujo a una nueva y superior escalada militar que se tradujo en el abandono de Xauen en 1924, orquestada ya por el Directorio Militar primorriverista. Tanto la conquista de 1920 como la retirada de 1924 dieron pábulo a una literatura de carácter militar y civil sobre Xauen relacionada con las diferentes ideas e imágenes que, alrededor del hecho colonial y, por supuesto, anticolonial, se construyeron en los círculos políticos, intelectuales y militares españoles a lo largo del período de entreguerras.⁹

La conquista de Xauen de 1920 como el anti-Annual en el *Diario de una bandera* (1922) del comandante Franco

Es común en la historiografía identificar el concepto «africanista» con el conjunto de los militares que cumplieron servicio en Marruecos a lo largo del primer tercio del siglo XX. Más aún, se señala como «africanistas» exclusivamente al conjunto de oficiales y suboficiales destinados al protectorado norteafricano, y es frecuente afirmar que todos ellos se nutrieron de una retórica militarista cercana al escuadrismo fascista o parafascista, identificándolos con el cuerpo de legionarios del Tercio de Extranjeros. Esta visión concluye afirmando que en este cuerpo militar y en el contexto marroquí se forjó el contingente humano e ideológico que dio lugar al golpe de Estado de 1936.¹⁰

Sin ser una interpretación incorrecta, lo cierto es que simplifica la heterogeneidad del contingente militar que nutrió a las tropas del protectorado. Es una realidad que el africanismo militar de corte autoritario (al menos, el que se impuso en la España sublevada del otoño de 1936) fue mayoritario en el Marruecos español. Pero sería un análisis incompleto olvidar que una gran parte de los golpistas del 36 «ayudaron» al advenimiento de la Segunda República, especialmente por el hartazgo que mostraron ante el monarca Alfonso XIII (del que también dio muestras Miguel Primo de Rivera), entre diciembre de 1929 y enero de 1930, cuando parecía estar dispuesto a facilitar una solución republicana de carácter dictatorial. Curiosamente, la cúpula militar dio la espalda a las pretensiones «republicanas» de Primo de Rivera para caer «en brazos» de la República un año después.¹¹

Más olvidados todavía son aquellos africanistas que optaron por una versión republicana de izquierdas e incluso, en el verano de 1936, apoyaron al Gobierno legítimo

⁹ Rocío Velasco de Castro, «La lucha anti-colonial en el protectorado español según la historiografía marroquí: Raisuni y Abdelkrim», *Revista Universitaria de Historia Militar* 16 (2019): 41-60.

¹⁰ Sebastian Balfour, *Abrazo mortal: De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*, 2.^a ed., trad. Inés Belaustegui Trías (Península, 2018); Gustau Nerín, *La guerra que vino de África* (Crítica, 2005); Daniel Macías Fernández, «El africanismo castrense, 1909-1927: Una cultura de guerra en la España del primer tercio del siglo XX» (tesis doctoral, Universidad de Cantabria, 2013), <https://repositorio.unican.es/xmlui/handle/10902/2657>.

¹¹ Alejandro Quiroga Fernández de Soto, *Miguel Primo de Rivera: Dictadura, populismo y nación* (Crítica, 2022), 233-237.

salido de las urnas de febrero de aquel mismo año. Sería el caso del teniente coronel Frederic Escofet, que en 1931, tras abandonar el Ejército, devino jefe del cuerpo de Mossos d'Esquadra y, posteriormente, asesor del presidente de la Generalitat Francesc Macià; del teniente coronel Felipe Díaz Sandino, que se convirtió en consejero de Defensa de la Generalitat durante el último semestre de 1936; o del coronel Vicenç Guarner, que devino asesor de la citada Consejería de Defensa durante la Guerra Civil.¹²

Sin embargo, se suele pasar por alto la persona del capitán Fermín Galán, recordado sobre todo por su participación en la insurrección republicana de Jaca de 1930, que le condujo a un pelotón de fusilamiento. Debe recordarse que Galán luchó entre 1920 y 1924 bajo las órdenes del comandante Francisco Franco, siendo herido y condecorado por este, y que de su experiencia en Marruecos derivó a un discurso militarista de corte anticolonial, denunciando el papel que el ejército español se había abocado a cumplir en el protectorado. La retórica anticolonial de Galán se tradujo en la elaboración, durante 1926, de una novela titulada *La barbarie organizada*, la cual no sería publicada hasta la instauración del régimen republicano.¹³

En este apartado se pondrá especial hincapié en la retórica militarista de corte colonialista del por aquel entonces comandante Francisco Franco y cómo esta tuvo, por regla general, el referente de las campañas de Xauen entre 1920 y 1924. En el siguiente apartado se contrastará con la interpretación crítica, en clave antimilitarista y en forma novelada, del que sería capitán Fermín Galán.

En 1922, el comandante Franco expuso su particular visión de la toma de Xauen de 1920 y su receptividad en la metrópoli en su obra *Diario de una bandera*. El libro contiene todos los tópicos discursivos del africanismo militarista y está cargado de un fuerte resentimiento contra la sociedad civil española y la clase política en su conjunto.¹⁴ El contexto en que fue publicado se sitúa entre el desastre de Annual de 1921 y el golpe del capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera. Es decir, en una coyuntura marcada por las críticas de la izquierda española a la campaña colonial en el Rif y, especialmente, al monarca Alfonso XIII, a quien se pretendía responsabilizar de las negligencias de la Comandancia de Melilla que supusieron la muerte de ocho mil soldados españoles y cerca de dos mil soldados marroquíes del ejército español. La

¹² Vicenç Guarner, *L'Aixecament militar a Catalunya i la guerra civil (1936-1939)* (Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1980), con versión castellana en *Cataluña en la Guerra de España 1936-1939* (Gregorio del Toro, 1975); y la semblanza biográfica por Xavier Febrés en *Homenatge a Frederic Escofet 1898-1987: Un militar al servei de Catalunya* (Generalitat de Catalunya; Departament de la Presidència; Departament de Governació, 1999), que incluye los dos libros de memorias de Frederic Escofet, *La desfeta, 6 d'octubre de 1934* y *La victòria, 19 de juliol de 1936*.

¹³ Fermín Galán, *La barbarie organizada: Novela del Tercio* (Madrid: Editorial Castro, 1930).

¹⁴ Francisco Franco Bahamonde, *Diario de una bandera* (1922), prol. Manuel Aznar (Doncel, 1956).

responsabilidad del rey se concretó en el denominado *Expediente Picasso*, que fue dado a conocer el mismo año, 1922, en que Francisco Franco publicó su *Diario de una bandera*.¹⁵

Según Franco, sin explicitarlo abiertamente, la debacle de Annual y la comisión de investigación del general Picasso habían opacado la teóricamente exitosa conquista de Xauen a las fuerzas de El Raisuni, puesto que 1920 supuso, como ya se ha indicado, la derrota y desmantelamiento de las fuerzas de El Raisuni y la sumisión del Yebala a las autoridades del protectorado. El no reconocimiento de este hecho condujo a Franco a afirmar lo siguiente:

EN NUESTRA VIDA de Xauen nos llegan los ecos de España. El país vive apartado de la acción del Protectorado y se mira con indiferencia la actuación y sacrificio del Ejército y de esta oficialidad abnegada que un día y otro paga su tributo de sangre entre los ardientes peñascales.

¡Cuánta insensibilidad! Así vemos disminuir poco a poco la interior satisfacción de una oficialidad que, en época no lejana, se disputaba los puestos de las unidades de choque.¹⁶

Para ello, el futuro dictador de España realiza una descripción pormenorizada de la campaña de conquista de Xauen, desde su inicial acantonamiento en Uad Lau hasta la toma de la «ciudad santa».

Los legionarios sueñan con ir a Xauen remontando el valle del Lau para unir la costa con la misteriosa ciudad.

Al campamento llega la noticia de que el coronel Castro Girona vendrá pronto a Uad-Lau y, en espera del avance que tarda, se nos hacen interminables los primeros días del mes de abril.

Por fin, el 16 se confirma la noticia de la próxima expedición; al día siguiente ha de llegar una numerosa columna para efectuar la proyectada operación sobre Gomara; en ella van a tener un puesto los legionarios.

Las compañías empiezan sus preparativos para la próxima salida. Los seis meses de estancia en Uad-Lau han acumulado una serie de elementos y material regimental, inútil en el momento de la salida. Los carpinteros construyen

¹⁵ Juan Picasso González, *El expediente Picasso: Resumen del Excmo. General de División Don Juan Picasso González, referente al expediente instruido por él con motivo del abandono de posiciones en el territorio de Melilla en los meses de julio y agosto de 1920 [sic]* (1922); Alfonso Iglesias Amorín, «El “Expediente Picasso”: La memoria de un inusual ejercicio de memoria», en *No es país para jóvenes*, coord. Alejandra Ibarra Aguirregabiria (Euskal Herriko Unibertsitatea; Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, 2012), 20.

¹⁶ Franco Bahamonde, *Diario de una bandera*, 36.

embalajes, y cajones para almacenar el material y los capitanes revistan las unidades y elementos que han de tomar parte en la salida.

El día 17, por la mañana, desembarca en Uad Lau el coronel Castro Girona. Viene acompañado de su Jefe de Estado Mayor y varios moros. Los jefes de todos los poblados esperan en la playa y, a la llegada del coronel, unos le besan la mano y otros la estrechan con muestras de respetuoso cariño; entre ellos se encuentran varios jefes de los vecinos poblados de Gomara; el coronel monta a caballo y, tras él, sube toda la comitiva.¹⁷

Resulta de interés observar el vocabulario utilizado por Franco para describir el apoyo «marroquí» a las tropas españolas en su lucha contra El Raisuni. De hecho, plantea casi una actitud de sumisión a la autoridad militar española por parte de «los jefes de todos los poblados», resaltando la idea de «todos». Dicho de otra forma, el escrito de Franco pretende destacar que, a diferencia de la metrópoli, el apoyo de la población autóctona al ejército español era absoluto. El comandante concluye, por tanto, el sentido de las críticas sistemáticas de los «políticos» al Ejército de África. Es más, mientras en la Península se cuestionaba la participación de soldados de reemplazo en Marruecos, Franco destaca el hecho como algo positivo:

El problema militar marroquí es, en general, obra de infantes; ellos forman el núcleo principal de este Ejército y con los jinetes, en número proporcionado, nutren las filas de las tropas de primera línea. Infantes son los que en las heladas y tormentosas noches velan el sueño de los campamentos, escalan bajo el fuego las más altas crestas, y luchan y mueren, sin que su sacrificio voluntario obtenga el justo premio al heroísmo.¹⁸

El relato de *Diario de una bandera* es un compendio de la retórica militarista, de la exaltación de las virtudes de la guerra, del apoyo de los «moros» —tal como se refiere en sus páginas a la población autóctona marroquí— a la colonización española. Es, en último término, el destacar Xauen frente a Annual. La primera, según Franco, ejemplifica «de verdad» la auténtica esencia del trabajo colonizador de España en Marruecos. Por ello, una vez instaurada la dictadura en 1923, la decisión del Directorio Militar, y en concreto de Miguel Primo de Rivera, de abandonar Xauen en 1924 cayó como un jarro de agua fría sobre los africanistas clásicos, puesto que entendían que abandonar el anti-Annual suponía reforzar ante la opinión pública la imagen de un Ejército carente de victorias y sumar desastre tras desastre.

¹⁷ Franco Bahamonde, 29-30.

¹⁸ Franco Bahamonde, 37.

África: Revista de Tropas Coloniales: Del malestar por la retirada de Xauen de 1924 a la construcción de Xauen como metáfora de un Marruecos «civilizado»

En 1925, Francisco Franco accedió a la dirección de *África: Revista de Tropas Coloniales*. Creada en enero de 1924, la revista tuvo como primer director al general Gonzalo Queipo de Llano, quien contó en su consejo de redacción con el propio Franco, que por aquel entonces había ascendido a coronel. Se afirma que Queipo de Llano fue depurado de la dirección de la revista por sus ironías hacia el partido del dictador Primo de Rivera al redefinir las siglas de la Unión Patriótica (UP) como «Urinarios Públicos». La destitución de Queipo fue acompañada de un cambio de destino hacia la Península, lo que le apartó temporalmente del núcleo duro del africanismo militarista. En consecuencia, Franco devino el director de la publicación en 1925.¹⁹

Periodísticamente, la sucesión de Queipo por Franco puede parecer de lo más razonable si nos atenemos a la situación de ambos en la revista: uno director y el otro miembro del consejo de redacción. Atendiendo a razones profesionales, el ascenso de Franco parece lógico, al ser uno de los oficiales con mayor proyección del Ejército español. Ahora bien, tanto Queipo como Franco se habían significado durante la primera mitad de 1924 por su posición crítica con las tesis abandonistas de Primo de Rivera, que se tradujeron en la orden de abandonar la Xauen conquistada a El Raisuni en 1920 para cederla, aunque fuese temporal y estratégicamente, a la República del Rif. Es más, en mayo de 1924, los oficiales de la Legión y de los Regulares ofrecieron un banquete a Primo de Rivera, compuesto esencialmente por una bandeja de huevos. El acto fue interpretado como una metáfora destinada al dictador, acusándolo de falta de gallardía militar, y fue publicitado en los círculos militares como un desafío de indisciplina en toda regla. Sin embargo, parece ser que las anécdotas *testosterónicas* que circularon alrededor del citado banquete podrían tener más un elevado carácter de exageración o de mito (una *fake new* de la época) que una auténtica realidad. Más cercano a la verdad sería apuntar que los ámbitos del africanismo estricto pudieron haber ideado una intona golpista que no llegó a tener ningún recorrido.²⁰

Durante la segunda mitad de 1924 y 1925, las posibilidades de un cuartelazo se enfriaron, especialmente cuando los Gobiernos de Francia y España acordaron aunar esfuerzos para acabar con la República del Rif. Aun así, Queipo de Llano pagó su ironía hacia la Unión Patriótica con el traslado a la Península, mientras que Franco ascendió al puesto de director de *África*. Desde él actuaría como jefe de propaganda de la campaña militar franco-española de 1925-1927, en la cual Xauen jugaría un papel

¹⁹ Irene González González, «Las publicaciones africanistas españolas: El caso de “África: Revista de Tropas Coloniales” (1924-1936)», *Clio@Themis: Revue électronique du droit* 12 (2017): 28.

²⁰ Paul Preston, *Franco: Caudillo de España* (Penguin Random House, 2015), 30-125; Javier Rodrigo, *Generalísimo: Las vidas de Francisco Franco, 1892-2020* (Galaxia Gutenberg, 2022), 73-121; Juan Blázquez Miguel, *Auténtico Franco: Trayectoria militar, 1907-1939* (Almena, 2009), 45-109.

importante, hasta el punto de ensalzar la figura del dictador que había sido denostado durante buena parte de 1924.²¹

Especialmente significativas fueron las noticias que *África: Revista de Tropas Coloniales* dio a conocer en sus números de octubre de 1926 y de octubre de 1927. En ellas, el protagonismo recayó en el general Dámaso Berenguer, que en 1920 era el alto comisario del protectorado y, por lo tanto, el mando superior que dirigió las operaciones que habían de suponer la conquista de Xauen:

El día 14 de octubre de 1920, nuestras tropas conducidas por el entonces General en Jefe y Alto Comisario, Excelentísimo Sr. D. Dámaso Berenguer y Fusté, inteligentemente secundado por el hoy Comandante General de Melilla. D. Alberto Castro Girona, llegaban a las puertas de la ciudad tenazmente hermética, la andaluza y misteriosa Xauen, dispuesta entonces a recibir solemnemente al caudillo que en una marcha difícilísima, a través de los macizos montañosos de Beni-Hosmar y Beni-Hassán y flanqueando las negras y peligrosas escabrosidades del Ajmas, venía ahora con sus soldados victoriosos a inundar de luz la tenebrosa historia de los xaunís y a ponerlos en contacto con el mundo del siglo XX.²²

La idea principal del texto era afirmar que, para suerte de los xaunís, había llegado la acción «civilizadora» —en palabras textuales de la publicación— de España, comparándola en clave positiva con la acción de los conquistadores del siglo XVI en América:

Por ello, ¡que emoción tan inexplicable, tan particular, tan única, tan comparable a nuestras heroicas conquistas del siglo XVI, al otro lado del Océano, como la que hubo de producir una ocupación que más bien podría decirse descubrimiento arrancado por primera vez al secreto impenetrable de los imponentes montes del Ajmas.²³

Resulta comprensible, en la lógica colonialista del africanismo militarista, la comparación con los «conquistadores» del siglo XVI. La oficialidad africanista se sentía heredera del carácter y la imagen clásica del «hidalgo» español, entendido este como la esencia de la españolidad identificada con el espacio geopolítico de la antigua Corona de Castilla. En este sentido hay que entender las referencias, en este mismo artículo, a la campaña marroquí de 1860: se justificó esta en nombre del legado de Isabel I de Castilla, que apostaba por la conquista del norte de África como espacio natural de su expansión,

²¹ Víctor Morales Lezcano, *El colonialismo hispano-francés en Marruecos (1898-1927)* (Siglo XXI de España, 1976), 109-150.

²² «El 14 de octubre de 1920: La ocupación de Xauen y “El Eco de Chefchauen”», *África: Revista de Tropas Coloniales* (Ceuta) 22 (octubre de 1926): 230.

²³ «El 14 de octubre de 1920».

y por ello se hizo también la comparativa de una herencia colonial o conquistadora que iba de Isabel a Isabel (en este caso, Isabel de Borbón, II de España). Si en 1860 se ocupaba Tetuán, en 1920 se llegó al interior incógnito en la «mítica» ciudad de Xauen.²⁴

El artículo lanzaba una pulla malintencionada y sibilina a un aspecto que Franco había denunciado en *Diario de una bandera*. En este, el ya general Franco había mostrado su malestar por el poco apoyo de la España «política» a la acción militar en Marruecos. La idea se veía reforzada en la siguiente afirmación con carácter retrospectivo:

Fué, también, la última aventura española *en que la unanimidad del país* se manifestó con el espiritualismo, la fé y la noble idealidad de otros tiempos mejores y más grandes que nos llevaron a ser civilizadores de todo un mundo. Y este mismo espíritu, y esta misma fé, movía ahora la pluma y la humilde, pero heroica prensa de D. Pedro Antonio de Alarcón.²⁵

La prensa «heroica» a la que pretendía hacer referencia el artículo de *África* se refería al periódico creado por Alarcón en la campaña de 1859-1860, *El Eco de Tetuán*, al cual rindieron homenaje las fuerzas que tomaron Xauen en 1920 al crear *El Eco de Chefchauen*, definido como

[...] un simpático y oportuno alarde de los representantes de la prensa nacional que acompañaban al ejército de operaciones y constituyó a la vez un triple homenaje; al caudillo, a sus abnegados y bravos soldados y al recuerdo perdurable del fundador del primer periódico marroquí, D. Pedro Antonio de Alarcón.²⁶

En definitiva, la *Revista de Tropas Coloniales* se esforzó en rescatar y destacar la importancia simbólica nacional y colonial de Xauen para las tropas de África. Esta idea se reforzó, una vez acabada la campaña contra la República del Rif en 1927, cuando la familia real participó en la ciudad de Ceuta en un acto de homenaje a la Legión y al general Dámaso Berenguer, al concederle el título más que significativo y simbólico de conde de Xauen:

Entre los actos oficiales que han integrado el programa de la visita de Sus Majestades aparte de la entrega de su Bandera al glorioso Tercio, se han destacado dos de ellos por su notoria oportunidad: la imposición de las insignias de la Gran Cruz de la R. y M. O. de San Fernando, por la propia mano del Monarca, al Excmo. Sr.

²⁴ Joseph Pérez, «Isabel la Católica, África y América», conferencia leída en el XVI Coloquio de Historia Canario-Americana, octubre de 2004. Consultada el 4 de febrero de 2025 en https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/isabel-la-catolica-frica-y-amrica-0/html/007b802a-82b2-11df-acc7-002185ce6064_3.html.

²⁵ «El 14 de octubre de 1920», 231 (énfasis adicional).

²⁶ «El 14 de octubre de 1920».

D. José Sanjurjo Sacanell, Marqués de Rif, General en Jefe y Alto Comisario de España en Marruecos y el otorgamiento *in voce*, también por el propio Rey, a propuesta verbal de su primer ministro, del título de Conde de Xauen al Teniente General Excmo. Sr. D. Dámaso Berenguer y Fusté.²⁷

A lo largo del acto, Xauen devino una referencia permanente. Pero el Xauen del homenaje era el de 1920 y no el de 1924, puesto que la denominación del título de conde de Xauen era, por supuesto, por el liderazgo de Berenguer en la derrota de El Raisuni y la primera toma de Xauen. Sin embargo, la *Revista de Tropas Coloniales* describió el evento como una iniciativa propia del dictador destinada a enterrar no solo los sinsabores acumulados en una guerra de larga duración, sino también las discrepancias entre los africanistas y Miguel Primo de Rivera. Este era el sentido de las siguientes palabras publicadas por la revista dirigida por Franco:

Pero el acto del General Primo de Rivera aún tiene otra acotación posible. Porque al reunir en la recompensa las figuras de Berenguer y de Sanjurjo quedaban anuladas históricamente todas las soluciones de continuidad que pudieron producirse en la larga tramitación y tratamiento del problema hispano marroquí.²⁸

Concluía afirmando que «en efecto, son los mismos principios, las mismas fórmulas y los mismos ideales los que nos llevaron a Xauen» además de «a Tazarut, a Ixdain, a Axdir, a Sumata, a Ketama y al corazón del Ajmas».²⁹ Si se atiende bien al orden utilizado para situar los momentos «gloriosos» de la guerra de Marruecos, el primero reivindicado en la lista es Xauen, dejando Annual para el olvido.

Finalmente, en mayo de 1928, la revista publicó un artículo con un significativo título, «Xauen la libertada», escrito por A. M. de la Escalera, que ponía punto final a la diatriba generada por la retirada de 1924:

Yo he conocido a Xauen dos veces redimida: en 1920 y en 1926. En una y otra vez, he visto manifiesto y hasta reflejado en cada rostro de sus pacíficos moradores, el anhelo, la ansiedad de redención. Entonces y siempre, al más profano en temas marroquíes le hubiera asaltado y le asalta rápidamente la cabal noción del interés, de la significación y del valor que para el porvenir de esta pacífica e industriosa urbe, cobijada entre peñascos, como un redil entre guaridas de lobos, ha de tener la ocupación española.

Una ocupación tan discreta y respetuosa, tan experimentada e inteligente que gira sobre los goznes de la feliz política de nuestras Intervenciones Militares,

²⁷ «El Conde de Xauen», *África* 34 (octubre de 1927): 238.

²⁸ «El Conde de Xauen».

²⁹ «El Conde de Xauen».

de cuya no ya acertada, sino amorosa y ferviente gestión será poco cuanto se diga. Más dirá seguramente el día de mañana la serena crítica de la Historia que aunque tardía es la única justicia sincera de los hombres.³⁰

La relación de fechas que aporta el artículo no deja de ser significativa: 1920 y 1926, la conquista y la reconquista de Xauen. En la retórica del militarismo africanista, había desaparecido 1924, puesto que aquel era el momento del triunfo, el de la revancha de 1898 y de las humillaciones de 1909, 1912, 1921 y, por supuesto, de 1924. De hecho, este número de mayo de 1928 se iniciaba con un escrito de Francisco Franco que, en su calidad de director de la revista, se dirigía al rey Alfonso XIII para certificarle lo siguiente:

Cúmplenos hoy, señor, ofreceros ya los dorados frutos de la paz que como una bendición extiende sus magníficos beneficios desde aquellos agrestes picachos, un día escenario de épicas luchas, hasta los hondos y fértiles valles, encrucijada y desahogo de desfiladeros y barrancos, antaño teatro de agresiones y emboscadas y hoy pacífico tránsito de los soldados de la civilización y de los artesanos del trabajo y la riqueza, y desde las viejas ciudades, ayer cohibidas y sitiadas por los indómitos salteadores y que hoy se ensanchan y modernizan incesantemente, hasta los pintorescos caseríos encaramados en las laderas y escondidos en los breñales, antes refugio y reducto de la más enconada rebeldía.³¹

El mensaje de Franco es significativo por varias razones. En primer lugar, porque, en la euforia de la victoria, el futuro «Generalísimo» apostaba por compartir con el entramado civil la gestión «civilizadora» del protectorado. La expresión «soldados de la civilización» suponía identificar lo militar no estrictamente con la «fuerza bruta» y la violencia, sino con un proyecto de construcción y modernización del denominado «Marruecos español». La propuesta de modernización o civilización, en lugar de ser exclusivamente militar, debía ir acompañada del esfuerzo de «los artesanos del trabajo y la riqueza». En aquel momento de euforia, el antiguo *comandantín* parecía dispuesto a compartir el monopolio militar de la gestión del protectorado con el mundo corporativo del trabajo y de los negocios, algo que venían reclamando entidades africanistas civiles como la Liga Africanista Española o que propondría posteriormente, en los años de la Segunda República, la Asociación Hispano-Islámica.³²

³⁰ A. M. De La Escalera, «Xauen la libertada», *África* 41 (mayo de 1928): 109.

³¹ Franco Bahamonde, «A Su Majestad el Rey», *África* 41 (mayo de 1928): 98.

³² Alicia Campos Serrano, «Constantes y discrepancias en el africanismo colonial español, 1876-1975», *Ayer* 123, n.º 3 (2021): 201-231. Para propuestas civilistas no militaristas: *Manifiesto de la Liga Africanista Española. El problema de Marruecos. Contra Asechanzas intolerables* (Madrid: s. p., 1919); Mourad Zarrouk, «L'association hispano-islamique: Réformisme républicain, aventure intellectuelle ou intérêts économiques?», *Hespéris-Tamuda* 39 (2001): 133-145; Mourad Zarrouk, «La asociación hispano-islámica de los años treinta:

Las palabras finales del mensaje al rey volvían a ser una metáfora sobre Xauen, pues esta fue una ciudad creada por musulmanes y judíos huidos de la Península a mediados del siglo XV. Xauen, en realidad, se usaba como una metáfora de Marruecos:

Por todo el territorio donde la civilización se extiende, donde la paz reina bajo el amparo bienhechor de la bandera española, únense en este día en un sólo sentimiento y en un sólo deseo de cálido homenaje y de amante fidelidad y adhesión a vuestra majestad españoles y marroquíes, cristianos, israelitas y musulmanes.³³

Fermín Galán o la versión «antimilitarista» de la campaña del Rif y del Yebala: Un contrapunto al mito africanista del Xauen de 1920 y 1926

La imagen clásica que se posee del capitán Fermín Galán es la del joven oficial sublevado en Jaca en 1930 y cómo el fracaso de esta le costó, junto al capitán García Hernández, un consejo de guerra que le condenó a la pena capital. Ambos oficiales ejecutados devinieron iconos del martirologio republicano en su lucha contra la monarquía, y la mitología y la versión canónica de la «oposición republicana» a la dictadura primorriverista y a la monarquía no aluden jamás a la condición de «africanista» de Fermín Galán. Durante los años treinta, y especialmente en los largos cuarenta años de dictadura franquista, la oposición a esta efectuó un esfuerzo propagandístico por identificar el africanismo con la monarquía, el fascismo o cualquier tipo de autoritarismo. Por ello, desde la óptica de las izquierdas ha sido una opción casi imposible destacar que oficiales como Vicenç Guarnier, Frederic Escofet, Felipe Díaz Sandino o el propio Fermín Galán habían servido en el Ejército de África. Más todavía, Galán era teniente de la Legión y fue destinado a la 7.^a Compañía de la III Bandera, a las órdenes del por aquel entonces coronel Franco.

Parece ser que, en 1924, Galán no intervino directamente en las operaciones militares que condujeron a las fuerzas españolas a retirarse a la línea Primo de Rivera. Por aquellas fechas, Galán habría participado en distintas operaciones en la zona oriental del protectorado, donde fue herido y luego hospitalizado en la guarnición de Ben Tieb. En rigor, Franco habría firmado un informe en el que destacaba la actitud heroica del teniente Galán. Sin embargo, la citada operación militar supuso un duro golpe moral para el legionario republicano en la medida en que perdieron la vida un teniente y cuatro legionarios, fueron heridos dos oficiales y cinco soldados de tropa, además de haber dos desaparecidos.

Primera casa árabe en Madrid», en *De Mayrit a Madrid: Madrid y los árabes, del siglo IX al siglo XXI*, coord. Daniel Gil-Benumeya (Casa Árabe e Instituto Internacional de Estudios Árabes y del Mundo Musulmán; Lunewerg, 2011) 128-135.

³³ Franco Bahamonde, «A Su Majestad el Rey».

Esta experiencia habría sido expresada y relatada por el teniente Galán en una novela, literariamente muy pobre pero políticamente significativa, como fue *La barbarie organizada: Una novela del Tercio*, que no sería publicada hasta 1930. Fue escrita durante su convalecencia en el Hospital de Carabanchel, al cual había sido derivado tras ser herido en combate. La novela estuvo sin editar desde 1924 hasta la denominada irónicamente por las izquierdas españolas como «dictablanda».

La barbarie organizada es un alegato contra el colonialismo antimilitarista, entendiendo por antimilitarismo no la negación de los ejércitos, sino la necesidad de utilizarlos como fuerzas de paz y de «civilización» no represiva. Es, sin duda, la antítesis de la retórica africanista militar que se ha descrito en *África: Revista de Tropas Coloniales*. Aunque esta publicación, a través de su director Francisco Franco, intentó hacer suya la imagen de un Ejército español destinado a llevar a cabo una «misión civilizadora» de África, Fermín Galán destaca a lo largo de la novela la «falsedad» del espíritu civilizador y falseador de los legionarios y regulares.

Mientras en 1924 Manuel Goded, Franco y los mandos africanistas militaristas ensalzaban las virtudes de su tarea civilizadora en África y especialmente en el Magreb, Galán la cuestionaba y denunciaba en un claro tono colonialista civilista y «antimilitarista»:

Ahora comprendo que los designios de la civilización no son designios generosos. Pienso que desde Egipto a la India, desde Argelia a Siam, desde Tripolitania a Marruecos, la civilización no tiene más que un objetivo. Explotar. La explotación de un pueblo exige como condición previa y precisa, la conquista de su territorio y la dominación de sus hombres. Nosotros conquistamos y dominamos. Tras nosotros otros explotarán. Quizás los mismos por cuya sed de riquezas somos nosotros despojos...³⁴

A diferencia del *Diario de una bandera*, la retórica militarista está completamente ausente y, en su lugar, carga contra los africanistas del corte de Franco y José Millán-Astray y contra la actuación «nada civilizada» del ejército español en África:

No puedo comprender la razón de nuestros actos. Encuentro en ella una contradicción que no sé explicarme. La civilización trata de traer sus progresos a este pueblo atrasado. Y los trae destruyendo, incendiando, haciendo derramar sangre por ambas partes. La acción civilizadora inicial consiste en destruir al pueblo cuyo nivel de vida se trata de elevar; y a la vez, en destrozarnos a nosotros mismos. Pero

³⁴ Galán, *La barbarie organizada*; Fernando Limeres Novoa, «Lucha de discursos: La novela antimperialista española contemporánea. “La Barbarie Organizada Novela del Tercio” de Fermín Galán», *Analéctica* 5, n.º 35 (2019): 8.

me explico, sin embargo, perfectamente, la rebeldía, la oposición briosas que la civilización encuentra, para llevar a cabo la monstruosa generosidad de aniquilar al pueblo que trata de civilizar.³⁵

Allí donde Franco y sus colaboradores de la *Revista de Tropas Coloniales* destacaban el recibimiento que, con los brazos abiertos de alegría, habría dispensado la población rifeña al ejército español por su liberación del «dominio» de la República del Rif, Fermín Galán muestra una realidad completamente distinta:

Algunas fracciones o poblados sueltos se someten. Los más se resisten. A ellos vamos y los destruimos. La mayoría son cabañas miserables, colgadas de los montes, sin más riquezas que la de la fruta de sus árboles, escasas parcelas laboradas y algunas cabezas de ganado. Pero este poco de riqueza que poseen, parece no tener importancia. Si se declaran rebeldes lo arrasamos.

El procedimiento empleado por la civilización para extenderse, sigue siéndome incomprendible.³⁶

La novela de Fermín Galán supone el contrapunto militar (a veces percibido como antimilitarismo) pero civilista de la reconstrucción colonialista del mito positivo de Xauen. Su punto de vista no se expresa contra la colonización, sino frente al tipo de colonialismo que representaba el africanismo clásico, y en forma de novela en un contexto, el de los años veinte, en que los excombatientes manifestaban el malestar de su participación en la Gran Guerra.

El referente literario más próximo a la redacción de *La barbarie organizada* fue *Le feu*, de Henri Barbusse, premio Goncourt 1916.³⁷ Barbusse fue un escritor de reconocido prestigio en Francia que combatió en la Primera Guerra Mundial entre 1914 y 1915, momento en que fue dado de baja debido a los daños sufridos en los pulmones, cabe suponer que a consecuencia del uso de gases como arma química (en 1914, el gas más utilizado fue el lacrimógeno, para ya en 1915 introducir gases como el cloro).

La trayectoria del escritor francés mantiene una cierta similitud o, para ser más exactos, parece reproducirse en la trayectoria política de Galán. Barbusse fue herido en la Gran Guerra y escribió su gran novela antibélica y antimilitarista durante su

³⁵ Galán, *La barbarie organizada*, 59. En una misma línea crítica contra la guerra de Marruecos, aunque escrita posteriormente, véase Arturo Barea, *La forja de un rebelde II: La ruta* (Buenos Aires: Losada, 1951). Véase también Juana Toledano Molina, «La Guerra de Marruecos (1920-1921): crónicas y novelas», en *Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, coord. Isaías Lerner et al., vol. 3, *Literatura española, siglos XVIII y XX* (Juan de la Cuesta, 2004), 595-604.

³⁶ Galán, *La barbarie organizada*, 60

³⁷ Henri Barbusse, *Le feu: Journal d'une scouade* (1916), pref. Olivier Cosson, ed. Claire Nioche (Payot & Rivages, 2014). En 1937, tras su muerte en Moscú dos años antes, se publicó *Lettres de Henri Barbusse à sa femme, 1914-1917* (París: Flammarion, 1937).

recuperación por las heridas o daños de guerra. Por su parte, el teniente Galán fue herido en combate y, como Barbusse, se vio en la necesidad de escribir, de dejar salir toda su rabia contra la que consideraba una guerra «sucía», nada convencional, por los métodos usados contra los «cabileños». La narración de Galán no es un alegato contra la guerra, sino contra un determinado estilo o forma de conducirla y ejecutarla, puesto que, recuperado de sus heridas, continuó profesionalmente en el seno del Ejército español y fue ascendido a capitán. Como ya sabemos, su carrera acabaría en 1930 a raíz de su consejo de guerra y posterior condena a muerte y ejecución.

Podemos distinguir entre Barbusse y Galán el hecho de que el francés era un escritor ya reconocido en 1908 por su obra *L'enfer*, de inspiración zoliana, mientras que Galán era un militar que recurrió a la novela para desarrollar su punto de vista sobre la guerra «irregular» (como sinónimo de no convencional) en Marruecos. Ahora bien, la experiencia de la guerra es, tanto para Barbusse como para Galán, el elemento de su radicalización política hacia la izquierda revolucionaria. El primero, tras ser desmovilizado, evolucionó hacia posiciones de simpatía por la nueva realidad bolchevique en Rusia e ingresaría en el Partido Comunista francés; de hecho, acabaría por residir en el Moscú estalinista, donde falleció en 1935.³⁸ Por su parte, el capitán español atravesó una creciente politización que se tradujo en la redacción y publicación en 1930 del ensayo político, con una redacción mucho más madura que en *La barbarie organizada*, titulado *Nueva creación: Política ya no solo es arte, sino ciencia*. En él, afirmaba:

La conmoción de la gran guerra, hecho natural de tanto amoralismo secular en-contrado que el propio capitalismo, exalta, desequilibra el medio ya de suyo defec-tuosamente hilvanado. Tras de la guerra el medio se rompe. La descohesión es una realidad cruda en las sociedades. Poco a poco todo se deshumaniza. La inteligencia empieza a embotarse. Los instintos individuales ofrecen ya con claridad la estupi-dez animal que les es propia en una gran parte de los individuos. Las minorías amorales entran en lucha en el seno de las colectividades. Bajo ella la atomización de los hombres progresa. Estos viven juntos, pero cada día más para sí, cada día más inconscientes de sus actos, más solos. Cada día más animalizados. Los albores del desastre aparecen en el horizonte de la civilización capitalista —amalgama de

³⁸ En 1932, Barbusse había participado en el Congreso Mundial contra la Guerra celebrado en Ámsterdam, en el cual acusó de «belicista» y fascista al antiguo primer ministro y en aquel momento ministro de la Guerra francés, el republicano de centroderecha André Tardieu. El opúsculo de su discurso, de 49 páginas, se publicó, en clara referencia al manifiesto realizado por Émile Zola durante el caso Alfred Dreyfuss, con el título: *J'acusse!* (1932). Véase Jean-Pierre A. Bernard, *Le Parti Communiste Français et la question littéraire 1921-1939* (Presses Universitaires de Grenoble, 1972), 71-77.

civilizaciones casualmente condensadas en el tiempo— con caracteres verdaderamente agudos, sin que los hombres mismos se enteren.³⁹

Las conclusiones a que llega Galán no le aproximan, como Barbusse, al comunismo —que define como «el más grande absurdo que pueda concebirse»—, sino al anarquismo. Según Galán, «al rechazar en sus doctrinas especulativas la institución del Estado los principios [del anarquismo] no se contradicen» y, en un claro acercamiento a los sectores anarcosindicalistas del movimiento libertario, resaltaba para mayor claridad de sus posiciones políticas que «el órgano funcional del nuevo régimen económico será el Sindicato», con el fin de que «cada rama, cada actividad de trabajo constituirá un Sindicato Único en cada localidad».⁴⁰ Galán hace además una reflexión heredera del pacifismo liberal propio del conocido escritor inglés y simpatizante laborista Herbert G. Wells y su lema referido a la Gran Guerra como «la guerra que terminará con la guerra»,⁴¹ que lo conduce a afirmar:

La situación interna de Europa debe ser forzada para que cese el presente de antagonismos bárbaros. La nueva creación es la única que ofrece a todos los hombres asentar las relaciones sobre una paz perpetua. Cuantos militen en ella deben esforzarse por reducir a la nada la animalidad que pesa hoy sobre nuestro continente, debiendo provocarse, si preciso fuera, grandes movimientos de masas que aplasten incluso por la violencia todo intento bélico o toda preparación para la guerra.⁴²

En rigor, resulta evidente que Fermín Galán se encontraba a años luz de la retórica militarista del africanismo mayoritario del Ejército español en África y, por lo tanto, de toda la construcción mítica que *África: Revista de Tropas Coloniales* y su director Francisco Franco habían elaborado durante la segunda mitad de los años veinte sobre la conquista y reconquista de Xauen en 1920 y 1926, respectivamente. Resulta obvio que *La barbarie organizada* no viera la luz hasta 1930, justo en paralelo a la publicación de *Imán*, el clásico de Ramón J. Sender, también próximo a los espacios libertarios, y en un contexto literario internacional en que vieron la luz las obras *El amante de Lady Chatterley*, del escritor inglés David H. Lawrence, publicada en 1928 en Florencia

³⁹ Fermín Galán, *Nueva creación: Política ya no solo es arte, sino ciencia* (Barcelona: Cervantes, 1930). Fue reeditado en 1937 por la editorial de Barcelona Ediciones y Reportajes dentro de la colección «Nueva Era». La idea de deshumanización es más que probable que fuese absorbida por Galán del libro de 1925 de José Ortega y Gasset, *La deshumanización del arte* (1925). Véase José Ortega y Gasset, *La deshumanización del arte y otros ensayos de estética* (Espasa, 2017).

⁴⁰ Galán, *Nueva creación*, 47-48, 69.

⁴¹ H. G. Wells, *The War That Will End War* (Londres: F. & C. Palmer, 1914; también la edición de Nueva York: Duffield & Co., 1914), que era, en realidad, una defensa de la causa aliada y un llamamiento al intervencionismo británico en la Gran Guerra como vía para salvar y reformar el sistema liberal inglés y mundial.

⁴² Galán, *Nueva creación*, 63-64.

y prohibida en el Reino Unido hasta 1960; y *Sin novedad en el frente* (1929), del alemán de origen prusiano Erich Maria Remarque.

En definitiva, la propaganda comunista y libertaria, con su significación pacifista, había penetrado y estaba penetrando en diferentes círculos del Ejército español durante los años veinte y treinta. Este fenómeno coincidió con las propuestas azañistas de reforma del propio Ejército, orientadas a limitar, al menos en parte, la influencia de los africanistas militaristas y de otros cuerpos de ascendencia aristocratizante.⁴³ Al mismo tiempo, surgieron distintas iniciativas de corte antiimperialista, como la Liga contra el Imperialismo (1927), vinculada a la Komintern y promocionada por el comunista alemán Willi Münzenberg, y su extensión en América, la Liga Antiimperialista de las Américas (1929).⁴⁴

Fermín Galán devino rápidamente un mito del neonato régimen republicano hasta el punto de que en diciembre de 1931, coincidiendo con la aprobación de la Constitución republicana, se estrenó un biopic de exaltación de su figura con el título no especialmente original de *Fermín Galán*.⁴⁵ El nuevo texto constitucional, a pesar del reparo mostrado por algunos sectores de la misma izquierda española, introdujo el voto femenino. De hecho, en su libro *Nueva creación*, Galán afirmó premonitoriamente que «la mujer estará en posesión de sus derechos individuales íntegros. Es hora [de] que deje de ser un ser inferior». ⁴⁶ Aunque ello no llegase a ser una realidad estricta al margen del derecho al voto, se puede afirmar que entre las clases medias surgió, durante el primer tercio del siglo XX, un buen número de mujeres que se incorporaron a la Administración pública y a otros espacios profesionales, como el del periodismo, que también las acercaron al mundo de la política y de la literatura. Sería el caso de la escritora catalana Aurora Bertrana, quien publicaría en 1936 sus experiencias vividas en un viaje a Marruecos durante 1935 en forma de libro, *El Marroc sensual i fanàtic*, en el que ofreció una visión «antropológica» de la ciudad y de la población de Xauen diez años después de la reconquista militar española de 1926.

Aurora Bertrana y «el Marruecos sensual y fanático»

La derrota de la República del Rif en 1927 abrió la puerta para los diferentes gobiernos de España a diseñar cómo debían abordar una auténtica acción civilizadora en el África

⁴³ Véase el clásico Michael Alpert, *La reforma militar de Azaña (1931-1933)* (Siglo XXI de España, 1982).

⁴⁴ John Green, *Willi Münzenberg: Fighter against Fascism and Stalinism* (Routledge, 2020), 187-195; Daniel Kersfeld, «El congreso de Frankfurt de 1929: La Liga contra el imperialismo frente a la estrategia del Tercer Período», *Revista Izquierdas* 49 (septiembre 2020): 4673-88; Roberto Deras, «Una mirada al antiimperialismo latinoamericano desde la invasión norteamericana en Nicaragua y la fundación de la Liga Anti-imperialista de San Salvador (1926-1927)», *Revista Realidad* 136 (2013): 281-328.

⁴⁵ Ana Asión Súñer y Antonio Tauset, *Fermín Galán: La película de la sublevación de Jaca* (Instituto de Estudios Altoaragoneses; Diputación Provincial de Huesca, 2021).

⁴⁶ Galán, *Nueva creación*, 52.

magrebí. Los propios militares africanistas, a través de *África: Revista de Tropas Coloniales*, empezaron a hablar de una «acción civilizadora», sucediendo lo mismo con el africanismo monárquico, identificado con la Liga Africanista Española, y con el de los diferentes sectores de izquierda.⁴⁷

Marruecos empezó a ser percibido de forma genuina como un lugar de grandes oportunidades urbanísticas y de negocios comerciales, aunque también del fomento de interacciones culturales hispano-marroquíes. La pacificación del protectorado y el advenimiento de la República supusieron una oportunidad para civilizar y desmilitarizar la Administración pública del Marruecos español: entre 1931 y 1936, el cargo de alto comisario recayó en políticos civiles, la mayor parte de ellos cercanos al Partido Republicano Radical.⁴⁸ El interés de los sectores civiles por el protectorado se extendió así al mundo de la literatura y el periodismo. Desde 1927-1928, Marruecos había dejado de ser, en apariencia, un lugar peligroso por la guerra para convertirse en un lugar en el cual se pretendía potenciar el turismo, tanto español como internacional. Por esa misma razón, debía darse a conocer al gran público o, al menos, a aquel que se pudiera permitir una visita lúdica (aunque también de negocios). Es en este terreno en que se insiere la figura de Aurora Bertrana.⁴⁹

Aurora Bertrana era la hija del escritor catalán Prudenci Bertrana. Al igual que su padre, en los años republicanos se dedicó a ejercer como periodista y escritora, aunque su formación se centró en la música, su primera vocación, lo que la llevó durante los años veinte a crear un trío de jazz femenino. Estos antecedentes apuntan hacia un personaje prototípico de lo que se ha definido como pionera de «mujer liberada», procedente de los círculos de la clase media ilustrada y urbana española, en este caso de Barcelona, aunque sus orígenes familiares se encontrasen en la ciudad de Girona. Aurora Bertrana cumplía los parámetros clásicos que definían a los intelectuales y profesionales catalanistas masculinos del primer tercio del siglo XX: procedente de la Cataluña interior, se trasladó a Barcelona al entender esta ciudad como el gran centro de promoción intelectual y política. De la mano de su padre se incorporó al mundo del periodismo barcelonés y en 1933, aun sin conseguir el acta de diputada, fue candidata por Esquerra Republicana de Catalunya en las elecciones legislativas generales.⁵⁰

⁴⁷ Bernabé López García, «“España en África”: Génesis y significación de la decana de la prensa africanista del siglo XX», *Almenara* 4 (1973): 33-55; reproducido en Bernabé López García, *Marruecos y España: Una historia contra toda lógica* (RD Editores, 2007).

⁴⁸ María Rosa de Madariaga, *Marruecos ese gran desconocido: Breve historia del Protectorado español* (Alianza, 2019), 111-165.

⁴⁹ Eduardo Araque Jiménez, «Orígenes y desarrollo del turismo en el Protectorado español del norte de Marruecos (1912-1956)», *Cuadernos de Turismo* 36 (2015): 55-77.

⁵⁰ Maribel Gómez, *Aurora Bertrana: Encís pel desconegut* (Pòrtic, 2003). Carme Porta i Abad, coord., *Les dones d'Esquerra, 1931-1939*, ed. electrónica corregida y ampliada (Fundació Josep Irla, 2017), 59-60; Arnau Albert y Josep Vall, eds., *Aurora Bertrana: Un esperit lliure i compromès* (Fundació Josep Irla, 2017).

Fracasado su intento de hacerse un hueco en la política catalana y española, Bertrana centró toda su actividad en el periodismo, tanto político como de investigación (siguiendo los pasos del célebre periodista francés Albert Londres), lo cual le condujo a realizar un viaje a ambos protectorados marroquíes. El objetivo del viaje se centró en observar y analizar el papel de la mujer musulmana en la sociedad de Marruecos. Esa investigación se tradujo en la publicación, en 1936, del libro *El Marroc sensual i fanàtic*, cuya elaboración le comportó algún que otro problema *in situ* con el mundo musulmán masculino por su intención de fomentar entre los círculos de mujeres ideas que rompiesen con la moral patriarcal marroquí. Curiosamente, el lugar donde este hecho se hizo más patente fue en la ciudad de Xauen, de la cual afirmó:

Mientras Tetuán, Tánger, Rabat y Casablanca, de buen grado o por fuerza, poco a poco o vertiginosamente, a los invasores franceses y españoles, se han convertido al europeísmo, Xauen, la ciudad santa, ha permanecido puramente, auténticamente musulmana.⁵¹

Con esta frase, Bertrana cuestionaba el discurso militar oficial de *África: Revista de Tropas Coloniales*, que desde 1928 establecía que Xauen no solo había sido liberada de la República del Rif, sino que, además, sus habitantes se habían sentido liberados por las tropas españolas. La escritora catalana resaltaba todavía más la insumisión de la «musulmana Xauen» al señalar:

En las ciudades como Marrakech, como Xauen, se ve, con admiración pregonada, un pueblo que resiste año tras año nuestra invasión y siglo tras siglo nuestro peligroso vecindario. Por aquí y por allá se encuentran algunas tristes muestras de la penetración europea, como una taca en un vestido limpio, como una herida leve en un cuerpo sano; pero súbitamente se comprende que estos síntomas carecen de importancia. En cambio, que fuerza, que grandeza muestran aquellas murallas firmes a pesar de los siglos, en pie a pesar de las invasiones. Y aquellos minaretes, magníficos o modestos, altos o bajos, ya sea con filigranas o lisos, por la parte alta de los cuales sale cada día cinco veces el almuecín llamando a los fieles en el nombre de Alá, siglo tras siglo.⁵²

⁵¹ Aurora Bertrana, *El Marroc sensual* (Barcelona: Rata, 2021), 99. Esta cita, así como las siguientes, han sido traducidas del catalán al castellano por el autor. En la versión que aquí se utiliza, la editorial suprimió del título original la expresión que lo completaba: «i fanàtic». Su eliminación desvirtúa el sentido del título que Aurora Bertrana quiso darle en el contexto de 1936, caracterizado por el hecho de que incluso los intelectuales de izquierdas utilizaban una terminología occidentalista y de corte colonialista, aunque se definiesen como anticolonialistas. Sobre la cuestión de género en la sociedad colonial marroquí y en sus sectores nacionalistas: Jonathan Wyrzten, *Making Morocco: Colonial Intervention and the Politics of Identity* (Cornell University Press, 2015), en concreto 219-247.

⁵² Bertrana, *El Marroc sensual*, 100.

Para recalcar la resistencia de la población de Xauen a los intentos integradores de las autoridades coloniales españolas, Bertrana oponía:

La Xauen española [que] se extiende a los pies de la Xauen mora, la cual detrás de sus amarillas y almenadas murallas de alcazaba, permanece pétrea e inconvencible como una momia, a pesar del ruido de los clarines y tambores hispánicos, de las bocinas de los autos turísticos, de las manifestaciones militares del ruidoso y ostentoso galopar del tercio, de los *ojos gitanos*, de las mujeres de los funcionarios, de los policías sentimentales, de los soldados enamoradizos...⁵³

De esta descripción podría deducirse una crítica lineal a cualquier práctica colonial. Sin embargo, las palabras y descripciones críticas de la escritora catalana a la colonia de españoles en Xauen no era una denuncia al colonialismo en general, sino al español exclusivamente, poniendo de manifiesto que puede existir un colonialismo «bueno» y otro «malo», identificando el primero con Francia y el segundo con España:

Ellos, los franceses, verdaderos y únicos representantes del Occidente en Marruecos, realizan una obra patriótica y grandiosa, con la cual, naturalmente, yo no estoy de acuerdo, por mi principio antiinvasivo y anticolonial, pero no puedo dejar de admirarlos.⁵⁴

Las palabras de la autora recogían un elemento característico y primordial de la retórica de las izquierdas republicanas catalanas: la francofilia que identificaba Francia como la «patria de las libertades» y del ideal de República. Una consideración paradójica si se tiene en cuenta el centralismo del Estado francés, para nada proclive al reconocimiento de entidades regionales con gobierno autónomo o a una estructura federal del país.⁵⁵ De forma explícita, la francofilia del republicanismo catalán se vio superada por el modelo estadounidense en los años finales de la Gran Guerra y de la inmediata posguerra a través de la devoción al presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, y su propuesta de catorce puntos de reorganización federal y democrática del mundo.⁵⁶ De ahí que Bertrana culminase su crítica al colonialismo español en contraste con el francés sentenciando que «los españoles, incapaces de esbozar un programa y de seguirlo,

⁵³ Bertrana, 105.

⁵⁴ Bertrana, 101.

⁵⁵ La difícil entente ideológica entre las izquierdas republicana y catalanista en Cataluña y la Tercera República francesa, en David Martínez Fiol, «L'amistat imposible: França i Catalunya durant la Primera Guerra Mundial», *L'Avenç* 140 (septiembre 1990): 16-20.

⁵⁶ David Martínez Fiol y Josep Pich Mitjana, «Francofilia, wilsonismo y leninismo: Los meandros estratégicos del republicanismo catalán ante la reordenación política y geoestratégica del mundo en la Gran Guerra y en la Posguerra», en *La paz intranquila: Los tratados de paz de la guerra que no acabó con todas las guerras (1918-1923)*, ed. Josep Pich Mitjana et al. (Bellaterra, 2019), 343-369.

indisciplinados, individualistas y anárquicos, han hecho cosas aprovechables por aquí y por allá, sin orden ni premeditación».⁵⁷

Conclusión

La Xauen que describía Aurora Bertrana no era la Xauen del «desastre» militar de 1924. Era la de la ciudad conquistada en 1920 por los tercios y los regulares españoles. Para la escritora catalana, como para el mismo Franco director de *África: Revista de las Tropas Coloniales*, 1924 parece no haber existido. Aunque para Bertrana daban igual tanto 1924 como 1926, puesto que 1920 fue el momento en que, según su particular punto de vista, «la Santa Ciudad de Xauen, a pesar de la heroica resistencia de los yebalíes, cayó en poder de los aliados franco-españoles alrededor de 1920. Desde entonces sufre la protección de España».⁵⁸

En definitiva, lo que estas páginas han pretendido evidenciar, a partir de diferentes puntos de vista expresados a lo largo de las décadas de los años veinte y treinta del siglo XX, es que Xauen tuvo un valor simbólico e interpretativo sobre las diferentes formas de entender la colonización de Marruecos. Con todo, Xauen dejó de ser un punto de referencia para el africanismo militar, lo que resultaba paradójico para Aurora Bertrana: Xauen era «demasiado musulmana» a pesar de su origen judeo-musulmán. Desde 1928 hasta el fin de la presencia española en 1956, el objetivo referencial de *África: Revista de las Tropas Coloniales* fue Granada: esta cumplía, desde su punto de vista, la verdadera fusión del islam árabe con los valores cristianos de España y permitía crear la ilusión de un Marruecos para siempre español.⁵⁹ Lejos quedó, ya en plena Guerra Civil, el recuerdo de Xauen, puesto que el triunfo de los sublevados en abril de 1939 tuvo el mismo valor simbólico que la victoria colonial de 1927. Si la Guerra Civil terminó con un comunicado que empezaba «En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado», el parte de julio de 1927 anunciaba con la misma terminología: «En el día de hoy se han abatido los últimos restos de la rebeldía, ocupando la totalidad de nuestra zona de Protectorado, y se ha dado fin a la campaña de Marruecos».⁶⁰

Declaración de divulgación

El autor no declara ningún conflicto de intereses potencial.

⁵⁷ Bertrana, *El Marroc sensual*, 101.

⁵⁸ Bertrana, 105.

⁵⁹ González González, «Las publicaciones africanistas españolas», 15-19.

⁶⁰ «Ejército de España en África. Cuartel General. Orden general del día 10 de julio de 1927 en Bab Tasa. Al Ejército y a las Fuerzas Navales de Marruecos», *África* 31 (julio de 1927): 149.

Financiación

Este estudio forma parte del proyecto de investigación del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades PID2022-138969NB-I00: «La dictadura de Primo de Rivera y la Segunda República española en sus relaciones con el panarabismo y el panislamismo (1923-1937)».

Estudios

**Estudio sobre el asedio de Sertorio
a la ciudad de Contrebia
según el testimonio de Tito Livio (Frag. 91)**

**A Study on Sertorius' Siege of the City of Contrebia
According to the Testimony of Livy (Frag. 91)**

Gregorio Carrasco Serrano
Universidad de Castilla-La Mancha
gregorio.carrasco@uclm.es

David Romero Fernández
Universidad de Castilla-La Mancha
david.romero@uclm.es

Resumen: Este artículo analiza el asedio sertoriano de la ciudad de Contrebia en el año 77 a. C. a partir del testimonio de Tito Livio (*Frag. 91*). Según la narración del autor patavino, Contrebia constituye un interesante caso de la guerra de sitio en cuanto al desarrollo de avanzadas tácticas de asedio. Además de la utilización de torres, también se puso en práctica la táctica del minado para asegurar la rápida toma de la ciudad. La importancia de Contrebia para el ejército sertoriano se basaría en su entidad como núcleo urbano de cara al control de las comunicaciones que conectaban la Celtiberia con el Levante peninsular. Por su duración —cuarenta y cuatro días según Tito Livio—, el sitio puede enmarcarse en la categoría de asedio de acantonamiento y bloqueo activo de duración media. Por otra parte, apenas se poseen datos sobre la defensa de la ciudad, aunque fue sin duda compleja y se centraría sobre todo en el perímetro amurallado. De hecho, esta vinculación en torno a la muralla articula prácticamente todas las referencias en el propio texto de Livio, tanto al mencionar a las torres de asedio, que tendrían por objetivo la superación en altura de la muralla, como al describir el derrumbamiento de esta última. El artículo también analiza la *deditio* a la que Tito Livio se refiere en el

Frag. 91. A través de dicha *deditio* se impusieron a la ciudad de Contrebia una serie de cargas, como serían la entrega de armas, la solicitud de rehenes o la compensación económica. También se impuso a la ciudad una fuerte guarnición, debido a su importante posición estratégica. No obstante, cabe destacar el carácter moderado de estas cargas impuestas a la ciudad tras ser tomada. En definitiva, el sitio de la ciudad de Contrebia por parte de Sertorio, descrito por Tito Livio, constituye un demarcador de guerra de asedio avanzada de corte mediterráneo en cuanto a las tácticas y la implementación de recursos.

Palabras clave: Contrebia; asedio; Tito Livio; guerra sertoriana; *deditio*.

Abstract: This article examines the siege of the city of Contrebia by Sertorius in 77 BCE, based on the testimony of Livy (*Frag.* 91). According to the Patavian author's account, Contrebia represents a noteworthy case of siege warfare in terms of the development of advanced siege tactics. In addition to the use of siege towers, mining techniques were also employed to ensure the rapid capture of the city. The strategic importance of Contrebia for Sertorius' army lay in its status as an urban center crucial for controlling the communications connecting Celtiberia with the eastern Iberian coast. Given its duration—forty-four days according to Livy—this siege can be classified as a medium-duration encampment and active blockade. Although little is known about the city's defensive measures, its defense was undoubtedly complex and likely focused primarily on the fortified perimeter. This emphasis on the city walls frames almost all of Livy's references, both in his mention of the siege towers, aimed at overcoming the height of the walls, and in his description of their eventual collapse. The article also analyzes the *deditio* referred to by Livy in *Frag.* 91. Through this act of surrender, a series of obligations were imposed on the city of Contrebia, including the surrender of weapons, the provision of hostages, and financial compensation. Due to its strategic significance, a substantial Roman garrison was also stationed in the city. Nevertheless, the burdens imposed after the city's capture were relatively moderate. Overall, the siege of Contrebia by Sertorius, as described by Livy, constitutes an example of advanced Mediterranean-style siege warfare in terms of both tactics and the deployment of siege resources.

Keywords: Contrebia; siege; Livy; Sertorian War; *deditio*.

Para citar este artículo: Gregorio CARRASCO SERRANO y David ROMERO FERNÁNDEZ: “Estudio sobre el asedio de Sertorio a la ciudad de Contrebia según el testimonio de Tito Livio (Frag. 91)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 14, N° 29 (2025), pp. 111-128.

Recibido 17/01/2024

Aceptado 21/11/2025

Estudio sobre el asedio de Sertorio a la ciudad de Contrebia según el testimonio de Tito Livio (Frag. 91)

Gregorio Carrasco Serrano
Universidad de Castilla-La Mancha
gregorio.carrasco@uclm.es

David Romero Fernández
Universidad de Castilla-La Mancha
david.romero@uclm.es

Introducción

En el contexto del conflicto sertoriano (82-72 a. C.), la campaña emprendida por el caudillo sabino en el año 77 a. C. puede interpretarse como una operación destinada a hacer madurar y proyectar su propio movimiento de oposición a Roma. Esta ofensiva supuso ampliar su área de confort y su teatro de operaciones, que hasta entonces se habían centrado en la Lusitania y el valle del Guadiana, e iniciar una gran expansión hacia la Hispania Citerior, teniendo en cuenta la información recopilada y traída por su *legatus* Hirtuleyo el año anterior. Con ello quedaba patente que este nuevo territorio presentaba tanto un considerable potencial demográfico y de recursos materiales para sostener su causa bélica como la posibilidad de encontrar comunidades receptivas a sus ideas, de cara a la creación de una nueva zona de control y expansión, así como para el establecimiento de un eventual bastión de retaguardia.

No obstante, la recepción de dicho movimiento sertoriano no debió de ser del todo positiva. En las parcas descripciones que nos proporcionan las fuentes antiguas, existen menciones a hostilidades y resistencias de algunos núcleos implicados en dicha zona de expansión. Dentro de estos actos de resistencia —y gracias a las descripciones de las fuentes clásicas— se mencionan con mayor detalle dos urbes: Caraca y Contrebia.¹ En el caso de Caraca, debido a la morfología urbana que mencionan las fuentes, se habría

¹ Sobre Caraca, véase José María Solana Sáinz, «Sertorio y los caracitanos», en *Homenaje al profesor Presedo* (Universidad de Sevilla, 1994), 757-772; Emilio Gamo Pazos, «El conflicto sertoriano en la actual provincia de Guadalajara: La arqueología y las fuentes», en *II Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica, Vol. I* (Pórtico, 2011), 181-182. Véase también al respecto Rafael G. Viñas Filloy, «Sertorio y los caracitanos: Estado de la cuestión», en *IV Encuentro de Historiadores del Valle de Henares* (Institución de Estudios Complutenses, 1994), 75-78; Javier Fernández Ortea y Emilio Gamo Pazos, *La ciudad de Caraca: Historia y Territorio* (La Ergástula, 2020).

desarrollado un asedio poco ortodoxo, basado en una *oppugnatio* tipo *obsidio*, que se saldaría, más que con las típicas operaciones de aislamiento y toma de murallas para penetrar en la urbe, con estrategias de asedio subterráneo dignas de las tácticas de zapa muraria aplicadas a gran escala.

Por su parte, Contrebia, si seguimos la narración de Tito Livio, constituye un interesante caso para estudiar la guerra de asedio. En este episodio se pone de manifiesto el desarrollo de tácticas de sitio avanzadas, perceptible tanto en la implementación de maquinaria como en la voluntad de controlar y utilizar de manera activa los tres posibles ámbitos de ataque en caso de *oppugnatio*: el «supramurario» o de altura, el de firme y el subterráneo. Este movimiento ofensivo de Sertorio, por tanto, debe calificarse de audaz a la par que decidido y agresivo. De esta forma se realizó el asedio de la ciudad de Contrebia, que se había mostrado favorable a los opositores de Sertorio —en especial a Pompeyo— a tenor de los acontecimientos del año 77 a. C. y, de manera aún más significativa, de lo sucedido en el transcurso del 76 a. C.² La importancia de Contrebia para el ejército sertoriano residía fundamentalmente en su condición de núcleo urbano destacado por dos aspectos: su considerable tamaño y la estratégica encrucijada de vías que controlaba, conectando la Celtiberia con el ámbito levantino.

Para el estudio de este proceso de *oppugnatio* de Contrebia, nos hemos basado en un análisis exhaustivo del relato de Tito Livio, quien en el *Fragmento* 91 (*Frag.* 91) ofrece una minuciosa descripción del asedio de la ciudad. A pesar de su escasa formación en temas militares, el autor patavino registra los acontecimientos escrupulosamente, de ahí el interés de esta fuente. Asimismo, hemos considerado el marco general de la guerra de asedio en Hispania y, de manera específica, su aplicación en el contexto del conflicto sertoriano. Los pocos datos proporcionados por las fuentes para la identificación de Contrebia han suscitado un complejo problema historiográfico, relacionado con la existencia de tres ciudades homónimas en el territorio donde Sertorio desarrolló sus operaciones.³ Todas ellas, además, presentan niveles arqueológicos que evidencian hostilidades atribuibles a estos mismos contextos.⁴

² Con respecto al impacto de la presencia sertoriana en el ordenamiento geopolítico de las *civitates* —y no de las etnias— en el territorio de *Contrebia* y sus aliados, véase José María Gómez Fraile, «Sobre la adscripción étnica de *Calagurris* y su entorno en las fuentes clásicas», *Kalakorikos* 6 (2001): 40. Sobre las relaciones de Contrebia y de las poblaciones autrigonas y beronas con Pompeyo, véase Philip O. Spann, *Quintus Sertorius and the legacy of Sulla* (University of Arkansas Press, 1987), 89.

³ Sobre la identificación en Daroca, sobre el Jiloca, véase José Manuel Roldán Hervás, «La guerra civil entre Sertorio, Metello y Pompeyo (82-72 a. C.)», en José María Blázquez *et al.*, *Historia de España Antigua, Tomo II: Hispania Romana* (Cátedra, 1978), 124. A este respecto, véase Adolf Schulten *et al.*, *Fontes Hispaniae Antiquae IV: Las guerras de 154-72 a. de J. C.* (Librería Bosch, 1937), 181, donde ya se advertía esta problemática de localización, por la falta de evidencias arqueológicas ibéricas y romanas. No obstante, Schulten se inclina por su localización en dicha zona. Véase también Antonio Tovar, *Iberische Landeskunde: Las tribus y las ciudades de la antigua Hispania. Tomo 3: Tarraconensis* (Valentin Koerner, 1989), 340, 414-416.

⁴ José Antonio Hernández Vera, «Contrebia Leukade y la definición de un nuevo espacio para la Segunda Guerra Púnica», *Salduie* 3 (2003): 63; José Antonio Hernández Vera *et al.*, «Análisis estratigráfico de la

En primer lugar estaría Contrebia Belaisca (Cabezo de las Minas, Botorrita).⁵ Su vinculación es factible debido a su localización (territorio Belo)⁶ y a las evidencias arqueológicas de haber sufrido importantes episodios de sitio, con la presencia de proyectiles de artillería vinculados a la *tormenta* romana.⁷ No obstante, en su contra identificatoria tendríamos su alejada ubicación con respecto a las poblaciones beronas y autrigonas que, como veremos, estuvieron implicados durante sitio al núcleo urbano.⁸

Por otra parte, está Contrebia Carbica (Fosos de Bayona, Huete, Cuenca), relacionada con la Carpetania y con la campaña de Hirtuleyo el año anterior, cuando habría quedado adscrita a la causa sertoriana.⁹ Esta posibilidad se relacionaría con la ruta de Sertorio del año 77 a. C., derivada de la seguida por Hirtuleyo.¹⁰ Sin embargo, esta ciudad seguiría estando distante con respecto de autrigones y berones.¹¹

Por último, Contrebia Leucade (Inestrillas, La Rioja),¹² vinculada a los arévacos, también reuniría las condiciones para identificarse con la ciudad del asedio de Livio,¹³ a

muralla sur de Contrebia Leukade (Aguilar del Río Alhama, La Rioja)», *Arqueología de la Arquitectura* 3 (2004): 84; Francisco Romeo Marugán, «Geoestrategia del *bellum sertorianum*: Defensa en profundidad en el valle del Ebro en una guerra total frente a Roma», *Bolskan* 28 (2021): 69; Francisco Romeo Marugán, *La guerra de Sertorio: Hispania y el ocaso de la República de Roma* (Almuzara, 2024), 113-115.

⁵ Félix García Morá, *Un episodio de la Hispania republicana: La guerra de Sertorio. Planteamientos iniciales* (Universidad de Granada, 1991), 160-161. Sobre dicha identificación y las evidencias de sitio y destrucción, véase también Miguel Beltrán Lloris, «Contrebia Belaisca (Botorrita, Zaragoza)», en *Celtíberos, tras la estela de Numancia*, coord. Ignacio de la Torre y Antonio Chaín (Diputación Provincial de Soria, 2005), 137-144. También Rubén Sáez Abad, «La maquinaria bélica en Hispania: Un siglo de investigaciones», *Aquila Legionis* 6 (2005), 86. Sin embargo, otros autores ven más complicada la identificación de Contrebia Belaisca debido a las dificultades de abastecimiento que habría supuesto la labor de sitio. Véase Serafín Olcoz Yanguas y Manuel Medrano Marqués, «*Castra Aelia* y el límite meridional del *ager Vasconum*, antes y después de Sertorio», en *Actas del VI Congreso de Historia de Navarra. Vol. I* (Eunate, 2006), 56-57.

⁶ Spann, *Quintus Sertorius and the legacy of Sulla*, 89.

⁷ Sáez Abad, «La maquinaria bélica en Hispania», 78-81; Eduard Ble Gimeno, «Los “pila catapultaria” como evidencia de la artillería romana: Control y conquista del nordeste peninsular durante el período tardorrepublicano», *Estrat Crític: Revista d'Arqueologia* 5, n.º 1 (2011): 237.

⁸ Romeo Marugán, «Geoestrategia del *bellum sertorianum*», 69; Romeo Marugán, *La guerra de Sertorio*, 114.

⁹ García Morá, *Un episodio de la Hispania republicana*, 160.

¹⁰ Véase Gamo Pazos, «El conflicto sertoriano en la actual provincia de Guadalajara», 180. Sobre las posibles rutas empleadas, véase Viñas Filloy, «Sertorio y los caracitanos», 75-76.

¹¹ Romeo Marugán, «Geoestrategia del *bellum sertorianum*», 69; Romeo Marugán, *La guerra de Sertorio*, 114. Para un estudio sobre las influencias mediterráneas en Contrebia Carbica y su sistema defensivo, véase Francisco Romeo Marugán, «Contrebia Carbica: Estudio del sistema defensivo para un debate sobre poliorcética y urbanismo en la Celtiberia de los siglos II y I a. C.», *Complutum* 29, n.º 1 (2018): 171-190.

¹² Sobre el topónimo de Contrebia Leucade, véase Carlos Jordán Cólera, «Sobre el topónimo *Contrebia Leucade*», *Habis* 48 (2017): 31-48.

¹³ Blas Taracena Aguirre, «Noticias de un despoblado junto a Cervera del río Alhama», *Archivo Español de Arte y Arqueología* 2 (1926): 137-141; Miguel Salinas Romo, «Apuntes en torno a las Guerras Sertorianas: Evolución e impacto sobre el poblamiento y la ordenación territorial del valle del Ebro», *Espacio, Tiempo y Forma. Serie II: Historia Antigua* 27 (2014): 25; José Antonio Hernández Vera, «Contrebia Leukade», en *Celtíberos, tras la estela de Numancia*, coord. Ignacio de la Torre y Antonio Chaín (Diputación Provincial de Soria, 2005), 129-130; Gómez Fraile, «Sobre la adscripción étnica de *Calagurris* y su entorno», 34-35.

tenor de las investigaciones realizadas y su llamativo complejo defensivo.¹⁴ Basándonos en su situación,¹⁵ esta urbe también podría vincularse no solo con el pasaje de los berones y autrigones,¹⁶ sino con otros movimientos sertorianos, como la anterior relación con Bilbilis y la posterior en cuanto a la instalación de *Castra Aelia*.¹⁷ Las posibilidades de desarrollar un asedio como el descrito por Livio, en este caso sobre Contrebia Leucade, supondría un inconveniente en especial en lo referente a las obras de zapa y la morfología del lugar. No obstante, estas dificultades no eran tan diferentes si comparamos el relato y el lugar con el episodio ya mencionado de Caraca.

Según la narración de Livio (*Frag.* 91), en el asedio de Contrebia se puede observar un cambio no solo en la actitud del propio Sertorio —que hasta el momento se habría mantenido más dialogante y a la defensiva—, sino también en los procesos de sitio de la guerra, que hasta entonces se habrían tratado de asaltos y operaciones de *repentina oppugnatio*. Desde el 77 a. C. se inició una fase en que los bloqueos u *obsidios* adquirieron mayor relevancia, lo que a su vez evidenciaría el enconamiento bélico, la polarización de las poblaciones hispanas y el afianzamiento del movimiento del caudillo sabino. Este último aspecto pone de manifiesto las habilidades del propio Sertorio no solo como jefe militar, sino también en lo referente a su capacidad para calar dentro de las sociedades hispanas. Si bien a ojos de sus propios Sertorio se entendería como un procónsul o magistrado en todo derecho, para sus opositores no se trataría más que de un rebelde cuya causa había expirado.¹⁸ No obstante, las relaciones y el cariz misterioso-religioso que

¹⁴ José Antonio Hernández Vera *et al.*, «Análisis estratigráfico de la muralla sur de Contrebia Leukade», 65-88. Sobre este complejo defensivo y su adscripción a los siglos III y II a. C., referente a la presencia tanto romana como cartaginesa en Hispania, véase Hernández Vera, «Contrebia Leukade», 135-136; Hernández Vera, «Contrebia Leukade y la definición de un nuevo espacio para la Segunda Guerra Púnica», 62-76.

¹⁵ Sobre las conexiones de Contrebia Leucade y su posición estratégica, véase Gómez Fraile, «Sobre la adscripción étnica de *Calagurris* y su entorno», 39.

¹⁶ En cuanto a la identificación de Contrebia Leucade con respecto al episodio del 77 a. C. y su relación con autrigones y berones, véase Gómez Fraile, «Sobre la adscripción étnica de *Calagurris* y su entorno», 36; y Romeo Marugán, «Geoestrategia del *bellum sertorianum*», 69. Este último autor manifiesta la importancia de esta ciudad en relación con el control de la zona del río Arana para acceder a recursos minerales fundamentales en el desarrollo de la campaña militar. Asimismo, plantea la posibilidad de que, por la homofonía del nombre, pudieran ser dos las Contrebias implicadas en esta campaña, quedando su mención integrada en una más imprecisa. Por un lado, la Carbica, por su dominio de las conexiones con el Levante y para proteger el bastión de retaguardia sertoriano; por otro lado, la Leucade, nuevamente por el control de zona, las comunicaciones y el acceso a los diversos recursos de esta, así como evitar el acceso enemigo a la zona. Cf. Romeo Marugán, «Geoestrategia del *bellum sertorianum*», 69-71. Véase también Romeo Marugán, *La guerra de Sertorio*, 114-115.

¹⁷ Sobre la localización de *Castra Aelia* y la ubicación de Contrebia Leucade, véase Olcoz Yanguas y Medrano Marqués, «*Castra Aelia* y el límite meridional del *ager Vasconum*», 55-76.

¹⁸ Sertorio se encargaría de reafirmarlo continuamente, como indican las *glandes inscriptae* sertorianas o las relaciones diplomáticas entabladas con Mitrídates. Sobre las primeras, véase Juan García González, «“Quintus Sertorius pro consule”: Connotaciones de la magistratura proconsular afirmada en las “*glandes inscriptae sertorianae*”», *Anas* 25-26 (2012-13): 189-206; sobre las relaciones con Mitrídates, véase Plutarco, *Sert.*, 23-24; Apiano, *Mithrid.*, 68.

Sertorio tendría entre las poblaciones hispanas, sumados a sus otros poderes y capacidades como líder, le confieren un carácter de verdadero señor de la guerra.¹⁹

En cuanto al ejército sertoriano, habría que mencionar que no está exento de controversia, ya que en este momento es difícil de precisar qué porcentaje ítalorromano existiría en su seno. No hay duda de que el grueso de fuerzas estaría vinculado a aliados y colaboradores indígenas junto con reclutas hispanos altamente romanizados. Sin embargo, aunque el ejército original de Sertorio estaría muy degradado por los devenires de la guerra, es muy probable que aún existiera un núcleo basado en estos efectivos, que posiblemente estarían vinculados a labores de gestión y dirección del conjunto de tropas; es decir, los hombres de confianza y los oficiales de esta heterogénea hueste bien podrían ser los remanentes de aquellas tropas que le conferirían organización y funcionamiento al estilo romano. Gracias a la eficiente conjunción y la unión de estos dos mundos, el ejército sertoriano podría combatir con estrategias hispanas en situaciones de desventaja táctica o numérica y al estilo romano cuando lo precisase, como en asedios complejos. En este sentido, el sitio de Contrebia descrito por Livio es un demarcador de la guerra de asedio avanzada de corte mediterráneo en cuanto a las tácticas y la implementación de recursos como las máquinas. En el campo de batalla, según lo visto en años posteriores (75 a. C.), Sertorio podía presentar orden de batalla, como se evidencia en el Sucro, o bien o desgranar su ejército para huir con facilidad, como ocurriría en Sagunto. Incluso en el ámbito de la inteligencia podemos ver prácticas similares que aúnan estos dos mundos en una forma eficiente y funcional, como es el de los sistemas de información, donde los conocimientos del terreno, los contactos y la capacidad para moverse se combinaban con la praxis y el metodismo romano. La defensa sertoriana desarrollada en la Citerior a partir de los años 75-74 a. C. atestigua la unión hispanorromana no solo de estos recursos como la inteligencia, sino también de las capacidades avanzadas de defensa de plazas y de movilización militar de corte mediterráneo, junto al desarrollo de escaramuzas y hostigamientos de desgaste de corte más hispano.

El proceso de *oppugnatio* de Contrebia

Según la descripción de Livio (*Frag.* 91), el asedio de Contrebia dista mucho de tratarse de un *repentina oppugnatio*. No hay menciones al uso del factor sorpresa o a la búsqueda del asalto de manera individual para tomar la *corona muralis*. Sería difícil asimismo que las gentes de Contrebia no supieran de las intenciones de Sertorio si atendemos a sus

¹⁹ Toni Naco del Hoyo y Jordi Principal, «Q. Sertorius: A warlord in Hispania?», en *War, warlords and interstate relations in the ancient Mediterranean*, ed. Toni Naco del Hoyo y Fernando López Sánchez (Brill, 2017), 382-386. Sobre este tipo de figuras basadas en el concepto helénico del *strategós autokrátor* (Plutarco, *Sert.*, 11, 2), véase también Domingo Plácido, «Sertorio», *Studia Historica: Historia Antigua* 7 (1989): 99.

precedentes militares (en Caraca) e incluso diplomáticos (en Bilbilis y Segobriga);²⁰ o al hecho de que se habían alineado con la causa *optimata* ante la inminente llegada de Pompeyo, como también harían otras poblaciones que colaborarían con dicho magistrado, como serían los autricones y berones, también implicados en dicho asedio.²¹ De esta manera, partimos del acantonamiento frente a la urbe como demarcador de asignación táctica. Ante la falta de evidencias o intenciones de cercado físico, la *circumuallatio* también quedaría desestimada como táctica, por lo que deberíamos asociar esta operación al modelo de *obsidio* o bloqueo mediante tropas. En particular, se habría tratado de una *obsidio* activa de alta hostilidad, que buscaba tomar la ciudad mediante ofensivas directas evitando el largo acantonamiento y la degradación por inanición del enemigo. Ello habría supuesto para el ejército sertoriano una enorme inversión de tiempo y recursos, que posiblemente se habría traducido en problemas tanto por la necesidad de mantener un control amplio del entorno y asegurar una adecuada capacidad logística, como por la posible proximidad del invierno en el momento emprender el asedio. Por su duración, la operación podría enmarcarse en la categoría de asedios de acantonamiento y bloqueo activo de duración media. Este tipo de acciones exige al atacante —en este caso, a las tropas sertorianas— un elevado grado de complejidad operativa, así como el despliegue de tácticas y construcciones de asedio más avanzadas de corte mediterráneo, plenamente dominadas por los ejércitos romanos en estas fechas.

De la defensa de la ciudad apenas tenemos información, pero podemos suponer que fue compleja y se centró en el perímetro murario, dada la ausencia de referencias a salidas esporádicas y, en particular, la prolongación del asedio durante 44 días. Es más, esta focalización en torno a la muralla articula prácticamente todas las menciones del episodio en el relato de Livio (*Frag.* 91): tanto al aludir a torres de asedio que buscan superar la muralla en altura como al referirse al hundimiento de un sector de la muralla, claro ejemplo de una transgresión inferior del perímetro. La intensidad de la defensa evidencia que la ciudad contaba con una buena dotación para resistir un asedio prolongado. Sin embargo, no consideramos verosímil que en la defensa estuvieran implicadas tropas propiamente romanas, como se ha llegado a plantear.²² En todo caso, la única presencia romana existente en la ciudad no correspondería a una guarnición impuesta por Roma, sino más bien a un conjunto de desertores y algunos trófugas, quizá junto a algunas tropas remanentes de anteriores campañas. De haber existido una guarnición romana, es probable que las fuentes la hubieran mencionado de manera explícita o, al menos, de forma indirecta al pedir su entrega tras la rendición en el marco de la *deditio* impuesta por Sertorio, una circunstancia que, como veremos, no queda estipulada.

²⁰ Respecto a los procesos diplomáticos y hostiles en la zona, véase Jaume Noguera *et al.*, «New perspectives on the Sertorian War in northeastern Hispania: Archaeological surveys of the Roman camps of the lower River Ebro», *Journal of Roman Archaeology* 35 (2022): 3.

²¹ Livio, *Frag.* 91.

²² Adolf Schulten, *Sertorio* (Librería Bosch, 1949), 105.

En cuanto al asedio emprendido por Sertorio, podemos ver claramente en el texto de Livio que se emplearon tácticas avanzadas de sitio dignas de los especialistas mediterráneos precedentes (griegos y cartagineses) y ahora romanos.²³ Lo único que no tiene mención en este asedio es uno de los conjuntos de máquinas más complejas de la guerra de sitio: la artillería o *tormenta* romana. De los elementos de opugnación y del tiempo empleado en el sitio —el cual no es demasiado extenso, si tenemos en cuenta otros de carácter «activo», como el asedio de Sagunto por Aníbal, o en el caso «pasivo» de Numancia por Escipión Emiliano, que llegaron a 8-9 meses—, podemos deducir que existieron varias tácticas de ataque que, al final, coincidieron en su dilatada aplicación: la superación superior de las murallas, por un lado, y su minado inferior, por otro. Aunque no es descartable que en un inicio —según procedimientos romanos habituales— se intentara la toma por asalto, pues era la primera táctica que se empleaba debido a su rapidez y bajo coste. Esta acción infructuosa —ya sea por la buena preparación defensiva de la ciudad o, en su defecto, por el conocimiento previo que los defensores tendrían de los movimientos del ejército sertoriano en relación con Bilbilis— pudo haber supuesto una importante referencia para el ejército sertoriano, ya que proporcionaba información muy útil en cuanto a la moral del defensor y sus capacidades de prevención, actuación y protección frente a acciones externas.

²³ Para García Morá, *Un episodio de la Hispania republicana*, 163, la prolongada duración del asedio demuestra que las tropas sertorianas eran en su mayoría de origen hispano y no estaban familiarizadas con estas técnicas de asedio. Nosotros pensamos que, en realidad, el asedio tampoco fue de una duración larga para el tiempo que llevan estas tácticas basadas en el acantonamiento. Creemos que solo la presencia de las máquinas y la ejecución de las tácticas de asedio evidencian un amplio conocimiento de la guerra de sitio en relación con los preceptos básicos mediterráneos, lo que constata, al menos, la presencia de mandos de origen itálico y un alto grado de entrenamiento. Nos parece más interesante, sin embargo, la segunda hipótesis de García Morá sobre la multiplicidad de escenarios bélicos simultáneos, donde Contrebia fue el más complicado, aunque creemos que, ante una *oppugnatio* de estas características, es difícil mantener este tipo de actividades e incluso contraproducente. Pensamos que se podría estar manteniendo diversas tareas de abastecimiento, control e información del entorno, de forma simultánea, para seguridad del núcleo de las operaciones. En relación con el ejército de Sertorio y las transformaciones que evidencia y que culminarán en épocas posteriores, véase Plácido, «Sertorio», 102. Sobre el entrenamiento que las tropas de Sertorio habrían recibido, véase Adrian Goldsworthy, *Grandes generales del ejército romano. Campañas, estrategias y tácticas*, trad. Ignacio Hierro Grandoso (Ariel, 2005), 165. Este autor destaca el esmero y la disciplina con que este heterogéneo ejército habría sido entrenado y puesto a prueba según avanzaba el conflicto. Ciertamente, si tenemos en cuenta que a partir del escenario levantino empezaron a perderse grandes contingentes de tropas debido a las derrotas y complicación de la guerra, podemos apreciar que la causa sertoriana tiene cada vez menos capacidad de combate e iniciativa; esta sería una posible prueba de la pérdida de calidad del ejército sertoriano, en especial de miembros preparados durante años y perfectamente adaptados a sus mandos y tácticas. Sobre el entrenamiento y la transformación del ejército sertoriano, véase también Manuel Salinas Frías, *Conquista y romanización de Celtiberia* (Universidad de Salamanca, 1986), 27. Sobre el modo de combate y la organización militar, en Pilar Ciprés, *Guerra y sociedad en la Hispania indoeuropea* (Universidad del País Vasco, 1993), 159-161, se hace referencia a que, como evolución interna, estas comunidades indígenas habrían llegado a conformar grupos militares amplios, fruto de alianzas con el afán de realizar iniciativas de mayor calado y que, por influencia externa, especialmente a raíz de enfrentarse con Roma, su modo de combate adquiriría una doble vertiente bien definida tanto ofensiva como defensiva. Como resultado surgiría un modelo militar más organizado y centralizado.

La narración de Livio no muestra si la estrategia de Sertorio buscó atacar la urbe por varios puntos en el plano horizontal, con la intención de obligar a los defensores (en menor número) a dividirse por el trazado murario y debilitar así sus capacidades defensivas. No obstante, por la contumaz defensa y la duración del asedio, podríamos deducir que los esfuerzos de ataque se centraron en una única área no demasiado dispersa. Conforme la información proporcionada por el autor patavino, podemos interpretar que la estrategia sertoriana se desarrolló acción tras acción hasta dominar las tres áreas de ataque por verticalidad. Por tanto, en lugar de múltiples ataques distribuidos por el perímetro urbano que obligaban a diseminar el ejército, se buscó asaltar un área más estrecha en tres niveles (el «supramurario», el terrestre y el subterráneo). Lógicamente, el más empleado y el primero en utilizarse sería el terrestre, con las operaciones de ataque contra la muralla. Más complejo es secuenciar las otras dos ofensivas por orden de aplicación, ya que las operaciones de minado conllevan más tiempo que la construcción de torres de asedio, aunque también dependen de la distancia a solventar de las primeras. Según Livio, queda patente que Sertorio emplearía los tres medios: el minado se vinculaba a la ruptura muraria, y no a la penetración directa en el interior de la urbe, y el uso de torres de asedio se ligaba al dominio de la altura —más que con la toma de las murallas— con la intención de reducir la ventaja que el defensor obtenía de la elevación de sus defensas.

De la primera parte del texto extraemos el intento de superación por la parte superior de las murallas:

Nocte tamen insequenti ipso pervigilante in eodem loco alia excitata turris prima luce miraculo hostibus fuit (Liv., *Frag.* 91, 1).²⁴

Este fragmento resulta de interés por tres motivos: primero, el propio magistrado dirigió las operaciones de construcción de maquinaria y su implementación;²⁵ segundo, el uso de la noche como marco de ocultación de intenciones y de tácticas; y, tercero, la posibilidad de que esta torre de asedio no fuera la primera o que hubiera varias.

Como vemos en el texto, las tropas sertorianas construyeron torres de asedio. Estas eran uno de los ingenios móviles más complejos de la Antigüedad —por su tamaño, peso y versatilidad— en cuanto a uso y a complementos de opugnación de las que se podía dotar un ejército, lo que explica su denominación de complejos móviles de

²⁴ «Pero a la noche siguiente, bajo la dirección de él mismo, se levantó otra torre en el mismo lugar, espanto para los enemigos cuando la divisaron a la luz del alba.» El texto del *Frag.* 91 de Tito Livio y la traducción se refieren al vol. IV de las *Fontes Hispaniae Antiquae (FHA)*.

²⁵ De igual manera, Aníbal Barca habría hecho este tipo de trabajos de supervisión frente a Sagunto (Liv., 21, 7), en lo que se describe como una muestra de buena praxis, o incluso Escipión Emiliano en la continua revisión de la *circumuallatio* frente a Numancia (Apiano, *Iber.*, 93).

sitio.²⁶ Sin embargo, en el caso que nos compete, las funciones de las torres estuvieron circunscritas a acciones de control y presión principalmente. El texto menciona de manera específica el uso de la sorpresa, un factor determinante en la guerra, combinado con la noticia de que al menos una de las torres se había construido bajo supervisión del mismo Sertorio. No obstante, su levantamiento en una noche implicaba dificultades, por lo que entendemos que Sertorio se las habría ingeniado en su supervisión para ocultarla tanto en sus fases tempranas de construcción como durante la preparación aislada de los componentes, para un rápido y eficiente ensamblado final durante la noche.

Por otro lado, al escribir Livio sobre la existencia de varias torres, podemos entender dos situaciones: que se construyeron varias de estas máquinas y se emplearon de manera más o menos simultánea, estando presente Sertorio en la construcción de la última; o que habría existido una torre de asedio previa, con destino incierto, que los defensores bien habrían conseguido rechazar, llegando incluso a dejarla inutilizada, por lo que se habría construido una segunda. Esta última posibilidad parece más factible ante la reacción de sorpresa de las gentes de Contrebia, lo que explicaría también el horror de los defensores al ver la inutilidad de la destrucción de la primera unidad. Cabe plantear aún otra cuestión: el papel que jugaría la preparación previa del terreno para el acercamiento de la torre de asedio, lo que habría sido una pista sobre las intenciones del enemigo para los defensores. Esto refuerza la hipótesis de que la sorpresa provenía de una segunda torre posterior a la primera, ya que la preparación del terreno habría eliminado dicho factor en el caso de la original neutralizada. Si esta obra había acontecido para el uso de la torre inicial, ello explicaría que la sorpresa estuviera vinculada con ver otra torre en marcha, y no la supuesta novedad de ver dos torres funcionando al mismo tiempo.

Asimismo, por la complejidad del asedio, la fuerte defensa y la búsqueda de toma lo más rápidamente posible, quedaría patente que, al mismo tiempo que acontecía esta operación de búsqueda de control de la altura *a priori* y la posible toma de muralla *a posteriori*, se estaba desarrollando otra actividad que incrementase las posibilidades de éxito a pesar de lo laborioso de su desarrollo: el minado.

Simul et oppidi turris quae maximum propugnaculum fuerat subrutis fundamentis dehiscere ingentibus rimis et tum conflagrare immisso facium igni coepit; incendiique simul et ruinae metu territi Contrebienses de muro trepidi refugerunt et ut legati mitterentur ad dedendam urbem ab universa multitudine conclamatum est (Liv., *Frag.* 91, 1).²⁷

²⁶ En relación con la morfología, las capacidades y la defensa de las torres de asedio, véase Vitruvio, *De Arq.*, X, 13, 4-5; Filón de Bizancio, *Poliorketika*, 4, 17; Vegecio, *Epi.*, 4, 18; 4, 30; Jenofonte, *Ciropeia*, 6, 3, 28.

²⁷ «Al mismo tiempo la torre de la ciudad que era su principal defensa, rotos sus fundamentos, se derrumbó en grandes hendiduras y empezó a arder por efecto de haces de leña encendidas que se le echaron; aterrorizados

La táctica de minado de Sertorio funcionaría empleando el factor sorpresa, al provocar el pánico en la población de Contrebia, que por tanto desconocería esta labor.²⁸ De este desconocimiento podemos extraer la conclusión de que no se preveía destruir la muralla,²⁹ ya que dicha táctica no estaba a la vista, lo que desecharía la posibilidad de usar otras máquinas, como los arietes. Los contrebienses no solo no tendrían experiencia en cómo detener una táctica de zapa muraria,³⁰ sino que tampoco sabrían detectarla o incluso reconocerla, prueba por tanto del desconocimiento de algunas de las técnicas poliorcéticas más avanzadas de las que el ejército de Sertorio hacía gala.³¹ Es más, el derrumbe provocado por este acto tendría un carácter tan determinante que actuó de manera disuasoria para los defensores, quienes no solo se retiraron de la defensa, sino que acabarían rindiendo la ciudad.

Otra muestra del correcto minado aplicado a la muralla es la expresión empleada por Livio «*fundamentis deshicere*», que implica el dañado del cimiento para provocar el hundimiento del muro defensivo. El relato habla de que se abrieron grandes hendiduras en la muralla, que empezó a arder por el añadido de material combustible (*conflagrare immisso facium igni coepit*). Según Adolf Schulten, este incendio estaría vinculado a la composición de adobe y madera sobre zócalo pétreo, de la que posiblemente estarían realizadas las murallas de Contrebia.³² Cabría también plantear la posibilidad de vincular el fuego a los trabajos de zapa, con el objetivo de que la combustión del túnel provocara el colapso de la galería subterránea en el punto exacto bajo la muralla, dando lugar de esta manera a su derrumbamiento *ipso facto*. En realidad, todo sería un conjunto: en

los contrebienses por el estrépito del derrumbamiento y del incendio, huyeron de la muralla y la multitud entera empezó a pedir a grandes voces que se entregase la ciudad.»

²⁸ Para García Morá, *Un episodio de la Hispania republicana*, 161, esta labor de asedio sería más bien una táctica de acercamiento al perímetro murario mediante el empleo de manteletes y de las propias torres, que destruirían la muralla. En nuestra opinión, la mención del ataque al cimiento subterráneo con independencia de la torre de asedio es una demostración de minado, y no de ruptura de la muralla. La no referencia de otras máquinas de acercamiento murario en el texto, incluido el mantelete que cita García Morá, y que a todas luces es una máquina insuficiente para dicha labor, nos hace inclinarnos más hacia la idea de la zapa.

²⁹ Respeto a los procedimientos de prevención y edificación defensiva, véase Filón de Bizancio, *Poliorketika*, 1, 1, donde se establecen los criterios poliorcéticos avanzados mediterráneos para evitar acciones de zapa o, al menos, la acción súbita de estas tácticas de asedio.

³⁰ En relación con las maneras de interceptar y parar los trabajos de zapa mediante excavado en el mundo helenístico, véase Filón de Bizancio, *Poliorketika*, 3, 7.

³¹ Domingo Plácido, «La historiografía española de Sertorio», en *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (siglos XVIII-XX)*, coord. Javier Arce y Ricardo Olmos (Ministerio de Cultura y Deporte, 1991), 228. Es obvio que Hispania supondría una importante base desde la que operar en las guerras civiles, pero aún sigue estando presente —a pesar de que en las fuentes vemos claros indicios de lo opuesto— ese estereotipo hacia los hispanos y a su manera de combatir en guerrillas. Véase también François Cadiou, «Sertorius et la guérilla», en *Au jardin des Hespérides: Histoire, société et épigraphie des mondes anciens*, ed. Claudine Auliard y Lydie Bodiou (Presses universitaires de Rennes, 2004), 306-313. Creemos que se recurría a este modo de combate ocasionalmente y cuando el marco bélico así lo propiciase, pero vemos claros momentos que se oponen a esta visión. En Contrebia, por ejemplo, se manifiesta un asedio complejo que va más allá de sobrepasar las murallas, basándose en el factor sorpresa y en la amplia cifra de atacantes frente a la de defensores.

³² Schulten, *Sertorio*, 105.

las labores de minado, primero se socaba y apuntala con madera el cimientto enemigo; a continuación, la galería creada se carga de madera, a la que se prende fuego para que haga ceder los apuntalamientos y provoque el hundimiento de toda la construcción expuesta, pudiendo producir en el proceso la salida del fuego interno.³³

Ya hemos aludido a posibles intentos infructuosos de tomar la ciudad, de ahí la aplicación de varias tácticas. Este minado y la torre de asedio mencionada probablemente formasen parte de un plan unificado, enfocado a incrementar las posibilidades de la torre propiamente dicha, debilitando los elementos y a los defensores enemigos. Es posible que funcionaran de manera colaborativa, o incluso como distracción una de la otra, ya que la torre en particular suponía *a priori* un notable foco de atención y proporcionaba dominio de altura. Ante la defensa contumaz por parte de los contrebienses y la exhibición de conocimiento avanzado de asedio por parte de los atacantes sertorianos,³⁴ Tito Livio habla de grandes pérdidas humanas; los ataques contra la parte alta de la muralla implicarían un importante contacto hostil.³⁵ A pesar de esto, las dos tácticas de Sertorio fueron altamente protectoras con sus hombres. El sitio sería en gran medida una *obsidio* vinculada a los grandes preparativos de las tácticas que se avecinaban, por lo que gran parte de las bajas incluso pudieron haberse producido en los asaltos previos, los cuales, aunque infructuosos, servirían a modo de «sondeo» del estado, las defensas y la moral del enemigo.³⁶

A pesar de la aparente tranquilidad con respecto a contraofensivas exteriores de los defensores, las labores de sitio de esta ciudad encontraron oposición por parte de algunos pueblos indígenas. Livio los menciona posteriormente en el mismo texto, pero con relación a los acontecimientos del año 76 a. C. y en el marco de otras operaciones militares. Estas poblaciones se tratarían de los berones y los autricones, que no solo se unieron al bando de Pompeyo, facilitándole información, sino que posiblemente habían atacado a las tropas de Sertorio durante el asedio de Contrebia.³⁷ El acto hostil se reduciría al hostigamiento con cargas rápidas de caballería, así como al intento de bloquear los trabajos de autoabastecimiento o *frumentatio* que el ejército sertoriano realizaba en

³³ Sobre la práctica del minado, véase también Eneas el Táctico, *Poliorcética*, 37, 3-5.

³⁴ García Morá, *Un episodio de la Hispania republicana*, 161. Este autor aprecia con acierto en la lectura de Livio la complejidad de la táctica de asedio. Aunque tenía precedentes mediterráneos, por aquel entonces su mejor exponente era el ejército romano, gracias a su rápido aprendizaje. Por otra parte, el ejército de Sertorio presentaba una composición mixta, por lo que este tipo de construcciones, maniobras y tácticas o bien fueron obra del sector romano en concreto o, como es probable, estamos ante el resultado de la enseñanza de Sertorio a sus componentes hispanos. Algo similar había hecho Aníbal Barca antes que él para el sitio de Sagunto. Al respecto véase también Julio Mangas Manjarrés: «El papel de la diplomacia romana en la conquista de la Península Ibérica (226-19 a. C.)», *Hispania* 116 (1970): 508-509. No obstante, en su análisis del sitio, García Morá habla de «asedio tradicional», sin matizar si estamos ante un tipo de asalto rápido —la táctica más habitual— o, en su defecto, si se trataría de una *obsidio*.

³⁵ Livio, *Frag.* 91, 3: «Cum magna iactura militum quattuor et quadriginta diebus Contrebia expugnata.»

³⁶ Sobre las funciones del asalto como sondeo informativo, véase Filón de Bizancio, *Poliorketika*, 4, 9.

³⁷ Sobre estas poblaciones, véase Francisco Burillo Mozota, *Los celtíberos: Etnias y estados* (Crítica, 1998), 314-315.

el *ager* de la ciudad asediada durante las labores de sitio. La respuesta sertoriana a estos actos no llegaría hasta el año 76 a. C. —según Livio— con una clara intención punitiva en un contexto de reafirmación en el territorio y de operaciones de abastecimiento.³⁸

La *deditio* de la ciudad

A este asedio seguiría la correspondiente *deditio*, con la imposición de unas cargas moderadas y la instalación forzosa de una fuerte guarnición en la ciudad. Esto puede estar relacionado no solo con el control de la urbe —que se había perfilado de compleja y dificultosa obtención y que aún presentaba dudas—, sino con su posición en retaguardia y como llave de vías que la convertiría en un destacable núcleo estratégico.

La *deditio* formaba parte de un comportamiento dentro de las pautas de actuación plenamente romanas a las que estaban ligados Sertorio y su ejército. A pesar del intenso episodio bélico, Livio habla de la benevolencia del caudillo sabino, quien probablemente tenía intenciones propagandísticas para atraer aliados para su causa.³⁹ En efecto, el autor patavino, antes de enumerar las cargas, lo menciona de forma explícita: «[...] eadem virtus quae irritantes oppugnaverat victorem placabiliorem fecit» (Livio, *Frag.* 91, 2).⁴⁰ Como veremos, la cierta benevolencia se expresa a través de las cargas impuestas dentro del correspondiente proceso de *deditio in fidem*.⁴¹ No obstante, es muy probable que al menos el *ager* perteneciente a la ciudad fuese saqueado y sirviese como abastecimiento inicial, aunque insuficiente, al largo acantonamiento de las tropas.

Livio enumera las cargas impuestas de la siguiente manera:

Obsidibus acceptis pecuniae modicam exegit summam armaque omnia ademit, transfugas liberos vivos ad se adduci iussit, fugitivos quorum maior multitudo erat, ipsis imperavit ut interficerent. iugulatos de muro deiecerunt. cum magna iactura militum quattuor et quadraginta diebus Contrebia expugnata relictoque

³⁸ Liv., *Frag.* 91, 10: «Él mismo determinó avanzar contra los berones y autricones, de los que había comprobado que, mientras él sitiaba las ciudades de la Celtiberia, habían implorado el auxilio de Pompeyo, habían enviado guías al ejército romano y muchas veces habían hostilizado con sus jinetes a sus propios soldados cuando, durante el asedio de Contrebia salían del campamento para recoger forraje o provisiones.»

³⁹ Roldán Hervás: «La guerra civil entre Sertorio, Metello y Pompeyo», 124.

⁴⁰ «El mismo valor que había contestado a la provocación hizo más benévolo al vencedor.»

⁴¹ Sobre el procedimiento de la *deditio in fidem*, véase Enrique García Riaza, *Celtíberos y lusitanos frente a Roma: Diplomacia y derecho de guerra* (Universidad del País Vasco, 2002), 37-62. Más recientemente, véase Enrique García Riaza y Anthony Marc Sanz, «Entre la adhesión y la sumisión: Los pueblos de occidente ante el pragmatismo romano», en *In fidem venerunt: Expresiones de sometimiento a la República Romana en Occidente* (Dykinson, 2019), 14-16.

ibi L. Insteio cum valido praesidio ipse ad Hiberum flumen copias adduxit (Liv., *Frag.* 91, 2-3).⁴²

De acuerdo con el texto, las cargas establecidas por la *deditio* fueron cinco: la petición de rehenes, la compensación económica, la entrega de las armas, la entrega de desertores y tráfugas y la imposición de una guarnición.⁴³ A pesar de lo moderado de las sanciones de Sertorio, podemos ver la similitud con las exigidas por cualquier otro magistrado durante el periodo (por ejemplo, en el *Bellum Numantinum*), poniendo de manifiesto el reconocimiento de procónsul que tanto intentó demostrar el de Nursia.

Durante este enfrentamiento se produjo una situación altamente hostil, que superó el simple asalto de las murallas hasta llegar incluso a su minado. Sin embargo, no se registran menciones relativas a la toma de botín ni a actividades de rapiña. Según el relato de Livio, al verse comprometido el perímetro defensivo, los contrebienses solicitaron rápidamente y de manera mayoritaria la entrega de la ciudad, iniciando así las negociaciones diplomáticas, lo que pudo contribuir a su salvaguarda. Por otra parte, este episodio refleja un ejercicio de pleno control de la situación por parte del general, quien además dota a su actuación de un marcado carácter propagandístico, mostrando las dos facetas que deseaba proyectar: por un lado, su agresiva capacidad en el asedio de plazas y, por otro, la benevolencia y disposición a negociar y ser indulgente con quienes se mostraran cooperativos. Esta doble imagen se reforzaría mediante las cargas moderadas que el propio Sertorio impuso a la ciudad tras la *deditio* a pesar del elevado coste de recursos económicos, humanos y tiempo del asedio.⁴⁴

Sobre la toma de rehenes, no se menciona mucho más que el acto propiamente dicho (*obsidibus acceptis*). No obstante, por acontecimientos posteriores como el episodio de la Escuela de Osca,⁴⁵ podemos inferir que no solo se trataría de rehenes de cara a las negociaciones pertinentes, sino que quedarían bajo supervisión y posiblemente con intención de aculturación. En la petición económica no está estipulada la cantidad solicitada, pero el texto alude a que es módica (*pecuniae modicam exegit summam*), algo más relacionado con la formalidad que con la exigencia de cubrir los costes del episodio, los cuales deberían haber sido muy elevados, puesto que las operaciones de asedio solían ser gravosas, teniendo en cuenta además el nivel de hostilidad y la tipología de sitio. Ello

⁴² «Recibidos los rehenes, exigió una suma módica de dinero, y les tomó todas las armas; ordenó que le entregasen vivos a los tráfugas libres, y a los fugitivos, cuyo número era mucho mayor mandó que ellos mismos los matasen; los degollaron y los echaron muralla abajo. Tomada así Contrebia con gran pérdida de hombres a los cuarenta y cuatro días de asedio, dejó allí con una fuerte guarnición a Lucio Insteyo, y por su parte llevó sus tropas hacia el Ebro.»

⁴³ No se observa, no obstante, dentro de estas cargas, la solicitud por parte de Sertorio de tropas y colaboración militar.

⁴⁴ Spann, *Quintus Sertorius*, 90.

⁴⁵ Mangas Manjarrés: «El papel de la diplomacia romana en la conquista de la Península Ibérica», 509; Enrique García Riaza, «La función de los rehenes en la diplomacia hispano-republicana», *Memorias de Historia Antigua* 18 (1997): 82, 91-92; García Riaza, *Celtíberos y lusitanos frente a Roma*, 177, nota 13.

evidencia que Sertorio disponía entonces de una buena red de abastecimiento para soportar dichas operaciones y que, tras su finalización, los recursos obtenidos no cubrirían los gastos, para lo que habría sido necesario quizás el saqueo de la plaza.⁴⁶

La entrega de las armas (*armaque omnia ademit*) presenta una doble vertiente: por un lado, la simbólica, de desarmar al enemigo que se somete al magistrado, contra el que no se volverá a alzar hostilmente; por otro, la obtención de reabastecimiento inmediato de las propias tropas. En cierta manera, podemos entenderlo incluso como un botín para los efectivos sertorianos, que —como el propio Livio indica— tenían especial necesidad de aprovisionarse de esta *impedimenta*.⁴⁷

La entrega de tráfugas y desertores también era frecuente en los procesos de *deditio*.⁴⁸ En este caso, Livio explicita que los tráfugas libres fueron entregados vivos y que a los esclavos fugitivos —cuyo número era mayor— los propios habitantes de *Contrebia* les aplicaron la pena capital, arrojándolos desde las murallas tras ser decapitados: «[...] transfugas liberos vivos ad se adduci iussit, fugitivos quorum maior multitudo erat, ipsis imperavit ut interficerent. iugulatos de muro deiecerunt».⁴⁹

La última carga que según el autor patavino se impone es la instalación de una guarnición de carácter permanente, que además sería bastante amplia, a las órdenes de Lucio Insteyo (*relictisque ibi L. Insteio cum valido praesidio*). La resistencia que habría opuesto este núcleo de población, junto con su posición estratégica, justificaría la fuerte guarnición impuesta. Incluso podemos pensar que la importancia de dicha guarnición pudiera tener un carácter temporal hasta estabilizar la situación, para afianzarse sobre el terreno, o de cara al propio mantenimiento de tropas durante el invierno.

⁴⁶ Sobre las demandas de naturaleza económica vinculadas a los procesos de *deditio*, véase Enrique García Riaza, «Derecho de guerra en Occidente durante la expansión romano-republicana: Planteamientos metodológicos», en *De fronteras a provincias: Interacción e integración en Occidente (ss. III-I a. C.)*, coord. Enrique García Riaza (Universitat de les Illes Balears, 2011), 46-50.

⁴⁷ Liv., *Frag.* 91, 4: «Había dado la orden por toda la provincia de que cada ciudad fabricase armas en proporción a sus riquezas. Recibidas estas armas, ordenó que los soldados entregasen las antiguas inutilizadas por las continuas marchas, ataques y combates, y repartió las nuevas por intermedio de los centuriones.» Sobre las intenciones preparatorias de Sertorio de cara a futuras campañas, véase Schulten *et al.*, *Fontes Hispaniae Antiquae IV*, 181; Spann, *Quintus Sertorius*, 90. En cuanto a la conversión de *Contrebia* tras su toma en un centro de aprovisionamiento sertoriano, véase José Antonio Hernández Vera: «Las ruinas de Inestriilas», *Caesaraugusta* 45-46 (1978): 65.

⁴⁸ Véase García Riaza, *Celtíberos y lusitanos frente a Roma*, 194-197. En general y sobre los desertores y tráfugas en el ejército romano, véase Margarita Vallejo Girvés, «Sobre la persecución y castigo de los desertores en el ejército de Roma», *Polis* 5 (1993): 241-251; Margarita Vallejo Girvés, «*Transfugae* en el ejército de Roma», *Hispania Antiqua* 20 (1996): 399-408.

⁴⁹ Sobre las intenciones políticas de este acto de entrega de los tráfugas dentro del proceso de *deditio*, véase David García Domínguez, «Pain and gain: Violence against provincial cities in the age of the civil wars», en *Connected histories of the Roman Civil Wars (88-30 BCE)*, ed. David García Domínguez *et al.* (De Gruyter, 2024), 136-137.

Consideraciones finales

En conclusión, queda patente en este estudio sobre la estrategia militar utilizada por Sertorio en Contrebia que estaríamos ante un episodio que aúna la alta hostilidad de sitio con una imposición de cargas moderadas a través del correspondiente proceso de *deditio*. Desde el punto de vista estratégico y logístico, con la anexión de Contrebia se lograría crear un bastión de retaguardia seguro desde el que operar y desarrollar los planes bélicos futuros —necesario para la causa sertoriana de cara a continuar su expansión por el Levante peninsular— y que tan recelosamente sería protegido en los años finales de la contienda tras la batalla de Sucro. El ejército del caudillo sabino, con base tanto en su capacidad de construcción de maquinaria como en el desarrollo de tácticas de asedio, poseía un amplio conocimiento de la guerra de sitio de corte mediterráneo. Este ejército es un ejemplo de adaptación, adopción y evolución de estrategias, procedimientos, equipaciones y otros elementos, puesto que se trataba de una unidad militar mixta, compuesta por elementos tanto romanos como hispanos.

**«Bueno ha andado el negro»:
El servicio militar de Gaspar Téllez-Girón
y Sandoval, V duque de Osuna, en la
guerra de Portugal (1657-1665)**

**“Bueno ha andado el negro”:
The Military Service of Gaspar Téllez-Girón y Sandoval,
5th Duke of Osuna, in the Portuguese Restoration War
(1657–1665)**

Javier H. Alcázar Miragaya
Universidad Complutense de Madrid
javalcaz@ucm.es

Resumen: Este artículo analiza la trayectoria militar de don Gaspar Téllez-Girón y Sandoval (1625-1694), V duque de Osuna, durante los años que sirvió en la guerra de Portugal, entre 1657 y 1665, coincidiendo con el final del reinado de Felipe IV. Durante su servicio, el duque permaneció en el frente poniendo en riesgo su vida y contribuyendo con el envío de soldados y recursos. Su estudio sirve como caso práctico para profundizar en la desmitificación historiográfica del supuesto desinterés y hartazgo del estamento nobiliario por la carrera militar en la Edad Moderna. Por otra parte, el caso del V duque de Osuna puede servir también para comprender cuál era la realidad en una contienda caracterizada por la inacción bélica, debido a la prioridad que la Monarquía concedió a la guerra de Cataluña (1640-1659) y al intento de algunos oficiales por llevar a cabo un operativo militar que permitiera dar impulso a un conflicto que estaba prolongándose más de lo deseado. Para realizar este estudio se ha procedido a la consulta y análisis de las fuentes documentales custodiadas en los siguientes lugares: Archivo General Fundación Casa Medina Sidonia, Archivo General de Militar de Madrid, Archivo

General de Simancas, Archivo Histórico Nacional, Archivo Histórico de Nobleza, Archivo Municipal de Osuna, Archivo del Museo Naval, Biblioteca de Francisco Zabálburu y Biblioteca Nacional de España.

Palabras clave: Osuna; Felipe IV; Portugal; nobleza; guerra.

Abstract: This article examines the military career of Don Gaspar Téllez-Girón y Sandoval (1625–1694), 5th Duke of Osuna, during his service in the Portuguese Restoration War between 1657 and 1665, a period that coincided with the final years of Philip IV’s reign. Throughout this time, the duke remained at the front, risking his life and contributing to the mobilization of soldiers and resources. His career serves as a case study to challenge and nuance historiographical claims about the alleged disinterest and fatigue of the nobility regarding military service in the early modern period. Moreover, the case of the 5th Duke of Osuna sheds light on the dynamics of a conflict largely marked by military inaction, owing to the priority that the Spanish monarchy gave to the Catalan War (1640–1659), as well as to the attempts of some officers to carry out military operations that might reinvigorate a war that had already last longer than expected. The research draws on documentary sources held in the following institutions: Archivo General Fundación Casa Medina Sidonia, Archivo General de Militar de Madrid, Archivo General de Simancas, Archivo Histórico Nacional, Archivo Histórico de Nobleza, Archivo Municipal de Osuna, Archivo del Museo Naval, Biblioteca de Francisco Zabálburu, and the Biblioteca Nacional de España.

Keywords: Osuna; Philip IV of Spain; Portugal; nobility; war.

Para citar este artículo: Javier H. ALCÁZAR MIRAGAYA: “«Bueno ha andado el negro»: El servicio militar de Gaspar Téllez-Girón y Sandoval, V duque de Osuna, en la guerra de Portugal (1657-1665)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 14, N° 29 (2025), pp. 129-152.

Recibido 31/04/2025

Aceptado 10/09/2025

**«Bueno ha andado el negro»:
El servicio militar de Gaspar Téllez-Girón y Sandoval,
V duque de Osuna, en la guerra de Portugal (1657-1665)**

Javier H. Alcázar Miragaya
Universidad Complutense de Madrid
javalcaz@ucm.es

Introducción

Desde mediados del Quinientos se estaba extendiendo en Europa una generalizada falta de entusiasmo del estamento nobiliario hacia sus obligaciones militares.¹ En opinión de Bernardino de Escalante, este fenómeno se contraponía a la propia naturaleza innata de la nobleza, ya que los títulos nobiliarios eran gracias reales concedidas por los servicios militares.² Esta falta de interés por las armas se trataba de un proceso motivado por la «domesticación» de la nobleza y su preferencia por conseguir gracias y mercedes reales mediante métodos con los que no era necesario arriesgar la vida, es decir, las actividades burocráticas, cortesanas o políticas.³ Frente a este cambio de tendencia, fray Alonso de Villarroel, si bien defendía el vínculo entre la nobleza y las armas, entendía que la transición hacia las letras debía producirse de forma progresiva.⁴ La Corona, por su parte, era la primera interesada en tener una nobleza acomodada en la corte. De hecho, recurrió a diferentes alternativas para sacar adelante los servicios de *auxilium* sin necesidad de que los nobles tuvieran que acudir

¹ José Antonio Maravall, *Poder, honor y élites en el siglo XVII* (Siglo XXI, 1984), 201-214.

² Bernardino de Escalante, *Diálogos del arte militar*, ed. Raquel Martín Polín (Ministerio de Defensa, 2002), 201-202.

³ Adolfo Carrasco Martínez, «Guerra y virtud nobiliaria en el Barroco: Las Noblezas de la Monarquía Hispánica frente al fenómeno bélico (1598-1659)», en *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica: Guerra marítima, estrategia, organización y cultura militar (1500-1700)*, coord. Enrique García Hernán y Davide Maffi (Albatros, 2017), 135-162; Juan Hernández Franco y Sebastián Molina Puche, «El retraimiento de la nobleza castellana con motivo de la guerra franco-española (1635-1648): El ejemplo contrapuesto del Reino de Murcia», *Cuadernos de Historia Moderna* 29 (2004): 111-130.

⁴ Juan Hernández Franco y Francisco Precioso Izquierdo, «¿De la cultura de las armas a la cultura de las letras? Discusión intelectual y evolución del ideal nobiliario en la España Moderna», en *La cultura de la espada: De honor, duelos y otros lances*, coord. Raquel Sánchez García y José Antonio Guillén Berrendero (Dykinson, 2019), 193.

personalmente al frente.⁵ Así, por ejemplo, quedó reflejado en una consulta del Consejo de Guerra en 1639:

[...] en las ocasiones presentes [...] V.M. se tenia por mejor servido pues que aunque no habian acudido por sus personas se entiende que acuden con gente y con otros socorros segun la forma y disposicion que V.M. ha mandado poner a proposicion de la hacienda y estado de cada uno haciendo clases de mayores y medianos y menores.⁶

Frente a esta relajación de los valores militares, algunos tratadistas como Álamos Barrientos o fray Gregorio de Pedrosa aconsejaron que se estimulara al estamento nobiliario en la defensa de la monarquía hispánica mediante la concesión de gracias y mercedes.⁷ En esta misma línea, ya en el siglo XVII, se pronunció el conde-duque de Olivares, para quien la nobleza había perdido su vocación y se dedicaba plenamente a la vida contemplativa.⁸ Por ello, el conde-duque aconsejó a Felipe IV la constitución de los Estudios Reales en Madrid y varias academias en el reino de Castilla en aras de formar una futura generación de nobles leales al servicio de la Corona.⁹ Sus propuestas, si bien se llevaron a cabo mayormente, terminaron por fracasar. El problema fue su falsa creencia de que el estamento nobiliario renunciaría a su modo de vida sustentado en los privilegios, que determinaban tanto su rango social como sus oportunidades de ascenso, a cambio de otro.¹⁰

Este debate sobre la implicación de la nobleza en la carrera militar ha salpicado a la historiografía. Algunos expertos como Irving A. A. Thompson,¹¹ Antonio

⁵ José Contreras Gay, «La reorganización militar en la época de la decadencia española (1640-1700)», *Millars: Espai i Historia* 26 (2003): 131-154; y José Contreras Gay, «El siglo XVII y su importancia en el cambio de los sistemas de reclutamiento durante el Antiguo Régimen», *Studia Historica: Historia Moderna* 14 (1996): 141-154.

⁶ «Consulta del Consejo de Guerra», Madrid, 19 de diciembre de 1639, sin folio [fol.], expediente [exp.] 36, legajo [leg.] 7155, Consejos, Archivo Histórico Nacional [AHN].

⁷ Sobre este debate de la época, véase Agustín Jiménez Moreno, «Nobleza, guerra y servicio a la Corona: Los caballeros de hábito en el siglo XVII» (tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2011), 77 ss.

⁸ John H. Elliott, *El conde-duque de Olivares: El político en una época de decadencia*, trad. Teófilo de Lozoya (Crítica, 2012), 199.

⁹ Adolfo Carrasco Martínez, «Los estudios reales del Colegio Imperial de Madrid y otros proyectos educativos de Olivares», *Cuadernos de Investigación Histórica* 26 (2009): 99-121.

¹⁰ Antonio Jiménez Estrella, «Servicio y mérito en el ejército de Felipe IV: La quiebra de la meritocracia en época de Olivares», en *Mérito, venalidad y corrupción en España y América: Siglos XVII y XVIII*, coord. Pilar Ponce Leiva y Francisco Andújar Castillo (Albatros, 2016), 91-113.

¹¹ Irving A. A. Thompson, *Guerra y decadencia: Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*, trad. Jordi Beltrán Ferrer (Crítica, 1981); y Thompson, «Consideraciones sobre el papel de la nobleza como recurso militar en la España Moderna», en *Los nervios de la guerra: Estudios sociales sobre el ejército de la Monarquía Hispánica (siglos XVI-XVIII): Nuevas perspectivas*, coord. Antonio Jiménez Estrella y Francisco Andújar Castillo (Comares, 2007), 15-36.

Domínguez Ortiz,¹² Elena Postigo Castellanos¹³ y Robert A. Stradling¹⁴ han sugerido que la nobleza se mostró generalmente reticente a contribuir con recursos y hombres cuando la Corona lo requería. Por el contrario, autores como David García Hernán,¹⁵ Davide Maffi,¹⁶ Agustín Jiménez Moreno,¹⁷ Antonio Jiménez Estrella¹⁸ y Antonio José Rodríguez Hernández¹⁹ han constatado que el estamento nobiliario continuó desempeñando una importante contribución ocupando cargos en el alto mando o recabando soldados y recursos, entre otros ejemplos, siempre que la Corona lo demandaba,

¹² Antonio Domínguez Ortiz, *Política y hacienda de Felipe IV* (Editorial de Derecho Financiero, 1960); y Domínguez Ortiz, «La movilización de la nobleza castellana en 1640», *Anuario de Historia del Derecho Español* 25 (1995): 799-825.

¹³ Elena Postigo Castellanos, «Notas para un fracaso: La convocatoria de las Órdenes Militares, 1640-1645», en *Las Órdenes Militares en el Mediterráneo Occidental (siglos XIII-XVIII)* (Casa de Velázquez; Instituto de Estudios Manchegos, 1989), 397-414.

¹⁴ Robert A. Stradling, *Felipe IV y el gobierno de España 1621-1665* (Cátedra, 1989).

¹⁵ David García Hernán, «Felipe II y el levantamiento de tropas señoriales», en *Felipe II (1527-1598): Europa y la Monarquía Católica*, dir. José Martínez Millán (Parteluz, 1998), 2:333-344; García Hernán, «La función militar de la nobleza en los orígenes de la España Moderna», *Gladius* 20 (2000): 285-300; García Hernán, «Guerra, Monarquía y nobleza reclutadora a finales del siglo XVIII: El regimiento de voluntarios de Castilla del duque del Infantado», en *Actas de la VIII Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna*, coord. Agustín Guimerá Ravina y Víctor Peralta Ruiz (Fundación Española de Historia Moderna, 2005), 2:705-730.

¹⁶ Davide Maffi, *En defensa del Imperio: Los ejércitos de Felipe IV y la guerra por la hegemonía europea (1635-1659)* (Actas, 2014); y Maffi, *Los últimos tercios: El ejército de Carlos II* (Desperta Ferro, 2020).

¹⁷ Agustín Jiménez Moreno, «Poder central y poderes locales: El cumplimiento de la convocatoria de los caballeros de hábito del año 1640 en Jerez de la Frontera», en *Tradición versus innovación en la España Moderna*, coord. Juan Jesús Bravo Caro y Siro Villas Tinoco (Universidad de Málaga, 2009), 2:705-728; Jiménez Moreno, «Las repercusiones de la guerra sobre los privilegiados y la asistencia al monarca: El Escuadrón de la Nobleza (1641-1643)», *Estudios Humanísticos: Historia* 10 (2011): 71-94; Jiménez Moreno, «Nobleza y reclutamiento durante el ministerio del conde duque de Olivares: La participación de la aristocracia castellana en la defensa de la Monarquía (1635-1638)», *Magallánica* 2 (2015): 61-90; Jiménez Moreno, «¿Imposición o colaboración? D. Rodrigo de Silva y Mendoza, cuarto duque de Pastrana, un noble en la España del Barroco (1631-1641)», *Tiempos Modernos: Revista Electrónica de Historia Moderna* 8, n.º 34 (2017): 411-438; Jiménez Moreno, *Monarquía, aristocracia y reclutamiento en el siglo XVII: La formación de regimientos nobiliarios durante el ministerio del Conde Duque de Olivares (1632-1643)* (Universidad de Valladolid, 2018); y Jiménez Moreno, «La actitud de la nobleza ante el hecho bélico durante los Austrias, ¿apatía o compromiso?», en *Pensar la Monarquía y gobernarla: Cultura política en la Monarquía de España. Teorías y prácticas*, ed. Adolfo Carrasco Martínez y María Luz González Mezquita (Universidad Nacional de la Plata, 2023), 223-260.

¹⁸ Antonio Jiménez Estrella, «Porque es preciso que haya caballería: El plan de los duques de Medina Sidonia para la movilización de una fuerza permanente de jinetes en Andalucía (1634-1640)», *Chronica Nova* 40 (2014): 25-52; y Jiménez Estrella, «La memoria de servicios militares pasados para justificar nuevas campañas de reclutamiento en las ciudades castellanas: La jornada real de 1635», *Cuadernos de Historia Moderna* 49, n.º 1 (2024): 47-70.

¹⁹ Antonio José Rodríguez Hernández, «Los servicios de la nobleza y el reclutamiento señorial en Andalucía durante la segunda mitad del siglo XVII», en *Los señoríos en la Andalucía Moderna: El marquesado de los Vélez*, coord. Francisco Andújar Castillo y Julián Pablo Díaz López (Universidad de Almería, 2007), 639-654; Rodríguez Hernández, *Los tambores de Marte: El reclutamiento en Castilla durante la segunda mitad del siglo XVII (1648-1700)* (Universidad de Valladolid, 2011); Rodríguez Hernández, «Servir al rey con hombres: Recompensas concedidas a élites y representantes del rey por su colaboración en el reclutamiento (1613-1700)», en *Servir al rey en la monarquía de los Austrias: Medios, fines y logros del servicio al soberano en los siglos XVI y XVII*, ed. Alicia Esteban Estríngana (Sílex, 2012), 415-433; y Rodríguez Hernández, «Aristocracia y ejército a mediados del siglo XVII: El papel intermediario de la nobleza en el reclutamiento durante la crisis de 1658-59», *Tiempos Modernos* 10, n.º 40 (2020): 315-339.

especialmente en el Seiscientos, cuando la monarquía hispánica se encontraba en su momento más comprometido por la diversidad de frentes abiertos. Además, estos últimos autores han resaltado que la falta de entusiasmo por las armas no fue homogénea dentro del estamento nobiliario, pues mientras los grandes y títulos se mostraron algo más reacios por su preferencia y compromiso por la vida política y cortesana, los hidalgos y nuevos miembros de la nobleza se posicionaron generalmente a favor. No obstante, las contribuciones de la nobleza no eran a cambio de nada. Si el rey quería que el estamento se implicara de algún modo, debía conceder algún tipo de ayuda o compensación que facilitase sus obligaciones militares. Aunque la Corona fuese la máxima autoridad, no podía recurrir a la imposición, sino que debía buscar el diálogo y la negociación. En definitiva, se trataba de una relación basada en la reciprocidad.²⁰

El presente artículo ahonda en la implicación de la nobleza en la guerra tomando como caso práctico las contribuciones militares del V duque de Osuna, Gaspar Téllez-Girón y Sandoval (1624-1694), durante los años que sirvió en la guerra de Portugal, entre 1657 y 1665. Se pretende no solo manifestar el servicio que algunos nobles hacían en la carrera de las armas, sino también cómo acudían al socorro de la Corona con servicios que, incluso, llegaban a endeudar unas haciendas señoriales en una situación ya de por sí comprometida debido al elevado gasto suntuario o la política matrimonial, entre otras razones.²¹ Asimismo, este estudio profundiza en la figura de don Gaspar durante la última década del reinado de Felipe IV, periodo biográfico del duque sobre el que apenas se tienen referencias historiográficas aun cuando supuso el punto de partida de su posterior trayectoria ministerial en tiempos de Carlos II, momento en que ocupó cargos de importancia como el virreinato de Cataluña, la gobernación de Milán, una plaza en el Consejo de Estado y las presidencias de Aragón y de Órdenes.²² Para llevar a cabo estos objetivos, el trabajo se apoya en la documentación consultada en los siguientes archivos y bibliotecas: Archivo General Fundación Casa Medina Sidonia (AGFCMS), Archivo General de Militar de Madrid (AGMM), Archivo General de Simancas (AGS), Archivo Histórico Nacional (AHN), Archivo Histórico de Nobleza (AHNOB), Archivo Municipal de Osuna (AMO), Archivo del Museo Naval (AMN), Biblioteca de Francisco Zabálburu (BFZ) y Biblioteca Nacional de España (BNE).

Conviene matizar que la trayectoria militar de don Gaspar no fue excepcional en su familia. El *auxilium* a la Corona estaba fuertemente arraigado en la Casa de Osuna.

²⁰ Alicia Esteban Estríngana, «El servicio: Paradigma de relación política en los siglos XVI y XVII», en *Servir al rey en la monarquía de los Austrias: Medios, fines y logros del servicio al soberano en los siglos XVI y XVII*, ed. Alicia Esteban Estríngana (Sílex, 2012), 11-45.

²¹ David García Hernán, *La aristocracia en la encrucijada: La alta nobleza y la monarquía de Felipe II* (Universidad de Córdoba, 2000); Bartolomé Yun Casalilla, *La gestión del poder: Corona y economía aristocráticas en Castilla (siglos XVI-XVIII)* (Akal, 2002).

²² Para más cuestiones de la vida del V duque de Osuna, véase Lorna Jury Gladstone, «Aristocratic landholding and finances in seventeenth-century Castile: The case of Gaspar Téllez Girón, duke of Osuna (1656-1694)» (tesis doctoral, University of Virginia, 1977).

De hecho, tratándose de una de las principales rentas del reino, su implicación fue generalmente mayor con respecto a otras casas nobiliarias.²³ Destaca la carrera militar del fundador de la casa, Pedro Girón, maestre de Calatrava, en tiempos de Enrique IV y la participación de los primeros condes de Urueña en la guerra de Granada (1482-1492).²⁴ También el I duque de Osuna acudió al frente durante la rebelión de las Alpujarras (1568-1571)²⁵ y, más tarde, reclutó hombres en sus estados para la empresa de la Armada Invencible.²⁶ Precisamente en esta misma flota participó su hijo y sucesor, el futuro II duque, quien se alistó voluntariamente en el Galeón de San Marcos.²⁷ El III duque, por su parte, fue agraciado con el Toisón de Oro por su destacado servicio en Flandes durante la primera década del Seiscientos.²⁸ El padre de don Gaspar, el IV duque, si bien no acudió personalmente al campo de batalla, se destacó por encima de otros nobles enviando centenares de soldados y recursos en las distintas contiendas habidas en el reinado de Felipe IV.²⁹ Con estos precedentes, no sorprende la vocación militar del V duque. Una vocación que incluso fue transmitida a otros descendientes de la casa, como sus hijos, el VI duque y el conde de Pinto (luego VII duque), quienes sirvieron en la guerra de sucesión española (1701-1714),³⁰ así como al IX duque, que desarrolló una dilatada carrera militar a lo largo de su vida.³¹

En cuanto a la estructura del artículo, se ha creído conveniente dividir el texto en cuatro epígrafes que, en esencia, siguen la trayectoria militar del V duque en la contienda portuguesa. En el primer apartado se analizan las circunstancias en que don Gaspar asumió la titularidad de la casa ducal al objeto de averiguar sus posibles motivaciones para servir en el conflicto portugués, así como la situación vivida en los señoríos y hacienda de la casa. En el segundo apartado se abordan sus primeros años de servicio en Extremadura y de qué manera comenzó a despuntar dentro del generalato para aspirar

²³ Ignacio Atienza Hernández, *Aristocracia, poder y riqueza en la España moderna: La Casa de Osuna, siglos XV-XIX* (Siglo XXI, 1987), 350-351.

²⁴ Francisco Javier Aguado González, «El ascenso de un linaje castellano en la segunda mitad del siglo XV: Los Téllez-Girón, condes de Urueña. El origen del señorío de Osuna» (tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1991).

²⁵ Jerónimo Gudiel, *Compendio de algunas historias de España, donde se tratan muchas antigüedades dignas de memoria y especialmente se da noticia de la antigua familia de los Girones y de otros muchos linajes* (Alcalá de Henares: Imprenta Real, 1577), 123.

²⁶ «Reclutamiento de doscientos soldados por el duque de Osuna», Madrid, 24 de abril de 1586, fols. 96r-97r, tomo [t.] 8, Depósito Histórico, 6661.803, Archivo General de Militar de Madrid [AGMM]. Además, envió cereales para el racionamiento de las tropas; véase «Exención de la saca de trigo de propiedad del duque de Osuna en 1587», Madrid, 20 de noviembre de 1587, s. fol., t. 10, Depósito Histórico, 6663.144, AGMM.

²⁷ Javier H. Alcázar Miragaya, «“Los dos Girones que oy os honran tanto”: El II duque de Osuna y la memoria del linaje», *Tiempos Modernos* 15, n.º 50 (2025): 89.

²⁸ Luis M. Linde, *Don Pedro Girón, duque de Osuna: La hegemonía española en Europa a comienzos del siglo XVII* (Encuentro, 2005), 47-55.

²⁹ Javier H. Alcázar Miragaya, «Un Girón entre prodigios: La Casa de Osuna en tiempos del IV duque, Juan Téllez-Girón y Enríquez de Ribera (1597-1656)» (tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2025).

³⁰ Aitor Díaz Paredes, *Almansa: 1707 y el triunfo borbónico en España* (Desperta Ferro, 2022), 117, 286.

³¹ Francisco Javier Gutiérrez Núñez, «El IX duque de Osuna: Político, militar y mecenas (1756-1807)», en *Milicia y sociedad ilustrada en España y América (1750-1800)* (Deimos, 2003), 1:103-120.

a cargos de mayor responsabilidad. En el tercero y el cuarto epígrafes, que están estrechamente relacionados, se dedica espacio al tiempo que tomó el mando de los operativos militares en la capitanía general de Castilla la Vieja, con sus luces y sus sombras. El artículo termina con unas conclusiones donde se hace un balance general de las cuestiones analizadas a lo largo del trabajo.

Un noble entusiasmado por la guerra

En enero de 1657, apenas tres meses después de haber sucedido en la titularidad de la Casa de Osuna, don Gaspar manifestó a Felipe IV su intención de servir en la guerra de Portugal.³² No era, sin embargo, la primera vez que el duque mostraba interés por la carrera militar. En 1653, cuando todavía era marqués de Peñafiel, comunicó su deseo de ocupar la capitanía general del Ejército de Extremadura, pero sus padres se negaron por temor a que pereciera en el campo de batalla y la casa ducal quedara sin descendencia.³³ Un año más tarde, su nombre sonó para ocupar la capitanía general de la Caballería de Cataluña, pero fue descartado porque se requería de alguien con mayor experiencia en el puesto.³⁴ Don Gaspar estuvo cerca de cumplir su deseo en 1655, cuando fue nombrado general de la Caballería de Milán y, más tarde, capitán general de la Armada del Mar Océano. Empero, no llegó a tomar posesión de ninguno de los dos cargos, de nuevo por la insistencia de sus progenitores. Además, meses después se anunció que marcharía al reino de Sicilia con ocasión del nombramiento de su padre como virrey. La idea era que el joven fuera cogiendo experiencia político-militar como general de las galeras sicilianas y, en un futuro, sucediera en el cargo virreinal. Para su desgracia, los planes se truncaron cuando su padre falleció en Palermo al año siguiente y, en consecuencia, se produjo la sucesión en la casa ducal.³⁵ El rey llegó a ofrecer el virreinato a don Gaspar, pero este lo rechazó porque, según dijo, prefería servir en el conflicto portugués.³⁶

Sin la tutela de sus progenitores, el flamante duque vio la oportunidad para llevar a cabo la empresa que llevaba años deseando. Además de manifestar al rey su deseo de

³² Antonio Paz y Meliá, ed., *Avisos de Jerónimo de Barrionuevo* (Madrid: Imprenta y Fundición de M. Tello, 1893), 3:176.

³³ Carta de Pedro de Barreda Ceballos al duque del Infantado, Madrid, 28 de junio de 1653, fol. 2r, exp. 3, D. 8, CT. 16, Osuna, Archivo Histórico de Nobleza [AHNOB].

³⁴ Consulta del Consejo de Guerra, Madrid, 11 de noviembre de 1654, s. fol., leg. 1849, GYM, Archivo General de Simancas [AGS].

³⁵ Javier H. Alcázar Miragaya, «“La mayor ofensa que a V.M. y a la República se hace”: El destierro de Gaspar Téllez-Girón y Sandoval, III duque de Uceda y futuro V duque de Osuna (1651-1652)», *Tiempos Modernos* 13, n.º 46 (2023): 113.

³⁶ *Examen jurídico en defensa de la justicia y memorial que al rey nuestro señor hace un sujeto* (Compostela: Imprenta de la viuda de Juan Bautista de San Clemente y Farfán, 1684), fol. 7r.

servir en el frente, se ofreció a reclutar 740 infantes en sus estados.³⁷ Felipe IV aceptó sin paliativos su generosa oferta. Sin embargo, pronto fue evidente que difícilmente lograría un reclutamiento tan elevado, por lo que sólo acabó reuniendo 508 hombres. A pesar de todo, no era una cifra despreciable, máxime si se tiene en cuenta los antecedentes del señorío. Desde que España y Francia entraran en guerra en 1635,³⁸ los estados de la casa en Andalucía, y en menor medida en Castilla la Vieja,³⁹ acudieron con hombres a las continuas demandas de la Corona a lo largo de las décadas, coincidiendo con la titularidad del IV duque, quien, a su vez, tenía la difícil tarea de gestionar los recursos de una casa inmersa en concurso de acreedores.⁴⁰ Si a esto se le suman el alojamiento de tropas, lo que conllevaba una inestabilidad social que forzaba a que algunos vecinos se mudaran a otras localidades cercanas,⁴¹ así como la peste que asoló a Andalucía en la década de 1650,⁴² los estados de la casa encontraban en retroceso demográfico, por no hablar de que las arcas de las distintas villas estaban en números rojos.⁴³ Incluso durante los años que don Gaspar se encontró en el frente, el señorío continuó enviando milicias a la guerra de Cataluña.⁴⁴

Volviendo al contingente reunido en 1657, en un primer momento estaba previsto que los infantes fueran dispuestos en ocho compañías, pero más tarde se decidió que quedaran comprendidos en un único tercio bajo el mando del maestro de campo Rodrigo Girón, tío del duque.⁴⁵ Probablemente la elección de un pariente de don Gaspar no fuera algo casual, ya que se daba por entendido que su implicación sería mayor que la de un oficial real a la hora de conseguir que los hombres llegaran al frente en las mejores condiciones. Además, y no menos importante, estos efectivos prestarían mejor servicio bajo

³⁷ «Acta del cabildo», Osuna, 23 de marzo de 1657, fol. 456v, t. 25, Actas Capitulares, Archivo Municipal de Osuna [AMO].

³⁸ Robert A. Stradling, «“Las dos grandes luminarias de la tierra”: España y Francia en la política de Olivares», en *La España del conde-duque de Olivares*, coord. John H. Elliott y Ángel García Sanz (Universidad de Valladolid, 1990), 129-160.

³⁹ Carlos Mier Leal, *Urueña y su historia: Desde los orígenes al siglo XVIII* (Diputación Provincial de Valladolid, 2013), 207-208.

⁴⁰ Ignacio Atienza Hernández, «La quiebra de la nobleza castellana en el siglo XVII: Autoridad real y poder señorial. El secuestro de los bienes de la Casa de Osuna», *Hispania* 44, n.º 156 (1984): 49-81.

⁴¹ Así consta que sucedió en la villa de La Puebla de Cazalla; véase Francisco Javier Hernández Navarro y Zsafer Kalas Porras, «Abusos y desórdenes de una villa del Antiguo Régimen: Alojamientos de soldados en la Puebla de Cazalla (1664)», en *La Puebla de Cazalla: Una villa centenaria, una villa con historia. V centenario de la Carta-Puebla (1502-2002)*, coord. José Cabello Núñez y Francisco Javier Gutiérrez Núñez (El Viso, 2010), 263-274.

⁴² La peste tuvo importantes estragos en la villa de Osuna; véase Ángeles Pisón Casares, «La mortalidad en Osuna (1628-1660): Aproximación a las causas», en *Enfermedad y muerte en América y Andalucía (siglos XVI-XX)*, coord. José J. Hernández Palomo (CSIC; Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 2004), 71-118.

⁴³ En 1641, por ejemplo, el cabildo de Osuna tuvo que pedir un donativo a sus vecinos para hacer frente a un reclutamiento de 146 infantes porque no disponía de los fondos económicos suficientes; véase Acta del cabildo, Osuna, 9 de abril de 1641, fols. 309v-310v, t. 23, Actas Capitulares, AMO.

⁴⁴ En 1658, el cabildo de Osuna aprobó el envío de 30 milicianos a Cataluña; véase Acta del cabildo, Osuna, 13 de abril de 1658, fol. 501r, t. 25, Actas Capitulares, AMO.

⁴⁵ Rodríguez Hernández, «Los servicios de la nobleza», 643.

el mando de un representante de la Casa de Osuna que el de otra persona sin ninguna vinculación con ella. En cualquier caso, tan pronto se terminó el reclutamiento de dichos 508 hombres, a los cuales se sumaron más tarde otros 100 hombres ofrecidos por el duque de Medinaceli,⁴⁶ don Gaspar partió con el contingente hasta la frontera portuguesa para tomar posesión de su reciente cargo de general de la Caballería de Extremadura.⁴⁷

Si el reclutamiento de levases en los estados significó un desembolso de 200 000 ducados para las arcas señoriales,⁴⁸ costear la presencia del duque en el frente no fue muy distinto, pues había que mantener el séquito de criados que debían servirle diariamente mientras permaneciera allí.⁴⁹ Por ejemplo, se tiene constancia de que Osuna tuvo que extraer de su mayorazgo 5702 reales para realizar su jornada a Badajoz.⁵⁰ Por otra parte, también debía de asumir los gastos que significaban los alimentos correspondientes a su esposa e hijas. Para hacerse idea de lo que esto suponía, baste decir que, según lo dispuesto en las capitulaciones matrimoniales, firmadas en 1642, don Gaspar debía pasar a su mujer, doña Felice de Sandoval, III duquesa de Uceda, una renta de 10 000 ducados anuales de por vida.⁵¹ Durante los tres primeros años de servicio militar de su marido, la duquesa permaneció en la villa de Osuna a cargo de la gobernación del señorío.⁵² Aunque la mayor parte del tiempo se encontró en campaña, don Gaspar realizó alguna visita puntual a su mujer e hijas. En 1658 se le dispensó licencia para que pudiese estar junto a doña Felice mientras se recuperaba de las secuelas de un mal parto.⁵³ El duque recibió otra licencia en 1661 para acompañar a su familia a Madrid, donde entraron con una gran pompa que, según una gaceta de la época, significaba un gasto de 44 000 ducados para la hacienda señorial. Desde entonces, doña Felice y sus hijas permanecieron en la corte bajo el cuidado de su madre, la duquesa viuda de Lerma.⁵⁴

⁴⁶ Antonio José Rodríguez Hernández y María Patricia Rodríguez Rebollo, «Entre la guerra y la paz: La Guerra de Restauración portuguesa en Extremadura y las negociaciones de paz con Portugal (1640-1668)», en *Iberismo: Las relaciones entre España y Portugal. Historia y tiempo actual y otros estudios sobre Extremadura*, coord. Felipe Lorenzana de la Fuente y Francisco J. Mateos Acacibar (Sociedad Extremeña de Historia, 2008), 145-146.

⁴⁷ Carta del marqués de Villarrubia a su hermano, Madrid, 7 de abril de 1657, f. 88r, Ms. 73/28, leg. 43, Vargas Ponce, Archivo del Museo Naval.

⁴⁸ Así lo indicó años más tarde el rey; véase la Facultad real de Felipe IV al duque de Osuna, Madrid, 13 de marzo de 1661, fols. 1r-15v, D. 27, C. 16, Osuna, AHNOB.

⁴⁹ Por ejemplo, solicitó una ayuda económica para que siete pajes suyos pudieran acompañarle al frente; véase fol. 166v, lib. 252, GYM, AGS.

⁵⁰ «Administración de los cortijos y otras posesiones del duque de Osuna hechas por Andrés de Varela», s. l., 1657-1659, fol. 34v, D. 201, C. 1518, Osuna, AHNOB.

⁵¹ «Capitulaciones matrimoniales y escrituras referentes al matrimonio de Gaspar Téllez-Girón, duque de Osuna, con Felice de Sandoval, duquesa de Uceda», Madrid, 2 de marzo de 1642, fols. 11r-v, D. 38-39, C. 15, Osuna, AHNOB.

⁵² Prueba de ello son las provisiones señoriales que despachó en ausencia de su marido; véase las Provisiones de la duquesa de Osuna, Osuna, 1657-1658, fols. 465r, 459r, 519r-520r, t. 25, Actas Capitulares, AMO.

⁵³ Paz y Meliá, *Avisos de Jerónimo*, 4:146-148. Su llegada a la villa de Osuna debió de producirse antes de primavera, ya que la primera referencia documental de su presencia allí es de principios de marzo; véase la Provisión del duque de Osuna, Osuna, 9 de marzo de 1658, fol. 498r, t. 25, Actas Capitulares, AMO.

⁵⁴ «Gaceta», s. l., 1661, s. fol., D. 181, G. D. 11, 221, Altamira, Biblioteca de Francisco Zabálburu [BFZ].

Aunque su familia directa estuviera en Madrid, don Gaspar no estuvo solo en el frente: estuvo acompañado por su hijo espurio Juan Girón, fruto de una relación extramatrimonial desconocida, a quien consiguió una capitania de infantería y de caballería en el tiempo que estuvo sirviendo en la guerra;⁵⁵ y su tío, Rodrigo Girón, de quien ya se dijo que fue nombrado maestro de campo y quien le ayudó en el reclutamiento de soldados en sus estados en 1657.

A sabiendas del enorme coste que significaba todo esto para la casa ducal, el monarca atendió a la demanda de don Gaspar para eximirle del servicio de lanzas mientras permaneciera sirviendo en la guerra.⁵⁶ De igual modo, en 1661 se le dispensó una facultad real para enajenar algunos oficios concejiles de la villa de Osuna.⁵⁷ Un año después, con ocasión del asedio de Badajoz, que motivó la llegada al frente del valido Luis de Haro, recibió el encargo de reclutar una leva de 200 hombres en sus estados para reforzar los efectivos del ejército de Extremadura; a cambio, se le concedió una ayuda de 6000 ducados con la que poder costear su vestuario, envío y manutención hasta llegar al frente.⁵⁸ Además, sus vasallos ofrecieron algunas partidas de dinero a la Corona.⁵⁹ Para hacerse idea del gran desembolso que significaron todos estos gastos para la casa ducal, sírvase de ejemplo lo que don Gaspar señaló en un pleno del Consejo de Estado en 1678 —fue nombrado consejero cuatro años antes—, cuando se habló de la posibilidad de que la nobleza sirviera con un donativo pecuniario:

El duque de Osuna dixo que sus estados están a los pies de Vuestra Magestad, por obligación y gusto, y de nuevo los vuelve a poner a ellos; que el duque se halla en los mayores empeños, [...] habiendo levantado, vestido y sustanciado a su costa dos tercios, que sirvieron uno en la campaña de Olivenza, y otro la de Jelves, los años de cinquenta y siete, y cinquenta y ocho [...].⁶⁰

Tan solo unos meses después de llegar a Extremadura, don Gaspar fue elogiado por su colaboración en el asedio de Juromenha.⁶¹ Se trataba de una ofensiva emprendida por los españoles tras el infructuoso intento portugués de atacar Badajoz y romper el

⁵⁵ Jiménez Moreno, «La actitud de la nobleza», 245-246.

⁵⁶ Fol. 170v, lib. 252, GYM, AGS. Años más tarde se volvió a confirmar esta merced; véase la Cédula real de Felipe IV al duque de Osuna, El Pardo, 15 de enero de 1661, fols. 1r-3r, D. 26, C. 16, Osuna, AHNOB.

⁵⁷ Facultad real de Felipe IV al duque de Osuna, Madrid, 13 de marzo de 1661, fols. 1r-15v, D. 27, C. 16, Osuna, AHNOB. Al respecto, véase «Memorial del duque de Osuna», s. l., marzo de 1661 y septiembre de 1662, s. fol., legs. 1383 y 1390, CCA, AGS.

⁵⁸ Papel de D. Diego Sarmiento al secretario Juan Bautista Arespacochaga, Madrid, 6 de julio de 1662, s. fol., leg. 2001, GYM, AGS. Agradezco a Agustín Jiménez Moreno que me facilitara la referencia.

⁵⁹ Acta del cabildo, Osuna, 11 de marzo de 1658, fols. 496v-497r, t. 25, Actas Capitulares, AMO.

⁶⁰ Feliciano Barrios, «El Consejo de Estado de la monarquía española (1521-1812): Estudio histórico-jurídico» (tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1983), 3:251.

⁶¹ Gonzalo Crespi de Valldaura y Bosch Labrús, ed., *Diario del señor D. Cristóbal Crespi desde el día en que fue nombrado presidente del Consejo de Aragón* (Boletín Oficial del Estado, 2012), 160; Paz y Meliá, *Avisos de Jerónimo*, 3:302.

cercos que se cernían sobre Olivenza, plaza que finalmente cayó en manos de los primeros.⁶² A pesar de su buena entrada en la contienda, Osuna pronto sucumbió al tedio que imperaba en el frente extremeño. La prioridad de Madrid por la guerra de Cataluña⁶³ hizo que las acciones militares en el limes portugués fueran escasas y poco fructíferas. La nobleza se mostraba generalmente poco entusiasmada por contribuir a esta contienda —todo lo contrario que por acudir al Principado— ya no solo por la inacción bélica, sino por la falta de fondos y suministros precisos para emprender cualquier campaña militar, lo que forzaba a que, ocasionalmente, algunos oficiales metieran mano en las arcas públicas, traficaran con algunos productos o realizaran pillajes en las zonas fronterizas.⁶⁴ De hecho, don Gaspar recibió varias amonestaciones del Consejo de Estado por haber realizado algunas incursiones de este calibre⁶⁵ y criticó al alto mando el mal estado de las fuerzas que estaban bajo su autoridad como general de caballería.⁶⁶

Primeros años en el frente

Al principio de la campaña de 1658, el duque de Osuna tenía una buena reputación en la opinión pública tras haber cortado el paso a los portugueses en su intento por avanzar hacia Valencia de Alcántara⁶⁷ y tomar una atalaya enemiga que serviría de punta de lanza para futuras avanzadillas en territorio luso.⁶⁸ Incluso, Felipe IV le dedicó algunos halagos al enterarse de la noticia. En un banquete en palacio, el rey comentó que «bueno ha andado el negro», lo que, según el gacetillero Barrionuevo, hacía referencia al sobrenombre que las damas de palacio habían puesto a don Gaspar por su característica tez oscura.⁶⁹ Las buenas noticias, sin embargo, acabaron pronto. Más tarde, el duque de San Germán,⁷⁰ capitán general de Extremadura, escribió a Madrid informando de una posible ofensiva portuguesa para resarcirse de la pérdida de Olivenza del año anterior. Las sospechas del general italiano pronto se hicieron realidad. En julio, un contingente

⁶² Maffi, *En defensa del Imperio*, 146-147.

⁶³ Raquel Camarero Pascual, «La Guerra de Recuperación de Cataluña y la necesidad de establecer prioridades en la Monarquía Hispánica (1640-1643)», en *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica: Guerra marítima, estrategia, organización y cultura militar (1500-1700)*, coord. Enrique García Hernán y Davide Maffi (Fundación Mapfre; CSIC, 2006), 1:323-358.

⁶⁴ Fernando Cortés Cortés, *El Real Ejército de Extremadura en la Guerra de la Restauración de Portugal (1640-1668)* (Universidad de Extremadura, 1985), 46-51; David Martín Marcos, *Gente de raya: Frontera, amenaza y comunidad entre la Monarquía Hispánica y Portugal, 1640-1715* (Marcial Pons, 2025), 107 ss.

⁶⁵ Paz y Meliá, *Avisos de Jerónimo*, 4:123-124, 126-127.

⁶⁶ Carlos M. Sánchez Rubio, «“Tomar lenguas”: Sistemas de información y propaganda en una ciudad asediada. Badajoz, 1658» (tesis doctoral, Universidad de Extremadura, 2022), 40.

⁶⁷ Paz y Meliá, *Avisos de Jerónimo*, 4:148.

⁶⁸ Paz y Meliá, 4:178.

⁶⁹ Paz y Meliá, 4:179.

⁷⁰ Javier Revilla Canora, «Un noble napolitano en la Guerra de Portugal: Francesco Tuttavilla, duque de San Germán, general del ejército de Extremadura», en *Líneas recientes de investigación en Historia Moderna*, ed. Félix Labrador Arroyo (Universidad Rey Juan Carlos, 2015), 389-399.

encabezado por el general Joanne Mendes de Vasconcelos puso cerco a Badajoz.⁷¹ La noticia fue recibida por la corte madrileña con extrema preocupación. La ciudad pacense, además de funcionar como cuartel general del ejército español, tenía un valor estratégico. Si caía, los portugueses tendrían prácticamente vía libre para adentrarse en el corazón de Castilla.

En estas circunstancias, el monarca recurrió a su persona de máxima confianza para que asumiera el mando militar: Luis de Haro.⁷² Felipe IV esperaba que la presencia de su valido en el frente sirviera para recuperar la autoridad real y el ánimo de las tropas.⁷³ Pese a la alarma, había cierto optimismo en Madrid, pues se consideraba que, si se lograba la victoria, los lusos se encontrarían en una situación de tal vulnerabilidad que facilitaría poner fin a la rebelión en poco tiempo.⁷⁴ Antes de su jornada hacia tierras extremeñas, Haro organizó un masivo reclutamiento por todo el reino que involucró a la mayor parte de los grandes y títulos, especialmente a los andaluces, quienes reunieron un total de 1250 hombres. Don Gaspar volvió a destacarse sobre el resto de nobles por su rapidez para reforzar el tercio que había enviado el año anterior.⁷⁵ Mientras el valido organizaba este contingente, los duques de Osuna y de San Germano trataron de romper el cerco que se cernía sobre Badajoz, sin éxito. El primero incluso fue hecho prisionero durante unos instantes tras perder su caballo en una refriega, pero fue liberado por error al no haber sido identificado.⁷⁶ En octubre, después de cuatro meses de asedio, los portugueses decidieron replegarse a Elvas cuando tuvieron noticia de que Haro se aproximaba con una fuerza de trece mil soldados. Sin la presencia del enemigo, el valido entró victorioso en Badajoz sin derramamiento de sangre.⁷⁷

Pronto, en el mismo mes de octubre de 1658, los españoles se adentraron en territorio enemigo y sitiaron Elvas. Esta ciudad era crucial: si caía, se tendría vía libre hacia Lisboa. Llegar a la capital portuguesa se había convertido en la gran obsesión de Madrid, donde se tomaba como referencia la conquista del reino luso por el duque de Alba en 1580.⁷⁸ El problema, sin embargo, era que los lusos habían aprovechado la pasividad española a comienzos de la contienda para reforzar las defensas lisboetas y ganar adeptos en las zonas limítrofes con Castilla.⁷⁹ En este contexto, las dificultades para

⁷¹ Sobre la organización de tropas en Portugal durante la contienda, véase Fernando Dores Costa, «Formação da força militar durante a Guerra da Restauração», *Penélope* 24 (2001): 87-119.

⁷² Sobre el valimiento de Luis de Haro, véase Alistair Malcolm, *El valimiento y el gobierno de la Monarquía Hispánica (1640-1665)*, trad. Jesús Cuéllar (Centro de Estudios Europea Hispánica; Marcial Pons, 2019); Rafael Valladares, ed., *El mundo de un valido: Don Luis de Haro y su entorno, 1643-1661* (Marcial Pons, 2016).

⁷³ Rafael Valladares, *Felipe IV y la restauración portuguesa* (Algazara, 1994), 45-47.

⁷⁴ Lynn Williams, «Jornada de d. Luis de Haro y Guzmán a Extremadura, 1658-1659: Implicaciones para la política internacional española del momento», *Manuscripts* 31 (2013): 119-120.

⁷⁵ Rodríguez Hernández, «Los servicios de la nobleza», 642-643.

⁷⁶ Sánchez Rubio, «“Tomar lenguas”», 88.

⁷⁷ Enrique F. Sicilia Cardona, *La Guerra de Portugal (1640-1668)* (Actas, 2022), 279.

⁷⁸ Rafael Valladares, *La conquista de Lisboa: Violencia militar y comunidad política en Portugal, 1578-1583* (Marcial Pons, 2008).

⁷⁹ «Gaceta», s. l., agosto de 1641, s. fol., D. 181, GD. 11, 221, Altamira, BFZ.

tomar Lisboa eran mucho mayores en la década de 1650, por lo que los españoles tuvieron que contentarse con tomar algún enclave de menor importancia, aunque con el simbolismo necesario para moralizar a su ejército. En enero de 1659, tras cuatro meses de asedio en Elvas, los portugueses consiguieron reunir una fuerza armada de proporciones similares a la española. Ambos contendientes se enfrentaron en los alrededores de la ciudad, lo que se saldó con un fracaso para las armas del Rey Católico. Los lusos lograron romper el asedio y los españoles se batieron en retirada.⁸⁰ En la huida, don Gaspar fue herido.⁸¹ Felipe IV quiso reconocer al duque su valor en el campo de batalla asegurándole que «tendre presente siempre este servicio con deseos de gratificar».⁸²

Por el contrario, la opinión pública consideró a Osuna uno de los principales responsables de la derrota, máxime teniendo en cuenta sus desencuentros con San Germano sobre la disposición de las fuerzas de caballería durante el desarrollo de la batalla.⁸³ De hecho, Haro, quizás en un intento por salvar su crédito y no perder la gracia del rey, responsabilizó a don Gaspar de la derrota por su negativa a desplegar la caballería cuando se le ordenó.⁸⁴ Estando en el punto de mira de las críticas, fueron frecuentes las referencias a Osuna en las sátiras que circularon durante los meses siguientes, tal y como se refleja, por ejemplo, en la que se reproduce a continuación, donde es citado como duque consorte de Uceda:

Vzeda con vizarria
aqui embiste, alli acomete
ostentando valentia
pero que diablos me mete
aora a mi en cavallerias.⁸⁵

Acusado de cobarde por abandonar el campo de batalla, Haro regresó cabizbajo a la corte.⁸⁶ Pronto fue sustituido por el bastardo real, Juan José de Austria, al frente del ejército. No obstante, por mucho que la derrota le hubiese dejado en una posición de vulnerabilidad, el valido fue capaz de mantener la confianza de Felipe IV, quien le

⁸⁰ Sicilia Cardona, *La Guerra de Portugal*, 280 ss.

⁸¹ Sicilia Cardona, 290-291.

⁸² Carta de Felipe IV al duque de Osuna, Madrid, 24 de enero de 1659, fol. 205r, K-19, Colección Salazar y Castro [SyC], Real Academia de la Historia [RAH].

⁸³ Escritos en nombre del duque de Osuna, justificando sus diferencias con el duque de San Germano, Cuartel de Luis de Haro, 24 de noviembre de 1658, fols. 1r-5v, Manuscritos [Mss.] 18729/4, Biblioteca Nacional de España [BNE].

⁸⁴ Rafael Valladares, *Epistolario político de Luis de Haro (Aragón, Cataluña y Andalucía, 1644-1647 – Extremadura y Portugal, 1658-1659)* (Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado, 2024), 444.

⁸⁵ Quintilla a don Luis de Haro sobre Elvas, s. l., s. f., fol. 33v, Mss. 2244, BNE. Otra sátira contra el duque de Osuna puede encontrarse en Fernando Bouza, *Papeles y opinión: Políticas de publicación en el Siglo de Oro* (CSIC, 2008), 144.

⁸⁶ Carta del licenciado José Gómez a Luis de Haro, s. l., 1659, fols. 95v-102r, Mss. 1430, BNE.

encomendó la tarea de encabezar las negociaciones de paz con Francia.⁸⁷ Las conversaciones con los representantes galos fueron tensas y difíciles, pero se consiguió la firma de la Paz de los Pirineos. Aunque el acuerdo disponía la prohibición de que Luis XIV asistiera a Portugal, durante los años venideros siguió prestando apoyo a pesar de las tensiones diplomáticas que surgieron con Madrid.⁸⁸ En 1660 se logró aislar más al reino luso tras la firma de otra paz con Inglaterra. Gracias a estos éxitos diplomáticos, Felipe IV creía estar más cerca de poner fin a la rebelión portuguesa.

Capitán general de Castilla la Vieja

En 1660, el Rey Católico manifestó su confianza en el duque de Osuna proveyéndole del mismo cargo que su padre don Juan había disfrutado años antes: la capitanía general de Castilla la Vieja.⁸⁹ Se trataba de un puesto de mayor responsabilidad militar y tenía por objeto organizar el reclutamiento y despliegue de las tropas apostadas en el mismo territorio.⁹⁰ La razón por la que Felipe IV agració a don Gaspar con este cargo tras la derrota de Elvas podría interpretarse de dos maneras. O bien el rey no concedió demasiado crédito a las críticas vertidas contra él, o bien, teniendo en cuenta las críticas, decidió darle una oportunidad para redimirse en otro escenario de la contienda alejado de Extremadura, o sea, las fronteras de Castilla la Vieja. Además, el monarca quiso añadirle el mando del ejército de Ciudad Rodrigo, pero declinó porque así podría concentrarse mejor en una única responsabilidad.⁹¹

Al poco tiempo de tomar posesión de la capitanía general, don Gaspar aconsejó al rey realizar algunos reajustes militares por «los riesgos a que Castilla esta espuesta por la desprebençon con que se hallan sus fronteras de todo y muy particularmente de jente». ⁹² Parecía sentirse seguro de sí mismo, no solo por la severidad con que afirmaba sus ideas, sino por algunas pequeñas victorias que había conseguido en las inmediaciones de la referida ciudad salmantina en 1661.⁹³ No obstante, su imagen quedó menoscaba

⁸⁷ Lynn Williams, ed., *Letters from the Pyrenees: Don Luis Méndez de Haro's correspondence to Philip IV of Spain, July to November 1659* (University of Exeter, 2000).

⁸⁸ Isabel Yetano Laguna, *Relaciones entre España y Francia desde la Paz de los Pirineos (1659) hasta la guerra de Devolución (1667): La embajada del marqués de la Fuente* (Fundación Universitaria Española, 2009), 245 ss.

⁸⁹ El IV duque de Osuna permaneció al frente de este puesto entre 1654 y 1655, momento en que fue cesado para tomar posesión del virreinato de Sicilia, donde falleció un año más tarde. Véase «Sobre lo que ha de cobrar en Sicilia el duque de Osuna del sueldo de capitán general de Castilla la Vieja por ir a servir el puesto de virrey», Madrid, 13 de septiembre de 1655, s. fol., leg. 2212, Estado, AHN.

⁹⁰ Sobre las capitanías generales, véase Luis Salas Almela, *Colaboración y conflicto: La capitanía general del Mar Océano y Costas de Andalucía, 1588-1660* (Universidad de Córdoba, 2002).

⁹¹ Paz y Meliá, *Avisos de Jerónimo*, 4:259.

⁹² Carta del duque de Osuna a Felipe IV, s. l., s. f., s. fol., D. 99, 457, Altamira, BFZ.

⁹³ «Relación de las luchas del ejército español gobernado por el duque de Osuna», s. l., 1661, s. fol., D. 17, 127, Altamira, BFZ. Véanse, además, algunas cartas que don Gaspar dirigió a Felipe IV dándole cuenta de las últimas novedades en el frente a lo largo de 1661: fols. 212r-213r, 214r-215v, 217r-v, K-19, SyC, RAH.

tras el fracaso de la ofensiva que organizó con Juan José de Austria en el mismo año.⁹⁴ Aunque el bastardo real consiguió algunos éxitos iniciales, como la toma de Juromenha y de Évora, los portugueses pronto restablecieron el *statu quo* previo a su llegada al frente.⁹⁵ La contienda parecía estar anquilosada. Por otra parte, a lo largo del mismo año fueron frecuentes los desencuentros entre don Gaspar y la cúpula militar. Felipe IV llegó a reprenderlo por su tendencia a desoír las órdenes dictadas por el alto mando a la hora de llevar a cabo los reclutamientos en la región.⁹⁶ Osuna, por su parte, se justificó aludiendo a los muchos «inconvenientes» y «el poco fruto» que daban las tropas y los medios de los que disponía, por lo que aconsejaba que se realizaran más reclutamientos. Además, llegó a asegurar al rey que algunos ministros de Madrid recurrían a «engaños» para desacreditarlo y, en consecuencia, provocar su caída en desgracia.⁹⁷ En otra ocasión, alegó lo siguiente:

[...] no se ha movido a Castilla ni que se ha sacado mas de lo que es menester, pero que ni con mucho llega a poder assegurar la reputacion de las armas de V. Mag, y mi credito ni librar a esta frontera y por consecuencia a Castilla de las hostilidades, [...] y yo soy el primero que he dicho [...] que por ningun lado se puede librar a Castilla de summa vexacion sino es trayendo aqui gente forastera de la provincia.⁹⁸

A pesar de estas controversias, don Gaspar no tuvo dificultades para seguir abriéndose un hueco en el generalato. En 1662 fue nombrado capitán general de las armas de Ciudad Rodrigo. Aunque se trataba de una importante dignidad militar, llegó a confesar a uno de sus oficiales que sentía poco entusiasmo por su el cargo: «[...] hasta que halle [el rey] en donde poder emplearme mas, en esto tolerare el estar aqui, siendo solo mi fin no faltar una ora del servicio del rey».⁹⁹ Durante la campaña de ese mismo año, Osuna tuvo varios encontronazos con Madrid por sus habituales incursiones en territorio enemigo:

Avisase [...] el duque de Osuna havia entrado en Portugal con 3000 ynfantes, 600 cavallos, muchas escalas y un petardo sin saverse adonde yba y que se presumia

⁹⁴ *Relación verdadera de los sucesos de las armas de Portugal y Castilla en la campaña del año de 1661*, (Lisboa: s. p., 1661).

⁹⁵ Sobre la presencia del bastardo real en la guerra, véase Koldo Trápaga Monchet, *La actividad política de Juan [José] de Austria en el reinado de Felipe IV (1642-1665)* (Polifemo, 2018), 491 ss.

⁹⁶ Carta de Felipe IV al duque de Osuna, Madrid, 16 de julio de 1661, fols. 207r-v, K-19, SyC, RAH.

⁹⁷ Carta del duque de Osuna a Felipe IV, s. l., 1661, fols. 208r-209r, K-19, SyC, RAH.

⁹⁸ Carta del duque de Osuna a Felipe IV, Vale da Mula, 27 de julio de 1661, fols. 210r-211r, K-19, SyC, RAH.

⁹⁹ Carta del duque de Osuna a Fernando de Tejada, s. l., 15 de febrero de 1663, fol. 26r, exp. 4, Montalto, Archivo General Fundación Casa Medina Sidonia.

que el intento era alguna ynterpresa de ymportancia cuya resulta se espera por instantes.¹⁰⁰

El problema es que a través de este tipo de acciones autónomas, al no contar con el beneplácito del alto mando ni los recursos necesarios, tenían difícil conseguir algún éxito de valor, por no hablar de las posibles repercusiones:

[...] picados los portugueses de la entrada que hizo [...] sin fruto [...] del duque de Osuna [...], entraron por el mismo 1200 cavallos y poco menos infantes y robaron y saquearon 5 lugares a 9 leguas de Salamanca [...] llevandose 1000 bacas, muchas yeguas y ganado menor se retiraron sin perdida ninguna.¹⁰¹

Más allá de estas avanzadillas, lo cierto es que don Gaspar consiguió algunos éxitos, siendo lo más destacado la toma de Escalhão (1662)¹⁰² y de Vale da Mula (1663).¹⁰³ De las dos, probablemente la segunda tuviera un mayor impacto en la opinión pública tras conseguir imponerse al enemigo en inferioridad numérica. Al igual que hiciera su abuelo, conocido como el Gran Duque de Osuna, durante sus años de virrey en Sicilia y Nápoles, don Gaspar llevó a cabo la publicación de estas victorias en un intento por ensalzar su imagen y sus dotes de mando.¹⁰⁴ Pero, por mucho que tratara de vanagloriarse, sus logros apenas tuvieron incidencia en el desarrollo global de la contienda. No obstante, tuvieron cierta significación al obligar a que los portugueses tuvieran que distribuir sus fuerzas para recuperar estas plazas y, por consiguiente, dejaran otras sin guarnición que quedaban a merced de nuevos ataques españoles.¹⁰⁵

En 1663, además de las ya conocidas, surgió una nueva polémica entre don Gaspar y Madrid con motivo de la construcción de un fuerte «que se apellida de la Concepción de Osuna» sin el visto bueno de la cúpula militar.¹⁰⁶ Las obras se iniciaron

¹⁰⁰ «Relaciones de acontecimientos políticos de los años 1584 a 1694», s. l., enero de 1662, fol. 229v, Mss. 2396, BNE.

¹⁰¹ «Relaciones de acontecimientos políticos de los años 1584 a 1694», febrero de 1662, f. 230r.

¹⁰² *Relación verdadera de lo sucedido a las católicas armas de S.M., contra el rebelde de Portugal por la parte de Ciudad Rodrigo, gobernadas por el duque de Osuna, capitán general de aquellas fronteras, donde se da cuenta de la toma de Escalhão* (s. l.: s. p., 1662).

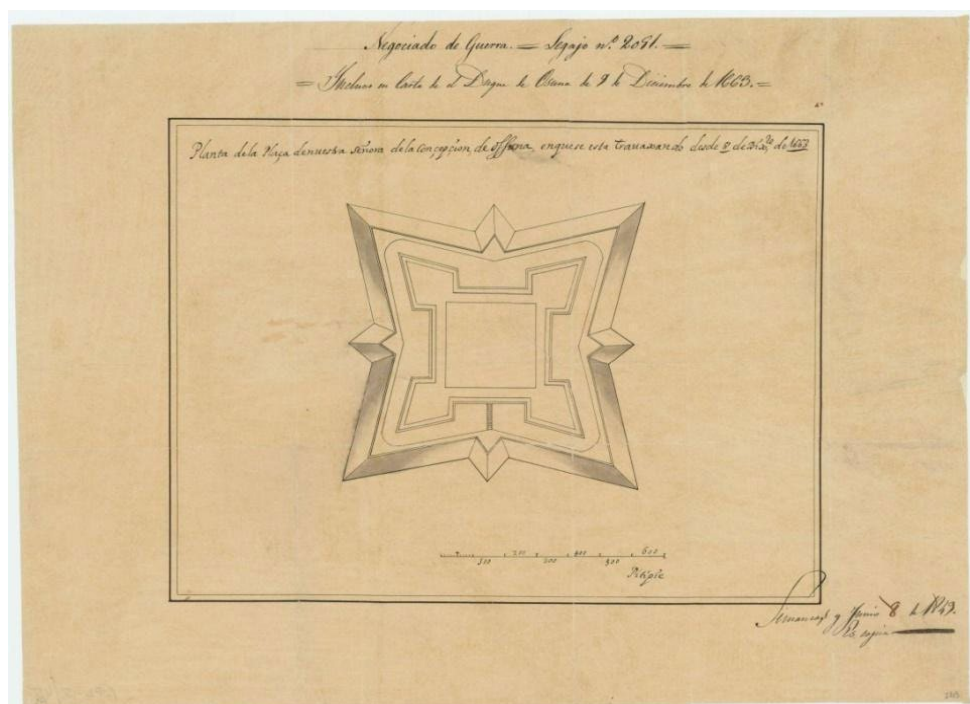
¹⁰³ Sicilia Cardona, *La Guerra de Portugal*, 353-359.

¹⁰⁴ Sagrario López Poza, «Utilización política de las relaciones de sucesos por el duque de Osuna en sus virreynatos de Sicilia y Nápoles», en *Cultura della guerra e arti della pace: Il III Duca di Osuna in Sicilia e a Napoli (1611-1620)*, dir. Encarnación Sánchez García (Tullio Pironti, 2012), 303-324.

¹⁰⁵ Carta de Francisco de Aguilar a Salvador Rodríguez de Chaves, Ciudad Rodrigo, 31 de diciembre de 1663, fol. 65r, Mss. 2391, BNE.

¹⁰⁶ Carta de Francisco de Aguilar a Salvador Rodríguez de Chaves, Ciudad Rodrigo, 18 de febrero de 1664, fol. 60r, Mss. 2391, BNE; y Carta de Cristóbal de Honorato de San Miguel a Francisco de Aguilar, Fuerte de la Concepción, 29 de diciembre de 1663, fols. 64r-v, Mss. 2391, BNE.

el 8 de diciembre de 1663 —día de la Inmaculada Concepción,¹⁰⁷ de ahí el sobrenombre del fuerte— bajo las directrices del ingeniero francés Simon Jacques. Según sostenía el duque, su construcción era imprescindible para defenderse de las fuerzas lusas establecidas en la plaza de Almeida, así como para defender la conquista de Vale da Mula, lograda pocos meses antes. En octubre de 1664, una vez consumada la derrota española en la batalla de Castelo Rodrigo, el Consejo de Guerra ordenó la demolición parcial del fuerte.¹⁰⁸



Planta del Fuerte de Nuestra Concepción de Osuna, s. l., 1663, Sig. 5-45, APA, AGMM

La derrota de Castelo Rodrigo

Las posibilidades de que don Gaspar consiguiera un éxito de mayor envergadura no dependían tanto de sus capacidades de mando, sino más bien de la estrategia militar adoptada desde Madrid. La gran extensión territorial de la frontera con Portugal obligó a que la defensa se organizara en tres áreas, de norte a sur: Galicia, Castilla la Vieja, Extremadura y Andalucía. Se preveía que el territorio extremeño quedara como la principal zona de operaciones, mientras que el resto sirvieran como zonas de contención o de

¹⁰⁷ Teniendo en cuenta la ferviente devoción de la Casa de Osuna hacia esta virgen, induce a pensar que no fue casual que las obras del baluarte se iniciaran precisamente ese día.

¹⁰⁸ En el siglo XVIII se hizo preciso la construcción de un nuevo fuerte que recibiría el mismo nombre; véase Fernando Rodríguez de la Flor, «El Fuerte de la Concepción: Una obra ejemplar de ingeniería militar en el siglo XVIII», *Revista de Historia Militar* 54 (1983): 51-62.

distracción del enemigo.¹⁰⁹ Empero, no todo el generalato estaba de acuerdo con esta táctica. Osuna era partidario de una ofensiva desde la región castellana. A su juicio, era la mejor forma de responder a las dificultades que los españoles estaban encontrando para avanzar hacia Lisboa desde Extremadura. La idea, en verdad, no era suya, sino de uno de los oficiales que estaban bajo su mando, el marqués de Buscayolo.¹¹⁰ Aunque la cúpula militar había descartado este proyecto por considerarlo inviable, don Gaspar estaba decidido de llevarlo a cabo. De tal modo, desde principios de 1664 comenzó a agrupar tropas en el Fuerte de la Concepción.¹¹¹ Con un contingente de 4000 infantes y 800 caballos, el plan tenía como propósito tomar la plaza de Castelo Rodrigo y, desde ahí, realizar una incursión por territorio luso que sería acompañada por otras fuerzas de refresco. A pesar de las numerosas tropas, lo cierto es que los soldados eran de muy mala calidad, mayormente milicianos y labradores sin experiencia con las armas.

En un primer momento, los planes salieron según lo previsto. El ejército cruzó la frontera y puso sitio a Castelo Rodrigo. Pronto, quizás por un exceso de confianza, don Gaspar cometió un error táctico. Mientras el marqués de Buscayolo iniciaba el bombardeo, Osuna se llevó consigo una parte de las fuerzas para tomar una plaza próxima, lo que dejaba en inferioridad numérica a los españoles en caso de que la ciudad recibiera algún socorro. De hecho, los portugueses fueron capaces de reunir rápidamente un ejército, encabezado por el general Pedro Jacques Magalhães, que rompió el cerco sobre la plaza y forzó a la huida descontrolada de los sitiadores, quienes fueron perseguidos durante las siguientes jornadas hasta el campo de Salgadela.¹¹² Allí tuvo lugar un enfrentamiento el 7 de julio que se saldó con una mayúscula derrota para las armas del Rey Católico. Además de los miles de muertos y prisioneros —se calculan 7000 prisioneros y entre 2000 y 3000 fallecidos aproximadamente—, los españoles tuvieron que lamentar la pérdida de valiosos recursos como piezas de artillería, caballos, animales de tiro, carretas e, incluso, documentación confidencial del alto mando.¹¹³ El problema de esta derrota, sin embargo, no fue tanto la referida pérdida de recursos y hombres, sino el posible avance de los lusos hacia Castilla la Vieja, aprovechando la inferioridad numérica de la guarnición apostada en el Fuerte de la Concepción. Ante la inminente caída

¹⁰⁹ Lorraine White, «Estrategia geográfica y fracaso en la reconquista de Portugal por la Monarquía Hispánica, 1640-1668», *Studia Historica: Historia Moderna* 25 (2003): 59-91; Rafael Valladares, «Portugal y el fin de la hegemonía hispánica», *Hispania* 56, n.º 193 (1996): 517-539.

¹¹⁰ Rafael Valladares, *La guerra olvidada: Ciudad Rodrigo y su comarca durante la restauración de Portugal (1640-1668)* (Centro de Estudios Migrobenses; Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo, 1998), 28.

¹¹¹ Carta de Hipólito Vidal Abarca al duque de Gandía, Madrid, 30 de enero de 1664, fols. 1r-v, D. 6, CT. 19, Osuna, AHNOb.

¹¹² Sicilia Cardona, *La Guerra de Portugal*, 360 ss.

¹¹³ Véanse dos relaciones de la época: *Relación de lo sucedido en el sitio de Castelo Rodrigo, que hizo el al rey nuestro señor el Marqués de Buscayolo, enviado a S.M. por el duque de Osuna, capitán general del ejército de Castilla, etc.* (s. p., 1664); y *Mercurio Portuguez, com as novas do mez de julho anno 1664: Com a gloriosa, & maravilhosa victoria, que alcãçou Pedro Iaques de Magalhães, governador das armas no partido de Almeyda, contra o duque de Ossuna, em Castello Rodrigo* (s. p., 1664).

del baluarte, Osuna pidió desesperadamente a Juan José de Austria que «se arrime a esta parte toda la cavalleria y infanteria que fuere posible; pues en ello servira o no socorrerse el fuerte, que es la llave de toda Castilla».¹¹⁴ Por fortuna para él, los portugueses decidieron no continuar avanzando y se replegaron a su territorio.

La debacle en Castelo Rodrigo fue tan estrepitosa que, incluso, Osuna estuvo a punto de perecer en el campo de batalla, por lo que tuvo que realizar una huida poco honrosa, según aseguraron algunos testimonios: «[...] vino a parar a un lugar del duque de Alva que se llama Sadazes, andubo mucha parte del camino a pie, guiado de un labrador de la tierra por camino poco usado».¹¹⁵ Otros testigos llegaron a afirmar que se disfrazó de monje para pasar desapercibido en su huida.¹¹⁶ Años más tarde, tratando de limpiar su imagen, don Gaspar hizo una descripción de los acontecimientos desde de una óptica más épica:

Viendose en tan impenetrable estrecho, tomo una resolucion la mas generosamente temeraria, que se lee en historias. Disparo las pistolas a los que mas vezinos le seguian, que hasta entonces avia ido haziendo cara con ellas; y desmontandose del cavallo, se arrojó por el despeñadero, y baxo precipitado hasta el rio. [...] Llegando a lo baxo monto en otro cavallo y passando el rio, recogio las ruinas del exercito, y se retiro, siendo en esta ocasion el ultimo que quedo en la campaña.¹¹⁷

Por mucho que Osuna tratara de cambiar el concepto que se tenía de él, la derrota le acompañó hasta el final de sus días. En 1694, año de su muerte, el gacetillero Juan Francisco de Ayala Manrique recordó lo significativa que fue la batalla para el devenir de las armas españolas:

[...] aquel antiguo ~~desacuerdo con que por su culpa perdimos la batalla~~ rumor de su floredad en mas importante de la guerra de Portugal, desacierto que puso en duda lealtad, y obligo a Felipe Quarto a que no le permitiese jamas en su presencia después [...].¹¹⁸

Tan pronto se conocieron las noticias del descalabro militar en Castelo Rodrigo, don Gaspar fue cesado de sus cargos, aunque no abandonó el frente. La importancia de los acontecimientos obligó a que se constituyese una asamblea específica, la Junta que

¹¹⁴ Carta del duque de Osuna a Juan José de Austria, Ciudad Rodrigo, 10 de julio de 1664, fol. 61r, Mss. 2391, BNE.

¹¹⁵ Carta de lo que obró el duque de Osuna en Ciudad Rodrigo, s. l., 1664, s. fol., D. 29, 517, Altamira, BFZ.

¹¹⁶ Sicilia Cardona, *La Guerra de Portugal*, 370.

¹¹⁷ *Crisol de la verdad de la causa sin causa dedicada a la fama consagrada a la suprema justicia* (Zaragoza: s. p., 1684), 94-95.

¹¹⁸ «Noticias de Madrid desde 1636 hasta 1738», fol. 194r, Mss. 18447, BNE. Tachado original.

juzga al duque de Osuna.¹¹⁹ Previamente, don Gaspar había buscado el amparo de Juan José de Austria para que rebajara el clima adverso que había en Madrid.¹²⁰ En su alegato, realizado por el marqués de Buscayolo, lejos de asumir cualquier responsabilidad, achacó la derrota al estado deplorable de las tropas españolas, lo que decía haber denunciado en repetidas ocasiones.¹²¹ Fue imputado de veintinueve cargos, pues se quiso aprovechar la ocasión para juzgarlo por otras faltas que había acometido precedentemente, a saber: la construcción del Fuerte de la Concepción, los pillajes en territorio enemigo o la reiterada desobediencia a las directrices del alto mando, entre otras.¹²²

En 1665, mientras Osuna permanecía todavía a la espera de la resolución de su causa judicial, el reinado de Felipe IV entró en sus últimos momentos. El monarca veía cada vez más próximo el final y, asumiendo que no se conseguiría la recuperación de Portugal, ordenó lanzar una ofensiva que, en caso de victoria, permitiera más tarde negociar con los lusos desde una posición de ventaja.¹²³ Sin los medios ni recursos necesarios, las huestes del Rey Católico cosecharon una nueva derrota en Villaviciosa bajo el mando del nuevo general de los ejércitos reales, el marqués de Caracena.¹²⁴ Durante el fragor de la batalla, don Gaspar permaneció junto al marqués aconsejándole en la toma de decisiones,¹²⁵ lo que evidencia que mantuvo cierta influencia en el frente y que, por ende, su caída en desgracia tras la derrota en Castelo Rodrigo no fue tan pronunciada como pudiera parecer.

El 17 de septiembre de 1665 falleció el Rey Planeta, comenzando una nueva época con muchas incertidumbres en materia de política exterior, pero también con respecto a la sucesión al trono, dada la tierna edad del nuevo rey Carlos II.¹²⁶ El cambio de reinado permitió que don Gaspar pudiera resarcirse de su escandalosa derrota en Castelo Rodrigo. En noviembre, la Junta le absolvió de la mayor parte de los cargos por los que había sido imputado, aunque tuvo que dar explicaciones sobre los gastos secretos del tiempo que ocupó la capitanía general de Castilla la Vieja. Al año siguiente, dada su experiencia militar, la reina regente Mariana de Austria le pidió consejo sobre la contienda, al calor del debate político existente en el Consejo de Estado sobre qué estrategia

¹¹⁹ Juan Francisco Baltar Rodríguez, *Las Juntas de Gobierno en la Monarquía Hispánica (siglos XVI-XVII)* (Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1998), 580.

¹²⁰ Carta de Juan José de Austria a Felipe IV, s. l., 16 de julio de 1664, fols. 61v-64r, Mss. 2391, BNE.

¹²¹ «Yo que soy un afecto al Duque de Ossuna [...] he buscado y conseguido hallar los cargos que le hicieron en la visita de Castilla, y sus descargos, de que fue dado por libre [...]», s. l., s. f., fols. 1r-60v, Porcones 1327/4, BNE.

¹²² Los cargos presentados contra el duque de Osuna se encuentran transcritos en Sebastián Estébanez Calderón, *De la conquista y guerra de Portugal* (Madrid: Imprenta de A. Pérez Dubrull, 1885), 2:315-342.

¹²³ Rafael Valladares, *La rebelión de Portugal: Guerra, conflicto y poderes en la monarquía hispánica* (Junta de Castilla y León, 1998), 191, 207.

¹²⁴ Sicilia Cardona, *La Guerra de Portugal*, 379 ss. La batalla también es conocida como Montes Claros.

¹²⁵ Estébanez Calderón, *De la conquista y guerra*, 363.

¹²⁶ Cristina Hermosa Espeso, «El testamento de Felipe IV y la Junta de Gobierno de la minoría de edad de Carlos II: Apuntes para su interpretación», *Erasmio* 1 (2014): 102-120.

debía de seguirse al respecto.¹²⁷ En opinión del duque, la única forma de aplastar la rebelión era mediante la toma de Lisboa como hiciera el duque de Alba en 1580. Para ello, proponía un ataque coordinado consistente en una ofensiva terrestre por el valle del Tajo y otra marítima contra el puerto de Setúbal. Además, insistió en la necesidad de mejorar el número de recursos y hombres como ya hizo cuando estuvo sirviendo en el frente.¹²⁸ Aunque sus palabras fueron tenidas en cuenta por la cúpula militar, su propuesta quedó en papel mojado por la dificultad para llevarse a cabo. En cualquier caso, desde entonces fue frecuente verle en algunos encuentros informales que tenían lugar en palacio con varios ministros sobre materias de Estado,¹²⁹ lo que daba muestra de que su opinión era tenida en cuenta y que gozaba de cierto protagonismo en la vida política. De hecho, Juan José de Austria llegó a proponerlo, sin éxito, como miembro del Consejo de Estado, con su experiencia militar en el conflicto portugués como argumento.¹³⁰ A partir de entonces, comenzaba una nueva etapa para don Gaspar, lejos ya de la guerra de Portugal, que lo llevaría a convertirse en uno de los principales ministros del reinado de Carlos II.

Conclusiones

A lo largo del artículo se ha visto de qué manera el duque de Osuna colaboró en la guerra sirviendo personalmente y reclutando a su costa soldados en sus estados, lo que implicaba su armamento y traslado hasta el frente, llegando incluso a arriesgar su propia vida, pues no hay que olvidar que fue herido y estuvo a punto de perecer en varias ocasiones, especialmente durante el desarrollo de la batalla de Castelo Rodrigo. El entusiasmo de don Gaspar por servir en la contienda portuguesa fue inusual en la nobleza por la generalizada inacción bélica. Cuando el duque se ofreció en 1657, no parece que Felipe IV pusiera reparos en que acudiera a la guerra, ya que le interesaba que los grandes y títulos se ofrecieran a sabiendas de que arrastraban consigo una importante red clientelar que permitía nutrir al ejército real con oficiales y soldados.

La trayectoria de Osuna en la guerra tuvo sus luces y sus sombras. En los primeros compases recibió elogios por su buena acción dirigiendo la caballería, pese a su controvertida implicación en la derrota de Elvas. Ello permitió que más tarde pudiera aspirar a cargos de una mayor responsabilidad, llegando a convertirse en una de las piezas principales de la cúpula militar tras su nombramiento como capitán general de Castilla

¹²⁷ M.^a Patricia Rodríguez Rebollo, «El Consejo de Estado y la Guerra de Portugal (1660-1668)», *Investigaciones Históricas: Época Moderna y Contemporánea* 26 (2006): 115-136.

¹²⁸ Véase la carta transcrita en Estébanez Calderón, *De la conquista y guerra*, 379-391.

¹²⁹ Miguel Nieto Nuño, ed., *Diario del conde de Pötting, embajador del Sacro Imperio en Madrid (1664-1674)* (Escuela Diplomática, 1990), 1:182.

¹³⁰ Carta de Juan José de Austria a Mariana de Austria, Madrid, 21 de noviembre de 1668, fols. 76r-77v, Mss. 8393, BNE.

la Vieja. En su contra, empero, estuvo su carácter insistente y socarrón, que le costó algún que otro desencuentro con Madrid por sus habituales acciones autónomas, destacando la ofensiva sobre Castelo Rodrigo. Esta derrota, si bien no le impidió seguir formando parte de la dirección militar, le hizo perder la gracia real, que no consiguió recuperar hasta una vez muerto Felipe IV, gracias a los consejos que dio a Mariana de Austria en materia militar durante los años siguientes.

Los servicios de don Gaspar, ya fuese mediante el reclutamiento de levás o su presencia personal en el frente, supusieron un importante desembolso para las arcas de la Casa de Osuna. El gasto fue tan grande que en 1678 tuvo que declinar su contribución a un donativo porque, entre otras razones, estaba endeudado por sus años de servicio en la guerra de Portugal. La Corona, aunque tenía autoridad para ello, no podía exigirle por la fuerza un mayor esfuerzo del que ya estaba realizando, pues, de hacerlo, colapsaría la capacidad económica de una casa que, desde finales de la segunda mitad del siglo XVI, se encontraba en concurso de acreedores. Por ello, la Corona estaba forzada a negociar. Así se explica por qué Felipe IV atendió a la mayor parte de las demandas del duque. Por ejemplo, le concedió una facultad para enajenar cargos concejiles o le fue conmutado el servicio de lanzas. Además del gasto oneroso para las arcas señoriales, los servicios del duque afectaron a sus estados, cuya captación de recursos y hombres no hizo más que acelerar el retroceso económico y demográfico que venía arrastrándose desde las décadas precedentes. Por ello, con frecuencia las administraciones municipales tuvieron que negociar en todo momento con las autoridades reales para que se les conmutara el servicio o, en su defecto, se rebajara el nivel de exigencia.

El discurso historiográfico que subraya el desinterés de la nobleza por la carrera de las armas y su nula o discreta aportación militar a la Corona no se sostiene si, por ejemplo, se tiene en cuenta el caso del V duque de Osuna en la guerra de Portugal. Además, ni siquiera sería la última vez que sirvió con hombres, pues durante las décadas siguientes, coincidiendo con el reinado de Carlos II, se tiene certeza de que siguió contribuyendo con el reclutamiento de levás. La única diferencia con respecto a los primeros años de su titularidad es que don Gaspar no acudió a la guerra porque tenía otras responsabilidades políticas que se lo impedían (recuérdese los cargos políticos que ostentó en tiempos de Carlos II), lo que no le impidió para que siguiera cumpliendo con sus obligaciones de *auxilium*. Puede afirmarse, por tanto, que la trayectoria militar de don Gaspar en la guerra de Portugal fue, en líneas generales, positiva para los intereses de la Corona con su servicio personal y con su aportación de hombres y recursos durante los años que permaneció en el frente.

Agradecimientos

Quisiera expresar mi agradecimiento a Agustín Jiménez Moreno por su lectura del texto y sus comentarios. Confío en haber sabido aprovechar sus recomendaciones.

Declaración de divulgación

El autor no declara ningún conflicto de intereses potencial.

Fuerzas de guerra y movilización armada en la guerra entre unitarios y federales: Salta, 1828-1831

Warfare and Armed Mobilization in the Unitarian–Federalist Civil War: Salta, 1828–1831

Paul Richart Barboza

*Instituto de Investigaciones en Ciencias Sociales y Humanidades,
CONICET, Universidad Nacional de Salta*
richartbarboza89@gmail.com

Resumen: Este artículo examina la movilización y el papel de la División Auxiliar de Salta en la campaña de 1829, que tenía como objetivo combatir en Catamarca, La Rioja y Córdoba durante la guerra entre unitarios y federales (1828-1831) en la actual Argentina. Esta fuerza, integrada por más de mil combatientes, fue organizada para unirse al ejército unitario liderado por el general José María Paz en su enfrentamiento contra las tropas federales del general Facundo Quiroga. La movilización de esta división representó para el Estado provincial un esfuerzo considerable, no solo en términos económicos, sino también en un contexto en que se intentaba restaurar el orden político y social mediante la desmovilización de las milicias activas desde la guerra de la Independencia argentina.

Por ello, resulta relevante analizar esta campaña para comprender el desafío que enfrentaba el frágil Estado salteño al intentar movilizar y disciplinar a sus fuerzas en un marco político de alta conflictividad, protagonizado por milicias que, tras su participación en la independencia, habían consolidado derechos y beneficios. Ante la casi inexistente presencia de fuerzas de línea, fueron estas milicias —que continuaron reproduciendo estructuras del Antiguo Régimen basadas en principios tradicionales y corporativos, de carácter atomizado y

localistas— las que asumieron un papel preponderante como fuerzas de guerra de la provincia. Alrededor de ellas se estructuraron las unidades movilizadas para un conflicto fuera del territorio provincial. En este trabajo buscamos responder a los siguientes interrogantes: ¿Cómo se logró movilizar a tropas mayormente milicianas para una guerra que se libraría afuera de la provincia? ¿El Estado provincial estuvo a la altura de sostener económicamente la campaña militar? ¿Se logró alcanzar la disciplina durante la campaña? ¿Cómo respondieron los combatientes en este escenario de guerra? ¿Qué implicancias tuvieron estos factores para los proyectos políticos en disputa?

Para abordar estas cuestiones, el estudio analiza la estructura organizativa de la división, los métodos de reclutamiento, el armamento y los recursos destinados a pagos y provisiones. También se exploran la experiencia de los soldados y oficiales dentro de esta unidad militar y las manifestaciones de resistencia, como deserciones, motines y levantamientos. Finalmente, se examina cómo estos eventos afectaron la política provincial, en la disputa entre la facción unitaria y la federal.

Palabras clave: unitarios; federales; guerra; Salta.

Abstract: This article examines the mobilization and role of the Auxiliary Division of Salta in the 1829 campaign. This military force was deployed in Catamarca, La Rioja, and Córdoba during the Unitarian–Federalist Civil War (1828–1831) in what is now Argentina. Composed of more than one thousand combatants, it was assembled to join the Unitarian army led by General José María Paz in the confrontation with the Federalist troops commanded by General Facundo Quiroga. For the provincial state, mobilizing this division represented a considerable effort not only in economic terms but also in a political context marked by attempts to restore order through the demobilization of militias active since the War of Independence (1810–1818).

This study explores the challenges faced by the fragile Salta state in mobilizing and disciplining forces who were composed mainly of militiamen. Militias were leading actors thanks to the various rights and privileges they had consolidated after their participation in the War of Independence, and given the virtual absence of regular troops, they reproduced corporative principles and traditional and local structures inherited from the *ancien régime*. Thus, the Salta state organized the units mobilized for a conflict beyond provincial borders around these militias.

The article seeks to answer how the troops of predominantly militia-based forces were mobilized for a campaign outside the province, whether the provincial state was able to sustain the war effort economically, whether discipline was maintained during the campaign, how combatants responded under these circumstances, and what implications these factors had for the competing political projects. To address these questions, the article analyzes the division's organizational structure, recruitment methods, weaponry, and the resources allocated to pay and supplies. Then it explores the experiences of soldiers and officers, and manifestations of resistance such as desertions, mutinies, and uprisings. Finally, it examines the impact of these events on provincial politics and the confrontation between the Unitarian and Federalist factions.

Keywords: Unitarians; Federalists; war; Salta.

Para citar este artículo: Paul Richart BARBOZA: “Fuerzas de guerra y movilización armada en la guerra entre unitarios y federales: Salta, 1828-1831”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 14, N° 28 (2025), pp. 153-183.

Recibido 05/11/2024

Aceptado 04/05/2025

Fuerzas de guerra y movilización armada en la guerra entre unitarios y federales: Salta, 1828-1831

Paul Richart Barboza

*Instituto de Investigaciones en Ciencias Sociales y Humanidades, CONICET,
Universidad Nacional de Salta
richartbarboza89@gmail.com*

Introducción

Entre mayo y junio de 1829, más de mil hombres se movilizaron desde Salta hacia Catamarca con el objetivo de fortalecer la presencia unitaria en esa provincia y avanzar hacia Córdoba para unirse al ejército unitario. Estas fuerzas debían enfrentarse a los contingentes federales que se estaban reforzando en Los Llanos de La Rioja. Esta acción no solo consolidó a Salta como un bastión del unitarismo en el Norte, sino que también la obligó a afrontar el desafío de proveerse de los recursos necesarios para sostener la guerra y mantener el orden interno, en medio de la conflictividad política y social heredada de la guerra de Independencia. Este artículo pretende examinar esta movilización en el contexto de ese doble desafío que enfrentó la dirigencia salteña: reorganizar sus fuerzas militares sin provocar una rebelión interna y movilizar tropas armadas fuera de la provincia, manteniendo al mismo tiempo un control centralizado sobre ellas.

Nuestro análisis se sostiene en los aportes de la historiografía reciente sobre la guerra, que ha abordado diversas problemáticas en relación con ella en el siglo XIX, especialmente sobre las estructuras, el uso y el control de las fuerzas de guerra, así como la participación de la población en ellas. Estos estudios destacan el papel de los conflictos armados en la formación de los nuevos Estados republicanos y su impacto en las distintas dimensiones de la sociedad.¹

¹ Eduardo José Míguez, «Guerra y orden social en los orígenes de la nación argentina, 1810-1880», *Anuario IEHS: Instituto de Estudios Histórico-Sociales* 18 (2003): 17-38; Manuel Chust y Juan Marchena, coords., *Las armas de la Nación: Independencia y ciudadanía en Hispanoamérica (1750-1850)* (Iberoamericana Vervuert, 2008); Juan C. Garavaglia et al., eds., *Las fuerzas de guerra en la construcción del Estado: América Latina* (Prohistoria, 2012); y Alejandro Rabinovich, *La société guerrière: Pratiques, discours et valeurs militaires au Río de la Plata, 1806-1852* (Presses Universitaires de Rennes, 2013).

Durante el proceso de configuración de los Estados provinciales en el espacio rioplatense,² y a lo largo de gran parte del siglo XIX, el escenario estuvo marcado por una continuidad de guerras.³ Miguel Ángel Centeno, en su estudio sobre la conformación de los Estados latinoamericanos, argumenta que las guerras contribuyeron a consolidar los Estados sólo en lugares con una organización política previa; en otros casos, obstaculizaron la consolidación estatal.⁴ Estos enfrentamientos armados no sólo fueron una fuente continua de gastos para las provincias, sino que también acentuaron la fragmentación política.

Frente a este panorama, los Gobiernos utilizaron a las milicias como defensoras naturales del orden político.⁵ Sin embargo, estas fuerzas continuaron reproduciendo estructuras del Antiguo Régimen basadas en principios tradicionales y corporativos.⁶ Esta naturaleza atomizada dificultó su control y representó un desafío para los Gobiernos que intentaban disciplinarlas. En este escenario de militarización, los protagonistas, tanto de las fuerzas de línea como de las milicias, alcanzaron niveles significativos de politización.⁷ Las estructuras de las fuerzas de guerra se convirtieron en canales de expresión y demandas políticas, sociales y económicas.⁸

² Tras la finalización de las guerras de independencia en el espacio rioplatense se consolidaron unidades políticas soberanas a las que la historiografía denominó «Estados provinciales». Las mismas se sustentaron en nuevos órdenes institucionales que, en teoría, establecían un régimen de separación de poderes con derechos y garantías. Si bien las constituciones provinciales planteaban una división de poderes, sostenidas en el control del ejecutivo por el legislativo, la mayoría de los gobernadores ejercieron facultades extraordinarias que ampliaban notablemente su margen de poder. Véase José Carlos Chiaramonte, *Ciudades, provincias, estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)* (1997; rep. Emecé, 2007); Noemí Goldman y Ricardo Salvatore, *Caudillismos rioplatenses: Nuevas miradas a un viejo problema* (Eudeba, 1998); Marcela Ternavasio, *Historia de la Argentina, 1806-1852* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2009); y Alejandro Agüero, «Republicanismo, Antigua Constitución o gobernanza doméstica: El gobierno paternal durante la Santa Confederación Argentina (1830-1852)», *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*, 5 de octubre de 2018, <http://journals.openedition.org/nuevo-mundo/72795>.

³ Míguez, «Guerra y orden social».

⁴ Miguel Ángel Centeno, *Blood and debt: War and the nation-state in Latin America* (Pennsylvania University Press, 2002).

⁵ Flavia Macías, *Armas y política en la Argentina: Tucumán, siglo XIX* (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2014).

⁶ Chust y Marchena, *Las armas de la Nación*.

⁷ Tulio Halperin Donghi, *Revolución y guerra: Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla* (Buenos Aires: Siglo XXI, 1972).

⁸ Algunos estudios al respecto: Marisa Davio, *Morir por la Patria: Participación y militarización de los sectores populares en Tucumán, 1812-1854* (Prohistoria, 2018); Ariel de la Fuente, *Los hijos de Facundo: Caudillos y montoneros en la provincia de La Rioja durante el proceso de formación del Estado nacional argentino (1853-1870)* (Prometeo, 2007); Gabriel di Meglio, *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires entre la Revolución y el rosismo, 1810-1829* (Prometeo, 2006); Raúl Fradkin, *La historia de una montonera: Bandolerismo y caudillismo en Buenos Aires, 1826* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2006); Raúl Fradkin, «¿Y el pueblo dónde está? La dificultosa tarea de construir una historia popular de la revolución rioplatense», en *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*, ed. Raúl Fradkin (Prometeo, 2008), 9-26; Raúl Fradkin, «La conspiración de los sargentos: Tensiones políticas y sociales en la frontera de Buenos Aires y Santa Fe en 1816», en *Entre la Colonia y la República: Insurgencias, rebeliones y cultura política en América del Sur*, comp. Beatriz Bragoni y Sara Mata (Prometeo, 2009), 169-192; Macías,

Para el caso salteño, es necesario tomar como punto de partida las implicancias sociales y políticas de la guerra de Independencia. La provincia de Salta, situada en el norte de la actual Argentina, abarcaba en esa época parte de los territorios que hoy corresponden a las provincias de Salta y Jujuy. Durante este conflicto, la región se consolidó como un punto estratégico clave al ser un paso obligado tanto para el ejército revolucionario de Buenos Aires, en su avance hacia el Alto Perú, como para el ejército realista del Virreinato del Perú, en su intento por sofocar la revolución porteña. Esta función convirtió a la zona en un territorio de vanguardia, donde la movilización revolucionaria tuvo un impacto y una intensidad profundamente significativos.

Las investigaciones de Sara Mata dedican especial atención a la relación entre las movilizaciones milicianas y la problemática del acceso a la tierra.⁹ La autora observa que en estas primeras décadas surgieron liderazgos que canalizaron las movilizaciones dirigidas por distintos jefes locales de diversos orígenes sociales; entre ellos, destacó el gobernador Martín Miguel de Güemes,¹⁰ quien tuvo que negociar con estos líderes para mantener su autoridad durante la guerra.¹¹ En este contexto, las fuerzas milicianas tuvieron la capacidad de canalizar la obtención de nuevos derechos y demandas políticas y materiales. Entre estas, se incluyen la exención del pago de arriendos, la negativa a prestar servicios a los propietarios o el derecho de los esclavos a alcanzar la libertad. Todo esto se complementaba con el beneficio del fuero militar.¹²

La muerte de Güemes y la finalización de la guerra desestabilizaron la centralización previamente lograda, lo que debilitó la autoridad construida y permitió una mayor autonomía de las milicias provinciales. Los Gobiernos salteños en la etapa independiente enfrentaron serias dificultades para recuperar un control efectivo sobre estas fuerzas. Esta inestabilidad se hizo evidente en diversos levantamientos armados que culminaron con destituciones de gobernadores entre 1821 y 1834,¹³ a pesar de la

Armas y política en la Argentina; Sara Mata, *Los gauchos de Güemes: Guerras de Independencia y conflicto social* (Sudamericana, 2008); Sara Mata, «Milicias y montonera: Salta en las primeras décadas del siglo XIX», en *Hacer política: La participación popular en el siglo XIX rioplatense*, comp. Raúl Fradkin y Gabriel di Meglio (Prometeo, 2013), 71-92; Sara Mata, «Liderazgos militares y estrategias de poder: Salta 1814-1821», *Anuario del Instituto de Historia Argentina* 20, n.º 2 (2020): e121, doi: [10.24215/2314257Xe121](https://doi.org/10.24215/2314257Xe121); Alejandro Morea, *El ejército de la Revolución: Una historia del Ejército Auxiliar del Perú durante las guerras de independencia* (Prohistoria, 2021).

⁹ Mata, «Milicias y montonera».

¹⁰ Martín Miguel de Güemes (1785-1821) fue una figura clave en las guerras de Independencia. Participó en la defensa de Buenos Aires durante las invasiones inglesas y, tras la Revolución de Mayo, se incorporó a las campañas independentistas. Desde 1815 ejerció como gobernador de Salta, organizando a los escuadrones gauchos en la llamada «guerra de guerrillas» que logró frenar el avance realista desde el Alto Perú. Falleció el 17 de junio de 1821, tras ser herido por una partida realista.

¹¹ Mata, «Liderazgos militares y estrategias de poder».

¹² Mata, «Milicias y montonera».

¹³ Sara Mata, «La herencia de la guerra: Salta (Argentina) 1821-1831», *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*, 11 de julio de 2012, doi: [10.4000/nuevomundo.63221](https://doi.org/10.4000/nuevomundo.63221).

implementación de medidas de disciplinamiento y reorganización de las milicias para afrontar los problemas del fuero militar y el pago de arriendo.¹⁴

En este contexto, a fines de 1824, el Congreso de las Provincias Unidas del Río de la Plata comenzó sus sesiones con debates sobre el tratado con Gran Bretaña, la situación en la Banda Oriental y Brasil y, sobre todo, por la redacción de una Constitución. En el marco de la convención surgieron las divisiones entre unitarios y federales: los primeros buscaban una forma de gobierno de unidad y centralizado; los segundos, organizar una forma de gobierno que respetara las soberanías de las provincias.¹⁵

Entre 1825 y 1826 comenzaron los primeros enfrentamientos armados entre las provincias, que fueron consolidando posturas opuestas al unitarismo impulsado por el Congreso. Juan Bautista Bustos¹⁶ asumió la gobernación de Córdoba mediante una movilización militar. En Catamarca, el coronel José Manuel Figueroa Cáceres, apoyado por Facundo Quiroga,¹⁷ Bustos y Felipe Ibarra,¹⁸ derrocó al gobernador Manuel Gutiérrez, quien luego recuperó el poder con ayuda de Gregorio Aráoz de Lamadrid¹⁹ y ejecutó a Cáceres. Sin embargo, las fuerzas riojanas derrotaron a Gutiérrez y Lamadrid, avanzaron hasta San Juan y establecieron al coronel Manuel Quiroga Carril como gobernador. Esto consolidó una alianza entre San Juan, La Rioja, Córdoba y Santiago del Estero, todas opositoras al unitarismo, con Quiroga emergiendo como figura clave en el escenario político del Norte.²⁰

¹⁴ Con el Reglamento Provisional de 1821, el gobernador fue nombrado comandante en jefe de las fuerzas provinciales, aunque con la limitación de requerir aprobación de la Junta Legislativa para el reclutamiento. Carpeta [carp.] 338, Actas Capitulares, Archivo y Biblioteca Histórica de Salta [ABHS]. En 1824, el Reglamento de Milicias buscó reducir el número de milicianos y restringir las prerrogativas del fuero militar. Véase Mata, «Milicias y montonera»; y Gustavo Paz, «Reordenando la campaña: La restauración del orden en Salta y Jujuy, 1822-1825», en *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de La Plata*, ed. Raúl Fradkin (Prometeo, 2008), 209-222.

¹⁵ Ternavasio, *Historia de la Argentina*.

¹⁶ Juan Bautista Bustos (1779-1830) fue un líder federal que tuvo una destacada actuación durante las invasiones inglesas y en el Ejército Auxiliar del Perú durante las guerras de Independencia. En 1820 fue designado gobernador de Córdoba, cargo que ocupó hasta 1829, cuando fue derrocado por José María Paz.

¹⁷ Facundo Quiroga (1788-1835) fue uno de los principales líderes militares del federalismo. Participó en las campañas de Independencia integrando las milicias riojanas. En 1824 apoyó al Congreso reunido en Buenos Aires, pero al año siguiente se opuso al proyecto unitario de Bernardino Rivadavia. En 1826 y 1827 extendió su poder en el norte del Río de la Plata. Tras las derrotas en La Tablada (1829) y Oncativo (1830) retomó la ofensiva y obtuvo la victoria en la batalla de La Ciudadela (1831), que marcó el fin del conflicto armado. En 1835, tras ser enviado por el Gobierno de Buenos Aires como mediador entre Salta y Tucumán, fue asesinado en Barranca Yaco.

¹⁸ Felipe Ibarra (1790-1851) participó en las guerras de Independencia y en 1820 encabezó el movimiento que logró la autonomía de su provincia respecto de Tucumán. Fue designado gobernador, cargo que ejerció en varios períodos entre 1820 y 1851. Se alineó con el federalismo y mantuvo estrechos vínculos con otros líderes del interior como Facundo Quiroga y Juan Manuel de Rosas.

¹⁹ Gregorio Aráoz de Lamadrid (1795-1857) fue un militar y político tucumano. Inició su carrera en el Ejército Auxiliar del Perú. Tras la independencia, se alineó con el grupo unitario y participó en numerosas campañas contra los federales. Fue gobernador de Tucumán y brevemente de Córdoba.

²⁰ Para un abordaje general del tema, véase Alejandro Rabinovich, «Las guerras civiles rioplatenses: Violencia armada y configuraciones identitarias (1814-1852)», en *Guerras de la historia argentina*, comp. Federico Lorenz (Buenos Aires, Ariel, 2015), 137-158.

Al mismo tiempo, la guerra contra Brasil (1825-1828) acentuó los conflictos internos debido al impacto económico del bloqueo comercial y la resistencia de las provincias federales a contribuir al esfuerzo bélico impulsado por el Congreso. La renuncia de Bernardino Rivadavia a la presidencia, y la disolución del Congreso en 1827, fortalecieron los proyectos de defensa de las autonomías provinciales.²¹

Tras la finalización de la guerra contra Brasil en 1828, unidades militares lideradas por los generales Juan Lavalle²² y José María Paz²³ regresaron con el objetivo de enfrentar al federalismo, lo que inició la guerra en todo el espacio rioplatense. Lavalle destituyó y ejecutó al gobernador de Buenos Aires, Manuel Dorrego,²⁴ pero fue derrotado por las fuerzas de Juan Manuel de Rosas,²⁵ quien asumió la gobernación de la provincia a fines de 1829. Mientras tanto, en el interior, Paz consolidó el poder de las tropas unitarias al destituir a Juan Bautista Bustos en Córdoba y vencer a Facundo Quiroga.

Esto dio lugar a la formación de bloques militares: la Liga del Interior y la Liga Federal. La Liga del Interior, liderada por José María Paz, estaba compuesta por provincias como Córdoba, Tucumán y Salta; buscaba imponer un control militar sobre las provincias del norte y de Cuyo y convocar a un congreso para dictar una Constitución. La Liga Federal, integrada por Buenos Aires, Santa Fe, Corrientes y posteriormente Entre Ríos, unió fuerzas bajo el liderazgo de Rosas para combatir a Paz. Ambas ligas enfrentaron tensiones internas y resistencias locales, lo que complicó sus objetivos estratégicos. Aunque inicialmente el conflicto entre unitarios y federales se había centrado en cuestiones constitucionales, para entonces predominaban los alineamientos políticos y las disputas personales.²⁶

²¹ Gabriel di Meglio, «Guerra de ladrones: La Argentina contra Brasil (1825-1828)», en *Guerras de la historia argentina*, comp. Federico Lorenz (Buenos Aires, Ariel, 2015), 159-182.

²² Juan Lavalle (1797-1841) se destacó en el Ejército de los Andes y en la campaña al Alto Perú. También participó en la guerra contra Brasil. En 1828 lideró un golpe de Estado en Buenos Aires que derrocó y ejecutó al gobernador federal Manuel Dorrego. Se alineó con el unitarismo y encabezó la oposición a Juan Manuel de Rosas.

²³ José María Paz (1791-1854) integró el Ejército Auxiliar del Perú, participando activamente en las guerras por la Independencia. Más tarde tuvo un papel relevante en la campaña contra el Imperio del Brasil. Finalizado ese conflicto, se alineó con el bando unitario junto al general Juan Lavalle y asumió un papel de liderazgo militar en la Liga del Interior. En ese marco, condujo con éxito las fuerzas unitarias frente a los federales y obtuvo victorias clave en las batallas de La Tablada (1829) y Oncativo (1830). Fue designado gobernador de Córdoba en 1830, cargo que ocupó hasta 1831, cuando fue capturado y hecho prisionero.

²⁴ Manuel Dorrego (1787-1828) fue uno de los principales dirigentes federales. Participó en el Ejército Auxiliar del Perú en las guerras de Independencia, fue diputado en el Congreso de Tucumán y opositor al unitarismo. En 1820 y nuevamente en 1827 fue designado gobernador de Buenos Aires. En diciembre de 1828 fue derrocado y fusilado por orden de Juan Lavalle.

²⁵ Juan Manuel de Rosas (1793-1877) fue un militar, estanciero y político bonaerense, figura central del federalismo en el siglo XIX. Fue gobernador de Buenos Aires en 1829-1832 y 1835-1852. Durante su segundo gobierno ejerció el poder con facultades extraordinarias, concentrando también el manejo de las relaciones exteriores de la Confederación. Fue derrotado en la batalla de Caseros por Justo José de Urquiza y se exilió en Inglaterra, donde falleció en 1877.

²⁶ Ternavasio, *Historia de la Argentina*.

En este nuevo contexto de guerra y con la organización de una división unitaria, surge el interrogante de cómo esta situación impactaría en el orden político y social de la provincia salteña. El estudio de las fuerzas de guerra en esta campaña permite analizar cómo se movilizó a tropas mayoritariamente milicianas para un conflicto fuera de la provincia, evaluar el nivel de disciplina alcanzado y examinar la respuesta de los combatientes en este escenario bélico. Además, se realiza una exploración preliminar de las implicancias de estos factores en los conflictos políticos entre federales y unitarios. Para abordar este análisis, se utilizan fuentes primarias como reglamentos militares, partes oficiales, estados de fuerza y listas de revista, todas disponibles en el Archivo y Biblioteca Histórica de Salta (ABHS).

El artículo se organiza en cinco apartados principales. En el primero, se analiza la estructura y organización de la División Auxiliar salteña, con especial énfasis en el presupuesto inicial asignado por el Estado provincial, la cantidad de hombres movilizados —distinguiendo entre la tropa y la oficialidad— y los escuadrones que la conformaban. En el segundo apartado, se examina la composición social de los combatientes y las formas de reclutamiento empleadas. El tercer apartado se centra en los recursos proporcionados por el Gobierno y las dificultades derivadas de la insuficiencia de estos, como armamento, vestuario, alimentos y caballos. Finalmente, en los dos últimos apartados, se abordan las respuestas de los combatientes frente a la campaña militar, como las deserciones, motines, revueltas y rebeliones.



Mapa 1: La Liga Unitaria y el Pacto Federal, 1830

Fuente: <https://www.educ.ar/recursos/125215/mapas-de-la-argentina-de-temas-historicos>

La formación de la División Auxiliar de Salta

Durante la década de 1820, el Estado provincial de Salta, bajo los gobiernos de Juan Antonio Álvarez de Arenales (1824-1827) y los hermanos Gorriti (1822-1824 y 1827-1831),²⁷ consolidó una postura política favorable al unitarismo, participando activamente en el Congreso de 1824, con apoyo militar en el conflicto con el Brasil y respaldando la Constitución de 1826. Se explica esta alineación tanto por afinidades ideológicas como por necesidades estratégicas, caso de la búsqueda de respaldo institucional frente a la debilidad estructural del Gobierno provincial. La incapacidad para consolidar un control político y fiscal unificado sobre su territorio, sumada a la presión externa de Bolivia y los persistentes reclamos sobre la deuda pública, acentuaron la dependencia salteña de un poder central fuerte. En cambio, la facción federal fortaleció su posición a través de las milicias de La Frontera (al sur de la provincia) que, aunque carecían de recursos para imponerse al unitarismo a nivel provincial, lograron equilibrar la contienda política mediante alianzas interprovinciales con otros líderes federales.²⁸ Sin embargo, ir a la guerra representaba un desafío para la economía de la provincia, dado el impacto que tendría en sus finanzas. En ese momento, el comercio salteño apenas comenzaba a reanudar sus conexiones comerciales con las regiones andinas tras la Revolución, aunque con una menor intensidad.²⁹

A mediados de 1829 se formó la División Auxiliar de Salta, comandada por el general José Ignacio Gorriti. Tenía como objetivo asegurar el control del territorio de Catamarca y detener el avance desde La Rioja liderado por Quiroga, mientras se avanzaba hacia Córdoba para reforzar las fuerzas del general Paz. La campaña militar se extendió hasta fines de noviembre, momento en el cual la mayoría de los soldados fueron licenciados. Posteriormente, ante la imposibilidad de sostener económicamente a toda

²⁷ Los hermanos Gorriti, provenientes de una familia de propietarios con propiedades en Jujuy y en la frontera oriental de Salta, desempeñaron un papel destacado en la política provincial durante la década de 1820, aunque con trayectorias y alineamientos divergentes. José Ignacio alcanzó el grado de coronel en las guerras de Independencia y, tras dos levantamientos, accedió al gobierno, desde el que buscó equilibrar las disputas entre facciones. Juan Ignacio, canónigo y figura central en legislatura provincial y el Congreso de 1824, se opuso firmemente al liderazgo de Güemes y asumió la gobernación en 1829. Por su parte, Francisco, jefe miliciano con base de poder en la Frontera del Rosario y partidario de Güemes, lideró en los levantamientos de 1821 y de 1827 contra los gobernadores de esos años. En el conflicto entre unitarios y federales, los dos primeros tomaron partido por la unidad, mientras que Francisco lo hizo por el federalismo. Véase Marcelo Marchionni, *Política y sociedad en Salta y el norte argentino, 1780-1850* (CONICET; ICSOH; Universidad Nacional de Salta, 2019), 485.

²⁸ Marchionni, 485-489.

²⁹ Viviana Conti, «Circuitos mercantiles y medios de pago y estrategias en Salta y Jujuy (1820-1852)», en *La desintegración de la economía colonial: Comercio y moneda en el interior del país colonial (1800-1860)*, ed. María A. Irigoin y Roberto Schmit (Biblos, 2003), 113-134.

la división, se formó un cuerpo de 300 hombres con el fin de integrarse directamente a las líneas unitarias en Córdoba.³⁰

Durante el grueso de la campaña, las fuerzas salteñas permanecieron en Catamarca. Allí experimentaron avances y retrocesos en los límites con las provincias vecinas, particularmente en Los Llanos Riojanos, donde se estableció una zona de avanzada debido a la presencia de fuerzas federales. En esta zona se organizaron unidades conformadas por tropas salteñas, tucumanas y catamarqueñas, las cuales siguieron activas a pesar del licenciamiento ocurrido en noviembre de 1829. De esta forma, como parte del 2.º Regimiento de Lanceros, permanecieron operativas en el norte de Catamarca, donde enfrentaron incursiones federalistas. La persistencia de estas tropas en campaña puede explicarse por la amenaza constante de un posible avance de Quiroga desde Los Llanos Riojanos, lo que mantuvo activa la movilización en zonas fronterizas a pesar de la falta de recursos.³¹

El presupuesto inicial que se estableció fue de 16 583 pesos. Para financiar esta cantidad, la Junta autorizó un empréstito voluntario y forzoso de 20 000 pesos con garantía de pago del Gobierno de Buenos Aires y de la provincia.³² Gran parte del empréstito recayó en el sector de grandes comerciantes.³³

El conteo se realizó mediante la suma de los efectivos presentes en cada listado conservado, combinando los datos disponibles en distintos momentos de la campaña. Este procedimiento incluyó tanto la revisión individual de los nombres como la verificación cruzada con los estados generales de fuerza, los cuales presentan resúmenes mensuales del personal y los recursos organizados por regimiento. Sin embargo, es importante señalar que no se conservan listas de revista completas para todos los meses de la campaña ni para algunos escuadrones cuya presencia está documentada en comunicaciones oficiales. Esto impone límites significativos a la precisión cuantitativa, a lo que se suma que el primer estado de guerra disponible corresponde al momento en que la división ya se encontraba en Catamarca. Si bien contamos con cifras provenientes de conteos concretos y documentados, también recurrimos a datos estimativos extraídos de fuentes menos precisas, utilizadas para suplir las lagunas documentales. Reconocemos así el carácter tentativo de estas reconstrucciones, en especial al calcular tasas de desertión u otras variables derivadas.

³⁰ Comunicación de José Ignacio Gorriti al gobernador de Salta, Tapia, 8 de diciembre de 1829, carp. 4, caja 85, Fondo de Gobierno [FG], ABHS.

³¹ Comunicación de Javier López a Juan Ignacio Gorriti, Tucumán 15 de diciembre de 1829; y Comunicación de Gregorio Paz al gobernador de Tucumán, Copacabana, 15 de diciembre de 1829, diciembre de 1829, carp. 4, caja 85, FG, ABHS.

³² Sobre notas y actas de Elecciones de Diputados a la Provincia, 1828, carp. 3, caja 79, FG, ABHS.

³³ Comunicación del gobernador Juan Ignacio Gorriti al Tribunal Comercial, Salta, 15 de junio de 1829, junio de 1829, carp. 2, caja 83, FG, ABHS.

Tabla 1: Fuerzas de la provincia revistadas en Salta antes de partir a la campaña militar, junio de 1829

Unidades	Jefes y oficiales	Tropas	Total
Cuartel General-Plana Mayor	14	—	14
Escolta del General-Compañía de Caballería	3	7	10
Regimiento de gauchos de Jujuy	16	198	214
1.º Regimiento caballería o piquete de Chicoana y Cerro	13	115	128
Regimiento infantería expedicionaria	8	75	83
1.º Regimiento Lanceros Nacionales de Salta	3	57	60
Escuadrón de Guachipas	9	116	125
Regimiento del Rosario de Cerrillos	3	60	63
Piquete de la Quebrada del Toro	1	31	32
Piquete de Campo Santo	3	33	36
Piquete del departamento de la Caldera	4	51	55
Total	77	743	820

Fuente: Elaboración propia a partir de las listas de revistas entre el 1 y 20 de junio de 1829 en Salta, 1829, cajas 82-85, FG, ABHS

Tabla 2: Fuerzas de la provincia en el campamento de los Sauces (Catamarca), 28 de junio de 1829

Unidades	Jefes y oficiales	Tropas	Total
Cuartel General-Plana Mayor	14	—	14
Piquete de Infantería o Batallón de Infantería	8	78	86
1.º Regimiento de Lanceros Nacionales de Salta	24	308	332
2.º Regimiento de Lanceros Nacionales de Sata	22	244	266
Escolta del Cuartel General	3	50	53
Piquete de la Quebrada del Toro	2	29	31
Total	73	709	782

Fuente: Elaboración propia a partir del «Estado general que manifiesta la fuerza efectiva y disponible que tiene la División con expresión de sus oficiales y tropas, armamento y vestuario», en el Cuartel General en los Sauces, 28 de junio de 1829, junio de 1829, carp. 2, caja 83, FG, ABHS

El número de combatientes proporcionado por el Gobierno salteño refleja un notable compromiso con el proyecto político unitario. Podemos compararlo con algunos números de esa misma época. Durante la guerra contra Brasil en 1825, el Batallón de Cazadores de Salta contaba con 600 individuos.³⁴ Las fuerzas lideradas por el general Paz, que habían desplazado a Bustos, sumaban un total de 900 hombres. En lo que respecta a la batalla de La Tablada en 1829, estas fuerzas habían aumentado en número, aunque aún eran aproximadamente la mitad de las de Quiroga, que ascendían a 5000 hombres.³⁵ Algunos historiadores mencionan que, en la batalla de Oncativo en 1830, la fuerza de Quiroga estaba compuesta aproximadamente por 3000 hombres y su contingente tendría alrededor de 2500.³⁶ Es decir, más de mil hombres era una cantidad significativa, especialmente considerando que la movilización era para actuar fuera de la provincia.

Por otra parte, en la tabla 1 observamos que son unidades que están identificadas dentro de un distrito rural. Estas unidades están compuestas por reclutas que comparten una misma área de residencia, lo que corresponde a fuerzas milicianas locales. Al examinar la tabla 3, que detalla las listas de revista en el campamento Coneta, en Catamarca, se evidencia la existencia de dos regimientos de lanceros nacionales a finales de julio. Estos regimientos sumaban cinco escuadrones con sus respectivas compañías, así como un batallón de granaderos unitarios, que contaba con dos compañías.

Tabla 3: Fuerzas de guerra de la provincia de Salta según los listados de revista del 22 y 24 de julio de 1829 en el campamento Coneta (Catamarca)

Unidades	Jefes y oficiales	Tropas
Cuartel General-Plana Mayor	12	—
Escolta del General en Jefe	3	56
1.º Regimiento de Lanceros Nacionales de Salta	26	231
2.º Regimiento de Lanceros Nacionales de Salta	26	293
Batallón de Granaderos Unitarios	15	163
Total	82	743
Total de las fuerzas efectivas	825	

Fuente: Elaboración propia a partir de las Listas de revistas, 1829, cajas 82-85, FG, ABHS

³⁴ Alejandro Rabinovich, «El fenómeno de la desertión en las guerras de la revolución e independencia del Río de la Plata, 1810-1829», *EIAL: Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* 22 (2011): 33-56.

³⁵ Ternavasio, *Historia de la Argentina*, 167.

³⁶ Armando Raúl Bazán, *Historia del Noroeste Argentino* (Plus Ultra, 1995), 288.

En un análisis más exhaustivo, con base en los nombres de los oficiales y la tropa a partir de los listados de revistas, es posible deducir la siguiente reestructuración de fuerzas. El 1.º Regimiento de Lanceros Nacionales estuvo compuesto por el regimiento de caballería o piquete de Chicoana, el piquete de la Quebrada del Toro, el escuadrón de Guachipas, el escuadrón o piquete de Rosario de los Cerrillos y la fuerza compuesta por colombianos.³⁷ Por su parte, el 2.º Regimiento de Lanceros Nacionales estuvo formado por los escuadrones de Jujuy, los escuadrones de San Carlos y Cachi, el piquete de Campo Santo y el piquete de La Caldera. En cuanto al Batallón de Granaderos Unitarios, sus efectivos procedían del regimiento de infantería, si bien se le asignaron soldados de otros regimientos, como se evidencia en los registros de revista.

De acuerdo con esto, se llevó a cabo un proceso de reestructuración de las fuerzas, que en su mayoría originalmente tenían una organización de tipo miliciano. Por lo tanto, las fuerzas de guerras intermitentes se convirtieron en permanentes.³⁸ El objetivo de esta reestructuración puede corresponderse a la búsqueda de una mayor profesionalización y centralización que caracterizan a las fuerzas de línea. Además, el acto de renombrar las unidades militares en consonancia con el proyecto político unitario tenía como propósito la construcción de una identidad política compartida entre la tropa y la oficialidad (de manera similar a la utilización sistemática del término «Ejército Nacional» durante la guerra contra Brasil).³⁹ Esta identidad política trascendía la entidad provincial, buscando así fomentar una cohesión más amplia en torno a los ideales y objetivos del proyecto político unitario.

Este elemento es central para entender que se buscaba construir lealtades e identidades a nivel suprarregional, al mismo tiempo que formar fuerzas disciplinadas. Sin embargo, seguían perviviendo formas organizativas que mantenían un enfoque local y fragmentario.⁴⁰ Esto se traducirá en resistencias concretas en las milicias locales para transformarse en unidades de línea, así como para movilizarse por fuera de sus territorios. Estas tensiones que surgían entre la estructura militar y la autonomía local estaban estrechamente relacionadas y contribuían así a una dinámica compleja y contradictoria en el proceso de consolidación del Estado provincial, entendida como el resultado de tensiones no resueltas entre proyectos de centralización y autonomías locales persistentes.

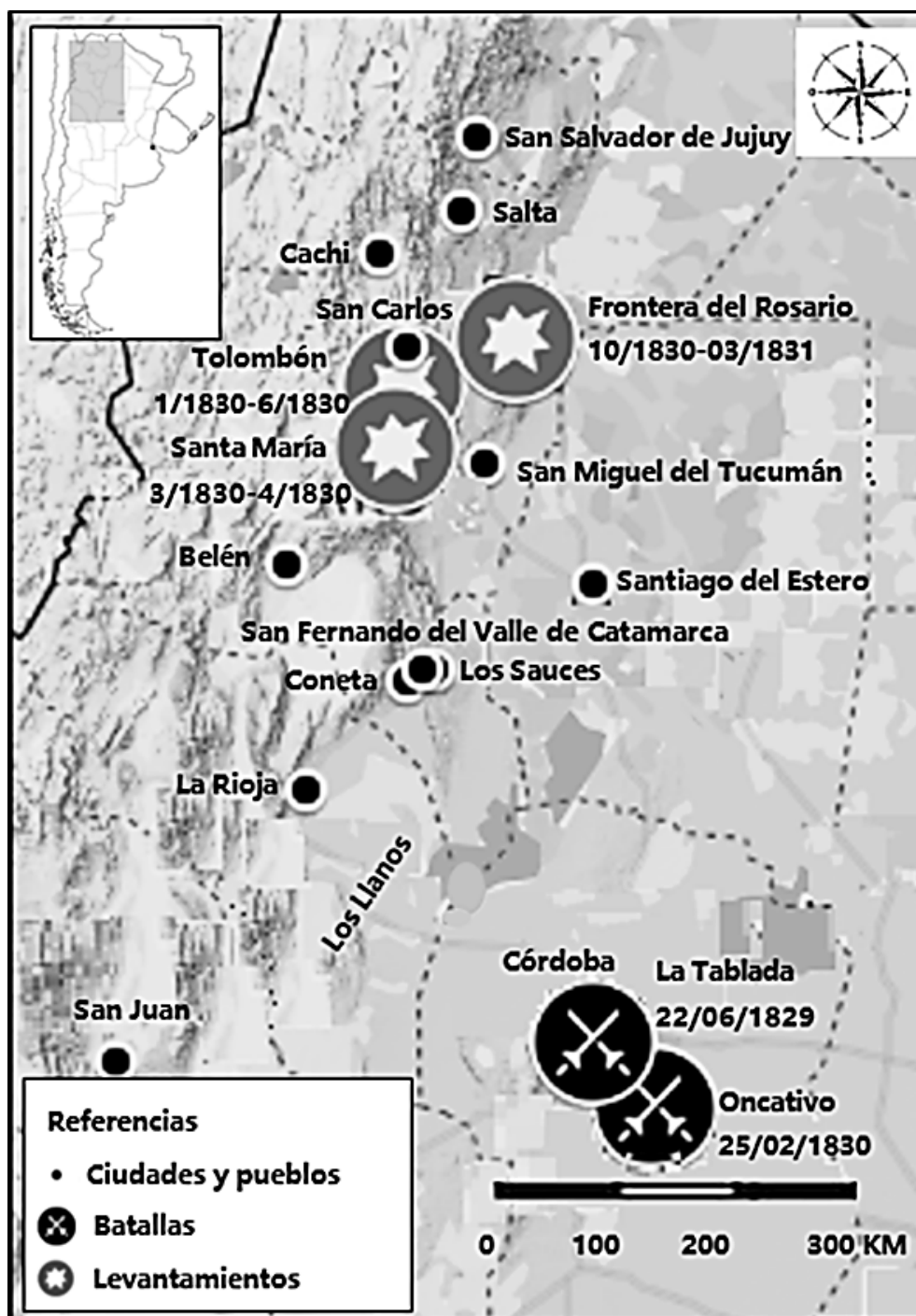
³⁷ Hacemos referencia a las fuerzas colombianas al mando de López Matute, que en 1826 desertaron del ejército de Sucre, y que el gobernador Arenales albergó en la provincia. Véase Mata, «La herencia de la guerra».

³⁸ Sobre los conceptos de «movilización permanente» y «movilización intermitente», véase Alejandro Rabinovich: «La militarización del Río de La Plata, 1810-1820: Elementos cuantitativos y conceptuales para un análisis», *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani* 3, n.º 37 (2012): 17-18.

³⁹ Di Meglio, «Guerra de ladrones».

⁴⁰ Esta idea sobre las tendencias en la forma de hacer la guerra es deudora de los planteos de Raúl Fradkin, «Guerra y sociedad en el litoral rioplatense en la primera mitad del siglo XIX», en *Las fuerzas de guerra en la construcción del Estado: América Latina*, ed. Juan C. Garavaglia et al. (Prohistoria, 2012), 319-356.

Mapa 2: Espacio de actuación de la División Auxiliar de Salta y levantamientos militares, 1829-1830



Fuente: Elaboración propia

Composición social y reclutamiento de la División Auxiliar de Salta

Durante las guerras de la primera mitad del siglo XIX, el reclutamiento militar se realizaba a través de la compulsión, mediante levass masivas y reclutamiento forzoso, y el alistamiento voluntario, que ofrecía incentivos materiales, recompensas económicas o motivaciones políticas.⁴¹ Estos métodos no eran excluyentes, sino que se combinaban, buscando equilibrar consenso y coacción debido a la falta de un poder político y militar fuerte.

Tal como se evidenció, la estructura de la División Auxiliar de Salta se constituyó principalmente a partir de unidades milicianas de origen local, es decir, integrantes de la población rural. Estos individuos estaban mayormente compuestos por personas vinculadas a actividades rurales, como agregados, arrendatarios, peones y propietarios de pequeñas y medianas extensiones de tierra.⁴² En primer lugar, el reclutamiento se encontraba establecido y delegado en los comandantes departamentales. El Gobierno emitía comunicaciones a cada comandante, solicitándole el número de reclutas que debía proveer para la campaña militar. En los testimonios de éstos se advierte que se encontraron con serias dificultades al tratar de alcanzar las cifras solicitadas. Por ejemplo, Luis Díaz, comandante de Cachi, decía:

[...] siendo este un país que no tiene más ingreso, ni otra cosa de que subsistir que de la labranza, se tuviese esto en consideración p.a [para] disminuir en lo posible el número de la fuerza pedida por ser este el preciso t.po [tiempo] de sembrar y el valle en estas circunstancias no dejara de extrañar la falta de doscientos hombres.⁴³

⁴¹ Ricardo Salvatore, «Reclutamiento militar, disciplina y proletarianización en la era de Rosas», en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani* 3, n.º 5 (1992): 25-47; Juan Carlos Garavaglia, «Ejército y milicia: Los campesinos bonaerenses y el peso de las exigencias militares, 1810-1860», *Anuario IEHS: Instituto de Estudios Histórico-Sociales* 18 (2003): 153-187; Alejandro Rabinovich, *Ser soldado en las guerras de Independencia* (Edhasa, 2013), 29-46; y Davio, *Morir por la Patria*.

⁴² Esta caracterización se basa en los estudios de Sara Mata sobre la estructura social y agraria de Salta en el período tardocolonial y las primeras décadas del siglo XIX, que muestran la presencia dominante de estos sectores en el ámbito rural, del cual se nutrieron las milicias locales. Aunque no contamos con registros detallados de la procedencia de cada combatiente de 1829, la continuidad de la estructura económica y social de la región permite inferir que estos sectores siguieron constituyendo la base principal de los cuerpos milicianos. Esta relación también se evidencia en la disposición gubernamental de no cobrar arriendos a los hombres movilizados, lo que sugiere su procedencia rural y su vínculo con la tierra en calidad de trabajadores o pequeños propietarios. Mata, «Milicias y montonera».

⁴³ Comunicación del comandante Luis Díaz al gobernador Juan Ignacio Gorriti, Cachi, 31 de mayo de 1829, mayo de 1829, carp. 4A, caja 82, FG, ABHS.

De la misma manera, el teniente gobernador de Jujuy informaba que los gauchos se resistían a abandonar a sus familias sin recursos, lo que había llevado a que muchos se escondieran o huyeran.⁴⁴

No se hallaron testimonios de reclutamientos forzados ni de la clasificación de personas como «vagos» o «mal entretenidos». Esto no significa que no se estableciera un reclutamiento forzoso. En cambio, se puede atribuir a la estructura miliciana de la provincia, regida por el Reglamento de Milicias de 1824, que limitaba el reclutamiento a hombres nacidos y residentes en la jurisdicción y prohibía entonces el cambio de residencia sin permiso del comandante. Además, quienes no poseían tierras debían tener una papeleta de conchabo.⁴⁵ Así, el reclutamiento y la formación de unidades de línea pueden haberse cimentado en estructuras milicianas que se basaban en un fuerte control de la movilidad de los individuos en el entorno rural.⁴⁶

Desde el Gobierno se promulgó la suspensión del pago de arriendo por el tiempo que durara la campaña. Asimismo, se dispuso que las tierras previamente cultivadas por aquellos individuos que se unieron a la marcha serían cosechadas por los milicianos que permanecieron en la zona.⁴⁷ Además, el Estado provincial asumió el compromiso de un pago de sueldo regular durante la campaña militar, una parte del cual sería entregado a las familias de los milicianos. En el contexto de la época, se observa que el sueldo de las tropas era relativamente elevado en comparación con otras actividades laborales.⁴⁸ Desde el presupuesto inicial se estableció destinar 7055 pesos para cubrir el pago de un tercio de sueldo de los jefes, los oficiales y la tropa.⁴⁹ Se infiere que esto sirvió como el enganche; sin embargo, hubo casos de soldados que reclamaban que no recibieron tal compensación.

La guerra también ofreció a ciertos oficiales veteranos la oportunidad de consolidar sus carreras militares, acceder a mayor respetabilidad social, obtener una paga significativa y ganar influencia en la política provincial e interprovincial. Un ejemplo es el de Pedro Alejandrino Zenteno. Según su testimonio, participó en las guerras de independencia,⁵⁰ y al comienzo de la campaña de 1829 ocupaba el rango militar de

⁴⁴ Comunicación del teniente gobernador de Jujuy al gobernador Juan Ignacio Gorriti, Jujuy, 23 de mayo de 1829, mayo de 1829, carp. 4A, caja 82, FG, ABHS.

⁴⁵ Paz, «Reordenando la campaña».

⁴⁶ Esto difiere significativamente de la situación en la campaña bonaerense. Véase Salvatore, «Reclutamiento militar, disciplina y proletarización»; Garavaglia, «Ejército y milicia».

⁴⁷ Comunicación Juan Ignacio Gorriti a José Ignacio Gorriti, Salta, 2 de junio de 1829, junio de 1829, carp. 4, caja 83, FG, ABHS.

⁴⁸ Por ejemplo, documentos del período muestran que un peón en las haciendas ganaba cinco pesos al mes, junto con su ración alimentaria. Comunicación de José Antonio Fermín Cornejo al gobernador José Ignacio Gorriti, 9 de octubre de 1823, febrero de 1823, carp. 2, caja 49, FG, ABHS.

⁴⁹ Presupuesto para los gastos de la División de Salta, junio de 1829, carp. 2, caja 83, FG, ABHS.

⁵⁰ Comunicación de Pedro Alejandrino Zenteno a Juan Ignacio Gorriti, San Carlos, 1 de junio de 1829, junio de 1829, carp. 4, caja 83, FG, ABHS.

sargento mayor.⁵¹ A medida que avanzaba la campaña, ascendió al rango de teniente coronel⁵² y también consolidó su posición como comandante en el departamento de San Carlos, con influencia en departamentos como Santa María, en Catamarca.⁵³

Tabla 4: Sueldos mensuales de la División Auxiliar de Salta

Grado militar	Sueldo mensual (en pesos)
Teniente coronel	160
Capitán	80
Ayudante mayor	55
Teniente	40
Abanderado	36
Alférez primero	35
Sargento primero	16
Cabo	11
Soldado	10

Fuente: Elaboración propia a partir de los ajustes de cuentas llevados a cabo por el comisario de guerra: mayo de 1829, carp. 4A, caja 82, FG, ABHS; Gastos de guerra, 1829, carp. 1, caja 83, FG, Gastos de Guerra, ABHS

Por último, como establecía el Reglamento de Milicias de 1824, la fuerza movilizada gozaba del fuero militar en causas criminales, lo que en determinados contextos podía representar un beneficio al evitar la jurisdicción civil.⁵⁴ En el caso analizado, el juzgamiento de la tropa y la oficialidad quedó en manos de la justicia castrense, que intervino en casos de robo, desertión y motín, aplicando sanciones que no fueron particularmente

⁵¹ Comunicación de Zenteno al gobernador Juan Ignacio Gorriti, San Carlos, 26 de enero de 1829, enero de 1829, carp. 3, caja 80, FG, ABHS.

⁵² Listas de revistas en 1829, cajas 82-85, FG, ABHS.

⁵³ Zenteno comandaba a las fuerzas milicianas de San Carlos que tuvieron su punto de operaciones en Santa María. Esto le permitió entablar alianzas con jefes y vecinos locales. Agosto de 1829, carp. 3, caja 84, FG, ABHS; abril de 1830, carp. 2, caja 88, FG, ABHS.

⁵⁴ Durante el gobierno de Güemes, el fuero militar se utilizó como herramienta central para sostener la movilización popular, extendiéndose ampliamente a las milicias gauchas como incentivo político y social, incluso en tiempos de paz. A partir de 1824, con el Reglamento miliciano, se comenzó a limitar su alcance, las milicias regulares conservaron el fuero en causas civiles y criminales, mientras que las gauchas solo lo mantendrían durante el servicio activo. Posteriormente, se abolió la justicia militar en causas civiles para todos los milicianos, conservándose únicamente para asuntos criminales, evitando así una ruptura con los mandos militares. Ver Mata, «Liderazgos militares y estrategias de poder»; y Gustavo Paz, «Reordenando la campaña».

severas, aunque tampoco indulgentes. Ante denuncias de robo por parte de un escuadrón, se resolvió con el traslado del oficial al mando a otra unidad;⁵⁵ en situaciones de desertión —mayoritariamente protagonizadas por soldados—, la pena consistió en golpes de palos, procurando no causar lesiones graves para reincorporarlos al servicio;⁵⁶ y frente a un motín liderado por oficiales,⁵⁷ se reconoció la legitimidad del reclamo de los subordinados frente a los abusos de su superior.⁵⁸ Por lo tanto, el fuero castrense operó principalmente como un mecanismo de corrección antes que de castigo punitivo. Ofrecía a la tropa ciertos beneficios, como eludir penas más graves, aunque evidenciaba desigualdades respecto del trato hacia la oficialidad, que solía recibir sanciones más leves. Así, su aplicación variaba según la posición jerárquica, funcionando como protección para algunos y como herramienta disciplinaria para otros.

La historiografía sugiere que, en estas situaciones, los reclutas establecían un «pacto» con el poder político para ingresar a la disciplina y la jerarquía militares a cambio de obtener ciertos derechos.⁵⁹ En el caso estudiado, esta relación era de los milicianos con el Estado provincial y el proyecto de la «Unión». De esta forma, tanto oficiales como la tropa obtenían un salario, indumentaria, ración alimentaria, así como otras prerrogativas que incluían el fuero militar, la posibilidad de ascensos y el beneficio de la suspensión del pago de arriendo. Sin embargo, las deserciones tempranas revelan que dicho «pacto» era frágil y que muchos movilizados no internalizaron plenamente ese compromiso. Por lo tanto, puede suponerse que, en algunos casos, el reclutamiento recurrió en la práctica más a mecanismos coercitivos que al consenso, lo que puede limitar la idea de un pacto voluntariamente aceptado por todos.

Armamentos y provisiones para la campaña de 1829

La movilización de tal contingente armado representó una carga fiscal importante para la provincia, específicamente en cuanto al aprovisionamiento de la división. El suministro de armamento planteó un problema en los momentos previos y durante el desarrollo de la campaña. Los registros revelan que inicialmente hubo una dificultad significativa

⁵⁵ El 14 de agosto de 1829, el comandante del escuadrón de San Carlos, Pedro Alejandrino Zenteno, fue investigado por presuntas violaciones a la propiedad de vecinos en Santa María, entre una de ellas la apropiación de veintitrés caballos de Pío Cisneros. A pesar de que los oficiales a su cargo declararon que la confiscación de los caballos se encontraba justificada por la filiación federalista de Cisneros, Zenteno fue trasladado al Cuartel General. Comunicación de Pedro Zenteno a José Ignacio Gorriti, Campamento en el Fuerte, 17 de agosto de 1829, agosto de 1829, carp. 2, caja 84, FG, ABHS.

⁵⁶ Expediente llevado a cabo por los jefes de la División Auxiliar de Salta para juzgar a ocho desertores, Catamarca, 30 de agosto de 1829, agosto de 1829, carp. 3, caja 84, FG, ABHS.

⁵⁷ Exposiciones que hacen los oficiales del mando del teniente Fermín Aguirre para no recibir por jefe al coronel Gregorio Paz, abril de 1830, carp. 2, caja 88, FG, ABHS.

⁵⁸ En este apartado no profundizaremos en los ejemplos, ya que serán abordados con mayor detalle en secciones posteriores del texto.

⁵⁹ Para profundizar en esta idea de un «pacto» entre los combatientes y el Estado, véase Fradkin, «La conspiración de los sargentos»; Rabinovich, *Ser soldado*, 29-34; y Davio, *Morir por la patria*, 105-142.

para reunir una cantidad suficiente de armas de fuego.⁶⁰ Durante la marcha, los documentos que detallan los estados generales de la división indican que, tanto a fines de junio como a principios de agosto, la proporción de armas de fuego (tercerolas y fusiles) en relación con el número de combatientes era de aproximadamente una por cada dos personas.⁶¹ Por ello, la mayor parte de las fuerzas salteñas se organizó en regimientos de lanceros. Sumado a la destreza de las milicias salteñas en habilidades ecuestres y de combate, la lanza se convirtió en el arma preponderante para este tipo de lucha.⁶² Mientras, los fusiles fueron asignados al contingente de infantería, que fueron dotados con sus respectivas bayonetas. En contraste, la tercerola —debido a su diseño más compacto, su facilidad de empleo durante la movilidad a caballo y su adecuación para distancias cortas en el enfrentamiento montado— se convirtió en una elección más eficaz en el contexto de la caballería y en un recurso suplementario al arma principal.

No contamos con ningún registro del Gobierno salteño por una compra importante de nuevos armamentos de fuego, sino solo de reconocimientos oficiales para el reparo de los ya existentes en la provincia.⁶³ Es por eso que se implementó un estricto control sobre las armas disponibles, y se daba una especial importancia a recuperar aquellas que los desertores se llevaban consigo al huir. Ante la falta de recursos, se adoptaron otros mecanismos que cargaron su peso sobre la economía de las comunidades locales y las propias tropas desplegadas. Por ejemplo, frente a la escasez de caballos, fueron los propios gauchos quienes en muchos casos proporcionaron estos animales para la guerra.⁶⁴ En el presupuesto presentado por el Gobierno se estimaba un gasto de 4000 pesos con el fin de comprar 800 caballos a 5 pesos cada uno. La obtención de una cantidad significativa de estos ejemplares presentó desafíos debido a la resistencia de los habitantes locales a venderlos por el precio estipulado por el Gobierno, pues su costo oscilaba entre 8 y 10 pesos.⁶⁵ Además, generalmente la transacción consistía en el pago de

⁶⁰ Informe del ayudante Manuel José Borges sobre la situación del armamento, Salta, 2 de mayo de 1829, mayo de 1829, carp. 4B, caja 82, FG, ABHS.

⁶¹ Estado General de la División Auxiliar de Salta, Catamarca, 6 de agosto de 1829, agosto de 1829, carp. 3, caja 84, FG, ABHS.

⁶² Rabinovich destaca que, al finalizar la guerra de la Independencia, ocurrió una transición en el uso de armas: se pasó de fusiles a bayonetas y de carabinas a sables y lanzas, marcando una preferencia por la caballería sobre la infantería. Esta evolución alcanzó su punto culminante en el conflicto con Brasil, donde los lanceros se consolidaron como la unidad táctica dominante. Véase Alejandro Rabinovich, «El cuerpo, las armas y el combate: Hacia una antropología histórica de la guerra», *Diferencias: Revista de Teoría Social Contemporánea* 1, n.º 6 (2018): 86-110.

⁶³ Planilla que manifiesta el importe de las piezas que se han trabajado y compuestos por orden del gobernador de Salta y q[ue] presenta el maestro director de armería, Salta, 18 de agosto de 1829, carp. 1, caja 83, Gastos de Guerra, FG, ABHS.

⁶⁴ Planilla que manifiesta el importe de las piezas.

⁶⁵ Comunicación de Luis Díaz a Juan Ignacio Gorriti, Cachi, 26 de mayo de 1829, mayo de 1829, carp. 4A, caja 82, FG, ABHS.

un adelanto y se prometía abonar lo restante al finalizar la campaña, lo que generaba una deuda del Estado provincial.⁶⁶

Sin embargo, durante la campaña el problema persistió; según los partes militares, se requería contar con el doble de caballos que disponía la división.⁶⁷ Los informes del general Gorriti dirigidos al gobernador, a fines de julio, indicaban que los caballos se encontraban en un estado casi moribundo.⁶⁸ Frente a ello, algunos oficiales optaron por conseguir ellos mismos esos recursos. En algunos casos, y como fue común en otras experiencias rioplatenses,⁶⁹ las mismas fuerzas establecieron una guerra de recursos.⁷⁰ No solo hubo apropiación de ganado del enemigo, sino también la directa requisa a los pobladores locales catamarqueños. Se emitieron instrucciones para obtener ganado de las propiedades rurales a cambio de un contrato de pago garantizado por la «Nación», pero no se precisaba cómo se efectuarían los pagos, ya que no existía una garantía de una entidad nacional. De esta manera, en muchos casos se trataba de una confiscación directa.⁷¹

Por otra parte, encontramos numerosos testimonios que describen la dura experiencia de los combatientes durante la campaña. Estas dificultades repercutían en cuestiones elementales como la vestimenta y los alimentos. Un testimonio de ello lo brinda el teniente coronel Zenteno:

La desnudes es intolerable en esta región tan dura y asiendo fatigas dobles y en cueros vivo sin tener que comer ni tener a quien pedir sin facultad de poder contratar por las cosas más precisas que la divisa p[rimera] mia sea el orden no tocar lo ajeno y estar falto p un todo conosera esto amigo aunque fueran todos ellos santos, digo a que hai [sic] días q[ue] mi gente no tiene q[ue] comer y se anochecen sin probar un bocado de alimentos ando yo por otra parte cuidando de la subordinacion y q[ue] no falten a sus obligaciones.⁷²

⁶⁶ Informe de la colecturía de las listas remitidas por la Tenencia de Jujuy de los auxilios para la expedición, Jujuy, 9 de septiembre de 1829, mayo de 1829, carp. 4A, caja 82, FG, ABHS.

⁶⁷ José Ignacio Gorriti a Juan Ignacio Gorriti, Cuartel General en Catamarca, 20 de julio de 1829, julio de 1829, carp. 5, caja 83, FG, ABHS.

⁶⁸ José Ignacio Gorriti a Juan Ignacio Gorriti, Cuartel General en Catamarca, 31 julio de 1829, carp. 5, caja 83, FG, ABHS.

⁶⁹ Raúl Fradkin y Silvia Ratto, «Presiones estatales y respuestas sociales: la experiencia del Ejército de Observación sobre Santa Fe, 1815-1820», en *Rebeldes con causa: Conflicto y movilización popular en la Argentina del siglo XIX*, comp. Daniel Santilli et al. (Prometeo, 2014), 81-120.

⁷⁰ Comunicación de Felipe Figueroa a Manuel Córdova, Catamarca, 23 de junio de 1829, junio de 1829, carp. 2, caja 83, FG, ABHS.

⁷¹ Directrices de José Ignacio Gorriti a Pedro Zenteno, Cuartel General en Coneta, 28 julio de 1829, julio de 1829, carp. 5, caja 83, FG, ABHS.

⁷² Comunicación de Pedro Alejandrino Zenteno a Pedro Buitrago, junio de 1829, carp. 2, caja 83, FG, ABHS.

La falta de financiamiento para la vestimenta y el frío del invierno ocasionaron considerables bajas producto de las enfermedades.⁷³ Se repetía constantemente en las comunicaciones entre los jefes y el Gobierno la situación de escasez de uniformes para la tropa, así como de alimentos y otros suministros como tabaco, azúcar y yerba. Desde un principio, el Gobierno salteño no pudo proveer los uniformes para toda la división y solo logró hacerlo para 600 hombres.⁷⁴ Según los informes, a fines de junio había aproximadamente 400 ponchos para casi 800 combatientes.⁷⁵ Un testimonio que ilustra esto es del capitán del 2.º Regimiento de Lanceros, Ángel Solís, quien justificaba su solicitud de licencia no solo por razones personales, sino también por encontrarse sin la ropa adecuada:

Mi venida Ex. Sr. ha sido compelida por dos razones, la primera por mi total desnudez q[ue] no la puedo remediar con los efectos del decreto precitado [...] la segunda por atender a mi madre viuda y con hijas menores y desvalido a quienes con mi oficio las auxiliaba.⁷⁶

Este testimonio también revela la precaria situación económica en que se encontraban algunos combatientes y sus familias durante y al finalizar la campaña militar. Si bien disponían de un sueldo, el cual debía socorrer a las familias, comprobamos que existió una irregularidad en los pagos. De 49 casos de solicitudes de pago de sueldo y socorros a las familias desde agosto de 1829 hasta fines de 1830,⁷⁷ 20 fueron presentadas por mujeres, de las cuales 18 eran las esposas de los soldados. En la mayoría de los casos, los pagos no se efectuaron de forma mensual, sino que se les adelantaba una cantidad mínima de manera muy irregular.

Las deserciones

Las deserciones, tal como han sido analizadas por la historiografía, se consideran un acto de resistencia y una forma de manifestar una postura con respecto a las obligaciones militares. Esta acción se interpretó como una consecuencia del incumplimiento del «pacto» que debía regir la obediencia, incluso reconocido por las normativas vigentes.⁷⁸

⁷³ Comunicación de José Ignacio Gorriti a Juan Ignacio Gorriti, Catamarca, 4 de octubre de 1829, octubre 1829, carp. 1, caja 85, FG, ABHS.

⁷⁴ Comunicación de José Ignacio Gorriti a Juan Ignacio Gorriti.

⁷⁵ Estado General de la División de Salta, Los Sauces, 22 de junio de 1829, junio 1829, carp. 2, caja 83, FG, ABHS.

⁷⁶ Solicitud por el pago de sueldo del capitán del 2.º Regimiento de Lanceros, Ángel Solís, en Salta, 17 de febrero de 1830, mayo de 1829, carp. 4A, caja 82, FG, ABHS.

⁷⁷ Solicitudes por el pago de sueldos.

⁷⁸ Fradkin, «La conspiración de los sargentos»; Rabinovich, «El fenómeno de la deserción»; Davio, *Morir por la Patria*; y Ricardo Salvatore, *Paisanos itinerantes: Orden estatal y experiencia subalterna en Buenos Aires durante la era de Rosas* (Prometeo, 2018), 361-434.

La falta de registros documentales completos dificulta tener una idea precisa del número total de desertores durante toda la campaña militar. Sin embargo, los números que marcan una continuidad temporal más completa son los registros que se encuentran especificados en las tablas 5 y 6, las cuales muestran la cantidad de desertores desde junio hasta el 13 de agosto, y en algunos casos los días de la acción.

Tabla 5: Cantidad de desertores de la División de Salta desde el 1 de junio al 22 de julio

Unidades	Desertores
Escolta del general en jefe	2
1.º Regimiento de Lanceros	57
2.º Regimiento de Lanceros	20
Batallón de Granaderos Unitarios	14
Total	93

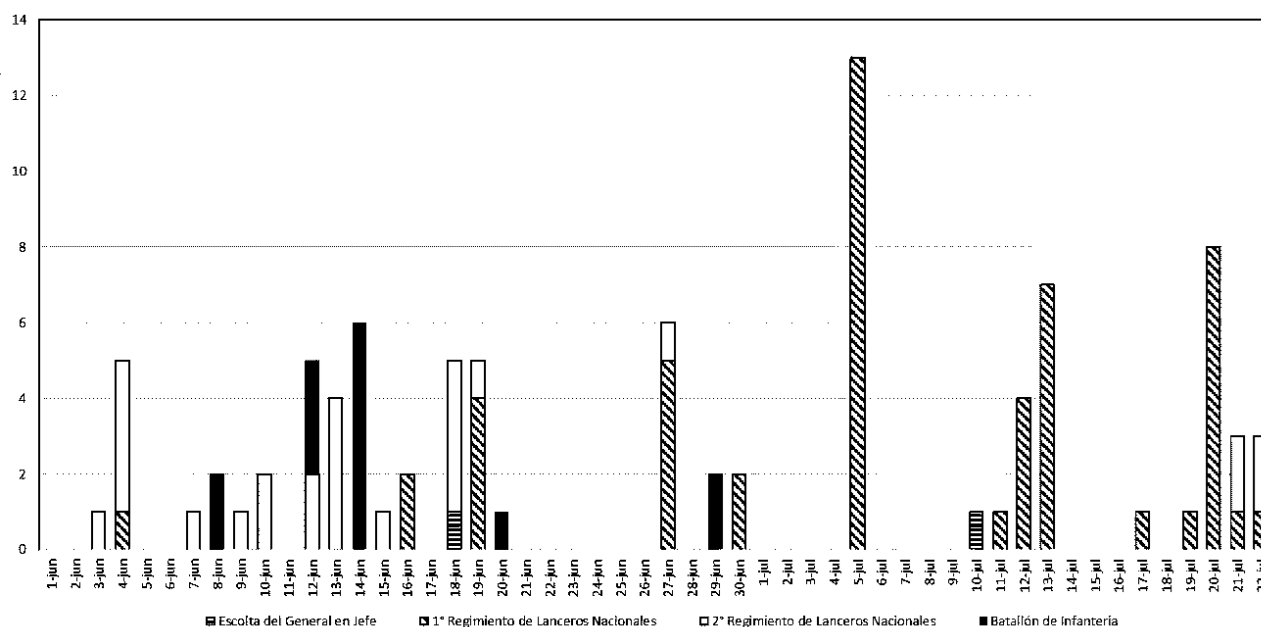
Fuente: Elaboración a partir de las listas de revistas del 22 y 24 de julio de 1829 en el campamento Coneta (Catamarca), 1829, cajas 82-85, FG, ABHS

Tabla 6: Cantidad de desertores de la División de Salta desde el 23 de julio al 13 de agosto

Unidades	Desertores
Escolta del general en jefe	4
1.º Regimiento de Lanceros	16
2.º Regimiento de Lanceros	35
Batallón de Granaderos Unitarios	16
Total	71

Fuente: Elaboración a partir de los listados de miembros de la fuerza de la División de Salta que desertaron del 23 de julio al 13 de agosto de 1830, agosto de 1829, carp. 3, caja 84, FG, ABHS

Gráfico 1: Número de desertores de la División de Salta desde el 1 de junio al 22 de julio



Fuente: Elaboración a partir de las listas de revistas del 23 de julio de 1829, 1829, cajas 82-85, FG, ABHS

Según estos registros, el número de desertores entre esas fechas fue de 164 hombres. Si anteriormente habíamos establecido un número aproximado de más de 1000 hombres que componían las fuerzas de Salta, podemos calcular que el porcentaje de desertores durante esos 2 meses y 13 días fue del 16,4 %. Este porcentaje es revelador y refleja la magnitud de las deserciones que ocurrieron durante inicios de la campaña, cuando todavía no se había presenciado ningún enfrentamiento importante.

El gráfico 1 proporciona información sobre el fenómeno de la deserción durante un período de aproximadamente dos meses. En primer lugar, revela dos aspectos fundamentales: los momentos en que se produjeron los picos de deserción y la forma en que se llevaron a cabo estas deserciones. En cuanto al primero, se observa que sigue un patrón similar a otros casos de la época: las deserciones tienden a ocurrir cerca de áreas pobladas, al comienzo de la marcha o después de una etapa de marcha.⁷⁹ Es importante recordar que gran parte de las tropas no abandonaron la provincia hasta el 15 de junio, y fue recién a fines de ese mes cuando establecieron campamento en Los Sauces, en Catamarca. Como se puede apreciar en el gráfico, muchas de las primeras deserciones ocurrieron antes de partir y el 2.º Regimiento de Lanceros experimentó el número más alto. Este regimiento estaba compuesto en su mayoría por escuadrones de Jujuy, lo que

⁷⁹ Rabinovich, «El fenómeno de la deserción».

significa que, después de unos días de marcha y alejamiento de sus lugares de origen, muchos soldados desertaron cuando llegaron a la ciudad de Salta.

Por otro lado, una vez establecidos en tierras catamarqueñas, cerca de la ciudad, se observa un aumento en las deserciones en los primeros días de hacer campamento, seguido de un período de relativa calma. Sin embargo, a medida que pasaban los días, se producía un nuevo pico el 5 de julio, seguido nuevamente por un patrón de aumento, calma y aumento. Además, se observa que, en la mayoría de los casos, las deserciones se realizaban de manera colectiva en lugar de individual. Aunque la mayoría de los desertores registrados eran soldados, también había cabos y sargentos entre ellos, aunque en menor número.

A medida que avanzaba la campaña, los informes militares reflejaron un aumento en el problema de la deserción. El 27 de agosto, el gobernador de Catamarca comunicó al general Gorriti su preocupación por este fenómeno y anunció medidas para bloquear las salidas hacia Tucumán y Salta con el fin de capturar a los desertores.⁸⁰ La alta tasa de deserciones afectó negativamente la efectividad y la moral de las tropas, lo que preocupaba a Gorriti, quien advirtió que, si la deserción seguía en aumento, podría llevar a la ruina total de la fuerza militar, a pesar de los esfuerzos de vigilancia de los jefes de unidad.⁸¹ El avance del invierno, la falta de vestimenta y víveres, la irregularidad del pago de los sueldos, sumado a los resquemores de la disciplina militar, motivaron el aumento de la deserción.

Los estudios sobre este fenómeno han sostenido generalmente que los desertores atravesaron diferentes recorridos en su fuga. Sin embargo, solo una exigua fracción eran apresados, por lo que la deserción generaba preocupación a las autoridades debido a su impacto en el orden social.⁸² En este caso, las autoridades emitían constantes instrucciones a los comandantes departamentales para mantener una vigilancia en los caminos y en la captura de los fugitivos. Por esto, muchos eran capturados en sus residencias en la provincia. Las penas para estos casos variaban y dependían de las circunstancias de la guerra; por ejemplo, encontramos que, lejos de apresarlos, se los reincorporaba a las tropas para no seguir perdiendo hombres, pero con cien golpes de palo como castigo.⁸³ En otros casos se los enviaba a algún punto de la provincia para realizar trabajos en obras públicas.⁸⁴

La deserción podía también marcar el inicio de un período de crímenes y desencadenar revueltas, motines o insurrecciones militares. Varias comunicaciones militares

⁸⁰ Comunicación de Marcos Gonzales a José Ignacio Gorriti, Catamarca, 27 de agosto de 1829, agosto de 1829, carp. 3, caja 84, FG, ABHS.

⁸¹ Comunicación de Marcos Gonzales a José Ignacio Gorriti, 27 de agosto de 1829.

⁸² Rabinovich, *Ser soldado*, 136-147.

⁸³ Expediente llevado a cabo por los jefes de la División Auxiliar de Salta para juzgar a ocho desertores, Catamarca, 30 de agosto de 1829, agosto 1829, carp. 3, caja 84, FG, ABHS.

⁸⁴ Expediente llevado a cabo a los soldados del cuerpo de infantería José Domingo Alvarado y Mariano López, enero de 1831, carp. 8A, caja 94, FG, ABHS.

señalaban casos en que los desertores se llevaban las armas consigo. Este problema fue creciendo a fines de 1829 y se acrecentó en 1830, cuando comenzaron a aparecer grupos de hombres armados circulando por el sur de la provincia.⁸⁵

Motines, revueltas y rebeliones

Tras la derrota de las fuerzas de Facundo Quiroga frente a las lideradas por José María Paz en la batalla de la Tablada los días 22 y 23 de junio de 1829, el riojano Quiroga se trasladó a su provincia y comenzó a rearmar un ejército desde Los Llanos para la batalla de Oncativo, que se libró el 25 de febrero de 1830. Por otra parte, la ocupación militar impuesta por las fuerzas unitarias en las provincias aumentaba las tensiones con las facciones federales locales, lo que a su vez repercutía en el crecimiento de las tensiones políticas en los territorios del interior. Este escenario fue propicio para que grupos armados circularan por estas vastas regiones, desafiando el orden impuesto por las fuerzas unitarias y desempeñando un papel crucial en su debilitamiento.⁸⁶ En este panorama, la impopularidad de la guerra aumentó producto de la presión derivada de la militarización en la población, en un momento en que se tenía planeada otra campaña militar, siendo que todavía no se había logrado cubrir las deudas de la campaña anterior.⁸⁷

En este contexto se produjo un motín en Santa María, a comienzos de 1830. El motín, encabezado por oficiales y acompañado por la tropa, se realizó en contra del nuevo nombramiento del coronel Gregorio Paz como comandante de la División del Poniente. Esta división había sido organizada por el Gobierno de Catamarca a mediados de 1829 y agrupaba a varios regimientos catamarqueños y tucumanos al mando del coronel Paz, con base en Andalgalá y operaciones hacia Tinogasta, La Rioja y los Valles Calchaquíes.⁸⁸ En ese momento, se articuló con los escuadrones de San Carlos de la División de Salta, y su actuación en zonas de alta conflictividad, como Los Llanos Riojanos, la colocaban en el centro de la guerra. No se cuenta con registros que informen del momento en que el coronel Paz dejó de comandar la división, pero la pronta decisión de que volviera al mando enfrentó una importante resistencia. Las acusaciones de maltrato de Paz a subordinados y civiles, así como su cuestionada idoneidad, alimentaron un

⁸⁵ Comunicación de Juan Plaza a Juan Ignacio Gorriti, San Carlos, 11 de diciembre de 1829, diciembre de 1829, carp. 4, caja 85, FG, ABHS.

⁸⁶ Pronunciamiento de las autoridades de La Rioja, 5 de junio de 1830, sobre las acciones de Facundo Quiroga y Benito Villafañe, junio de 1830, carp. 2, FG, ABHS.

⁸⁷ Comunicación de Pedro Alejandrino Zenteno a Juan Ignacio Gorriti, San Carlos, 15 de febrero de 1830, febrero de 1830, carp. 2, caja 87, FG, ABHS.

⁸⁸ Comunicación de Marcos José Gonzales a José Ignacio Gorriti, Catamarca, 9 de agosto de 1829, agosto de 1829, carp. 3, caja 84, FG, ABHS.

profundo rechazo entre la oficialidad, que justificaban las frecuentes deserciones y tensiones internas por esos motivos.⁸⁹

Este episodio revela el agotamiento ante la guerra y la ruptura del acuerdo que sustentaba la obediencia. Es por ello que sus principales voceros no veían el acto como una insubordinación, sino como una acción legítima al derecho a la protesta.⁹⁰ Esto, por ejemplo, fue destacado por Fermín Aguirre en una comunicación directa con Gregorio Paz, donde señaló que los oficiales tenían el derecho de expresar sus objeciones ante la designación de un líder.

[...] estando reunidos no le querían por motivos justos que expondrían a su Ex. el Señor General del Ejército Unido, y gobernador de la provincia sin que por esto entiendan las autoridades fuese un principio de insubordinación a ellas, pues se creen tener un derecho para reclamar y ser oídos con lo que los mande retirar y que tratasen de imponer a la tropa un perpetuo silencio sobre esto, y ellos de consiguiente [...].⁹¹

Los oficiales que encabezaron el motín se atribuían la representación de la tropa, lo que indicaba que no estaban socavando por completo las estructuras jerárquicas, pero sí estaban cuestionando parte de ellas. El motín no fue percibido por sus protagonistas como una ruptura del orden militar, sino como una forma legítima de expresar un desacuerdo dentro de los márgenes que ellos consideraban aceptables. Este tipo de acción puede leerse en clave de protesta, en la medida en que no impugna al orden estatal en su conjunto, sino a un tipo específico de liderazgo percibido como ilegítimo. Finalmente, el coronel terminó separado del mando y sustituido, aunque se resistió a cumplir las órdenes y huyó con una pequeña fuerza.⁹²

Este hecho, sin embargo, no se compara con los dos movimientos armados que impactaron aún más en la estabilidad política y social del Gobierno unitario salteño. A continuación, se abordarán brevemente estos levantamientos, sin profundizar en ellos, ya que su análisis requeriría un espacio que excede el propósito de este trabajo.

A fines de enero de 1830, los informes militares de Santa María revelaron un levantamiento liderado por tropas que se habían movilizado desde San Carlos hacia Tolombón y Santa María. Este movimiento estaba compuesto por desertores y milicianos

⁸⁹ Exposiciones que hacen los oficiales del mando del teniente Fermín Aguirre para no recibir por jefe al coronel Gregorio Paz, abril de 1830, carp. 2, caja 88, FG, ABHS.

⁹⁰ El término es utilizado por Salvatore para el espacio bonaerense señalando que las guarniciones militares lejos de ser lugares de disciplinamiento se convirtieron en sitios de negociación y protestas. Véase Salvatore, *Paisanos itinerantes*, 325.

⁹¹ Comunicación de Fermín Aguirre a Gregorio Paz, Santa María, 12 de marzo de 1830, abril de 1830, carp. 2, caja 88, FG, ABHS.

⁹² Exposiciones que hacen los oficiales del mando del Teniente Fermín Aguirre para no recibir por jefe al Coronel Gregorio Paz, abril de 1830, carp. 2, caja 88, FG, ABHS.

locales del Valle Calchaquí, dirigidos por un capitán que había integrado el ejército unitario y un sargento. La fuerza, que creció hasta alcanzar los doscientos hombres, fue catalogada como una montonera. Aunque el levantamiento fue casi desmantelado en abril y finalmente derrotado por completo en junio del mismo año, lo notable fue la revelación de las conexiones de los rebeldes con fuerzas federales de La Rioja y el respaldo de un influyente hacendado local, Fernando Aramburu.⁹³

La lectura de este episodio muestra una organización armada compleja compuesta por hombres del Valle Calchaquí, que abarcaba el reclutamiento por las provincias de Salta, Tucumán y Catamarca. Contrariamente a la percepción de ser un grupo sin estructura, estaba profundamente organizado, con una jerarquía que se derivaba de experiencias en organizaciones militares y milicianas. Por ejemplo, el movimiento buscó mantener rangos internos asignando los cargos a líderes con experiencias militares previas y, en algunos casos, fueron nombrados por la misma tropa.⁹⁴

Las razones para unirse variaron desde motivaciones materiales inmediatas (dinero, ropa, animales) hasta las duras condiciones impuestas por la guerra (falta de pago, abusos, hambruna), que pudieron llevar a los rebeldes a buscar en otros proyectos políticos una vía para alcanzar sus intereses sociales y políticos. Los testimonios dan cuenta de la existencia de una planificación para articularse con focos federales en Belén y en La Rioja, vinculados a Facundo Quiroga. El hecho de que estas acciones se produjeran mientras Quiroga organizaba sus tropas para invadir nuevamente Córdoba sugiere que, para muchos combatientes, el federalismo pudo haber representado una alternativa viable para lograr sus aspiraciones. En este contexto, no resultan sorprendentes las acusaciones dirigidas contra el gobernador federal de Santiago del Estero, Felipe Ibarra, de proteger y alentar la desertión de fuerzas unitarias hacia fines de 1829.⁹⁵

Por último, evidenciamos un segundo levantamiento unos meses después y en el mismo año, pero ahora en la Frontera del Rosario, liderado por Pablo de la Torre. En esta zona se había consolidado una fuerte oposición federal. El movimiento rebelde creció rápidamente con ambiciones de sumar personas de los departamentos vecinos.⁹⁶ Según la documentación, el número llegaba a trescientos hombres. La exigencia de los rebeldes consistía en que se nombrase a De la Torre como comandante general de La Frontera.⁹⁷ Tras algunas derrotas a fines de 1830, las tropas rebeldes se dispersaron. De la Torre se trasladó con casi cien hombres para unirse a las tropas santiagueñas de Ibarra, las cuales terminaron combinándose con las de Santa Fe, lideradas por Estanislao

⁹³ Enero de 1830, carp. 3, caja 86, FG, ABHS; Causa criminal contra Don Fernando Aramburu por causas políticas, febrero de 1830, carp. 2, caja 87, FG, ABHS; agosto de 1830, carp. 1, caja 90, FG, ABHS.

⁹⁴ Agosto de 1830, carp. 1, caja 90, FG, ABHS.

⁹⁵ Correspondencia de Paz a Ibarra (1811-1830), citado por Ana Inés Ferreyra, *Un intento de organización desde el interior del país: José María Paz en Córdoba, 1829-1831* (Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos S. A. Segreti, 2005), 166.

⁹⁶ Informes y notas del gobierno, f. 180-182, octubre 1830, carp. 4, caja 90, FG, ABHS.

⁹⁷ Informes y notas del gobierno, f. 214-215.

López. A fines de 1831 regresaron con el ejército de Quiroga a Salta, destituyeron al gobernador y De la Torre fue nombrado en el cargo.

Reflexiones finales

En marzo de 1831, las fuerzas de Quiroga, con el apoyo de los gobernadores Rosas y López, lograron consolidar su dominio sobre las provincias cuyanas y Córdoba al capturar al general Paz. Aunque las tropas unitarias continuaron resistiendo bajo el liderazgo de Lamadrid, la guerra entre unitarios y federales, iniciada en 1828, concluyó con la victoria de Quiroga en la batalla de la Ciudadela, en Tucumán, el 4 de noviembre de 1831. Como resultado, el gobernador de Salta, Rudecindo Alvarado, presentó su renuncia. Salta fue sometida a una indemnización que incluyó pagos monetarios, recursos como ganado y caballos, y beneficios comerciales otorgados a provincias aliadas como Santiago del Estero y Catamarca. Paralelamente, se designó como gobernador al federal Pablo de la Torre. En tanto, los líderes unitarios más prominentes, como los hermanos Gorriti, Facundo Zuviría, Teodoro Sánchez de Bustamante y Gregorio Aráoz de Lamadrid, emigraron a Bolivia.⁹⁸ Este contexto marcó un cambio radical en el panorama político de la provincia, con la consolidación del federalismo tras casi una década de dominio unitario. Mientras Quiroga reafirmaba su control sobre el Norte, López y Rosas consolidaron su poder en el Litoral y Córdoba.

El conflicto dejó al descubierto las debilidades estructurales del Estado y del Gobierno unitario salteño. A pesar de movilizar más de mil hombres para la campaña de 1829 —una cifra notable, aunque lejana a los seis mil combatientes que había comandado Güemes durante la guerra de Independencia—, la guerra fuera del territorio provincial representó un desafío de gran importancia. Las dificultades económicas, sociales y políticas heredadas de la etapa revolucionaria se agudizaron por las deudas acumuladas y el lento restablecimiento del comercio, que pusieron en evidencia la fragilidad de un Estado provincial incipiente. La falta de recursos afectó a la provisión de alimentos, uniformes, caballos y salarios para las tropas, lo que generó descontento y tensiones significativas entre los soldados y las comunidades locales. Este contexto de precariedad no solo complicó la organización militar, sino que también propició desertiones, insubordinaciones y motines que socavaron el proyecto político unitario. Los milicianos, reclutados mediante estructuras de poder local, se resistían a abandonar sus residencias y privilegios que mantenían por los acuerdos tradicionales que definían sus objetivos defensivos. Esto dificultó la centralización del mando y el control efectivo sobre las tropas.

Las conclusiones de este trabajo coinciden con Miguel Ángel Centeno sobre los efectos ambivalentes de la guerra en los procesos de estatalidad: allí donde no existía

⁹⁸ Marchionni, *Política y sociedad en Salta y el norte argentino*.

una estructura estatal previa suficientemente consolidada, los conflictos armados tendieron a obstaculizar, más que a promover, su desarrollo. La guerra, lejos de contribuir a la consolidación del Estado provincial, interrumpió y debilitó los esfuerzos de centralización y estabilización institucional que la dirigencia salteña venía desarrollando. Las tensiones internas, el peso creciente de las Fuerzas Armadas en la dinámica política y la dificultad de ejercer un control efectivo sobre el territorio terminaron fragmentando aún más el poder provincial.

Esta fragmentación también se explica por la persistencia de prácticas del Antiguo Régimen en el funcionamiento de las milicias. En ellas, más allá de los intentos de centralización y profesionalización, seguían predominando lógicas tradicionales como la elección de líderes por parte de la tropa, la afirmación de derechos corporativos —como la negativa a combatir fuera del propio territorio— y la concepción del servicio como un contrato de obligaciones recíprocas.

La campaña de 1829 y sus secuelas evidenciaron cómo la falta de apoyo estatal en términos económicos y logísticos afectó directamente a la disciplina militar. Los malos tratos, los castigos injustificados y los abusos colocaban a los oficiales y soldados en una posición en la que se veían obligados a considerar sus deberes y derechos como defensores de la «República», la «Unión» o la «Nación». En este contexto, la desertión, la insubordinación y los amotinamientos no deben entenderse únicamente como manifestaciones de indisciplina en el seno del cuerpo militar, sino como formas de resistencia de algunos combatientes frente al incumplimiento de la dirigencia política provincial, junto al proyecto político de unidad que respaldaban. Incumplido el pacto establecido, que incluía el pago de salarios, el respeto de los plazos de servicio o la provisión de uniformes y raciones, entre otros aspectos, dejaba abierto a respuestas de acción para concretar otro tipo de alianzas. Sin embargo, las desertiones tempranas muestran también que ese pacto con el Estado no era sólido, por lo que se puede pensar que el reclutamiento recurrió también a mecanismos coercitivos.

La presión de la militarización condujo a una notable inestabilidad durante este período, que aumentó en 1830, cuando hombres armados disconformes se convirtieron en partidas sueltas de ladrones y, en otros casos, se unieron a las fuerzas enemigas. Por otra parte, este descontento por el reclutamiento para una movilización permanente fue aprovechada por líderes federales como Pablo de la Torre. Por ejemplo, a fines de 1830 se lo acusaba de difundir el rumor de que los reclutas serían vendidos al general Paz, fomentando así la desertión.⁹⁹

Los levantamientos milicianos de 1830 y 1831 deben entenderse como una respuesta a las presiones derivadas de la movilización para la guerra y el impacto económico que ocasionó. La impopularidad de la guerra, sumada al problema del pago de

⁹⁹ Expediente judicial sobre Alejandro Gallardo, 27 noviembre de 1830, f. 27, enero de 1830, carp. 3, caja 86, FG, ABHS.

arriendos, como ha señalado Sara Mata,¹⁰⁰ constituyeron factores clave en el triunfo del federalismo en Salta. Aunque las alianzas interprovinciales fueron decisivas, el desgaste social y económico generado por la guerra abrió un espacio para que el federalismo salteño equilibrara las disputas políticas en su favor. En este sentido, se confirma que la politización de las fuerzas de guerra fue un fenómeno central en la dinámica política provincial de la época. Ante la creciente militarización del escenario, las milicias se transformaron en canales de expresión de demandas políticas, económicas y sociales, de manera que profundizaron procesos de movilización y politización de los sectores armados subalternos, en una clave que —aunque con particularidades locales— refuerza las interpretaciones planteadas por la historiografía sobre los sectores populares.

Es fundamental continuar profundizando en el estudio de la actuación de las milicias durante los levantamientos de 1830 y 1831, a fin de analizar con mayor detenimiento las motivaciones que subyacían en las dinámicas de poder y las interacciones entre los diversos grupos en disputa. Al mismo tiempo, resulta evidente que el federalismo no estuvo exento de desafíos, especialmente en lo que respecta a disciplinar a las milicias y centralizar el poder en un contexto transformado por el Pacto Federal de 1831 y la consolidación de la hegemonía de Rosas en la Confederación Argentina. Este panorama abre interrogantes sobre las estrategias empleadas por los líderes federales para manejar las tensiones internas y limitar la autonomía de las milicias, en su esfuerzo por construir una unidad estatal capaz de articular un mando cohesionado. La tarea de constituir una fuerza militar disciplinada y profesionalizada resultaba esencial en un contexto histórico definido por la persistencia de la guerra, en el que la capacidad para responder a las demandas defensivas y políticas representaba un factor determinante para la estabilidad y el control del territorio provincial.

Declaración de divulgación

El autor no declara ningún conflicto de intereses potencial.

Financiación

El autor no ha recibido apoyo financiero para la investigación, la autoría o la publicación de este artículo.

¹⁰⁰ Mata, «Milicias y montonera».

¿Una «milicia anémica»? El «Gran Somatén Español» durante la dictadura de Primo de Rivera

**An “Anemic Militia”?
The “Great Spanish Somatén” during
Primo de Rivera’s Dictatorship**

Carlos Navajas Zubeldia
Universidad de La Rioja
carlos.navajas@unirioja.es

Guillermo María Muñoz
Universidad Complutense de Madrid
gumaria@ucm.es

Resumen: El presente artículo realiza una aproximación general al Somatén, la milicia establecida por Primo de Rivera durante su dictadura. Mediante la consulta tanto de la bibliografía pertinente como de la documentación hallada en diversos archivos, se ha tratado de realizar una evaluación y valoración global del Somatén durante los años dictatoriales. Para ello se estudia desde su composición y expansión por el territorio nacional hasta su organización interna y cómo fue variando, pasando por el análisis de su actividad paramilitar y política. También se ha tratado de observar el verdadero impacto que tuvo la milicia, cómo fue acogido por la sociedad española y los conflictos que generó su labor parapolicial. Frente a lo que otros autores han sostenido, aquí se argumenta que el Somatén tuvo una mayor relevancia dentro del régimen. Si bien su implantación por todo el territorio nacional no estuvo exenta de problemas y contratiempos, el Somatén no fue ni mucho menos una milicia «anémica», vacía y sin apenas actividad. A pesar de sus dificultades y de muchos de sus fracasos, la milicia primorriverista logró

algunos éxitos y desarrolló una actuación dentro del régimen que merece la pena ser estudiada en detalle, especialmente en lo referido a su labor nacionalizadora y de movilización de los apoyos del régimen. Paradójicamente, el principal lastre que siempre arrastró el Somatén a lo largo de la dictadura fue el encorsetamiento al que el Ejército lo sometió constantemente. Las Fuerzas Armadas tuvieron mucho que ver en los fracasos cosechados por las milicias durante estos años. A lo largo de las siguientes páginas se podrá ver cómo el Somatén de Primo de Rivera sigue siendo un objeto digno de estudio y con varias puertas abiertas a nuevas investigaciones en el futuro.

Palabras clave: Somatén; milicia; Primo de Rivera; dictadura; nación; Ejército.

Abstract: The article offers a general overview of the *Somatén*, the militia established by Primo de Rivera during his dictatorship. Drawing on the relevant scholarship and documentation from several archives, it seeks to provide a comprehensive assessment of the Somatén during the dictatorial years. To this end, this study examines the Somatén's composition and territorial expansion across Spain, its internal organization and evolution, and its paramilitary and political activities. It also aims to assess the militia's impact, how it was perceived by Spanish society, and the conflicts generated by its parapolice operations. The article argues that the Somatén played a more significant role within the regime than previous scholars have suggested. Although the Somatén's expansion throughout Spain was not free from challenges and setbacks, it was by no means an "anemic", ineffective, or inactive militia. It achieved certain successes and occupied a notable position within Primo de Rivera's regime that warrants detailed examination, namely regarding its nation-building efforts and its role in mobilizing support for the dictatorship. Paradoxically, the Somatén's main difficulties stemmed from the rigid restrictions that the military continually imposed on it. In fact, the armed forces were largely responsible for many of the militia's shortcomings during this period. The following pages demonstrate the continued relevance of Primo de Rivera's Somatén as a subject worthy of study, pointing to various potential avenues for future research.

Keywords: Somatén; militia; Primo de Rivera; dictatorship; nation; military.

Para citar este artículo: Carlos NAVAJAS ZUBELDIA y Guillermo MARÍA MUÑOZ: “¿Una «milicia anémica»? El «Gran Somatén Español» durante la dictadura de Primo de Rivera”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 14, N° 29 (2025), pp. 184-210.

Recibido 06/10/2024

Aceptado 10/04/2025

¿Una «milicia anémica»? El «Gran Somatén Español» durante la dictadura de Primo de Rivera

Carlos Navajas Zubeldia
Universidad de La Rioja
carlos.navajas@unirioja.es

Guillermo María Muñoz
Universidad Complutense de Madrid
gumaria@ucm.es

A la memoria de Pilar.

Introducción

En general, el Somatén ha recibido un tratamiento historiográfico irregular, siendo en pocas ocasiones bien estudiado y en otras apenas tratado. En comparación, la Unión Patriótica ha recibido mucha más atención que su homólogo paramilitar, producto del mayor peso de este partido en el régimen.¹ La conmemoración del centenario del golpe de Estado de Primo de Rivera tampoco parece haber despertado un mayor interés por el Somatén.²

Una de las primeras obras rigurosas sobre la dictadura de Primo de Rivera, la de Ben-Ami, transformada ya en todo un clásico, apenas dedica tres páginas al Somatén, que califica como una «milicia anémica», y destaca que su fracaso se debió a su control estatal y nulo carácter espontáneo.³ Ese carácter «anémico», a pesar de haber sido repetido en muchas de las posteriores interpretaciones historiográficas, fue puesto en duda por varios historiadores. Por ejemplo, Navajas Zubeldia señaló que era «algo más» que

¹ Para un estado de la cuestión sobre el periodo, véase Pablo Montes, «La Dictadura de Primo de Rivera y la historiografía: Una confrontación metodológica», *Historia Social* 74 (2012): 167-184; y Julio López Iñíguez, «Noventa años de historiografía sobre la dictadura de Primo de Rivera: Un estado de la cuestión», *Historiografías* 10 (2015): 85-108.

² Miguel Ángel Perfecto García, «En el centenario de la dictadura de Miguel Primo de Rivera: Un aniversario casi olvidado», *Cliocanarias* 6 (2024): 197-230; y César Rina Simón, «El dinosaurio sigue ahí: Aportaciones historiográficas y usos públicos de la dictadura de Primo de Rivera con motivo de su no centenario», *Cuadernos de Historia Contemporánea* 46, n.º 2 (2024): 545-553.

³ Shlomo Ben-Ami, *La dictadura de Primo de Rivera, 1923-1930*, trad. P. Elías (Planeta, 1984), 116-119.

una milicia anémica y, en todo caso, este supuesto rasgo de la institución era solo relativo.⁴

El mismo año que la obra de Ben-Ami se publicó la primera monografía sobre el Somatén. Un estudio con un notable carácter estructuralista, donde apenas se aborda el aspecto ideológico, pero que analiza provechosamente aspectos como la organización, la estructuración y el funcionamiento interno de la milicia, sus actuaciones, el número de afiliados y su naturaleza socioeconómica... En resumen, una obra de obligada consulta que, además, tiene un apéndice documental —y una descripción de fuentes— todavía muy provechoso.⁵

A pesar de esto, el Somatén continuó sin recibir demasiada atención historiográfica incluso entre las principales obras sobre la dictadura de Primo de Rivera. González Calbet dedicó poco espacio en su obra al Somatén, al cual califica de un auténtico fracaso como organización «patriótica y ciudadana».⁶ Por su parte, Gómez-Navarro ni siquiera trata específicamente a la milicia, centrándose en otros pilares del régimen como la Unión Patriótica o el Ejército.⁷

Fue a partir de mediados de los años noventa cuando el Somatén comenzó a recibir más atención, sin duda influenciada por la renovación de la historia política. De hecho, dos de los principales historiadores sobre la violencia política de entreguerras, Del Rey y González Calleja, publicaron una de las más completas obras sobre el Somatén. Esta inserta la milicia en el contexto de entreguerras y el surgimiento por toda Europa de las llamadas «guardias o uniones cívicas», como un fenómeno burgués contrarrevolucionario de oposición y freno a la radicalización de los movimientos obreros de posguerra, especialmente el comunista. La «defensa del orden social», de la propiedad, de valores burgueses y autoritarios y, en definitiva, del *statu quo* fueron los ejes del Somatén para estos autores. De esta forma, el Somatén sirvió «como el necesario eslabón contrarrevolucionario entre la acción defensiva de los sectores sociales conservadores y la permanente movilización agresiva de los fascismos».⁸ Años más tarde, otra vez González Calleja definió el Somatén como «un sucedáneo de milicia, dirigida técnicamente por el Ejército, e ideológica y orgánicamente por los representantes de los sectores sociales y económicos más influyentes», lo que explicaba su «movilización frustrada». Así,

⁴ Carlos Navajas Zubeldia, «Los cados y las comadreas»: *La dictadura de Primo de Rivera en La Rioja* (Gobierno de La Rioja; Instituto de Estudios Riojanos, 1994), 251.

⁵ Rosa María Martínez Segarra, «El Somatén Nacional en la dictadura de Primo de Rivera» (tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1984). El estructuralismo de esta autora es notable también en un artículo anterior suyo sobre el Somatén: Rosa María Martínez Segarra, «Grupos económicos en el Somatén», *Cuadernos Económicos de ICE* 10 (1979): 209-224.

⁶ Teresa González Calbet, *La Dictadura de Primo de Rivera: El Directorio Militar* (El Arquero, 1987), 157-162.

⁷ José Luis Gómez-Navarro, *El régimen de Primo de Rivera: Reyes, dictaduras y dictadores* (Cátedra, 1991).

⁸ Eduardo González Calleja y Fernando del Rey Reguillo, *La defensa armada contra la revolución: Una historia de las «guardias cívicas» en la España del siglo XX* (CSIC, 1995), 258.

el Somatén, más que una milicia combativa y activa políticamente, era una «policía de las buenas costumbres».⁹

Sería bajo el prisma de la nueva historiografía sobre el nacionalismo desde donde vendría una renovación metodológica en los estudios sobre el Somatén. Tal y como apuntaba Beadman, el partido y los paramilitares fueron un claro altavoz del nacionalismo oficial de la dictadura, evidente antecesor del franquismo.¹⁰ De esta manera, Quiroga analiza la milicia como una organización destinada a la educación y nacionalización de las masas bajo un concepto de patria autoritario, nacionalcatólico y militarista, más moderno de lo que otros autores han establecido. Una nacionalización que se efectuó, sobre todo, a través de una serie de ritos y ceremonias que desplegaban una simbología patriótica. El Somatén sí tuvo algunos éxitos y logros relativos en su carrera primorriverista, como la socialización política en los pueblos más apartados de la España rural. Precisamente por centrar su relevancia en la escenografía y parafernalia del régimen, Quiroga también cataloga a los somatenes no solo como una organización paramilitar, sino también como unas «cheerleaders».¹¹

El Somatén ha recibido una mayor atención desde los estudios regionales o locales. Se han publicado obras sobre el Somatén en La Rioja, Valencia, Mallorca, Navarra o Melilla, por citar solo algunos ejemplos.¹² Estas obras suelen ser enormemente provechosas por la profundidad con que abordan el objeto de estudio en un ámbito geográfico reducido. Incluso, textos de carácter localista evidencian el fuerte impacto que tuvo el Somatén en el mundo rural.¹³

En el presente artículo tratamos el Somatén Nacional desde la que consideramos como su doble naturaleza. Por un lado, como una organización defensora del orden social, es decir, su carácter paramilitar o de guardia cívica, atendiendo a su estructuración, bases, funcionamiento interno y actuación miliciana. Por otro lado, como un agente nacionalizador que constituyó uno de los principales elementos del régimen para difundir su concepción de la nación autoritaria, militarista, católica y monárquica. Así, nos centraremos en el aspecto nacionalista del Somatén y en cómo este lo difundía a la

⁹ Eduardo González Calleja, *La España de Primo de Rivera: La modernización autoritaria, 1923-1930* (Alianza, 2005), 164-175, cita en 166.

¹⁰ Clive Beadman, «Official nationalism of the Primo de Rivera regime: Some findings from the pages of Union Patriótica and Somatén», *International Journal of Iberian Studies* 11, n.º 2 (1998): 69-75.

¹¹ Alejandro Quiroga Fernández de Soto, *Haciendo españoles: La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)* (CEPC, 2008), 261-289.

¹² Carlos Navajas Zubeldia, «“Paz, paz y siempre paz”: El Somatén riojano (1923-1925)», *Berceo* 121 (1991): 123-138; Julio López Iñíguez, *La Unión Patriótica y el Somatén valencianos (1923-1930)* (Universitat de València, 2017); Cristóbal Mateu Sastre, «El Somatén en Mallorca durante la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)», *Mayurqa* 3 (2021): 88-106; Eduardo Martínez Lacabe, «El Somatén en Navarra durante la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)», en *Actas del III Congreso General de Historia de Navarra* (Pamplona, 1994); y Francisca González Sorroche, «El Somatén: su formación en Melilla (1923-1929)», *Aldaba* 5 (1985): 133-154.

¹³ Manuel Ruiz Gallardo, «La formación del Somatén de Carachelejo durante la dictadura de Primo de Rivera: El acto de bendición de bandera», *Sumuntán* 34 (2016): 223-246.

población. Como se verá, uno de los ejes de ambas facetas de los paramilitares primorriveristas es el militarismo —junto al catolicismo—, debido al estricto control que ejercieron los militares sobre la institución y al importante peso del militarismo en su ideología.¹⁴ Por ello, los sables estarán siempre presentes a lo largo del texto. En él se intentará mostrar cómo el Somatén, a pesar de resultar un fracaso como milicia, no fue en absoluto «anémica», siendo esta denominación más que exagerada. El Somatén tuvo su peso en la dictadura, y no poco. La existencia de contradicciones en su seno no lo transformó en un fracaso rotundo e incluso tuvo sus éxitos relativos, teniendo en cuenta el desarrollo que efectuó en tan solo seis años y el encorsetamiento constante al que le sometió el Ejército.

Además de esta introducción y de la consabida conclusión, este artículo consta de un apartado único titulado: «El Somatén Nacional durante la primera dictadura del siglo XX en España», aunque haremos algunas referencias a su ocaso durante la «segunda dictadura» (la «dictablanda» de Berenguer) y su prohibición a nivel nacional en la Segunda República.

El Somatén Nacional durante la primera dictadura del siglo XX en España

En su manifiesto del 13 de septiembre de 1923, Primo de Rivera propuso el establecimiento del «Gran Somatén Español». Según este escrito, la nueva organización tendría dos misiones fundamentales. En primer lugar, el Somatén sería la «reserva» —y el «hermano»— del Ejército «para todo, incluso para la defensa de la independencia de la Patria si corriera peligro». En segundo lugar, sería una institución para «organizar y encuadrar a los hombres de bien», es decir, a los seguidores del nuevo régimen.¹⁵ El Somatén sería, así, una organización paramilitar y, sobre todo, política, como también se comprobará durante el sexenio primorriverista.

Cuatro días después, el 17 de septiembre, el Directorio Militar decretó la institución del Somatén en todas las provincias, incluido Marruecos.¹⁶ El objetivo era garantizar el «sosiego público», el «orden moral» y estimular «el interés ciudadano» —esto es, movilizar a los adictos al sistema político incipiente—, lo que demostraba su doble función contrarrevolucionaria y nacionalista.¹⁷ En el Somatén se podrían inscribir todos los individuos que tuvieran «reconocida moralidad» y ejercieran su profesión u oficio en las

¹⁴ Se sigue el concepto de militarismo de Manuel Ballbé, *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)* (Alianza, 1983), 21; y Joaquim Lleixà, *Cien años de militarismo en España: Funciones estatales confiadas al Ejército en la Restauración y el franquismo* (Anagrama, 1986), 23.

¹⁵ Manifiesto del 13 de septiembre de 1923, en Miguel Primo de Rivera, *El pensamiento de Primo de Rivera: Sus notas, artículos y discursos* (Madrid: Imprenta Artística Sáez Hermanos, 1929), 19-24.

¹⁶ Real Decreto de 17 de septiembre de 1923, artículo primero, *Colección Legislativa del Ejército* 401 (1923): 471-472.

¹⁷ Real Decreto de 17 de septiembre de 1923, exposición.

localidades de residencia.¹⁸ Esto evidenciaba el perfil conservador que se buscaba, pues se trataba de encuadrar a las clases medias y propietarias —las masas neutras—. Si bien hubo obreros en el Somatén, lo cierto es que fueron un sector minoritario.¹⁹ De hecho, existió una fuerte oposición entre la clase trabajadora hacia el Somatén. Los pocos somatenistas obreros sufrieron amenazas y vejaciones por parte de sus compañeros de trabajo, quienes llegaron incluso a solicitar su despido.²⁰ Esta actitud antisomatenista por parte de los sectores trabajadores no debe sorprender, a tenor de la labor contrarrevolucionaria que llevaron a cabo tanto el Somatén en Cataluña como otras uniones cívicas en el resto del país durante las primeras décadas del siglo XX. Las brigadas de trabajo y los enfrentamientos directos con el proletariado destinados a hacer fracasar huelgas y a reprimir el movimiento obrero provocaron un claro rechazo por parte de este hacia los paramilitares.²¹ Esto explica que ya antes de la dictadura, en el verano de 1923, diferentes organizaciones obreras de toda España solicitasen la disolución del Somatén.²² Esta oposición hizo que durante el sexenio dictatorial se blindara aún más y se aumentaran los privilegios de la milicia. Se incluyó al Somatén en la ley de Jurisdicciones de 1906, de modo que cualquier crítica a la institución sería juzgada por un tribunal militar y se estipuló que toda actuación somatenista sería juzgada como acción de un agente de la autoridad.²³

Prosiguiendo con la organización del Somatén, en cada región militar, el comandante general del Somatén sería un general de brigada, y el cargo de jefe nato lo ejercería el capitán general, con lo que se volvía a subrayar su subordinación al Ejército.²⁴ Es más, los llamados «auxiliares» serían jefes y oficiales de la institución militar, convertida durante la dictadura y, por extensión, la crisis española de entreguerras en una especie de «partido militar».²⁵ Los miembros del Somatén serían considerados bien como fuerza armada (cuando se declarara el estado de guerra), bien como agentes de la

¹⁸ Artículo segundo. Sobre la composición socioeconómica del Somatén, véase Martínez Segarra, «Grupos económicos en el Somatén».

¹⁹ Un ejemplo lo encontramos en el caso de Mallorca, donde la clase trabajadora apenas representaba el 12 % del somatén local; véase Mateu Sastre, «El Somatén en Mallorca», 102.

²⁰ Expedientes [exps.] 10 y 12, legajo [leg.] 59, FC_M°_INTERIOR-A, Archivo Histórico Nacional [AHN].

²¹ González Calleja y Del Rey Reguillo, *La defensa armada contra la revolución*; y Fernando del Rey Reguillo, «La defensa burguesa frente al obrerismo en Madrid: La Unión Ciudadana (1919-1923)», en *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, ed. Ángel Bahamonde y Luis Enrique Otero Carvajal (Consejería de Cultura, 1989), 2:527-539.

²² Exp. 9, leg. 59, FC_M°_INTERIOR-A, AHN.

²³ *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra*, 10 de septiembre de 1924.

²⁴ Real Decreto de 17 de septiembre de 1923, art. 3 y exposición.

²⁵ Real Decreto de 17 de septiembre de 1923, art. 4. Acerca del concepto de «partido militar» y de su historia durante esta época, véase Carlos Navajas Zubeldia, «El “partido militar” durante la crisis interbélica en España», en *La crisis española de entreguerras: Actas del VII Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo*, ed. Carlos Navajas Zubeldia y Diego Iturriaga Barco (Universidad de La Rioja, 2023), 37-47; y Xavier Casals, «Auge y declive del “partido militar” de Barcelona (1898-1936)», *Iberic@l* 4 (2013): 163-180.

autoridad (cuando fueran requeridos sus servicios por las autoridades), a excepción de los casos de persecución.²⁶

Evidentemente, la organización *hermana* del Ejército estaría controlada absolutamente por la institución militar, que, parafraseando a Primo de Rivera, haría en realidad de *hermano mayor* —cuando no de *padre*— del naciente Somatén.²⁷ Una de las explicaciones de este control es el corporativismo de los militares, un principio de aplicación casi universal e intemporal. El Somatén fue una organización paramilitar pero a su vez militarizada. Esto constituyó una de las grandes paradojas del Gran Somatén Español, lo que, a su vez, dificultó su desarrollo o incluso la posibilidad contemplada por Primo de Rivera en los inicios de la dictadura de que llegase a convertirse en la «principal reserva política» del nuevo régimen.²⁸ En realidad, el principal apoyo del primorriverismo, y después del franquismo, fue el Ejército.

Por ello, entre otras razones, el Somatén no podía parangonarse a otras milicias mucho más fuertes, tales como los «camisas negras». Ello a pesar del paralelismo establecido por el propio Primo de Rivera en su viaje a Italia de noviembre de 1923, que habría que enmarcar en la «corta etapa preliminar de deslumbramiento fascista» que atravesó el marqués de Estella. Como subrayan González Calleja y Del Rey Reguillo, «la juventud, la rebeldía, el inconformismo y la subcultura de la violencia privativas de las *squadre d'azione* estaban a años luz del espíritu conservador, del maduro, *respetable* y un poco artrítico Somatén tradicional español». La diferencia «esencial» era que los *fasci* habían sido utilizados para conquistar el poder con la connivencia del monarca italiano y del aparato del Estado —y, dentro de él, del Ejército italiano, que durante la dictadura mussoliniana, eso sí, se resistió corporativamente al proceso de fascistización—. En cambio, el Somatén «se entreveía como un reaseguro *a posteriori* de un régimen cimentado previamente sobre el aparato burocrático de las Fuerzas Armadas»,²⁹ y también con posterioridad, habría que matizar.

Este espíritu fascista de Primo de Rivera apenas sobrevivió a los primeros meses del régimen. Si bien en febrero de 1924 seguía sosteniendo que el fascismo «es exactamente el criterio y el reglamento del mismo somatén»,³⁰ dos años más tarde establecería diferencias entre ambos. Cuando el periodista Andrés Révész se entrevistó con Primo de Rivera, aquel le preguntó: «¿Seguirá usted a Mussolini sobre el terreno del sindicalismo, del Estado corporativo?» A lo que dictador contestó: «No lo creo. Aquí somos más conservadores que Mussolini. Nos apoyamos en un partido, la Unión Patriótica; en una

²⁶ Real Decreto de 17 de septiembre de 1923, art. 6.

²⁷ Aquí no entramos en el debate acerca de si el Ejército es una institución o una profesión. No obstante, es evidente que en aquellos tiempos era lo primero. Por eso utilizamos el concepto de institución.

²⁸ González Calleja y Del Rey Reguillo, *La defensa armada contra la revolución*, 167.

²⁹ González Calleja y Del Rey Reguillo, 168-169.

³⁰ Citado en Manuel Rubio Cabeza, *Crónica de la Dictadura de Primo de Rivera* (Sarpe, 1986), 128.

Milicia, el Somatén; en el recto juicio del Ejército y en las masas neutras». ³¹ Primo de Rivera quería distanciarse del fascismo italiano, consciente de los contrastes existentes entre ambos movimientos. Poco tenía que ver el culto a la juventud, la apología de la violencia, de la acción directa, de la guerra y de la revolución del fascismo italiano que perseguía el fin de una sociedad burguesa liberal, la cual quería defender precisamente Primo de Rivera a través del Somatén, salvo en lo que se refiere a su carácter político liberal. ³² Por no hablar del culto a la muerte, cuyo desarrollo en el Somatén fue casi ridículo si lo comparamos con el caso italiano. ³³ Esto defendía el mismo embajador italiano en Madrid, quien definió benévolutamente el primorriverismo como un «pálido reflejo del fascismo». ³⁴ Por todos estos motivos, no debe extrañar que en 1925 los apolo-gistas del régimen establecieran paralelismos —eso sí, un tanto confusos ideológica-mente— entre el Somatén y su homólogo británico: la Organisation for the Maintenance of Supplies. Tomaban esta organización como nuevo referente para la milicia primorri-verista, ya que era en Inglaterra, «país clásico de la libertad individual y del parlamen-tarismo, donde no solo imitan, sino que mejoran nuestro Somatén». El nuevo modelo ya no sería la Italia fascista, sino que, un tanto sorprendentemente, el Somatén «debe todavía mejorarse y disciplinarse acercándola a la británica O. M. S.» ³⁵

Durante casi todo el año 1924 se desarrolló una labor de ajuste de la nueva orga-nización. Esto se debió, entre otros motivos, a que los reglamentos provisionales eran elaborados por cada región militar, ³⁶ a pesar de requerir la aprobación definitiva del Ministerio de la Guerra. Desde una perspectiva orgánica, cabe subrayar la diferenciación entre un Somatén rural, más orientado a la represión de los delitos comunes, y un So-matén urbano, dedicado a la prevención de los «delitos sociales» (en especial, las huel-gas). ³⁷

Ante la existencia de un reglamento por cada región militar, en febrero de 1924 el Directorio ordenó la creación de una comisión —militar, por supuesto— encargada de redactar un texto único basado en el reglamento de la región militar catalana. Signi-ficativamente, el presidente de la comisión era el general Antonio Dabán, a la sazón comandante general del Somatén de la I Región y antiguo miembro del «cuadrilátero»

³¹ Andrés Révész, *Frente al dictador* (Madrid: Biblioteca Internacional, s. f. [¿1926?]), 19.

³² Estos rasgos del fascismo italiano en Emilio Gentile, *Il fascismo in tre capitoli* (Laterza, 2011), 12.

³³ Quiroga analiza el fallido intento de establecer un culto a la muerte en el Somatén y las razones de su fracaso en *Haciendo españoles*, 275-276.

³⁴ Juan Avilés Farré, «Un pálido reflejo del fascismo: La dictadura de Primo de Rivera en los informes diplo-máticos italianos», *Pasado y Memoria* 16 (2017): 69-90.

³⁵ MASK [pseudónimo de Enrique Díaz Retg], *Hacia la nueva España: Pasado, presente y porvenir del Directo-rio Militar* (Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1925), 128-133, citas en 129 y 133.

³⁶ González Calleja y Del Rey Reguillo, *La defensa armada contra la revolución*, 186.

³⁷ González Calleja y Del Rey Reguillo, 186.

golpista que conspiró con Primo de Rivera. El nuevo texto fue aprobado en junio del mismo año.³⁸

El supuesto apoliticismo —en realidad, antipartidismo antiliberal— que se arrogaba la milicia no estaba exento de serias dudas, que sus mismos integrantes reconocían. El Somatén de Madrid, en mayo de 1924, en un «decálogo» que publicó por partes, decía en su primer punto:

Puede parecer que el Somatén, por sus principios *de fuerza y de orden*, y, sobre todo, por la doble filiación frecuente de sus primeros números en partidos o en obligaciones ultraderechistas; puede parecer que corresponde o coincide con las extremas derechas.

Más adelante señalaba de manera explícita que el lugar del Somatén estaba siempre, y sin ninguna duda, al lado de las Fuerzas Armadas: «En casos muy extraordinarios de extrema gravedad, que pudiera ocurrir divorcio entre el Ejército y el Gobierno, el Somatén estará siempre del lado del Ejército y del Rey, su jefe nato». Por ello, se puede afirmar el carácter monárquico-militarista del Somatén, sobre el que la literatura académica no ha reflexionado suficientemente desde una perspectiva más general: el militarismo monárquico o el monarquismo militarista, es decir, la confluencia entre el monarquismo y el militarismo.³⁹

Durante los años 1924-1926, esta organización paramilitar experimentó una etapa de esplendor.⁴⁰ El triunfo militar en Marruecos a raíz del desembarco de Alhucemas en septiembre de 1925 y el prestigio social que este dio al régimen acabaron afectando positivamente al Somatén. Por ejemplo, en octubre de 1925, el Sindicato Agrícola Costa de Levante de Mataró mandó un telegrama al príncipe de Asturias, su presidente de honor, para que «interceda [... en] la concesión del Principado de la Milicia al general que con ayuda divina y apoyo de nuestro rey ha abierto a España horizontes de optimismo y grandeza». ⁴¹ Durante estos años, el Somatén tuvo un crecimiento exponencial: surgieron nuevas milicias —bajo el control y la dirección del general Severiano Martínez Anido desde la subsecretaría del Ministerio de la Gobernación— por todo el territorio nacional, incluidos los pueblos y las aldeas más remotos del país. Ello evidencia, una vez más, el control del Somatén por el verdadero partido del régimen, esto es, el «partido militar».

³⁸ González Calleja y Del Rey Reguillo, 188-189. Sobre el «cuadrilátero» golpista, véase, por ejemplo, Carlos Navajas Zubeldia, *Ejército, Estado y sociedad en España (1923-1930)* (Gobierno de La Rioja; Instituto de Estudios Riojanos, 1991), 25-38.

³⁹ *El Somatén: Boletín Oficial del Somatén de la Primera Región*, mayo de 1924, 18. En la tesis doctoral de Guillermo María Muñoz, pendiente de defensa, se dedica un espacio precisamente a ello.

⁴⁰ González Calleja y Del Rey Reguillo, *La defensa armada contra la revolución*, 189.

⁴¹ Citado en Rubio Cabeza, *Crónica*, 207.

Además, el Somatén comenzó a tener una mayor presencia pública a través de la creación de diversas ceremonias, como la fiesta de la bendición de la bandera, la imposición de medallas o la fiesta de la virgen de Montserrat, que en noviembre de 1923 ya se había declarado patrona de todo el Somatén Nacional (un ejemplo de apropiación cultural de un símbolo catalanista).⁴² Esta serie de ritos tenían un más que marcado carácter nacionalista español, reaccionario, anticomunista y católico y seguían el mismo patrón de celebración. En estas ceremonias siempre se procuraba la presencia de todas las fuerzas vivas de la localidad (civiles, militares y religiosas) junto con algún representante del Gobierno, se pasaba revista a los somatenes, se hacía una misa de campaña, se bendecía la bandera nacional donada por las «madrinas» del Somatén —inculcadoras del ideal patrio en el hogar—, se pronunciaban discursos patrióticos, desfilaban los somatenes y solía clausurarse con la celebración de un banquete en el ayuntamiento o la casa de algún notable de la localidad.⁴³ Los actos estaban totalmente bañados de un potente españolismo, nacionalcatolicismo y carácter contrarrevolucionario, ya fuera a través de símbolos (como la citada virgen de Montserrat o la batalla del Bruch), con la presencia permanente de la bandera nacional (la cual se bendecía como una manifestación de la sacralidad de la patria) o de miembros de la familia real (cuya asistencia servía para realzar el evento) o directamente a través de discursos y proclamas políticas donde las referencias a la nación, al catolicismo y al mantenimiento del orden social eran constantes.

Además de tener sus ceremonias propias, el Somatén estaba presente en prácticamente todas las celebraciones del régimen primorriverista, que no fueron pocas, y tuvo un papel destacado en la organización de algunas de ellas. Por ejemplo, en Barcelona unos cuarenta mil somatenistas recibieron a los reyes y a Primo de Rivera a su llegada del viaje a Italia en noviembre de 1923.⁴⁴ Los somatenistas también participaron en el homenaje especial que tributó la dictadura al monarca por su santo en 1925,⁴⁵ en las bodas de plata de Alfonso XIII en 1927⁴⁶ o en la celebración del quinto aniversario del golpe de Estado.⁴⁷ Esto solo por citar algunos de los grandes fastos que organizó el régimen durante el sexenio primorriverista y en los cuales el Somatén tuvo un peso destacado.⁴⁸

⁴² Quiroga, *Haciendo españoles*, 271-274; y Stéphane Michonneau, «La política del olvido de la dictadura de Primo de Rivera: El caso barcelonés», *Historia y Política* 12 (2004): 115-140.

⁴³ Quiroga, *Haciendo españoles*, 261-289.

⁴⁴ Guillermo María Muñoz, «Entre Coronas, cruces y banderas: Monarquía, religión y nacionalismo en la dictadura de Primo de Rivera», *Hispania Sacra* 146 (2020): 579-591.

⁴⁵ *Paz y Buena Voluntad: Boletín Oficial de los Somatenes de la 5.ª Región* (Zaragoza), enero de 1925, 194 y 195; *ABC*, 20, 23 y 24 de enero de 1925. Más de cuatro mil somatenistas de Madrid firmaron un pliego de apoyo al monarca por este evento. Véase al respecto Libros y Registros, 10225, Archivo General de Palacio [AGP].

⁴⁶ Guillermo María Muñoz, «El año de la Corona: 1927. Monarquía, dictadura y nacionalismo en las bodas de plata de Alfonso XIII», *Ayer* 121, n.º 1 (2021): 227-253.

⁴⁷ *La Nación*, 10-15 de septiembre de 1928.

⁴⁸ Más ejemplos de la presencia del Somatén en diferentes ceremonias en Quiroga, *Haciendo españoles*, *passim*.

Una muestra del absoluto control del Somatén por el Ejército es el número de jefes y oficiales del arma de infantería (recuérdese, la más numerosa del Ejército de Tierra) destinados en las ocho regiones militares, Baleares y Canarias. En enero de 1926, el Somatén hacía un total de 180 coroneles, tenientes coroneles, comandantes y capitanes, a los que habría que agregar los comandantes generales de cada región militar y los capitanes generales respectivos, entre otros que intervendrían de manera más indirecta (por ejemplo, los delegados gubernativos que también eran militares).⁴⁹ Indudablemente, estos destinos servían para aliviar el problema del excedente de oficiales existente en el Ejército de Tierra y en particular en el arma de infantería.⁵⁰

Prosiguiendo con los años dorados del Somatén, este se vio beneficiado por los ya citados triunfos de la dictadura, el apoyo eclesiástico que dieron varios prelados al Somatén animando a los feligreses a ingresar en sus filas —como Mateo Múgica o el cardenal Benlloch—⁵¹ y la actuación gubernamental que alentó a los miembros de la Unión Patriótica a integrarse en la milicia. Sobre esta cuestión se ha generado un pequeño debate en torno a la doble militancia de los primorriveristas en la Unión Patriótica y en el Somatén.⁵² Nuevas fuentes nos permiten confirmar esta militancia doble para el caso de Madrid. En 1928, con motivo de la conmemoración del quinto aniversario de la dictadura, Primo de Rivera celebró un masivo acto en la capital como muestra de fuerza y cohesión del régimen, donde las milicias tuvieron un rol destacado, con la excepción del Somatén de Madrid. El comandante general del Somatén de la I Región mandaba este mensaje a los paramilitares:

Como una parte importante de los afiliados a la institución pertenece también a la Unión Patriótica [...] aun cuando el Somatén no asista en corporación, se encarece la asistencia individual [...] a todos aquellos somatenistas que, aun sin figurar en la Unión Patriótica, estén conformes en tributar el merecido homenaje [...].⁵³

De esta manera se reconocía de forma implícita la doble militancia. El hecho de que ni siquiera el Somatén acudiera en corporación al evento estaba motivado única y

⁴⁹ Por regiones militares, estaban destinados 20 jefes y oficiales en la primera; 21 en la segunda; 19 en la tercera; 22 en la cuarta, lo mismo que en la quinta; 19 en la sexta; 22 en la séptima; 20 en la octava; y 5 en Baleares y 10 en Canarias. Leg. 440 (1), FC-PRESID-GOB-PRIMO-DE-RIVERA, AHN. Acerca de los delegados gubernativos, véase Navajas Zubeldia, *Ejército, Estado y sociedad*, 79-101.

⁵⁰ Sobre este problema, véase Navajas Zubeldia, 175-185.

⁵¹ González Calleja, *La España de Primo de Rivera*, 165.

⁵² Mateu Sastre, «El Somatén en Mallorca», defiende que, salvo excepciones, no se produjo esa doble militancia en Mallorca. En el lado contrario, a favor de la afiliación simultánea, véase González Calleja y Del Rey Reguillo, *La defensa armada contra la revolución*, 205; y Martínez Segarra, «El Somatén Nacional», 402.

⁵³ «La manifestación de mañana: Los preparativos en Madrid», *La Nación*, 12 de septiembre de 1928, 1.

exclusivamente por esa afiliación simultánea, que no permitía la movilización de la milicia si también estaba convocada la Unión Patriótica.

Los afiliados al Somatén equivalían al 0,93 % de la población española en 1928. Sin embargo, las diferencias entre las regiones militares eran notables; solo las capitanías generales IV, VI y VII superaban dicha cifra.⁵⁴ El grado de afiliación al Somatén no era especialmente elevado y era muy irregular, producto de cierta indiferencia o pasividad por parte de la población de algunas regiones hacia la institución. Si bien sus ceremonias y desfiles solían ser actos multitudinarios, tanto en pueblos como en ciudades, esto no significa que los asistentes y espectadores tuvieran una total adscripción ideológica con la ceremonia que contemplaban. No sería aventurado decir que pudiera ocurrir algo semejante a lo que sucedía con los viajes reales, donde la asistencia del público muchas veces estaba motivada por la ruptura de la vida cotidiana que suponían estas celebraciones y el impacto que tenían en la localidad, especialmente en pueblos pequeños para el caso del Somatén,⁵⁵ o simplemente asistiendo por pura curiosidad.⁵⁶

Esta parcial desidia hacia el Somatén se debía a varios aspectos. En primer lugar, pese a su carácter voluntarista, la imposición y organización desde arriba de una institución que hasta entonces había sido ajena a gran parte del territorio nacional no despertó el interés patriótico que esperaban los primorriveristas. Es más, en algunas partes del territorio, como en el Sur, la aparición del Somatén conllevó el rechazo de algunos caciques rurales que contemplaban la milicia como un desafío a su poder local. Algunos de estos caciques también se infiltraron en el Somatén; sin embargo, los capitanes generales veían con preocupación esta injerencia y, en más de una ocasión, el Gobierno actuó para frenar la actividad caciquil.⁵⁷ En Andalucía, el Somatén tuvo una mala acogida a comienzos de la dictadura y fue objeto de burlas por parte de la población cuando la milicia realizaba sus fiestas y ceremonias. La ausencia de un verdadero espíritu guerrero, de uniforme y de cualquier tipo de formación en sus desfiles provocaba la risa de numerosos asistentes que acudían a ver al somatén. El propio Primo de Rivera lo reconoció en un acto en el Palacio de Hielo el 16 de octubre de 1925, cuando dijo que «aun en los pueblos más propensos al donaire, como los de la región en que vi la luz, que en los primeros actos y desfiles había algunas frases de gracejo o de ironía al ver los Somatenes». Aunque también señalaba el dictador que, en esos momentos, la situación había

⁵⁴ Eduardo González Calleja, «La defensa armada del “orden social” durante la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)», en *España entre dos siglos (1875-1931): Continuidad y cambio*, ed. José Luis García Delgado (Siglo XXI, 1991), 101. Elaboración propia.

⁵⁵ Un buen ejemplo del impacto de la fiesta de la bendición de la bandera en un pequeño municipio jienense en Ruiz Gallardo, «La formación del Somatén de Carhelejo».

⁵⁶ Margarita Barral Martínez, «Las visitas reales como medio de nacionalización: Alfonso XIII en España», en *Alfonso XIII visita España: Monarquía y nación*, ed. Margarita Barral Martínez (Comares, 2016), 22.

⁵⁷ Un caso lo encontramos en el pueblo de Beas de Granada, en el verano de 1928. Véase al respecto el exp. 11316, leg. 185, FC-PRESID-GOB-PRIMO-DE-RIVERA, AHN.

cambiado y «hoy ya se han adentrado tanto en sus corazones y en sus sentimientos, que los ven pasar con respeto y con cariño». ⁵⁸

En segundo lugar, el primer reglamento del Somatén Nacional reconocía que «[e]s realidad triste de confesar, pero en muchos puntos de la Península apenas se conoce lo que es el Somatén y lo que representa». Esto cuestionaba las motivaciones patrióticas y contrarrevolucionarias que supuestamente deberían causar la afiliación a la organización paramilitar. De hecho, admitía que algunos somatenistas se habían inscrito en la milicia pensando en que la posesión del carné de la institución era una suerte de «guía y licencia de uso de armas». El reglamento revelaba que «[n]o deja de haber también, y se da fe de ello, quien desea ser del Somatén porque así cree poder cazar sin más derecho que el que le da su carnet». ⁵⁹ La cuestión quedó zanjada en el reglamento de 1929, que penaba con una multa de 250 pesetas y su posible expulsión del cuerpo a todo aquel que incumpliese la ley de caza y pesca. ⁶⁰ Por lo tanto, se puede afirmar que no todos los inscritos en el Somatén lo eran por convicción ideológica y que no fueron pocos los casos en que la afiliación se hacía por intereses personales, algo que desvirtuaba y desprestigiaba la función de la milicia.

A tenor de lo dicho, la expansión del Somatén por el territorio nacional no obtuvo los resultados esperados y fue bastante irregular. Cabe apuntar también que era la primera vez que se realizaba un experimento de estas características en España. Así, la búsqueda por mejorar el prestigio de la institución y de revitalizar su actividad será una constante durante la dictadura.

El reglamento de 1924 no fue ni mucho menos el definitivo, pues en 1928 una nueva comisión militar fue nombrada para que llevara a cabo una reforma integral de esta normativa, como veremos más adelante. ⁶¹ De una manera también significativa, el secretario de este órgano colectivo fue Emilio Rodríguez Tarduchy, a la sazón comandante de infantería y auxiliar de somatenes de la I Región Militar y con posterioridad «activista monárquico y falangista de acción» durante la Segunda República. ⁶²

Después de la creación de la mencionada comisión militar, se celebró en A Coruña una Asamblea General del Somatén Nacional, con la que se buscaba paliar la «decadencia» y «creciente desprestigio» de esta organización, por no hablar de la «descomposición» que afectaba también a otras formaciones de apoyo al régimen, en particular la Unión Patriótica. En la reunión se aprobó una «reducción de la tutela militar», que

⁵⁸ Citado en Mask, *Hacia la nueva España*, 198.

⁵⁹ *Reglamento orgánico para el régimen del Cuerpo de Somatenes Armados de España e Islas Baleares y Canarias* (Valladolid: Imprenta del Colegio Santiago, 1925), 10-11.

⁶⁰ Reglamento de la Institución de Somatenes Armados de España, art. 163, *Colección Legislativa del Ejército* (1930), apéndice 19, 23.

⁶¹ González Calleja y Del Rey Reguillo, *La defensa armada contra la revolución*, 189.

⁶² González Calleja y Del Rey Reguillo, 206. Sobre Rodríguez Tarduchy, véase Carlos Navajas Zubeldia, «La salvaguardia de lo permanente: Las extremas derechas militares en la España del siglo XX», *Hispania* 61, n.º 207 (2001): 76-82.

indudablemente había encorsetado al Somatén. Sin embargo, este acuerdo no sería recogido en el reglamento ya definitivo de diciembre de 1929, que paradójicamente entró en vigor una vez caído el régimen que había dado vida al Gran Somatén Español.⁶³ A la inversa, en este texto se incrementó dicha «tutela», como veremos más adelante.

En la citada asamblea general, las autoridades militares se mostraron muy preocupadas por la evolución y los límites del Somatén y eran muy conscientes de los problemas que rodeaban a la milicia. La principal preocupación de los tutores militares del Somatén era la falta de precisión y la aclaración de sus competencias y prerrogativas. El comandante de los Somatenes de Canarias requería una mayor exactitud de las funciones del Somatén, ya que «donde se dice “hacer respetar las leyes” lo entienden muchos en un sentido tan amplio que consideran dentro de esta expresión literal aún [*sic*] los asuntos más baladíes». También pedía que se precisasen los casos en que el Somatén fuera considerado agente de la autoridad, puesto que exactamente a «consecuencia de estas dudas son la mayoría de los incidentes que se producen».⁶⁴ En concreto, se refería a los múltiples roces y choques entre el Somatén y otros cuerpos y autoridades del Estado.

Esta serie de conflictos fueron bastante numerosos y no solo desprestigiaban a la milicia, sino que también expresaban los abusos de poder y autoridad por parte de muchos somatenistas y que llevaba a enfrentamientos con la policía. Entre los muchos ejemplos, es particularmente elocuente lo denunciado por el alcalde de Canillejas en el verano de 1928. Este señalaba que, durante la celebración de una corrida de toros en Ciudad Lineal, llamó la atención de un cabo del Somatén por acudir armado al evento. El somatenista, en un alarde de chulería, contestó que «el que no pintaba allí nada era el Alcalde».⁶⁵ Las actitudes de este tipo fueron relativamente normales por parte de algunos somatenistas. Al parecer, algunos paramilitares pensaban que su pertenencia al Somatén les hacía no solo privilegiados e intocables por parte de la justicia, sino también superiores a otras fuerzas de seguridad. A comienzos de 1927, otro somatenista protagonizó un escándalo en la estación de Delicias (Madrid), donde llegó a enfrentarse con la policía y «en son de reto manifestó era somatenista y no obedecía a nadie».⁶⁶ En los primeros años de la dictadura hubo un claro enfrentamiento entre algunos somatenistas y la policía, a veces bañado de cierto revanchismo. Como había manifestado un somatenista a raíz de otro conflicto con la policía en el verano de 1924, «ya había llegado la hora de que los Agentes de la Autoridad estuvieran supeditados a los individuos del Somatén, quieran o no quieran».⁶⁷ Habida cuenta del proceso de modernización y

⁶³ González Calleja y Del Rey Reguillo, *La defensa armada contra la revolución*, 207.

⁶⁴ Caja 2, leg. 441, FC-PRESID-GOB-PRIMO-DE-RIVERA, AHN.

⁶⁵ Exp. 13, leg. 59, FC_M°_INTERIOR-A, AHN.

⁶⁶ Exp. 12, leg. 59, FC_M°_INTERIOR-A, AHN.

⁶⁷ Exp. 10, leg. 59, FC_M°_INTERIOR-A, AHN.

desarrollo que sufrió la Policía durante estos años, es evidente que el Somatén perdió su batalla por ejercer las funciones parapoliciales.⁶⁸

Durante la dictadura nos encontramos con numerosos casos parecidos. Por no mencionar la multitud de escándalos que provocaban los somatenistas ya fuera por embriaguez —lo que discutía la probada moralidad que se requería para el ingreso en el cuerpo— o por simples abusos de poder, pues algunos paramilitares llegaron a ejercer de auténticos bandoleros y atracadores, como ocurrió en un pueblo de Albacete.⁶⁹ Así las cosas, no es extraño que *El Sol* denunciase en septiembre de 1923 —y lo corroborase al caer la dictadura— que el Somatén era «una organización de vigilancia que necesita ser a su vez vigilada escrupulosamente, como se vigila a lo que, si no es un peligro, puede llegar a serlo». ⁷⁰

Como consecuencia de esto, es entendible que en 1928 las autoridades militares mirasen con preocupación al Somatén y que intentaran poner remedio a sus problemas mediante la publicación de un nuevo reglamento. Los problemas derivaban principalmente, como hemos visto, de la falta de concreción de los poderes y competencias de la milicia. En un documento fechado en Barcelona a junio de 1928 se llegaba a afirmar que «es de urgente necesidad la aprobación y promulgación de las siguientes instrucciones, a fin de evitar los constantes incidentes que se originan entre estos y los demás agentes de la autoridad gubernativa». En esta misma línea se situaban algunas de las propuestas del Somatén de la VIII Región en 1928, que pedía resumir y simplificar el reglamento del Somatén, de pocas hojas, para que pudiera ser entendido y asumido por todo afiliado. Esto se realizó en parte, pues el reglamento de 1929 pasó a tener 36 páginas, de las casi 100 que tiene el publicado en 1924. Es curioso también que, entre las medidas que pedía el Somatén de la VIII Región para paliar los problemas de la milicia, hubiera propuestas que tendían a una configuración más moderna. Por ejemplo, se pedía la creación de un saludo oficial del Somatén y que este tuviera una serie de distintivos —como la corona real en la solapa— para que pudieran ser identificables sin la necesidad de pedir el carné de miembro.⁷¹

El fracasado golpe antidictatorial del 29 de enero de 1929 provocó un aumento de la represión política. Una real orden de febrero del mismo año establecía funciones policiales a nivel interno del Ejército, ante la incapacidad de las fuerzas del orden de entrar en los cuarteles.⁷² Este aumento represivo también terminó implicando al Somatén en una labor más policial, y en última instancia delatora, de la que había

⁶⁸ Diego Palacios Cerezas, «“En la era del aeroplano”: La policía y sus modernidades en el periodo de entreguerras», *Ayer* 135, n.º 3 (2024): 23-48.

⁶⁹ Las obras citadas de Martínez Segarra, «El Somatén Nacional», o Quiroga, *Haciendo españoles*, señalan muchos de estos ejemplos.

⁷⁰ *España bajo la Dictadura: Siete años sin ley* (Madrid, El Sol: 1930-1933), 45.

⁷¹ Caja 2, leg. 441, FC-PRESID-GOB-PRIMO-DE-RIVERA, AHN.

⁷² Dionisio Pérez, *La dictadura a través de sus notas oficiosas* (Madrid: CIAP, 1930), 231.

desempeñado con anterioridad, algo motivado por la ausencia de una acción somatenista contundente durante las intentonas golpistas (en Ciudad Real, unos pocos paramilitares se limitaron a labores de vigilancia y comunicación).⁷³ Esto explica que, en marzo de 1929, algunas voces pidieran la creación de un «organismo de orden que sea la más leal salvaguardia del marqués de Estella» para que este pudiera continuar su labor dictatorial.⁷⁴

En abril, la dictadura dispuso «[q]ue el registro de personas propicias a la difamación, al alboroto político y a la desmoralización del ánimo público será llevado, bajo su custodia personal y con absoluta reserva, por los auxiliares militares». Esta medida afectaba en especial a los militares y no tanto a los somatenistas civiles. El ejercicio de funciones de policía política por parte de los auxiliares debió contribuir a politizarlos aún más de lo que ya estaban al formar parte de una institución de naturaleza paramilitar. Sin embargo, esta disposición dejaba la puerta abierta al uso de la violencia política por parte del Somatén, ya que uno de los aspectos fundamentales de la milicia era «el de contribuir a cuanto pueda evitar o reprimir, en su caso, por la fuerza, posibles alteraciones de orden público». ⁷⁵ Este cambio represor no afectó solo a los militares, sino también a los somatenistas civiles, aunque su nueva labor de «disciplina social» debía canalizarse a través de los auxiliares militares y de la comandancia general de la región respectiva.⁷⁶ La centralidad de los auxiliares militares y, sobre todo, de la comandancia general y del comandante general en este *nuevo Somatén represor* se evidenciaba en otro de los pasajes de la circular primorriverista.⁷⁷ Por último, las autoridades gubernativas, tanto provinciales como locales, también jugarían un papel en el nuevo Somatén.⁷⁸

Extrañamente, en el texto no se aludía a la función que desempeñarían quienes estuvieran por encima de los comandantes generales de los Somatenes. Considerando que los capitanes generales eran jefes natos, es de presuponer que los registros terminarían en sus manos (o, al menos, tendrían conocimiento de estos) e hipotéticamente también en las del ministro del Ejército y, en su caso, en las del ministro de la Gobernación, aunque carecemos de constancia documental al respecto.

Esta disposición complementaba la número 70 de la Presidencia del Consejo de Ministros, del 8 de febrero, que, a su vez, desarrollaba el Real Decreto del 3 de febrero. Respecto al articulado, el quinto se refería al Somatén y a la Unión Patriótica:

⁷³ *El Somatén: Boletín Oficial del Somatén de la I Región*, marzo de 1929.

⁷⁴ Citado en Rubio Cabeza, *Crónica*, 509.

⁷⁵ Real Orden Circular, núm. 187, 16 de abril de 1929, art. 1, *Boletín Oficial del Somatén de la Sexta Región* 65 (mayo de 1929): 12-14. Acerca del golpe antiprimorriverista de enero de 1929, véase, por ejemplo, Navajas Zubeldia, *Ejército, Estado y sociedad*, 63-66.

⁷⁶ Real Orden Circular, núm. 187, 16 de abril de 1929, art. 2.

⁷⁷ Véase Real Orden Circular, núm. 187, 16 de abril de 1929, art. 3.

⁷⁸ Real Orden Circular, núm. 187, 16 de abril de 1929, art. 4.

En todas las Oficinas de Somatenes y Uniones Patrióticas se llevará, bajo la custodia personal y rigurosamente reservada del Jefe local y con datos que proporcionen los afiliados, un registro de personas propicias a la difamación, al alboroto político y a la desmoralización del ánimo pública, los cuales informes se pondrán a disposición de las Autoridades, individual y conjuntamente, cuando ellas lo demande[n] o las circunstancias lo aconsejen.⁷⁹

El artículo primero disponía que la policía detendría y entregaría a la Dirección General de Seguridad en Madrid y a los gobernadores civiles «en provincias» a «toda persona que en lugar público augure males al país o censure, con propósitos de difamación o quebrantamiento de autoridad y prestigio, a los Ministros de la Corona o altas Autoridades». El segundo, que serían clausurados los círculos sociales y de recreo en los que se comprobara que sus socios incurrían en las faltas apuntadas en el artículo primero. El tercero, que

[...] [l]os Departamentos ministeriales abrirán cuadernos-registros en que figuren los nombres de todos los funcionarios a ellos afectos, tanto en la Administración central como en la provincial y local, donde se haga constar el concepto que merecen en capacidad, laboriosidad, aptitud física y discreción política, interesando conocer en este último aspecto únicamente a aquellos que, con publicidad y escándalo, se manifiesten enemigos del Régimen y procuran sus desprestigio y quebranto.

Y el cuarto, que serían destituidas las juntas administrativas o de gobierno de los centros, entidades u organismos afectos directa o indirectamente a los ministerios en los que «se realice labor obstruccionista, hostil o difamatoria» y que, en caso de reincidencia, dichos centros serían disueltos.⁸⁰

A pesar de lo apuntado por algunos autores, cabe preguntarse por la realización efectiva de estas funciones parapoliciales y de vigilancia por parte del Somatén, máxime teniendo en cuenta su nula labor en la represión huelguística y social durante la dictadura. Es cierto que este giro parapolicial conllevó un aumento de la represión, con no pocas detenciones arbitrarias y preventivas, principalmente de sujetos con antecedentes delictivos o que eran «conocidos» de la policía. No obstante, la documentación no muestra que este repunte represivo fuera efectuado por el Somatén, puesto que solo se hayan referencias a la Dirección General de Seguridad.⁸¹ Algunas fuentes apuntan no solo a la inacción de la milicia en este sentido, sino incluso a su oposición a las nuevas órdenes de vigilancia y control político. Si bien el Somatén poco pudiera haber hecho en el intento

⁷⁹ *Gaceta de Madrid* 40 (9 de febrero de 1929): 1154-1155.

⁸⁰ *Gaceta de Madrid* 40 (9 de febrero de 1929): 1154-1155.

⁸¹ Exp. 15, leg. 59, FC_M°_INTERIOR-A, AHN.

de golpe de Estado de enero de 1929, al enfrentarse a militares bien armados, consideramos que sí pudiera haber tenido un papel destacado en el conflicto estudiantil que eclosionó durante 1929, ya que la naturaleza de las protestas universitarias respondía al tipo de actuación somatenista (desórdenes públicos, ataque a los poderes constituidos, etc.). Teniendo esto en cuenta, la inacción del Somatén ante estos acontecimientos puede parecer paradójica o sintomática. Respecto al conflicto estudiantil, no solo no encontramos referencias a acciones de la milicia, sino que se ha descubierto que al menos un somatenista se posicionó abierta y públicamente a favor de los universitarios, siendo sancionado por ello con una cuantiosa multa de cinco mil pesetas.⁸²

Como se señalaba, algunas fuentes apuntan a una pasividad del Somatén en las nuevas funciones represivas y parapoliciales que la dictadura le otorgó. Al respecto, Gabriel Maura apunta que

[...] los españoles [...] estaban sobradamente enterados de que ni los somatenes, ni las uniones patrióticas, ni menos aún los funcionarios públicos utilizarían las soplonas facultades que acababan de conferírseles, salvo quizá para alguna intriga subalterna o ruin venganza privada.⁸³

En esta misma línea, el embajador italiano en Madrid indicaba que las nuevas facultades otorgadas al Somatén fueron muy mal acogidas por los propios somatenistas, que no se querían ver involucrados en actividades parapoliciales y la mala reputación que suelen llevar parejas.⁸⁴ La ausencia de referencias a la milicia en la documentación y estos testimonios permiten afirmar que, a pesar del giro represivo y parapolicial que dio el régimen al Somatén, este no ejerció las nuevas competencias otorgadas. Una cosa era la teoría y otra bien distinta la práctica. A esto se sumaba que en 1929 el Somatén estaba en un franco declive, pues durante gran parte del año la milicia no tuvo ni una sola afiliación, mientras que se producían bajas constantes.⁸⁵

El Real Decreto de 31 de diciembre de 1929 aprobó el *Reglamento de la Institución de Somatenes Armados de España*, que constaba de 206 artículos (más otro adicional) y siete apéndices.⁸⁶ Los Somatenes Armados de España tenían por objeto

[...] contribuir a la tranquilidad del país dando ejemplo de civismo, hacer respetar las leyes y las autoridades, proteger las vidas y haciendas, evitar toda perturbación del orden social y ataque a la propiedad, persiguiendo a quien fuere contra a [sic] ellos y a toda partida latrofaciosa e incendiaria que, aun

⁸² *La Nación*, 15 de marzo de 1929.

⁸³ Gabriel Maura Gamazo, *Al servicio de la Historia: Bosquejo histórico de la Dictadura* (Madrid: Javier Morata, 1930), 2:235-236.

⁸⁴ Avilés Farré, «Un pálido reflejo del fascismo», 83-84.

⁸⁵ Exp. 14, leg. 59, FC_M° INTERIOR-A, AHN.

⁸⁶ *Colección Legislativa del Ejército*, 1930, apéndice 19 (30 pp.).

escudándose bajo una bandera política, se propongan turbar la paz; cooperar a la persecución del que esté reclamado por la Justicia; contribuir al funcionamiento de los servicios públicos mediante la prestación personal, siguiendo las instrucciones que dicte la autoridad competente y dentro de las normas de este reglamento.⁸⁷

Curiosamente, entre las funciones de los somatenistas no se incluían, al menos expresamente, las establecidas desde principios de 1929. No obstante, se disponían algunas funciones de vigilancia, pero referidas a «gente maleante», por lo que suponemos que hacían alusión a delincuentes comunes y no políticos o sociales.⁸⁸

Respecto a la «tutela militar», en este texto, lejos de disminuir, se incrementó, como lo prueba la inclusión de nuevos actores procedentes del Ejército en la organización de los Somatenes: entre ellos, el ministro del Ejército, quien presidiría la Asamblea Suprema de la institución, o los gobernadores militares, implicados en la constitución de las novedosas comisiones organizadores provinciales. De hecho, se establecía que el Somatén solo debía obediencia a sus «jefes naturales», esto es, los militares. No obstante, el mismo reglamento incidía en la diferenciación entre las Fuerzas Armadas y la milicia. No debía confundirse al Somatén con su *hermano mayor*. Por este motivo se ordenaba que, en los desfiles y en las recepciones, los somatenistas nunca tenían que adoptar una formación militar o ejecutar el manejo de armas similares a los realizados en el Ejército. Ni siquiera se debía marcar el paso en los desfiles y quedaba totalmente prohibido el uso de bandas de cornetas y tambores.⁸⁹ Como se puede ver, el celo corporativista de los militares llegaba hasta los extremos más nimios.

Una comparación entre los reglamentos de 1924 y 1929 permite ver algunas diferencias. El primer reglamento, en líneas generales, incidía en el carácter de defensa del orden social, propio de las guardias cívicas, mientras que el nacionalismo español estaba mucho más presente en el reglamento de 1929. Estipulaba, por ejemplo, que los portafusiles de los paramilitares debían llevar los colores nacionales. Establecía que todo somatenista debía ser «un ciudadano ejemplar, que demuestre con hechos el amor a España, una e indivisible». Además, añadía que la labor de paz que tenía el Somatén «contribuye a la prosperidad de España» y que se debía llegar incluso, si era necesario, «al sacrificio de la vida». En líneas semejantes, en el apartado que procuraba regular las relaciones de la milicia con otros cuerpos armados —uno de sus principales problemas, recordemos— se definía el Somatén como una «Corporación de hombres dispuestos voluntariamente a defender la Patria, las Instituciones y el orden, [...] olvidando para ello partidismos políticos y enemistades, poniéndose al lado de la autoridad». A pesar de que

⁸⁷ *Reglamento de la Institución de Somatenes Armados de España*, título primero, capítulo primero («Objeto y organización de la institución»), art. 1.

⁸⁸ *Reglamento*, art. 148.

⁸⁹ *Reglamento*, arts. 194, 204, 205.

el reglamento de 1929 era notoriamente más nacionalista que su predecesor, ambos comparten un carácter contrarrevolucionario —e implícitamente anticomunista— que evidencia una línea de continuidad.⁹⁰

El Somatén sobrevivió a la dictadura de Primo de Rivera hasta que, en abril de 1931, fue suprimido a nivel nacional por la Segunda República a los pocos días de su instauración.⁹¹ Durante la llamada «dictablanda», la acción somatenista acabó paulatinamente desapareciendo, a pesar de que el Somatén todavía tenía motivos para actuar, pues el cambio de gobierno no produjo una relajación de la conflictividad social. Como relata el propio Dámaso Berenguer, a finales de enero de 1930, las calles de Madrid seguían ocupadas militarmente y se esperaban serios disturbios.⁹² Durante estos días, en Cataluña pareció incrementarse la actividad obrera, centrada especialmente en acciones antidictatoriales. El 21 de enero, unos manifestantes agredieron a un somatenista en Girona, y en febrero varios grupos obreros apedrearon y asaltaron varias sedes de la Unión Patriótica en Barcelona, Vic y Sabadell.⁹³

La vida del Somatén y de todo lo relacionado con la dictadura parecía llegar a su fin. Parecía ser el canto del cisne de la milicia, que ponía broche final a su actividad. Ya con la República se produjeron varias denuncias contra el Somatén de la única región donde sobrevivió: Cataluña. Un grupo de alcaldes de Falset (Tarragona), en junio de 1931, declararon que el Somatén no había hecho sino colaborar con quienes «vejaron, pisotearon e intentaron por todos los medios poner en infame humillación [...] los sentimientos catalanes». Para ellos, la milicia no era más que «una pandilla de escopeteros que tanto se “honraron” rindiendo pleitesía a Primo de Rivera y doblando el espinazo de servilones ante el exrey». A fin de paliar esta situación, la República puso un especial celo en el desarme de los somatenes y solo permitió la recuperación del armamento de propiedad particular a aquellos que tuvieran una licencia de armas.⁹⁴ Esta actitud antisomatenista en Cataluña parece responder a un incremento de los sentimientos autonomistas e independentistas como reacción a las políticas españolizadoras y anticatalanistas de la dictadura. Algo que ya fue señalado por el propio Emilio Mola cuando tomó posesión al frente de la Dirección General de Seguridad,⁹⁵ y que Alejandro Quiroga también sostiene bajo el concepto de «nacionalización negativa».⁹⁶

⁹⁰ Artículos 159 y 184. Sobre el reglamento de 1929, véase González Calleja y Del Rey Reguillo, *La defensa armada contra la revolución*, 209-210.

⁹¹ Acerca de la historia del Somatén entre la caída de Primo de Rivera y su disolución, véase González Calleja y Del Rey Reguillo, 216-217.

⁹² Dámaso Berenguer, *De la Dictadura a la República* (Madrid: Tebas, 1975), 27.

⁹³ Berenguer, 71 y 80.

⁹⁴ Exp. 14, leg. 59, FC_M°_INTERIOR-A, AHN.

⁹⁵ Emilio Mola, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad* (La Crítica Literaria, 2011), 42.

⁹⁶ Quiroga, *Haciendo españoles*, 323-329.

Conclusión

Como se ha demostrado en este artículo (y en algún trabajo previo), una de las paradojas del Somatén es que era una organización paramilitar pero a su vez militarizada. Esta institución formó parte del proceso de militarización del Estado y la sociedad españoles durante la dictadura de Primo de Rivera. Este fenómeno se manifestó también en la militarización del Gobierno, sobre todo durante el Directorio Militar (1923-1925), pero también durante la llamada Dictadura Civil (recuérdese que tanto el *número uno* del Ejecutivo, Primo de Rivera, como el *número dos*, Martínez Anido, eran militares); la militarización de la mismísima política, pues desde 1923 el mecanismo de cambio volvió a ser la intervención de los militares en la cosa pública, como se volverá a ver en el *pronunciamiento* del marqués de Estella de enero de 1930, esta vez sin la bendición de Alfonso XIII; la militarización de la Administración provincial y local (en especial de los Gobiernos civiles y de los Ayuntamientos); y la de la justicia civil, de la Administración central y de la sociedad local.⁹⁷ La creación del Somatén respondió a esta misma lógica. Sin embargo, insistimos, esta organización también fue militarizada por el régimen y por el Ejército, lo que contribuyó a que se percibiera como una «milicia anémica» y a que no terminara de desarrollar todas sus potencialidades, porque, más allá de la retórica al uso, a los militares en el poder no les interesaba que lo hiciera.

Refiriéndose al Somatén y a la Unión Patriótica, Ben-Ami asegura de manera enfática que Primo de Rivera «los estableció una vez llegado [al poder], con el fin de sustituir a las bayonetas por las personas como base de su poder».⁹⁸ Este autor no tiene en cuenta, como hemos subrayado, que el Somatén estaba controlado totalmente por el Ejército (las bayonetas). Por consiguiente, una parte fundamental de la base de su poder seguiría siendo realmente militar y no civil. Es más, la propia Unión Patriótica asignó al Ejército «una función vigilante sobre la vida política y social», una idea que harían suya otras organizaciones de extrema derecha durante los años venideros.⁹⁹

Esto explicaría en parte el fracaso del Somatén como defensor del orden social. Si analizamos las acciones de la milicia, paradójicamente, esta apenas realizó actividades propias de sus funciones, salvo en muy contadas excepciones.¹⁰⁰ Si durante los años de 1917 a 1923 el Somatén y otras guardias cívicas habían tenido un papel importante en la represión del movimiento proletario —tomando funciones de brigadas de trabajo (en sustitución de los obreros en huelga) o de «rompehuelgas», enfrentándose directamente y con violencia a los trabajadores—,¹⁰¹ durante la dictadura, a pesar de que en la teoría se quiso remarcar esta función, la naturaleza de su actividad cambió

⁹⁷ Sobre estas diferentes clases de militarización, véase Navajas Zubeldia, *Ejército, Estado y sociedad*, 25-113.

⁹⁸ Ben-Ami, *La dictadura de Primo de Rivera*, 118.

⁹⁹ José Luis Rodríguez Jiménez, *La extrema derecha española en el siglo XX* (Alianza, 1997), 86.

¹⁰⁰ Martínez Segarra, «El Somatén Nacional», 390-391.

¹⁰¹ González Calleja y Del Rey Reguillo, *La defensa armada contra la revolución*.

radicalmente. La extinción de incendios, la pacificación de riñas o altercados vecinales y la supervisión de la moralidad pública —referida, por ejemplo, a la blasfemia o a la embriaguez— fueron las principales actuaciones del Somatén durante la época primorriverista,¹⁰² a pesar de los intentos dinamizadores de la milicia mediante, por ejemplo, la creación de una Ronda Volante que tuviera una actuación rápida y decisiva.¹⁰³

Ciertamente, el cambio se debió en parte a la *pacificación* de la conflictividad social efectuada por la dictadura. La coyuntura económica favorable, la persecución del anarquismo y el comunismo y el acercamiento de la UGT al régimen, además de la creación de los comités paritarios, ayudaron a mitigar los problemas sociales y las protestas obreras. Empero, durante los años dictatoriales continuó habiendo huelgas (si bien no de la magnitud de los años de la crisis de la Restauración) y en 1929 se produjo un incremento más que notable de los conflictos políticos y sociales en que podría haber actuado el Somatén. Como apuntaba Gabriel Maura, la dictadura de Primo de Rivera «si es verdad que usó muy poco del derramamiento de sangre, abusó en cambio, del de lágrimas».¹⁰⁴

Por lo tanto, esto no puede explicar totalmente la inacción del Somatén. Y no fue porque el régimen no necesitara de elementos represores. Como reveló Mola tras su toma de posesión como director general de Seguridad, los efectivos policiales para someter manifestaciones y protestas no eran suficientes.¹⁰⁵ No creemos que esta situación fuera muy diferente para los años previos a 1930 en los que Mola evidencia esta situación.

Creemos que la inacción del Somatén en las funciones que le correspondían por su naturaleza —y que sí efectuó antes de 1923— se debió principalmente a la militarización del Estado. Como apuntaba Mola, refiriéndose a los años de la dictadura: «La absorción de funciones por parte de la autoridad militar, llevó a ésta a intervenir directamente en las cuestiones de orden público».¹⁰⁶ Fue el Ejército, a través de su tutela del Somatén, el que impidió la asunción paramilitar de acciones represivas del movimiento obrero, que los mismos militares se adjudicaron. Ya fuera por desconfianza hacia la milicia —debido a los numerosos escándalos que cometían y la poca disciplina y jerarquía de sus miembros— o porque las Fuerzas Armadas se consideraban suficientes para controlar el orden público, lo cierto es que el Ejército encorsetó la acción somatenista en funciones que para nada se correspondían con las originales, aunque tampoco podemos

¹⁰² Consultados los boletines oficiales del Somatén se puede confirmar esto. Además de que también es defendido por Martínez Segarra, González Calleja o Del Rey.

¹⁰³ La única actuación como «mantenimiento del orden público» de esta Ronda Volante fue su presencia durante la estancia de los reyes de Dinamarca en Madrid, una labor más protocolaria realmente. Véase al respecto *El Somatén: Boletín Oficial del Somatén de la I Región*, febrero y marzo de 1929.

¹⁰⁴ Maura Gamazo, *Al servicio de la Historia*, 2:252.

¹⁰⁵ Mola, *Memorias*, 26-29 y 39.

¹⁰⁶ Mola, 40.

saber si los propios somatenistas hubieran aceptado estas ocupaciones a tenor de su actitud en 1929.

Además, el Somatén no fue el ariete utilizado por los golpistas de septiembre de 1923 para alcanzar el poder, sino que fue creado posteriormente desde este último. Esta es una característica clave para entender esta institución. Durante la primera dictadura del siglo XX español, el Somatén no llegó a ser la «reserva» del Ejército, pero sí que sirvió para «organizar y encuadrar a los hombres de bien», otro de los objetivos establecidos por Primo de Rivera en su manifiesto septembrino. El Somatén fue un instrumento de socialización en general y de socialización política en particular de tres sectores de la extrema derecha en la España de aquellos años: la militar, la civil y la eclesiástica.¹⁰⁷ De esta forma, se puede afirmar que la verdadera función del Somatén durante la dictadura de Primo de Rivera, más que paramilitar o de guardia cívica, fue la de encuadramiento de la sociedad y agente nacionalizador. Verdaderamente, el Somatén tuvo una presencia pública muy destacada durante el sexenio dictatorial y, mediante sus ritos, desfiles, ceremonias y discursos, contribuyó enormemente a difundir una concepción de nación propia de la derecha reaccionaria, esto es, nacionalcatólica, contrarrevolucionaria, anticomunista, autoritaria, militarista y monárquica. Una idea de nación que sería defendida por algunos grupos políticos durante los años treinta, como Renovación Española.

Desde otro ángulo, el Somatén contribuyó a politizar todavía más a los militares, ya de por sí *partidizados*. Al menos, a los que estuvieron relacionados con esta organización: desde los capitanes generales hasta los comandantes generales, pasando por todos los «auxiliares» (los jefes y oficiales destinados en el Somatén). Esta politización fue seguramente más intensa durante los meses finales de la dictadura de Primo de Rivera, en los que, como hemos visto, el Somatén se refundó —al menos en teoría— como una institución parapolicial y represora.

Así las cosas, se puede considerar que el fracaso del Somatén es más bien relativo. Es cierto que fue un «sucedáneo de milicia», como afirmó González Calleja, pues apenas registró actividad propia de un organismo de esa naturaleza, y en este sentido se puede calificar que fue un rotundo fiasco, puesto que la acción del Somatén no estuvo destinada a controlar o combatir el movimiento obrero. Pero también es igualmente cierto que su labor política de proselitismo y socialización de una idea de nación reaccionaria y autoritaria —y de búsqueda de apoyos— fue muy intensa, y el régimen dio siempre prioridad a la milicia en este aspecto, a pesar de que a corto plazo generase esa «nacionalización negativa», ya mencionada. Por estos motivos, no se puede calificar al Somatén como *anémico*, pues en sus funciones nacionalizadoras su papel fue más que primordial para el régimen de Primo de Rivera. El Somatén tuvo relevancia en los planes políticos del dictador hasta el final de sus días.

¹⁰⁷ Acerca de los conceptos de socialización y socialización política, véase Salvador Giner, Emilio Lamo de Espinosa y Cristóbal Torres, eds., *Diccionario de sociología* (Alianza, 1998), 695 y 696, respectivamente.

En su origen, la creación del Somatén Nacional por parte de Primo de Rivera respondió a dos aspectos: el paramilitar y el nacionalizador de educación de las masas. Como paramilitares naufragaron estrepitosamente y es difícil que difundieran unos valores castrenses (como la disciplina, jerarquía, valor y obediencia) que ni siquiera algunos de sus miembros profesaban, de acuerdo con sus enfrentamientos con otras autoridades y los escándalos que producían por diversos motivos. Como agentes nacionalizadores y politizadores, si bien es difícil saber el grado de aceptación popular de su discurso, se puede afirmar que tuvieron una actividad nada desdeñable, amén de que su afiliación tampoco fue escasa (aunque esta también se debía a intereses personales).

Este artículo contribuye a asentar la idea de que el Ejército fue durante este periodo, pero también durante la crisis de entreguerras española, una suerte de partido político —el llamado «partido militar»— al haber roto su neutralidad política, haber intervenido en asuntos que no eran de su competencia profesional y haber contribuido a la militarización o paramilitarización militarizada del Estado y de la sociedad civil en la España de aquellos años.¹⁰⁸

Este texto también propone contemplar el Somatén como un fenómeno más complejo: no solo hay que atender a su labor paramilitar o represora, sino también a su aspecto nacionalista y de socialización de ideas políticas entre la población. Ciertamente, se deja a la libre interpretación del lector definir al Somatén como un fracaso o un éxito; no obstante, a estos calificativos habría que añadirle el término «relativo». Es verdad que el Somatén tuvo muchos errores y fracasos, pero no puede obviarse que también contó con aciertos y que el régimen le dio gran presencia pública en todo momento, otorgándole una labor de politizar a las masas para lograr el apoyo de estas.

Para futuras investigaciones, cabría plantear el estudio individualizado de los comandantes generales y los auxiliares de las diferentes regiones militares y, por extensión, de todos los militares implicados en la organización y desarrollo del Somatén para saber de dónde venían y, casi más importante, cuál fue su trayectoria posterior a la caída de la dictadura de Primo de Rivera. También sería interesante comprobar si han quedado restos de los registros de difamadores y alborotadores (en la jerga primorriverista) elaborados por los comandantes generales de las regiones militares a partir de enero de 1929. Sería necesario, por tanto, continuar analizando la labor del Somatén desde 1929 a fin de corroborar o rechazar las tesis aquí mantenidas con respecto a sus funciones parapoliciales. Por otro lado, convendría proseguir la línea de los estudios regionales o locales del Somatén teniendo en cuenta que la profundidad de estos estudios permitirá una mejor comprensión del Somatén a nivel nacional. En este punto sería necesario analizar el Somatén en Marruecos a fin de observar si el africanismo influyó en la milicia de forma diferente a su homólogo peninsular. Otro aspecto que podría ser interesante

¹⁰⁸ Navajas Zubeldia, «El “partido militar” en la crisis interbélica»; y Casals, «Auge y declive del “partido militar” de Barcelona».

examinar en futuras investigaciones es el grado de aceptación popular del discurso nacionalizador somatenista, especialmente en pueblos pequeños, donde parece ser que tuvo mayor impacto. Sería también necesario realizar algún estudio que aborde la deriva política de aquellas personas que fueron somatenistas durante los años veinte: ver si su experiencia paramilitar tuvo consecuencias en su pensamiento político y los llevó a militar en algún partido político de la derecha radical durante la República. Otro tema de estudio podría ser si la experiencia del Somatén condicionó o influyó en posteriores proyectos de encuadramiento social y si estos aprendieron de los errores de la milicia primorriverista.

Declaración de divulgación

Los autores no declaran ningún conflicto de intereses potencial.

Financiación

Este trabajo forma parte de los proyectos de investigación «La España global: Las identidades españolas en perspectiva transnacional (1780-1936)» (PID2019-108299GB-C21) y «Patrias y Dioses: Religión y Nacionalismo en la Europa del Sur global, 1914-1965» (PID2023-150381NB-I00).

Reseñas

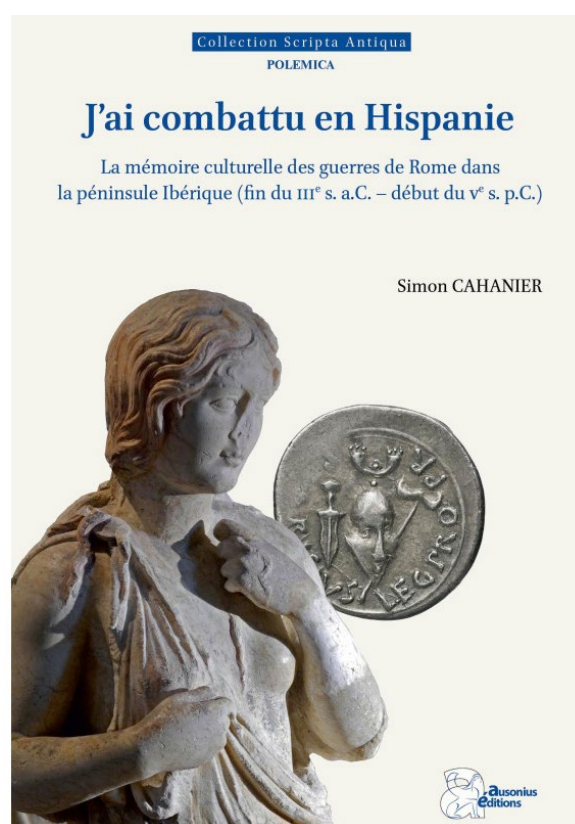
Simon CAHANIER: «*J'ai combattu en Hispanie*»:
La mémoire culturelle des guerres de Rome dans la péninsule Ibérique
 (fin du III^e s. a.C.-début du Ve s. p.C.), Bordeaux,
 Ausonius Éditions, 2024, 680 pp., ISBN: 978-2-35613-603-9.

Antonio Terol Pacheco
Universidad de Málaga; Sorbonne Université

Nuevas perspectivas en el estudio de la guerra en Hispania

La obra que estamos reseñando es la publicación de la tesis doctoral del autor, Simon Cahanier, defendida en 2020 en la Université Jean Moulin-Lyon 3. Junto con el trabajo de Anne Kubler, *La mémoire culturelle de la deuxième guerre punique* (2018), representa los nuevos enfoques y caminos por los que se abren paso los estudios sobre la guerra en la Antigüedad. El objetivo del presente libro es analizar la formación y transmisión —es decir, la estructuración y periodización— de la memoria cultural de las guerras que los romanos libraron en la península ibérica.

La introducción y el primer capítulo muestran ya la sólida formación teórica que es la base del trabajo del autor. Cahanier utiliza el concepto de «memoria cultural» tal como es definido por Jass y Aleida Asmann. Estrechamente ligado a las nociones de identidad y tradición, se define aquí como aquella memoria construida a lo largo del tiempo de existencia del grupo y que corresponde al conjunto de objetos culturales y simbólicos compartidos a un nivel supracomunicativo. El autor repasa las propuestas sobre la relación entre memoria e historia, desde su separación en la obra de Pierre Nora hasta el desarrollo del concepto de «mnemohistoria» (*mnemohistory*, *mnémohistoire*), de nuevo por Jass Asmann y formalizado recientemente por Astrid Erll. Una aproximación mnemohistórica consiste, pues, en analizar las relaciones entre historia y memoria.



Este punto de partida metodológico resulta apropiado para un estudio que toma como una de sus más importantes bases documentales las obras de la historiografía antigua grecorromana, que era considerada en la época como un género literario y no una disciplina científica. Para el propio autor, su enfoque no es ni histórico ni historiográfico, sino que adopta un tercer punto de vista que considera la conquista de la península ibérica como una construcción memorial evolutiva que responde a retos sociales, políticos y literarios, y que aborda el pasado «tal y como se conoce», es decir, «la interacción entre el presente y el pasado en contextos socioculturales». Por lo tanto, se trata de reconstruir la historia de una memoria.

El estudio propiamente dicho se divide en tres partes, que corresponden a los tres momentos de la memoria cultural de las guerras hispanas en la Antigüedad: el periodo republicano, el advenimiento del principado y la época imperial. La primera parte lleva por título «L'invention des guerres hispaniques» y contiene los capítulos 2 a 4.

El capítulo 2 analiza cómo el carácter competitivo de la sociedad romana aristocrática recurrió a las guerras hispanas como escenario en que se desarrolla el *cursus honorum*. De esta forma, los individuos pueden adquirir prestigio —el autor entiende este prestigio, sin un equivalente exacto en el vocabulario latino, como una forma de capital simbólico, según la terminología de Pierre Bourdieu—, principalmente en la guerra, a través de los *res gestæ*, y escenificarlo en Roma mediante distintas estrategias que fijan sus victorias en la memoria: monumentos, triunfos e incluso acuñaciones monetarias.

Si los generales explotan los hechos de las guerras hispanas con fines políticos y sociales, de forma paralela y relacionada tiene lugar la formación de un relato de los acontecimientos siguiendo los códigos de la historiografía. Analizarlo es el objetivo del capítulo 3.

La primera parte del capítulo se centra en lo que el autor denomina «la invención de las guerras hispánicas»; es decir, la elaboración de un relato que narre los acontecimientos de forma cronológica. A partir de autores como Sempronio Aselión y Cicerón, podemos inferir que este proceso, subordinado a la voluntad de ofrecer un discurso edificante y moralizante, consiste en la selección de hechos (*inuentio*), su organización con el objetivo de mostrar las relaciones de causa y efecto (*dispositio*) y su presentación de forma agradable (*elocutio*). Respecto al primero de los elementos, la *inuentio*, se constata que, a pesar de las variaciones en función del proyecto de cada autor, a partir del siglo II a. C. podemos hablar de una fijación de las campañas y figuras que estructuran la memoria de las guerras hispanas, consolidada por la dimensión conservadora que la historiografía romana materializa a través del método de la *imitatio* o *æmulatio*. Como consecuencia del estado fragmentario de las obras historiográficas, los detalles de esta selección se nos escapan; pero el autor logra ofrecer un cuadro aproximativo convincente.

La *dispositio*, por su parte, viene condicionada por el respeto del orden cronológico. El autor se interesa por la periodización, definida como la construcción de

secuencias temporales que dotan de significado a una sucesión de hechos brutos. De ahí que, por ejemplo, ya desde sus contemporáneos, la guerra de Aníbal fuera concebida como un conjunto coherente, dentro de la cual se incluía el propio inicio de las guerras en Hispania: el desembarco de Cornelio Escipión en Ampurias en 218 a. C. Cahanier sostiene que, a partir de la segunda mitad del siglo II a. C., la captura de Numancia en 133 a. C. marca, para los autores republicanos, el final de las guerras hispanas, mientras que los acontecimientos del siglo I a. C. tendrían una consideración aparte. Desde esta perspectiva, la visión de un proceso largo y homogéneo que tiene como fin la conquista y provincialización completa del territorio hispánico sería una idea forjada en época de Augusto y, por lo tanto, anacrónica para el periodo republicano.

Por último, con la *elocutio* se relaciona la introducción de elementos aparentemente estéticos o superficiales, motivo de debate ya en la historiografía antigua, como demuestran las polémicas de Polibio contra sus predecesores. El resultado puede ser un relato histórico-ficcional que se traslada a la memoria cultural bajo el fenómeno descrito como «mnemohistoria».

La segunda parte de este capítulo analiza el compromiso político de la historiografía, así como los límites de estos, y sus modos de aportación a la competición social de la aristocracia senatorial. A continuación, el capítulo 4 ofrece un estudio de caso a través del corpus ciceroniano, que permite ir más allá de la historiografía *sensu stricto*. Cahanier muestra a través de este autor el carácter variado y evolutivo de los *exempla* históricos originados en las guerras hispanas.

La segunda parte del libro, «La mémoire des guerres hispaniques au prisme des guerres cantabres», comprende los capítulos 5 y 6. La cronología es ahora la época de Augusto. Las prácticas de la representación de la victoria no cambian su forma respecto a las empleadas por los generales republicanos, pero Cahanier subraya la siguiente novedad del periodo: a diferencia de estos últimos, Augusto no exalta sus éxitos en el contexto de una competición *inter pares*, sino que, sin rival después de Actium, sus discursos buscan la legitimidad de una posición de supremacía ya adquirida.

Si en el capítulo 5, a través principalmente de las obras poéticas de Virgilio, Horacio y Propertio, se analiza la recepción inmediata del discurso sobre las guerras cántabras elaborado por Augusto, el capítulo 6 vuelve al género historiográfico. En una primera parte, Cahanier insiste en que es entonces cuando tuvo lugar un cambio de paradigma. En autores como Livio, Trogo Pompeyo y Estrabón encontramos la visión de un proceso unitario y teleológico de conquista y adquisición de Hispania, cuya culminación representan las guerras de Augusto. Además, la ideología detrás de la idea de la *Hispania pacata* supone también una proyección hacia el futuro: la sumisión definitiva de la península ibérica es el preludio de una época de paz y prosperidad.

En la segunda parte del capítulo, el autor explora, a partir de Tito Livio, un problema fundamental de la historiografía grecolatina: la necesidad de combinar, por un

lado, una narración analística que sigue el estricto orden cronológico de los acontecimientos y, por otro lado, un hecho histórico, en este caso las conquistas hispanas, que es contemplado como un proceso homogéneo. Para hacer frente a esta dificultad, Cahanier distingue cuatro estrategias operadas por Livio. Primero, presenta la conquista como un proceso continuo, donde las diferentes etapas se suceden de manera ininterrumpida. Segundo, compone el relato siguiendo un esquema narrativo repetitivo; en este caso, presenta siete grandes ciclos que corresponden a una crisis y a su resolución, conteniendo cada una de ellas una serie de etapas idénticas. Tercero, integra las conquistas occidentales en la obra como un contrapeso a las campañas orientales. Cuarto, Livio inserta varios «índices» o «tablas de contenidos». Con esto último, Cahanier se refiere al discurso de Espurio Ligustino, que Livio transcribe en estilo directo en XLII 34, 5-10. Habiendo sido ya definido como una síntesis de la historia militar romana, Cahanier propone verlo como un resumen o índice de la cuarta década de *Ab Vrbe Condita*. Si bien la obra contiene otros puntos de recapitulación, las circunstancias que hacen este posible, así como la amplitud de los acontecimientos recogidos, lo convierten en excepcional. No sabemos hasta qué punto esta excepcionalidad puede ser compatible con la idea de una estrategia sistemática.

La tercera parte lleva por título «Les métamorphoses de la mémoire après l'achèvement de la conquête» y comprende los capítulos 7 y 8. El final de la conquista supone, para las nuevas generaciones de romanos, un evidente y cada vez mayor alejamiento cronológico respecto de los acontecimientos. Como consecuencia, las guerras hispanas pierden su valor de explotación para la competición aristocrática, una circunstancia que se agrava con la renovación de las jerarquías. Al mismo tiempo, asistimos a la reducción de la memoria cultural republicana a un número limitado de grandes acontecimientos y al punto de vista de los éxitos de los generales combatientes. Por un lado, el capítulo 7 examina este proceso en la literatura de *exempla*; pues la memoria de las acciones de aquellos que participaron en la guerra sirvió, durante toda la época imperial, como modelo de inspiración para la élite intelectual romana. Por otro lado, el capítulo 8 explora la reducción significativa del material que tiene lugar en la historiografía imperial, donde proliferan los compendios y resúmenes en detrimento de las obras monumentales de la época de Augusto. A diferencia del carácter de elogio que encontramos en la literatura de *exempla*, la visión de las guerras hispanas es aquí mucho más matizada, pues, junto a la visión gloriosa, algunos recuerdan y lamentan las derrotas.

Combinando la historia cultural con el análisis historiográfico, Cahanier nos presenta de forma rigurosa un estudio exhaustivo de un fenómeno a lo largo de toda su existencia durante la Antigüedad, si bien la memoria cultural de las guerras hispanas pervive hasta nuestros días. Al mismo tiempo, contribuye a la actual renovación de los estudios sobre la guerra y a las nuevas perspectivas de la historia antigua de la península ibérica. Si bien la documentación literaria prima en este estudio, pues es la más

numerosa y rica, el autor es consciente del problema de su transmisión fragmentaria, además de no renunciar a los materiales arqueológicos, epigráficos y numismáticos. Todo el trabajo se complementa con una serie de anexos y con una bibliografía en varios idiomas. Los materiales del anexo, que demuestran el escrutinio minucioso de las fuentes y el uso del método cuantitativo aplicado a la historia, pueden consultarse de forma libre y gratuita en la página web de la editorial.

Rafael ZURITA: *Agustina de Aragón. Vida y mito de una heroína de guerra*, Barcelona, Ático de los Libros, 2025, 575 pp., ISBN: 978-84-19703-49-1.

Rafael Fernández-Sirvent
Universidad de Alicante

Biografiar un mito patriótico y transgresor para llegar al estrato humano en su contexto histórico: una tarea minuciosa de historia pública

Hay nombres de pila que evocan mito e historia en el imaginario colectivo universal o nacional: Julio César, Napoleón... Para el caso español, Agustina de Aragón posee una connotación épica, transgresora y legendaria cargada de tintes nacionalistas, que fue adquiriendo un potente significado socio-político en el proceso de construcción del Estado liberal español. Sus nombres trascienden lo humano, se idealizan; se perpetúan e immortalizan a través de versos, memorias, coplas, novelas, libros de viaje, monumentos públicos, efemérides, el séptimo arte, discursos públicos e incluso usos publicitarios con ánimo de lucro para fomentar el consumo de productos, el turismo cultural, etc. El oficio de la historia tiene como principal tarea el emprender la disección de ambas esferas —la realidad documentada y más humana del pasado y la representación sobredimensionada e idealizada con base en unos intereses políticos— a través de un método científico, el historiográfico, con una contrastada base empírica y analítica.

Para el caso que nos ocupa, la biografía histórica y el enfoque de género demarcan el procedimiento científico más idóneo para emprender tan ambicioso propósito. Además, una biografía de ágil lectura sobre un personaje insigne puede ser la vía de acceso principal hacia un público diverso, para transferir a la sociedad, con un lenguaje inteligible, los avances científicos de nuestra disciplina. Encomiable labor, pues, el hecho de plantearse de partida una minuciosa investigación de varios años de duración con el objeto de aportar nuevo conocimiento científico significativo, empírico y analítico, sobre un personaje tan archifamoso como realmente desconocido y, a la par, hacerlo



desplegando las mejores virtudes de la historia pública. No estamos ante una biografía introspectiva que intente indagar en el pensamiento político y obra de una persona destacada —la escasa documentación personal existente lo impide, como indica el autor (p. 257)—. Se trata, en cambio, de una biografía cuyo mayor potencial es ir proyectando el contexto macro y micro de un modo tan sumamente detallado que los elementos descriptivos y analíticos que forman parte de la trayectoria vital de la protagonista de la investigación se entrelazan con el resto del relato sin romper el hilo del ambiente (contexto sociopolítico, cultural y económico, arquitectónico, bélico...) que, cabe suponer, condicionaba sus decisiones y su devenir en cada coyuntura. De forma metafórica, se podría decir que Rafael Zurita monta con gran rigor el escenario perfecto para dar vida a la representación histórica de la Agustina de carne y hueso durante sus nada menos que setenta y un años de existencia terrenal. Las luces y los efectos especiales de los relatos patrioterros, románticos y nacionalistas se encargaron de construir la Agustina arquetípica desde 1808 (la del mito para la posteridad), que con el andar del tiempo se ha ido diluyendo, ya que en los libros de texto más recientes apenas hay cabida, como antes sucedía, para personajes históricos que no sean jefes y jefas de Estado o grandes hombres y mujeres de la política.

De entrada, hay un elemento que llama poderosamente la atención y que no es fruto sino de una casualidad, eso sí, casi premonitória de lo que iba a ser su devenir en la historia: Agustina de Aragón no es de Zaragoza, sino que se apellida Zaragoza, ni tampoco es oriunda de Aragón, aunque su acto heroico y su mito la hicieron hija adoptiva de esta región. Agustina Zaragoza Domènech era barcelonesa y con ascendencia en el pequeño pueblo catalán de Fullea, donde en 1986 se erigió una escultura conmemorativa —la legendaria Artillera con el botafuego en mano y una réplica de un cañón de época— en memoria del acto heroico a partir del cual se forjó el mito nacionalista de este personaje transgresor.

La cuidada y amena narrativa del profesor Zurita recurre con frecuencia al zoom micro y macro y se expone en la disección del contexto socioeconómico y de la vida cotidiana, como puede ser, por poner un ejemplo, un día normal de 1808 a través de la información recogida en el *Diario de Barcelona*, los elementos urbanísticos y arquitectónicos civiles y de defensa militar, las redes familiares, de amistades y laborales, etc. Un ejercicio que, si en ocasiones es verdad que nos desconecta algo del hilo biográfico de la protagonista, a la postre resulta útil y necesario para el público menos especializado a la hora de ubicar la trayectoria vital del personaje y el nacimiento del mito que le envuelve en su contexto sociopolítico, material y cultural. En ocasiones, el relato, con todo lujo de detalles extractados de la prensa o dando paso al testimonio de protagonistas de la época a través de sus memorias y escritos de otra índole —la novela hagiográfica publicada en 1859 por Carlota Cobo, hija de Agustina, se utiliza con el mismo acierto que la prudencia reclama—, traslada al lector o lectora al desconcertante ambiente que

vivieron los españoles y las españolas durante la encrucijada de 1808, ante la indecisión de las élites y el consiguiente vacío de poder de algunas instituciones y al calor de la propaganda incendiaria, mayoritariamente antifrancesa, que se difundió en la sociedad y la politizó por completo en apenas unos meses, mientras organizaba su resistencia y lucha en lo que podemos catalogar a todas luces de guerra total. Como durante un tiempo estuvo de moda en el ámbito historiográfico, la obra bien podría haberse llamado, y con rigor, *Agustina de Aragón y su tiempo*.

Cuando se iniciaba la Revolución francesa de 1789, Agustina solo tenía tres años de vida, por lo que aún no fue consciente del protagonismo que iba a tener en el cambio de tiempo que se avecinaba y que le tocaría vivir en primera persona: guerras, revolución política, desmantelamiento del orden jurídico del Antiguo Régimen y su progresiva sustitución por un Nuevo Régimen liberal, el alumbramiento de una nueva sociedad de clases y el nacimiento de la política moderna. El proceso de mitificación de Agustina Zaragoza, como mujer guerrera, comenzó a forjarse bien pronto, al inicio de guerra de la Independencia, cuando era una joven veinteañera. La vigorosa propaganda de guerra entre 1808 y 1814 fue el crisol de los grandes mitos de la historia nacional o, dicho de otro modo, del nacionalismo español: Agustina se erigió en la perfecta representación femenina de esa «nación en armas» que «de forma unánime» —hoy sabemos que no hubo tal homogeneidad en el proceso— se alzó y luchó contra la injerencia de Napoleón y su *Grande Armée* en España.

Fue en Zaragoza donde Agustina protagonizó la acción bélica que le dio fama. Su caso no fue excepcional, como afirma Rafael Zurita, ya que hubo otras muchas mujeres que transgredieron de forma parcial o total sus roles de género y combatieron en otros lugares y movidas por diversas circunstancias o propósitos. Sin embargo, el general Palafox —quien sobresalió más como propagandista que como jefe militar— tomó como arquetipo de «joven amazona» a la catalana Agustina Zaragoza y proyectó de ella una imagen vital que acrecentaron otros diplomáticos, militares y viajeros británicos que la conocieron personalmente durante los años de la guerra. Valga como ejemplo el relato que Zurita utiliza del médico británico C. Vaughan, quien conoció a Agustina y de la que escribió en 1809 lo siguiente referido al sitio de Zaragoza:

Aquí fue donde una mujer llevó a cabo un acto de heroísmo sin apenas paralelo en la historia [...] Agustina se abalanzó por encima de los heridos y muertos, arrebató la mecha de la mano de un artillero muerto y disparó un cañón del veinticuatro y, subiéndose luego de un salto sobre la pieza, juró solemnemente no abandonarla mientras siguiera viva y continuara el sitio. Esta intrepidez y valentía estimuló a sus conciudadanos a reiniciar los esfuerzos, de manera que se precipitaron sobre la batería y nuevamente abrieron un terrible fuego contra el enemigo. (pp. 150-151)

Palafox la condecoró por tal hazaña y le dio el título honorífico de «la Artillera», que pronto devino en su sobrenombre. Como exaltación del patriotismo, el grabado número 7, titulado «¿Qué valor!», de la extraordinaria colección *Desastres de la guerra*, obra del ilustre pintor aragonés Francisco de Goya, hace alusión precisamente al acto heroico que contribuyó a forjar el mito de Agustina la Artillera.

Como recordara el mariscal francés Soult en sus *Memorias*: «Los españoles, que se batían mal en el campo abierto, defendían bien sus plazas». La resistencia en las ciudades muestra una cara de la lucha contra Napoleón y los franceses que había sido relegada durante mucho tiempo a un segundo plano (justamente al contrario de lo que ocurre con la muchas veces sobredimensionada guerrilla), pero que desconcertó, y mucho, a las tropas imperiales y alteró constantemente la lógica de la guerra y los planes sobre la Península, como puede verse de forma conjunta en *Los sitios en la Guerra de la Independencia: La lucha en las ciudades*.¹ Para el caso de Zaragoza, el uso público de la Virgen del Pilar unido a la hazaña de la catalana Agustina y de otras ilustres heroínas aragonesas construyeron un halo de misticismo patriótico difícilmente parangonable en la Europa de las guerras napoleónicas.² Durante el segundo sitio de la ciudad, en diciembre de 1808, los españoles colocaron un cartel místico para insuflar valor y moral de combate: «Reducto del Pilar, inexpugnable gracias a su nombre sagrado. Zaragozanos, vencer o morir por la Virgen del Pilar» (p. 180). También se hicieron proclamas dirigidas expresamente a las zaragozanas. Como destacaron algunos mariscales franceses, el clero hizo lo propio también en esa lucha urbana y guerrillera en defensa de la religión, la patria y el rey Fernando, en una especie de guerra santa que convirtió de forma simbólica el sacrificio de la muerte patriótica en una liberación hacia la vida eterna.

Tras la rendición de Zaragoza, se narran las peripecias de la Artillera, quien se preocupó por que se le reconocieran su grado y sueldo militares, por diversos lugares de España —como se ilustra en un útil mapa de elaboración propia (pp. 238-239)—, entre ellos la ciudad que será más mitificada durante y después de la guerra: Cádiz. No es casualidad que, en aquel contexto de encarnizada guerra, el joven aristócrata británico lord Byron, adalid del Romanticismo decimonónico, viajara por España en su paso hacia el Grand Tour y escribiera en su exitosa obra *Las peregrinaciones de Childe Harold* unas estrofas referidas a Agustina como la Juana de Arco y la Minerva sensual, femenina y con dotes guerreras. El mito romántico de Agustina no pudo tener mejor abanderado, uno de los más destacados narradores románticos de la libertad y del sacrificio y sufrimiento personal (*pathos*) que solía conllevar la consecución de dicha libertad. Asimismo, las figuras de Palafox y Agustina fueron ensalzadas en Prusia por la pluma de

¹ Gonzalo Butrón y Pedro Rújula, eds., *Los sitios en la Guerra de la Independencia: La lucha en las ciudades* (Sílex, 2012); reseña de Rafael Fernández Sirvent en *Pasado y Memoria* 12 (2013): 211-213.

² Francisco Javier Ramón Solans, «La Virgen del Pilar dice...»: *Usos políticos y nacionales de un culto mariano en la España contemporánea* (Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014).

Heinrich von Kleist. Zaragoza, España, la nación española, encarnadas en la heroica figura femenina de Agustina la Artillera, se erigían así en un modelo de resistencia contra la tiranía de Napoleón y su Grande Armée.

El Tratado de Valençay (1813) permitió que Fernando VII regresara al trono español. El hecho de que «el Deseado» recibiese a Agustina en palacio, y le otorgara un incremento de su pensión sobre su sueldo de subteniente de infantería, apuntala el aura de heroísmo que envolvía a la ya famosa Artillera de Zaragoza. Curiosamente, tras la experiencia del Trienio Liberal, Agustina fue la única mujer en su época con grado militar, por lo que, al igual que todos los oficiales del Ejército español, fue sometida a «examen político» (depuración) en 1826. Fue también el propio Fernando VII quien desde el final de la guerra contribuyó a fijar la memoria oficial de Agustina, mediante la concesión de condecoraciones y pensiones o la erección de monumentos. En 2009, en el marco del Plan de Memoria de Madrid, se colocó una placa en la calle Humilladero que señala el lugar donde residió «Agustina de Aragón» durante su estancia en Madrid.

Como se puede observar con detalle en las doscientas páginas que el autor dedica a la imagen pública y a la memoria de Agustina, resulta sumamente significativo que el mito, cuyo arquetipo iconográfico fijó Goya con su citado grabado «¡Qué valor!», haya trascendido a las polarizaciones ideológicas desde el siglo XIX hasta la Segunda República y la dictadura franquista, pasando por los centenarios, hasta su representación en el cine y otras artes, asunto que también ha analizado, desde el imaginario republicano, Marie-Angèle Orobon en el reciente *Diccionario simbólico del republicanismo histórico español (siglos XIX-XX)*.³

Más allá de que Agustina Zaragoza fuera leal a su monarca Fernando VII y tuviera unas profundas convicciones católicas —como no podía ser de otra manera en la monarquía católica que vio nacer a la nación católica en las entrañas de una guerra de liberación—, estamos, quizás, ante la española del siglo XIX que más pronto transgredió distintos roles de género y, podríamos decir, hizo de avanzadilla del movimiento feminista sin en principio pretenderlo. Su catolicidad no fue óbice para que llevara la vida afectiva que quiso (dos hijos de dos hombres, una relación con un estudiante de medicina trece años más joven, actitudes duramente reprochables por la moral católica imperante entonces en todas las esferas de la sociedad) y fuera la única mujer en ostentar un grado militar en un espacio, el Ejército, tradicionalmente reservado al hombre para desarrollar su «innata masculinidad guerrera». Como hizo notar la premio nobel de literatura Svetlana Aleksíevich, *La guerra no tiene rostro de mujer* (1985), aunque las acciones «heroicas» no entiendan de género, cosa que viene en el ADN de la propia cultura occidental a través de su mitología clásica, del mismo modo que a través de ella nos llegan las desigualdades de una sociedad patriarcal entre las divinidades. En la época que le tocó

³ Marie-Angèle Orobon et al., *Diccionario simbólico del republicanismo histórico español (siglos XIX-XX)* (Comares, 2024). Reseña de Rafael Fernández Sirvent en *Pasado y Memoria* 29 (2024): 454-457.

vivir a Agustina, el hecho de ser mujer siempre se vio como un mérito o valor añadido a las propias acciones heroicas que protagonizó en la guerra de la Independencia española.

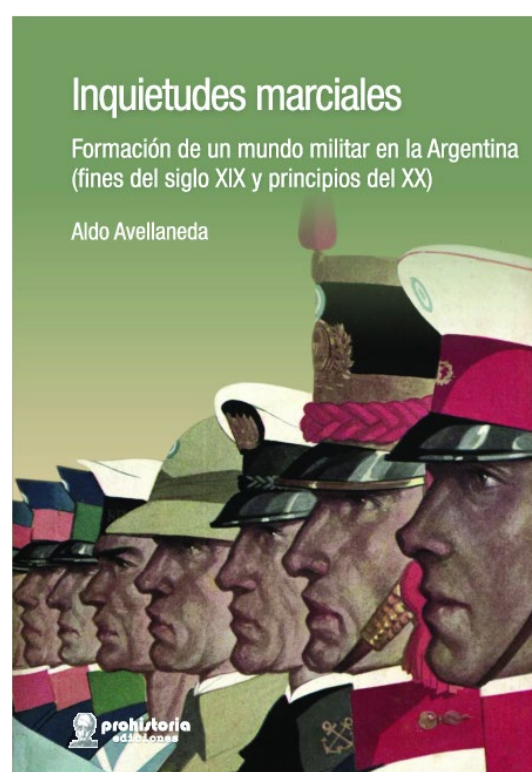
Aldo AVELLANEDA: *Inquietudes marciales. Formación de un mundo militar en la Argentina (fines del siglo XIX y principios del XX)*. Rosario, Prohistoria, 2024, 338 pp., ISBN: 978-987-809-092-4.

Lucas Codesido

Instituto Ravignani, Universidad de Buenos Aires

Un viaje hasta la génesis del universo marcial

Inquietudes marciales: Formación de un mundo militar en la Argentina (fines del siglo XIX y principios del XX) surge como resultado del trabajo que Aldo Avellaneda ha desarrollado a lo largo de más de una década de investigación. El tema principal que intenta desarrollar este libro es la emergencia de un mundo militar en la Argentina desde finales del siglo XIX y principios del XX (1870-1930). Según las propias definiciones del autor, ese nuevo mundo se constituye a partir del surgimiento de una nueva zona de identidades en el interior del universo militar, un fenómeno que resume como el «gobierno y el cuidado de sí mismos». Para abordar esta problemática, Avellaneda se apoya en los estudios anglosajones sobre la gubernamentalidad, una serie de investigaciones que derivan de una renovación en las lecturas de la obra de Michel Foucault. Esas herramientas teóricas le permiten definir las preocupaciones y los motivos que impulsaron la investigación y también son utilizadas para construir el objeto de estudio. Como trataremos de explicar más adelante, el fenómeno de la gubernamentalidad en el mundo militar argentino abordado por el autor está estrechamente conectado, aunque no es del todo equivalente, con aquello que los historiadores de la temática militar estudian como: procesos de «profesionalización», «burocratización» o «modernización» militar en



Esas herramientas teóricas le permiten definir las preocupaciones y los motivos que impulsaron la investigación y también son utilizadas para construir el objeto de estudio. Como trataremos de explicar más adelante, el fenómeno de la gubernamentalidad en el mundo militar argentino abordado por el autor está estrechamente conectado, aunque no es del todo equivalente, con aquello que los historiadores de la temática militar estudian como: procesos de «profesionalización», «burocratización» o «modernización» militar en

Argentina.¹ Una serie de cuestiones cuyo horizonte espaciotemporal coincide con los temas que plantea este libro.

Al emprender la lectura de la introducción y la primera parte del libro, destaca el amplio tratamiento que el autor hace de los antecedentes históricos que permitieron la aparición del mundo militar que abordará más adelante. En este recorrido, Avellaneda se remonta hasta el periodo colonial y realiza un completo barrido bibliográfico, reseñando una larga lista de historiadores europeos y americanos. El autor lleva a cabo una lectura original en la que muestra un alto nivel de conocimiento sobre el estado de la cuestión sobre las fuerzas de guerra y sus distintos abordajes historiográficos. En esa primera parte, el libro describe el transcurrir de una época marcada por la militarización en diferentes dosis y con cuerpos armados de características diversas. Las sociedades son atravesadas por la presencia del fenómeno bélico, aunque aún no aparece un mundo propiamente militar en el sentido propuesto por el autor.

Según nos cuenta Avellaneda, la aparición del mundo militar en la Argentina se produjo con los cambios en las comunidades guerreras que protagonizaron la época de las campañas militares en la frontera y los conflictos provinciales de la segunda mitad del siglo XIX, vinculados con la consolidación del Estado nacional. Por su parte, la construcción estatal, ligada a la centralización del poder militar, se erigió como condición de posibilidad para la emergencia de ese mundo militar que propone examinar este libro. Al puntualizar la definición del «mundo militar» como objeto de estudio, según el autor, este «se compone de los modos de reflexión, comprensión y gobierno de sí mismos que producen los mismos militares» (p. 71).

Más adelante, Avellaneda describe la aparición en las últimas décadas del siglo XIX argentino de aquello que denomina el «ciudadano de las barracas». Este se convirtió en el principal objeto de reflexión en el pensamiento militar y un habitante que llegó para instalarse de modo permanente en la imaginación de ese mundo militar en construcción. Los sujetos considerados en los ámbitos militares serán aquellos individuos cuya existencia transcurre en una prolongada estadía en las dependencias militares. Con estas premisas, Aldo Avellaneda reconstruye las formas de reflexión, organización y despliegue territorial del aparato militar por parte de un «gobierno a distancia», todas cuestiones vinculadas con la movilización de ciudadanos en las distintas jurisdicciones provinciales del país. En el marco de ese recorrido, el autor examina la trayectoria de la idea de un servicio militar obligatorio a fines del siglo XIX, en la que diferencia entre las propuestas de instrucción militar para los ciudadanos y los proyectos de un servicio militar amparados en la necesidad de reclutar soldados para el Ejército (capítulo

¹ Germán F. Soprano Manzo, «¿De qué hablamos cuando decimos modernización, burocratización y profesionalización militar en la Argentina de principios del siglo XX? Problemas y enfoques historiográficos a propósito de esta cuestión», *Estudios del ISHIR* 11, n.º 31 (2021): 1-22.

3). Respecto de la denominada ley Riccheri (1901), el libro discute la tradicional referencia en la historiografía a su papel de parteaguas en la tradición militar argentina.²

Otra cuestión que introduce Avellaneda, vinculada con la particularidad del proyecto de servicio militar de 1901, es que este superpuso y mezcló los problemas de la instrucción militar de la población masculina con la dotación de recursos para el Ejército, y que lo hizo «apoyándose de modo explícito en el marco más general de un proyecto cultural» (p. 151). Entonces empieza a consolidarse en el mundo militar la idea del «ciudadano de las barracas»: un individuo que, al ser educado militarmente, irá cultivando una serie de valores propios del «espíritu nacional» y que lo instruyen como una suerte de guardián para la defensa de la patria, la Constitución y sus leyes. Según plantea Avellaneda en la segunda parte del libro, la misión del Ejército se irá transformando conforme a preocupaciones culturales de la época que trascienden el campo estrictamente militar y se conectan con un clima de ideas que atraviesa los intereses y las reflexiones del mundo castrense.

A continuación, el autor examina la trayectoria de esos objetos de reflexión del mundo militar, sin perder de vista sus relaciones con el contexto social y el mundo político que gobierna y dirige los asuntos militares, los intereses de las elites políticas respecto de esos asuntos, la cuestión social y la coyuntura internacional. Conforme se fue ampliando el abanico de objetos de reflexión en el mundo militar, apareció en el Ejército la idea de la «defensa nacional» como «defensa social», junto con la penetración de las discusiones económicas en los espacios de sociabilidad militar (tercera parte). Avellaneda examina a los militares de las primeras décadas del siglo XX y los describe tomando distancia del campo político. Aunque no plantea un estudio de la «autonomía militar», considerada como una independencia efectiva del gobierno político, el autor recorre y da cuenta de algunos de los sentidos que circulan en el mundo militar respecto de la política. Esta es asociada con un escenario de disputas dominado por intereses parciales y sectarios, mientras que el mundo militar parece avanzar de modo paulatino y en un persistente recorrido hacia una forma superior de autoconciencia. En la última parte del libro, Avellaneda examina el proceso de construcción de esa autopercepción, ligada a un papel de importancia fundamental, y de la cual se deriva una ética que coloca al mundo militar en una dimensión distinta respecto de la sociedad civil.

El trabajo de Aldo Avellaneda es crítico con los estudios que abordan lo militar desde la perspectiva del proceso de profesionalización. El autor refiere que estos estudios tienden a acentuar el juego de alternativas un tanto extremas respecto de la relación entre el Ejército y la política: el corporativismo versus el funcionalismo; entre el

² En un trabajo anterior a este libro, Aldo Avellaneda y Hugo Quinterno plantearon que ese lugar transformador fue construido más por la historiografía que por las novedades contenidas en su legislación o las vivencias de los propios actores. Aldo Avellaneda y Hugo Quinterno: «Nuevas claves para el estudio de la historia militar argentina: Por una mirada más allá de la “Ley Riccheri”», *Cuadernos de Historia: Serie Economía y Sociedad* 26-27 (2021): 67-102.

repliegue de las Fuerzas Armadas sobre sí mismas y la apertura integral hacia otros intereses fuera del mundo militar. Avellaneda se desmarca de los esquemas interpretativos que distinguen lo interno de lo externo, lo técnico de lo político, y colocan lo militar fuera del campo político. Su enfoque propone enriquecer la perspectiva al incorporar las regularidades reflexivas del mundo militar: aquello que los propios militares pensaban sobre sí mismos y sus entornos, las esperanzas, los obstáculos y peligros que identificaban. Para ilustrar este punto, pone como ejemplo la ingente producción de materiales de diagnóstico y las críticas sobre la situación del servicio militar en la primera década del siglo XX. Estos debates y polémicas muestran que el servicio militar obligatorio fue objeto de múltiples cuestionamientos, en los que aparecía como una solución fuertemente resistida por una parte de los cuadros militares, lejos de constituir un simple paso natural hacia la profesionalización de la fuerza.

Llegados a este punto del trabajo de Aldo Avellaneda, podemos señalar la importancia de considerar los propios esquemas de reflexividad de los actores. Esta perspectiva permitiría matizar, enriquecer e incluso, en muchos casos, desmentir la homogeneidad que ha sido supuesta por los estudios enfocados en el proceso de profesionalización. Me parece que esta última apreciación es válida no solamente por el enfoque teórico, que pone el acento en comprender los esquemas de pensamiento de los propios actores, sino por su apelación a justificar esta y otras afirmaciones a través del recurso de las fuentes. Tal como muestra el trabajo de Avellaneda a partir del extenso relevamiento documental, esos diagnósticos disonantes, a menudo críticos, producidos dentro de los propios cuadros del Ejército, sobre cuestiones como la ineficacia de la logística o la escasa fortaleza del Ejército para sostener los enrolamientos o mantener a los individuos en los cuarteles, surgen de la misma experiencia de esos actores militares y sus modos de participar en las prácticas vinculadas con la nueva legislación. Lo que quiero señalar con este ejemplo es que, en términos historiográficos, la riqueza del trabajo de Aldo Avellaneda reside, antes que en el desentrañamiento de las cosmovisiones que habitan el mundo militar, en el amplio repertorio de fuentes y su pertinente utilización para exponer prácticas; la aplicación de procedimientos; la aparición de actos de resistencia, marchas y contramarchas; la evaluación de resultados; las posteriores reformulaciones; y las reflexiones en torno de esas prácticas.

El señalamiento va dirigido al énfasis que el autor coloca en la comprensión de los procesos a partir de las determinaciones estructurales, como las «formas de pensamiento» o los «esquemas de reflexibilidad» que operan sobre los actores castrenses desde el enfoque de la gubernamentalidad. Si bien estas categorías y herramientas son empleadas con habilidad por Avellaneda y guían su lectura de las fuentes, considero que es el propio relevamiento documental —y su eficiente análisis— lo que nos permite observar a los actores sociales situados en escenarios específicos, otorgando además protagonismo a las concepciones y prácticas reflexivas de los sujetos que participaron en aquellos

procesos. En definitiva, dentro de la novedosa propuesta general de este estupendo libro de Aldo Avellaneda, la posibilidad de captar la riqueza del proceso de formación del mundo militar, con sus múltiples «inquietudes marciales», resulta atrayente y altamente interesante gracias al enorme trabajo de archivo con que pudo lograr fecundos resultados.

Las investigaciones de Aldo Avellaneda forman parte de una renovación en la historiografía sobre el Ejército y sus aportes complementan otros estudios que componen este campo historiográfico.³ El abordaje de distintos aspectos —como la doctrina, la educación, la organización, las funciones, el despliegue territorial o los ámbitos de sociabilidad en la esfera castrense de principios del siglo XX— compone un repertorio de variadas expresiones que propias del saber científico, entendido este como una labor colectiva, forjada por consensos y desacuerdos que promueven los conocimientos en torno de un problema o un conjunto de cuestiones.

Por último, el abordaje propuesto por Avellaneda permite repensar el intervencionismo militar en los asuntos del Estado, más allá de la fórmula clásica que concebía al periodo que va de 1930 a 1983 como aquel caracterizado por la aparición de un «partido militar». Al plantear el estudio de la génesis de un espacio socioprofesional, simbólico, ético y jurídico propio del mundo militar, el autor también reflexiona acerca de una posible derivación del pensamiento castrense que iría desde la voluntad de gobierno sobre sí mismo hacía el gobierno del Estado. Con ello nos deja interesantes preguntas para abordar en futuros trabajos: ¿Desde cuándo el mundo militar empezó a proponer reglas de comportamiento para organizar la vida no militar? ¿En qué momento surgió la voluntad de gobernar a los otros dentro de un sistema de pensamiento orientado al gobierno de sí mismos? El libro propone acertadamente que esos interrogantes deben ser comprendidos en un periodo de larga duración y por medio de un abordaje que trasciende ampliamente la cronología que va desde 1930 a 1983.

³ Además del autor de este libro, en el campo de los estudios militares en Argentina participan autores como Fernando García Molina, Hugo Quinterno, Germán Soprano, Hernán Cornut, Luis Dalla Fontana, Enrique Dick, Leonardo Canciani o Lucas Codesido, entre otros (fines del siglo XIX y principios del siglo XX).

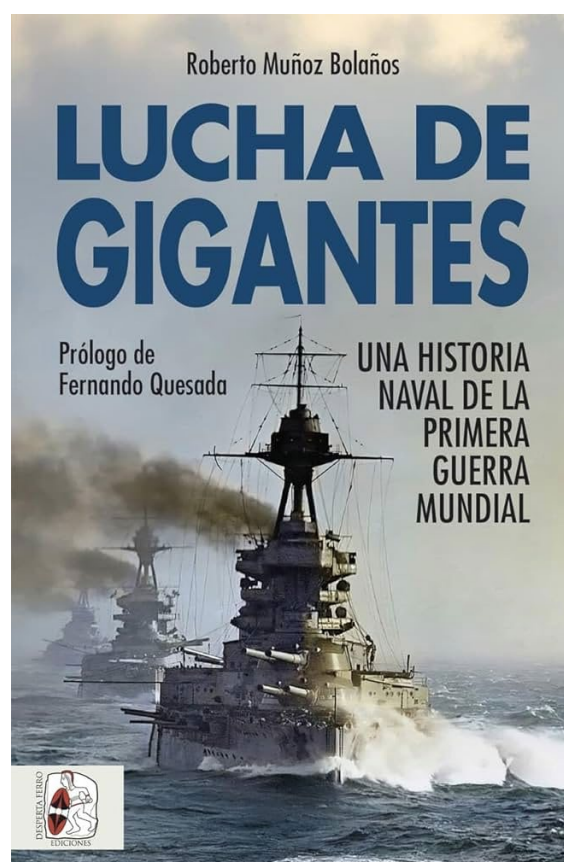
Roberto MUÑOZ BOLAÑOS: *Lucha de gigantes*.
Una historia naval de la Primera Guerra Mundial, Madrid,
 Desperta Ferro, 2025, 465 pp., ISBN: 978-84-129810-2-5.

Alberto Guerrero Martín
Universidad Rey Juan Carlos

La Primera Guerra Mundial más allá de las trincheras

La obra de Roberto Muñoz Bolaños reformula la narrativa tradicional sobre la Primera Guerra Mundial al situar la dimensión naval en el centro del análisis histórico. Este enfoque resulta particularmente sugerente, dado que la historiografía sobre el conflicto ha tendido a privilegiar las grandes batallas terrestres en detrimento de las operaciones marítimas. El autor emplea el estudio del conflicto naval para explicar, con notable rigor, las razones que condujeron a la prolongación de la contienda entre 1914 y 1918. Así, su trabajo integra coherentemente tanto los antecedentes estratégicos —descritos con precisión y claridad— como los tecnológicos.

Como señala Fernando Quesada en el prólogo, con esta obra Muñoz Bolaños se incorpora al reducido grupo de autores españoles que han abordado de manera sistemática el estudio de la guerra naval de 1914-1918. Entre estos precursores destacan el capitán de corbeta Mateo Mille y García de los Reyes, autor de *Historia naval de la Gran Guerra* (1932), y Luis de la Sierra, con *El mar en la Gran Guerra (1914-1918)*, publicada en 1982.¹ A esta nómina se podría añadir a José Manuel de la Rubia, autor de *La armada imperial de Austria-Hungría (Kaiserliche und königliche marine) en la Primera Guerra Mundial* (2022). No obstante, la contribución de Muñoz Bolaños supera a las tres en rigor metodológico y profundidad analítica, gracias a un uso especialmente cuidadoso y variado de las fuentes.



¹ Fernando Quesada, «Prólogo», en Roberto Muñoz Bolaños, *Lucha de gigantes: Una historia naval de la Primera Guerra Mundial* (Desperta Ferro, 2025), XIX.

En primer lugar, destaca la explotación de las colecciones documentales de los principales actores de la contienda, en particular las pertenecientes a los almirantes británicos, así como la consulta de los Archivos Nacionales de Estados Unidos, donde se conserva la correspondencia de sus almirantes. En segundo término, incorpora el análisis de las memorias de los protagonistas directos del conflicto, que fueron redactadas — como el propio autor señala— poco después de la finalización de la guerra (p. XXVII). Finalmente, complementa este corpus documental con una extensa bibliografía que abarca tanto los antecedentes estratégicos de la Primera Guerra Mundial como las operaciones navales desarrolladas durante el conflicto.

El eje que vertebra el libro es la pugna por el dominio del mar. Su lectura evoca las palabras de Temístocles, quien en el siglo V a. C. afirmaba que «quien domina el mar, domina todo». Siglos más tarde, en el XVII, el caballero Isaac de Razilly —inspirador de Richelieu y menos categórico que el ateniense— sostenía que «el que domina el mar posee un gran poder sobre la tierra».²

Doctor en Historia Contemporánea y especialista en historia militar, Muñoz Bolaños analiza con minuciosidad la evolución tecnológica y doctrinal de las principales marinas de guerra a comienzos del siglo XX. Lo hace en un contexto histórico marcado por el triunfo de la «ortodoxia mahanista», que defiende que el dominio de los mares asegura el control de la tierra, apenas cuestionada por la visión de la escuela británica representada por Julian Corbett. Este último, aunque coincidía con Alfred Thayer Mahan en la relevancia estratégica del dominio marítimo, advertía que el medio propuesto por aquel —la batalla decisiva— «no puede adaptarse a todas las situaciones».³

Tanto Alfred Mahan como Julian Corbett coincidían, no obstante, en considerar el control del mar como un elemento esencial de la guerra moderna. Esta convicción recorre la obra de Muñoz Bolaños, quien demuestra que la Primera Guerra Mundial no fue únicamente un conflicto de carácter continental. En efecto, el bloqueo naval británico y el fracaso alemán en la guerra submarina precipitaron el agotamiento económico de las Potencias Centrales, confirmando así el papel decisivo del poder naval en la resolución del conflicto. El dominio del mar se erige, por tanto, en la tesis central del libro: el objetivo fundamental de toda guerra naval consiste en asegurar dicho dominio, entendido como «el control de las comunicaciones marítimas con fines militares y comerciales».⁴ En este sentido, la superioridad naval de los aliados fue «abrumadora», lo que dejó a las flotas alemana y austrohúngara ante la disyuntiva de permanecer en sus puertos o arriesgarse a un enfrentamiento directo con las marinas aliadas para disputar el control del mar, una opción que, por lo general, procuraron evitar. Como resultado, se libraron pocas batallas navales de verdadera relevancia. Tal como observa Paul

² Hervé Coutau-Bégarie, *La potencia marítima (Castex)* (Ediciones Ejército, 1986), 25.

³ Coutau-Bégarie, *La potencia marítima*, 26.

⁴ Julián Sánchez y de Erostarbe, *Apuntes de estrategia naval* (Sucesor de Rodríguez, 1935).

Kennedy, estas «no tuvieron importancia estratégica, salvo para confirmar el control aliado de las rutas marítimas». La impotencia de las Potencias Centrales en la guerra de superficie las condujo a recurrir a la guerra submarina, estrategia que también resultó infructuosa.⁵

Las teorías de Mahan y Corbett están ampliamente presentes en la obra de Muñoz Bolaños, quien, no obstante, demuestra también un sólido conocimiento de la escuela alemana de pensamiento naval, bastante menos conocida en la historiografía general. Esta corriente doctrinal se caracterizaba por la coexistencia de dos tendencias opuestas: por un lado, la influencia del mahanismo y, por otro, las concepciones derivadas de la Jeune École. De dicha tensión surgió una síntesis entre el mahanismo y la denominada «escuela del cañón pesado», que acabaría materializándose en las ambiciosas iniciativas del almirante Alfred von Tirpitz para construir una flota capaz de rivalizar con la Royal Navy.⁶

Sin embargo, el conflicto que Muñoz Bolaños examina desde una perspectiva estrictamente naval pondría de manifiesto la insuficiencia de las doctrinas imperantes. Durante toda la contienda, apenas se registró un único gran enfrentamiento naval, «que se hará de esperar cerca de dos años y no resolverá el problema de la defensa de las comunicaciones, que se impone por fuerza como el problema central de la estrategia naval».⁷

Debe reconocerse al autor la excelente articulación del análisis político y económico con la descripción minuciosa de las operaciones navales. Muñoz Bolaños aborda los distintos teatros de operaciones navales, sin limitarse únicamente al mar del Norte o al Atlántico. No descuida otros escenarios relevantes, como el Mediterráneo, donde la cooperación entre las marinas francesa y británica, así como la presencia de la italiana, resultaron determinantes. Asimismo, aunque de manera más sintética, el autor aborda los teatros de operaciones del mar Negro y del océano Pacífico, cuya importancia estratégica fue comparativamente menor.

La obra se inicia con un capítulo dedicado a la carrera armamentística naval entre el Reino Unido y Alemania, que es presentada como prelude inmediato del conflicto mundial. Esta aproximación se sitúa en una línea similar a la desarrollada por Paul Kennedy en *The rise of the Anglo-German antagonism, 1860-1914*, aunque Muñoz Bolaños parece no hacer uso directo de dicha obra en su libro. Además, el autor analiza las relaciones internacionales entre 1871 y 1914, lo que permite comprender las tensiones previas a 1914. El segundo capítulo estudia las características de las flotas de los principales protagonistas de la guerra, mientras que el tercero analiza las acciones de la marina alemana en ultramar, con especial atención a la campaña del Escuadrón de

⁵ Paul Kennedy, *La caída de las grandes potencias*, trad. José Ferrer Aleu (Plaza & Janés, 1994), 414.

⁶ Coutau-Bégarie, *La potencia marítima*, 54.

⁷ Coutau-Bégarie, *La potencia marítima*, 65.

Cruceros de Asia Oriental, comandado por Maximilian von Spee. Los capítulos cuarto y quinto abordan las operaciones navales de los años 1914 y 1915, respectivamente. El sexto capítulo se centra en 1916 y pone el foco en la batalla de Jutlandia. Por su parte, el séptimo capítulo examina la campaña submarina sin restricciones de 1917 y la entrada de Estados Unidos en la contienda. El último capítulo se ocupa de las operaciones navales de 1918 y de la destrucción de las marinas alemana y austrohúngara como consecuencia de los motines.

La visión de conjunto que ofrece sobre la guerra naval es ambiciosa, sólida y muy bien documentada, por lo que constituye una aportación tan rigurosa como necesaria dentro de la historiografía española. Este es, sin duda, uno de los principales méritos de esta obra publicada bajo el prestigioso sello Desperta Ferro.

El libro de Muñoz Bolaños articula un conjunto de tesis sólidamente demostradas a lo largo de su desarrollo. La primera sostiene que, desde la segunda mitad del siglo XIX —y especialmente tras la publicación de la obra de Mahan *La influencia del poder naval en la historia, 1660-1783*—, las principales potencias se embarcaron en una carrera armamentística naval que se convirtió en un símbolo de prestigio y proyección internacional.

La segunda tesis plantea que el abandono de la *Realpolitik* bismarckiana en favor de la *Weltpolitik*, y las transformaciones estratégicas derivadas de este cambio —entre ellas, el acercamiento del Reino Unido a Francia y Rusia—, convencieron al káiser Guillermo II de que la única posibilidad de victoria en un conflicto considerado inevitable residía en «desencadenar una guerra preventiva de acuerdo con el Plan Schlieffen» (p. 404).

La tercera tesis demostrada por el autor establece que la élite dirigente alemana concibió la contienda como una campaña terrestre de corta duración, hasta el punto de excluir al almirante Von Tirpitz de los planes estratégicos iniciales. Sin embargo, dicha expectativa resultó ilusoria: el conflicto derivó rápidamente en una guerra de desgaste prolongada, en la cual el control de los mares adquirió una relevancia decisiva.

Por último, Muñoz Bolaños demuestra que, a diferencia del resto de las potencias beligerantes, la Royal Navy contaba ya en 1914 con una estrategia claramente definida de bloqueo a distancia, que comenzó a aplicar desde el inicio de las hostilidades. Dado que Alemania fracasó en sus intentos de debilitar la fuerza de acorazados británica, se vio obligada a recurrir a la guerra submarina, que también concluyó en un rotundo fracaso (pp. 407-408).

A lo largo del estudio se aprecia con claridad la importancia que el autor otorga al poder naval en el contexto de la Segunda Revolución Industrial, en la línea de las reflexiones de Mahan, Corbett o Geoffrey Till. Este último, en su obra *Maritime strategy and the nuclear age* (1982), propuso una síntesis sobre la noción de potencia marítima apoyada en las lecciones de la historia, siguiendo la senda trazada por los grandes estrategas

navales, como Mahan, Corbett y el almirante Raoul Castex.⁸ *Lucha de gigantes* se convierte, por ello, en una referencia imprescindible para quienes deseen comprender la Primera Guerra Mundial desde la perspectiva marítima, al ofrecer una visión sugerente y novedosa de un conflicto en el que los factores económicos y estratégicos vinculados al control de los mares por parte de los aliados desempeñaron un papel decisivo en el desenlace de las operaciones terrestres en el frente occidental.

⁸ Coutau-Bégarie, *La potencia marítima*, 34.

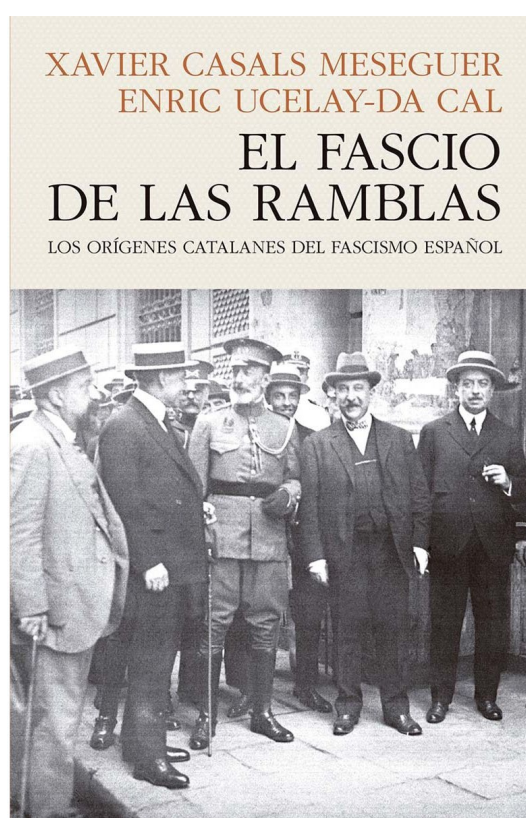
Xavier CASALS MESEGUER y Enric UCELAY-DA CAL:
El fascio de las Ramblas. Los orígenes catalanes del fascismo español,
 Barcelona, Pasado & Presente, 2023, 568pp.,
 ISBN: 978-84-12595-46-8.

Carles Garcia i Flores
Universitat de Girona

La «incubación» del fascismo español

No hay nada más humano que preguntarse por el origen de las cosas. Una inquietud que atraviesa nuestra vida, y no solo la infancia y sus tiernos porqués, sino que ha sido, es y será el motor primario de gran parte de las investigaciones de nuestro gremio. Entre la multitud de debates que abonan el campo de la historiografía española, el de los orígenes del fenómeno fascista en suelo patrio ha cosechado interesantes y variados relatos. Explicaciones que buscan comprender mejor una coordenada clave para el siglo XX no solo español, sino europeo y mundial. Por todos y todas es conocida la gran quimera que resulta su estudio, en especial la hoja de doble filo que supone intentar definir algo tan líquido y *sui generis* como fue el fascismo. De la pluma combinada de Xavier Casals Meseguer y Enric Ucelay-Da Cal nace la última y más interesante aportación a este debate: *El fascio de Las Ramblas: Los orígenes catalanes del fascismo español* (Pasado & Presente, 2023).

En esta obra, los autores integran las experiencias dictatoriales españolas en una *longue durée* donde Cataluña, y en especial Barcelona, juega un papel clave como cuna o incubadora de la experiencia fascista patria. Al escribir experiencias dictatoriales, en plural, nos referimos de hecho a una de sus aportaciones atrevidas pero justificada a lo largo de su obra: la existencia de no dos, sino cuatro dictaduras en el siglo XX español. Experiencias que, aun con sus diferencias, son —a juicio de los autores— inseparables: los «virreinos» de Milans del Bosch (1919-1920) y Martínez Anido (1920-1922), la dictadura de Miguel Primo de Rivera (1923-1930) y la de Francisco Franco (1939-1975).



Otra de las aportaciones, y no menos atrevida, es la de defender que en España hubo no uno, sino dos fascismos. Un fascismo de primera generación, en el que se centra este estudio, que se caracterizaba por primar el elemento organizativo en detrimento de la ideología, que tuvo su origen en La Habana y que se desarrolló en una dialéctica conflictiva entre Barcelona (donde el escenario principal fue el paseo de Las Ramblas) y Madrid. Sus tres plasmaciones principales fueron la Liga Patriótica Española, el Sindicato Libre y La Traza. Por otro lado, un fascismo de segunda generación incubado en el eje Valladolid-Madrid y que, a diferencia del anterior, tuvo un mayor desarrollo ideológico: no era monárquico, sino con retóricas republicanas e influjos vanguardistas. Este segundo fascismo se plasmó primero con las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS), de Ramiro Ledesma Ramos y Onésimo Redondo, y con la Falange Española (FE), de José Antonio Primo de Rivera, hijo del dictador.

El concepto clave que se nos presenta es el de la «capitanía cubana», entendida como «la asunción del poder civil por Capitanía de forma dictatorial, con el apoyo de las élites locales, y una milicia civil auxiliar» (p. 18). Como su propio nombre indica, esta lógica hunde sus raíces en la experiencia colonial antillana española y cruzará el charco con el trauma del 98, instaurándose en la península como una vía plausible para la gestión del orden público y evitar que Cataluña se convirtiera en una «segunda Cuba». Esto evocará a una paradoja que ya advierten los propios autores: «[...] el Ejército, para evitar que Cataluña se separase de España como una *segunda Cuba*, la *cubanizó* por la vía españolista de crear una *Capitanía Cubana*» (p. 103).

A lo largo de los veintisiete capítulos que vertebran la obra, se dibuja cronológicamente (si bien no de forma estricta) ese recorrido desde ultramar y su implantación en la península, y se pone el foco en la multitud de actores cuya voz formó parte de esa coral, por mínima que fuera, como fue la vía cubana y la experiencia del primer fascismo.

El poso colonial es un elemento central en el planteamiento de los autores y es destacable cómo consiguen ir más allá del africanismo como chivo expiatorio. Si José Ortega y Gasset, en su *España invertebrada* (1921), escribía el ya famoso y repetido «Marruecos hizo del alma de nuestro ejército un puño cerrado, moralmente dispuesto para el ataque», para los autores, la experiencia de ultramar contribuyó a *cerrar* ese puño metafóricamente. Si bien los mandatos en capitanía de los generales Weyler y Polavieja demostrarían que España no estaba preparada para una dictadura castrense, son importantes en cuanto reflejan la transición de un militarismo decimonónico de «espado-nes» a un giro antiliberal del Ejército, fruto del «desastre», y a su vez el desembarco de aquel militarismo de ultramar en la Barcelona de finales de los años diez.

Los «virreinos» de Milans del Bosch, Martínez Anido y Miguel Primo de Rivera como capitanes generales de Catalunya, que hicieron sus carreras entre ultramar y Marruecos, reflejaron una realidad estructural de clara continuidad, más allá de dar simples

respuestas de fuerza al (des)orden público: fueron experiencias clave que pavimentaron la implantación de la dictadura primorriverista, vista esta como una traslación al teatro nacional de una experiencia regional de ocupación castrense del poder. Milans del Bosch mostró a Primo cómo una gran huelga —en su caso, la de transportes de mayo a junio de 1923— podría ser un salto hacia un poder virreinal que superara el ámbito regional. De Martínez Anido, el marqués de Estella aprendió los instrumentos y límites en la gestión de una dictadura castrense regional, como fue la «ley de fugas», el Somatén o la importancia de incidir en el plano social y político más allá de la simple represión. Además, mostró cómo el peso del Ejército laminaba el espacio político de un fascismo autóctono, con el matiz de ser auspiciado desde el poder y no incubado en las rivalidades de la sociedad civil. Unas lecciones que a su vez emergían de la experiencia cubana, pasada por el tamiz de la experiencia catalana y que, como se expone, cristalizaron en la dictadura primorriverista. No obstante, para los autores, la plasmación más refinada de una «Capitanía cubana» a escala estatal fue la dictadura franquista.

Ha de destacarse que esta obra supone también un rechazo a la ya desacreditada historiografía que ve en la dictadura de Primo de Rivera un simple paréntesis, una experiencia sin pena ni gloria a la sombra del franquismo, otorgándole un carácter y sentido propio en concordancia con la tesis de la «Capitanía cubana». Los autores defienden que la experiencia primorriverista fue vital en la culminación del fascismo español por dos motivos. El desacierto que supuso la dualidad confusa del Somatén Nacional y de la Unión Patriótica como partido milicia fue un error del que Francisco Franco tomaría nota al crear su posterior partido único. El otro motivo, si bien puede parecer anecdótico, es cómo el peso que le dio Primo a la Unión Patriótica facilitó que su ciudad cuna, Valladolid, se convirtiera en el polo ideológico en que eclosionó ese segundo fascismo español de base agrarista, castellanista y católico.

El concepto de *Capitanía cubana* funciona como telón de fondo para el convulso primer tercio del siglo XX en la ciudad de Barcelona y va más allá del morbo del pistolero, integrando actores tan diversos como el carlismo, los mauristas, los lerrouxistas, el Somatén, la patronal o aquellos grupúsculos que la historiografía ha cualificado de fascistoides, como son los Libres o La Traza. Todos y cada uno de estos actores, que por separado han sido objeto de un mar de tinta sobre el primer tercio del siglo XX en la Ciudad Condal, vuelven a la palestra a través de un concepto que permite a los autores cohesionar todos ellos en su relato. En especial, les permite mostrar un poder castrense que, lejos de ser anémico, supo hacerse un lugar e influir en el porvenir de la vida política y social no solo de la ciudad, sino del propio país.

El ensayo interpretativo que tenemos entre manos puede resultar *a priori* demasiado ambicioso al crear un relato que puede leerse como teleológico. Un peligro del que los propios autores son conscientes y que resuelven en la introducción, aclarando que la importancia del concepto de «Capitanía cubana» es también una decisión narrativa. Por

convinciente que resulte, al leer esta obra no dejan de resonar ecos peligrosos como es la búsqueda del pecado original del que habría nacido el fascismo español, una especie de *Sonderweg* patrio comenzado en Cuba. Pero que los árboles no impidan ver el bosque: esta obra debe valorarse, más que por aportar supuestas verdades absolutas, por los debates que suscita. El uso de una bibliografía tanto clásica como actual del periodo trabajado es notable, si bien es necesario puntualizar que pesa más la española que la internacional, en especial sobre el colonialismo. Por ejemplo, no llegan a indagar en los interesantes debates internacionales sobre la lógica y la violencia colonial (parcialmente ya reseñados en esta revista) que podrían aportar mayor complejidad a sus interpretaciones.

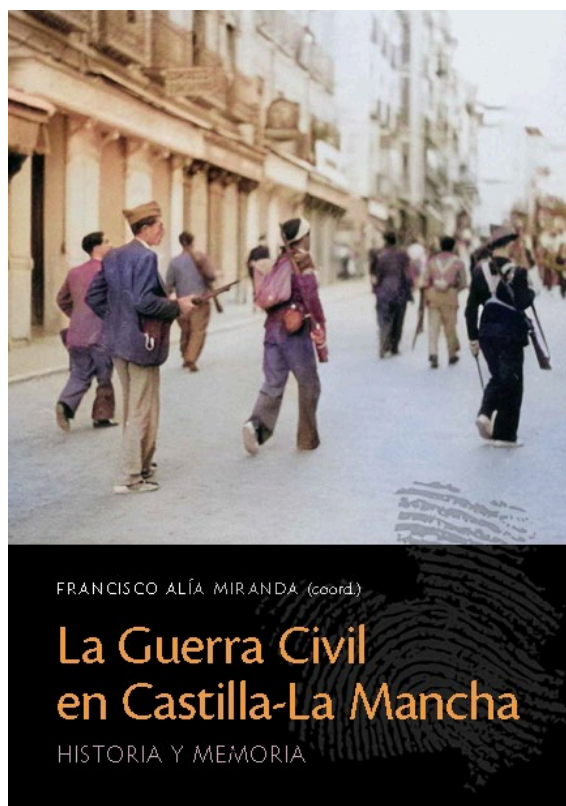
Aunque esta obra vuelve sobre algunas reflexiones anteriores de los autores, se trata de un trabajo de síntesis y de actualización cuya lectura es recomendada para las personas interesadas en estar al corriente de los avances historiográficos españoles sobre el fascismo y el militarismo. Esperamos y deseamos que las réplicas y los debates que nazcan de sus propuestas enriquezcan aún más nuestra historiografía.

Francisco ALÍA MIRANDA (coord.): *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha: Historia y memoria*, Granada, Comares, 2024, 424 pp., ISBN: 978-84-9044-701-7.

Sergio Nieves Chaves
Universidad de Castilla-La Mancha

Construyendo la memoria democrática en Castilla-La Mancha

Las iniciativas enfocadas a la recuperación de la memoria democrática y, a su vez, a la identificación y dignificación de las víctimas de la Guerra Civil y los cuarenta años de la dictadura de Franco han resurgido con fuerza en los últimos años. Fruto de ello es el Plan Regional de Estudios sobre Memoria Democrática en Castilla-La Mancha, un proyecto surgido de la colaboración de la Universidad y la Junta de la citada comunidad autónoma. Entre las numerosas publicaciones y diversas actividades que han desarrollado desde 2021, tales como congresos, un mapa de la memoria, un explorador de acontecimientos, un mapa regional de fosas y víctimas o un mapa de la memoria, se encuentra la publicación de *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha: Historia y memoria*. Tras



más de tres lustros sin una obra colectiva en esta dirección, sale a luz con los claros objetivos de profundizar en el conocimiento de aquel pasado traumático en esta región del país, al mismo tiempo que evidenciar las semejanzas o especificidades con respecto a consideraciones de amplio consenso historiográfico. Coordinada por Francisco Alía Miranda, catedrático de la Universidad de Castilla-La Mancha (UCLM) y codirector del Centro de Estudios y Documentación de las Brigadas Internacionales (CEDOBI), las aportaciones que recoge versan sobre diversas temáticas que, más allá de aportar información novedosa, no caen en el localismo. Al contrario, se insertan en planteamientos más generales y no pierden de vista el propio contexto de guerra en toda España, lo que las enriquece aún más.

La heterogeneidad temática abordada se asienta sobre el hecho de que el espacio castellanomanchego oscilara entre el frente y la retaguardia republicana, siendo este último el de mayores dimensiones geográficas. El libro se estructura en tres partes bien diferenciadas, las cuales incluyen un desigual número de capítulos. La primera se centra en la sublevación militar y los frentes de batalla. Francisco Alía inicia este apartado explicando lo acontecido en las diferentes provincias durante los meses previos al golpe militar de julio de 1936 y resalta los principales modelos conspiradores y sus agentes, desde civiles hasta Falange, la Guardia Civil o las guarniciones militares. Los capítulos 2 y 3 corren a cargo de Luis Antonio Ruiz Casero, quien se adentra en los frentes estabilizados de Toledo y Guadalajara siguiendo una hoja de ruta común. El análisis de las características de la línea de frente y las guarniciones da paso a un examen pormenorizado de sus vicisitudes hasta 1937, primero, y desde 1938 hasta el golpe de Casado y el final de la guerra, después. En el caso toledano, Ruiz Casero incide en las ofensivas sobre Talavera o la comarca de La Jara o en las batallas al sur del Tajo y en la Cuesta de la Reina; mientras que, en el caso de Guadalajara, describe cómo fue ocupado el vacío entre el Tajo y el Tajuña, los combates en Copernal y el Alto Tajo, las ofensivas guerrilleras sobre la capital o la defensa del llamado Vértice Sierra. Sin salirse de la anterior línea, de nuevo Francisco Alía hace un balance en el capítulo 4 sobre la importancia estratégica y militar de la localidad ciudadrealeña de Almadén, de especial interés por sus minas de mercurio. Para cerrar esta parte, el catedrático examina la importancia de las Brigadas Internacionales —cuya sede estaba en Albacete— en el desarrollo bélico y la vida cotidiana.

Que la mayoría de la región permaneciera en poder gubernamental hasta el final del conflicto la convierte en un espacio paradigmático para análisis de tipo político, económico, social y cultural como zona de retaguardia. Precisamente a ello está dedicada la segunda parte del libro. Ainhoa Campos Posada se encarga de abrirlo con una panorámica sobre el papel jugado por los comités, fundamentalmente en los primeros meses de la guerra, para a continuación examinar los cambios producidos a instancias del Estado republicano en materia política y social, como la aparición y el protagonismo de los consejos provinciales y municipales o las colectividades. Asimismo, Campos Posada dedica unas líneas a la confrontación entre las distintas fuerzas que componían el Frente Popular en cada lugar y a cómo se articuló el poder y, en general, la vida en el Toledo y la Guadalajara rebeldes. En el capítulo 7, Juan Carlos Buitrago Oliver centra la mirada en una de las cuestiones más espinosas: los rostros de la violencia desplegada en una y otra retaguardia, esto es, víctimas y victimarios. Además de compendiar datos cuantitativos, Buitrago Oliver incide en otros aspectos cualitativos de especial relevancia como las diferentes lógicas y motivaciones de aquella violencia y replantea conceptos como el de víctima o el de los «incontrolados». En el capítulo 8, Ángel Luis López Villaverde profundiza en el conflicto político-religioso. El catedrático de la UCLM, quien ha

dedicado buena parte de su trayectoria investigadora a esta problemática, analiza con meticulosidad la acción colectiva anticlerical y la repuesta católica durante el quinquenio republicano, para después abordar la represión ejercida sobre el universo católico. El bagaje teórico y la solvencia conceptual, sumados a los datos proporcionados tras el análisis de diferentes variables, logran poner en entredicho —incluso desechar— viejas tesis y, por ende, fijan una imagen mucho más clarificadora del asunto.

Parte de esa represión contra el clero y la Iglesia tuvo que ver con su patrimonio artístico. La iconoclastia, pese a no ser un fenómeno exclusivo de la propia guerra, es cierto que adquirió mayores dimensiones. A esas «heridas» se aproxima en el capítulo 9 Silvia García Alcázar. Tras exponer las medidas de protección tomadas por las autoridades de uno y otro lado a escala general y regional, García Alcázar considera las claves explicativas de esa iconoclastia y se adentra en cuatro espacios singulares que padecieron las consecuencias del conflicto: el Alcázar de Toledo, la catedral de Sigüenza, el Palacio del Infantado de Guadalajara y la azulejería de Talavera. En el capítulo 9, Alba Nueda Lozano se sumerge en un terreno complejo que, hasta la fecha, no había recibido la atención que merece: la dinámica económica y la cotidianeidad a lo largo de la guerra. Su texto refleja cómo la economía de guerra, junto a otros factores, comprometió y salpicó a la población física y moralmente, lo que se tradujo en hambre, escasez y mercado negro. No obstante, como señala la autora, pese a las dificultades y la adversidad del momento hubo esfuerzos para sobrellevarlo a través de actos culturales o festividades, lo que revela la capacidad colectiva de adaptación y redefinición de hábitos ante aciagas circunstancias.

Para concluir la segunda parte, una vez más el coordinador de la obra sintetiza el desenlace del conflicto en la región. Tras describir las consecuencias de la ofensiva sobre Cataluña, profundiza en la importancia de la reunión en el aeródromo abandonado de Los Llanos (Albacete), el golpe de Casado (de considerable impacto en Ciudad Real capital) y las vías de negociación para la paz, que no llegó a darse ante las exigencias de Franco de una rendición incondicional. El resultado fue la «ofensiva final para la victoria» en marzo de 1939 con el fin de derrocar al Gobierno legítimo republicano.

La durísima y poliédrica represión ejercida por los vencedores sobre los vencidos, además de conllevar la imposición del silencio y el olvido para estos últimos y sus familias o una resignificación de determinados espacios, dejó en esta región alrededor de 12 000 víctimas y casi dos centenares de fosas comunes. Concretamente a estas últimas, aunque también a otros vestigios, está dedicado el último capítulo de la obra. Francisco Alía cierra la tercera parte («Memoria de la guerra») exponiendo parte de los resultados obtenidos del proyecto a que se hacía referencia al inicio. Alía realiza un recorrido por las fosas del franquismo y las exhumaciones llevadas a efecto, ofreciendo interesantes explicaciones para alcanzar los principios de verdad, justicia y reparación y no repetición; resalta la necesidad de dar a conocer los centros de interpretación existentes y de

promover nuevos; y enfatiza en la importancia de la arqueología y la antropología en la comprensión y recuperación de aquel pasado, así como de poner en marcha urgentemente iniciativas para recuperar otros lugares de memoria como las cárceles o los campos de concentración, los campos de aviación, los hospitales y diferentes fortificaciones (trincheras, refugios...).

Este trabajo constituye una excelente puesta al día de lo sucedido en los casi tres años que duró la guerra, con esa síntesis final sobre la inmediata posguerra, en la actual Castilla-La Mancha. Los datos, análisis y reflexiones recogidos ayudan, sin duda, a comprender una parte importante de nuestro pasado traumático. Los autores vislumbran en sus respectivas aportaciones la tarea esencial de acercar el pasado sin maniqueísmos y desde una posición pedagógica, algo clave para avanzar en el conocimiento histórico y la consolidación de una cultura de memoria democrática. Historia y memoria se interrelacionan para ofrecer al lector los pormenores de diversos asuntos que terminaron por marcar las vidas de miles de familias; no solo de aquellas que lo vivieron en primera persona, sino también de las generaciones venideras.

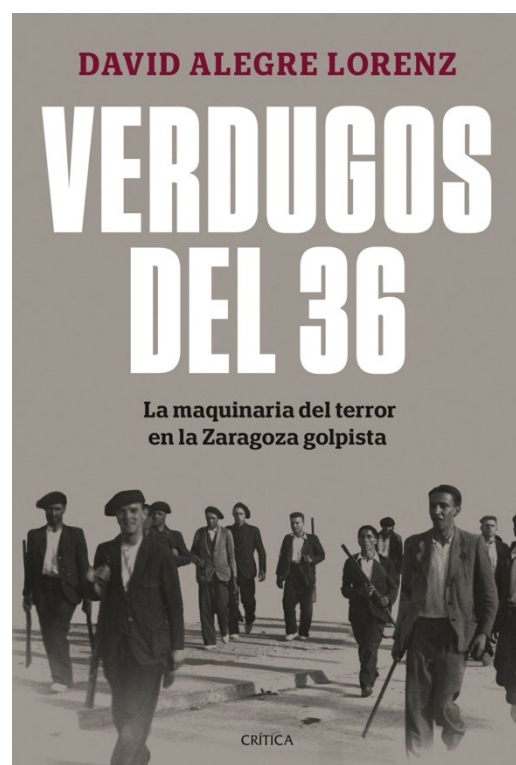
David ALEGRE LORENZ: *Verdugos del 36:
La maquinaria del terror en la Zaragoza golpista*,
Barcelona, Crítica, 2025, 634 pp., ISBN: 978-84-9199-794-8.

Adrián Pericet Caro
Universidad de Córdoba

Perpetradores en contexto: genealogías, redes y ecosistemas del terror en la Zaragoza del 36

La obra de David Alegre Lorenz constituye una aportación capital para el estudio de la violencia desencadenada por los sublevados en 1936. No sólo por la magnitud y la profundidad de su análisis, sino porque este libro impulsa un necesario giro historiográfico: aunque los perpetradores han estado presentes en numerosos estudios de forma más o menos directa, hacía falta una investigación que los situara como objeto privilegiado de análisis, entendiendo que sólo a través de sus trayectorias, redes, prácticas y decisiones es posible alumbrar plenamente las lógicas de la violencia. *Verdugos del 36* no rellena un vacío absoluto, pero sí responde a una carencia estructural: la ausencia de un estudio sistemático, riguroso y documentado que reconstruya a esos hombres concretos (militares, policías, falangistas, civiles influyentes como empresarios, etc.) que ejecutaron, organizaron o facilitaron la aniquilación del enemigo. Si en los últimos cuarenta y cinco años la historiografía española ha avanzado en la comprensión de las víctimas, de las dinámicas represivas y de los apoyos sociales del régimen, este libro da un paso más allá: desplaza el foco, con valentía y solvencia, hacia quienes hicieron posible la violencia. Con ello, abre definitivamente la veda para una lectura más completa y compleja de las violencias desatadas después del 18 de julio de 1936 en España.

El punto de partida de Alegre es profundamente revelador. En la introducción explica cómo, al entrevistar a personas cuyo entorno había estado marcado por la violencia sublevada, muchos hablaban de los perpetradores como de seres casi mitológicos y difícilmente identificables. No se recordaban nombres ni trayectorias; sólo sombras,



apodos. A esa nebulosa, que contrasta con la presencia constante de militares, guardias civiles o falangistas en los expedientes, responde una de las motivaciones del libro: nombrar a los perpetradores, reconstruir sus vidas, sus genealogías, entender sus redes, sus motivaciones, sus pensamientos, sus cosmovisiones y su papel en la arquitectura de la violencia. Pero la aportación de Alegre va aún más allá, y aquí reside una de las grandes novedades de su enfoque: no se limita a describir ni a identificar a los ejecutores, sino que penetra en las relaciones que mantuvieron entre sí, en las complicidades personales que fundamentaron decisiones, en los afectos y las lealtades que los unieron desde antes del golpe. Examina, con gran sutileza, sus personalidades y rasgos de carácter, la forma en que ciertas experiencias vitales —la participación en la guerra colonial de Marruecos, la militancia contrarrevolucionaria, etc.— moldearon sus percepciones del mundo y sus reacciones ante el colapso del orden republicano. Estudia cómo la posición social, los negocios, la religiosidad, los matrimonios o el prestigio local influyeron en su acceso al poder y en su predisposición a ejercer la violencia.

Alegre realiza, en esta dirección, un trabajo profundo que no se había desarrollado de forma tan sistemática en la historiografía española sobre los perpetradores. Otros investigadores habían señalado la existencia de cadenas de mando, habían intuido alianzas o habían destacado la función de determinados mandos. Se conocían, sobre todo, a los perpetradores del escalón más elevado de la cadena. Pero *Verdugos del 36* da un paso decisivo al estudiar de manera integral los tres niveles de la maquinaria represiva —los arquitectos, los intermediarios y los ejecutores directos—, tratándolos como sujetos históricos complejos, dotados de biografías densas, aspiraciones y miedos, contradicciones internas y trayectorias de larga duración que permiten comprender, en toda su profundidad, por qué actuaron como lo hicieron durante la guerra y más allá de esta.

El trabajo de archivo desplegado en el libro es de una calidad y exhaustividad realmente notables. Alegre ha explotado con solvencia una variedad de fondos considerable (archivos provinciales, militares, judiciales, estatales, de la Guardia Civil y del Ministerio del Interior), además de realizar un análisis hemerográfico especialmente incisivo. La forma en que articula y entrecruza esta documentación demuestra una pericia heurística extraordinaria. La densidad de fuentes, su tratamiento crítico y la capacidad del autor para enlazar datos dispersos hacen de este libro un modelo de investigación avanzada. A ello se suma un conocimiento exhaustivo tanto de la historiografía española como de los debates internacionales sobre la violencia y los perpetradores. Pero quizá lo más relevante es que, a través de esta investigación, Alegre demuestra que es posible seguir el rastro de los perpetradores, identificar sus trayectorias, reconstruir sus vínculos y comprender sus decisiones con una precisión inédita. En otras palabras, muestra que ahora es viable estudiar a estas figuras con una profundidad y una sistematicidad que hasta hace poco parecían inalcanzables. La obra, por su ambición y sus resultados, invita incluso a pensar en futuros estudios sobre Teruel y Huesca, territorios

cuyo análisis detallado —como sugiere el propio autor— podría deparar un conocimiento mucho más fino de lo que ocurre en contextos locales y rurales, en pueblos donde las dinámicas de poder, las sociabilidades y las violencias adquieren matices propios. Avanzar en esa línea no sólo enriquecería la comprensión de las retaguardias aragonesas, sino que permitiría redondear y afinar las comparaciones entre distintos espacios sublevados, ofreciendo un cuadro más completo de cómo operaron las políticas eliminacionistas en los ámbitos urbanos y rurales, grandes y pequeños.

Sin embargo, la fuerza del libro no reside únicamente en las fuentes. Reside ante todo en su concepción historiográfica: inserta a los perpetradores en un escenario más amplio donde cobran sentido; reconstruye el ecosistema del terror; desentraña el organigrama, las alianzas, las fricciones internas y la cadena de mando que hicieron posible las políticas eliminacionistas en Aragón. Lo más sugerente es que ese ecosistema zaragozano, lejos de ser una anomalía, se corresponde de manera muy precisa con lo que conocemos en otras geografías de la España sublevada en cuanto a los perfiles biográficos, las redes de sociabilidad, la captura de agencias estatales, la coordinación entre militares, policías y civiles de orden y la lógica de las cadenas de mando. Lo que Alegre documenta para Zaragoza responde casi punto por punto a los patrones observados en Sevilla y Córdoba, donde las dinámicas, maniobras y lógicas de actuación fueron ampliamente similares.

La primera parte del libro presenta a los cabecillas militares y civiles implicados en el golpe en Aragón. Alegre reconstruye sus trayectorias previas, sus redes de sociabilidad, sus experiencias profesionales y cómo estas condicionaron sus actuaciones posteriores. Se entrelazan escalas con notable maestría: la Zaragoza local, la política nacional y las conexiones con redes ultraderechistas europeas o con el regeneracionismo autoritario del primer tercio del siglo XX.

Lo que muestra esta primera parte, como indicaba, resulta familiar para quienes estudiamos provincias como Sevilla o Córdoba. La presencia de militares retirados, depurados en 1931 por el decreto Azaña, que se organizaron políticamente, conspiraron y crearon estructuras parapoliciales reproduce exactamente los patrones observados en la Andalucía occidental. Lo mismo ocurre con la Policía y con la Guardia Civil derechizada, que boicoteó desde dentro a la República, concedía tratos de favor a los falangistas, maltrataba a agentes afines a la izquierda y operaba, en realidad, como una agencia capturada por los sectores reaccionarios. El propio gobernador civil, desbordado, se apoyaba en civiles de orden para ejercer funciones que correspondían a las instituciones oficiales, pervirtiendo la autonomía de las agencias estatales mucho antes del golpe. Todo ello recuerda, punto por punto, las maniobras observadas en Córdoba y Sevilla durante los meses e incluso años previos al 18 de julio de 1936.

Alegre muestra con particular lucidez que la radicalización que culminó en el golpe no fue un fenómeno súbito ni estrictamente producido en el periodo republicano.

Este constituye, a mi parecer, uno de los hilos interpretativos más sugerentes del libro. Aunque dicha radicalización se aceleró de forma evidente a partir de 1934, venía gestándose desde mucho antes. La dictadura de Primo de Rivera desempeñó un papel fundamental: un periodo con frecuencia relegado en los análisis del golpe, pero decisivo para comprender la desliberalización de amplios sectores sociales y la politización autoritaria de quienes en 1936 ocuparían posiciones clave en la conspiración y en la posterior violencia. Bajo el régimen primorriverista, militares, guardias civiles, profesionales acomodados y élites locales experimentaron formas de orden, jerarquía y control social que dejarían una huella profunda en sus imaginarios políticos.

Durante la Segunda República, este proceso se reactivó y se intensificó. Las cofradías religiosas, los casinos conservadores, los círculos católicos y otros espacios de sociabilidad de derechas funcionaron como lugares de encuentro donde se reforzaron diagnósticos catastrofistas, se articularon redes de amistad y confianza, y se consolidaron compromisos compartidos en defensa del orden tradicional. Ese mundo de relaciones personales —en apariencia menor— constituyó el humus en que, llegado el momento decisivo, germinaron adhesiones firmes al golpe y legitimó la violencia como vía para restaurar la autoridad.

Alegre consigue así conectar con gran coherencia la erosión de la cultura política liberal en la década de 1920, la radicalización contrarrevolucionaria de los años treinta y la participación de estos actores en la maquinaria del terror tras el 18 de julio. Es un enfoque que, además, dialoga perfectamente con lo observado en la Andalucía occidental: en Sevilla y Córdoba encontramos dinámicas prácticamente idénticas de desliberalización temprana, sociabilidad católica movilizadora y articulación de élites contrarrevolucionarias que, desde mucho antes del golpe, estaban ya preparadas —ideológica y emocionalmente— para abrazar soluciones autoritarias.

La segunda parte del libro analiza con minuciosidad los días decisivos del golpe en Zaragoza. Familias, trayectorias personales, sociabilidades locales y vínculos previos pesan tanto como los rangos formales a la hora de explicar apoyos y decisiones. La figura de Julián Lasierra es paradigmática. Su rápida asunción del Gobierno Civil y su protagonismo en la violencia no se entienden sin su experiencia previa ni sin un trasfondo biográfico y familiar que lo situaba desde mucho antes en el imaginario del orden autoritario. La militarización de la vida pública colocó en posiciones estratégicas a hombres con larga experiencia represiva: guardias civiles curtidos en conflictos obreros desde los años diez, oficiales retirados que habían combinado negocios, política y conspiración. Perfiles como el de José Derqui reproducen punto por punto los observados en Córdoba y Sevilla: un militar depurado y un empresario bien conectado, activo en Renovación Española, que sería imprescindible en los jurados mixtos y, tras el golpe, un engranaje central del nuevo aparato policial.

Alegre muestra que estos mandos no actuaban en un vacío: participaban en actos públicos, se movían en círculos contrarrevolucionarios, compartían diagnósticos catastróficos y leían la crisis republicana a través de modelos autoritarios externos, como evidencian las referencias a Abisinia o al fascismo italiano. Incluso elementos aparentemente menores —como el peso social del Real Zaragoza— permiten observar dinámicas similares a las del fútbol cordobés y sevillano, donde estas instituciones funcionaron como espacios de sociabilidad y legitimación pública de las derechas reaccionarias.

La tercera parte del libro aborda la consolidación del poder golpista y la aceleración de las políticas de exterminio. Alegre muestra cómo la V División Orgánica no sólo debía controlar Zaragoza, sino también asegurar los pueblos del entorno mediante el despliegue de columnas militares y la activación de la Guardia Civil local, un patrón que recuerda vivamente a las dinámicas en la Andalucía occidental. La clave es el 9 de agosto, cuando Mola visita Zaragoza en un viaje fugaz pero decisivo: a partir de ese momento dejan de instruirse sumarios, se centralizan las ejecuciones en la capital, se sistematizan las estrategias de ocultación y la violencia experimenta un aumento exponencial. Alegre reconstruye con precisión cómo esa visita —motivada por la ansiedad, el desbordamiento y la necesidad de reforzar la moral golpista— marcó el paso de una violencia chapucera e improvisada a una maquinaria eliminacionista organizada, coordinada y cada vez más profesionalizada bajo la dirección de José Derqui.

El autor insiste en que la brutalidad de este proceso no puede explicarse por venganzas individuales o grupos incontrolados. Al contrario, se debió a la existencia de órdenes claras, una cadena de mando coherente y una compleja maquinaria criminal integrada por múltiples agencias: el Ejército, la Guardia Civil, la Falange, la Delegación de Orden Público y las autoridades provinciales. A mediados de agosto, la violencia se racionalizó: las milicias falangistas asumieron las ejecuciones mientras los militares se concentraban en el avance hacia Madrid. La llegada de Miguel Ponte —figura clave también en Sevilla durante la posguerra— consolidó el «nuevo orden» aragonés y reforzó la coordinación con el mando sublevado.

La cuarta parte del libro es, quizá, la más impactante. Alegre escribe aquí una verdadera historia de 1936 «tirando del hilo» hasta el siglo XIX. Presta atención a las genealogías familiares, las redes de sociabilidad ultraderechista surgidas durante la dictadura de Primo de Rivera, los militantes desliberalizados y radicalizados en los años veinte y treinta. Este recorrido largo permite comprender por qué determinados perfiles fueron especialmente proclives a asumir tareas eliminacionistas.

La reconstrucción de las Brigadas de la Muerte y la figura de Santiago Tena Ferrer muestra cómo se formaron camaraderías internas, ritos de iniciación violentos y vínculos de masculinidad radicalizada. La historia del abogado Julio Alcalá Royo —un perfil casi idéntico a los perpetradores jurídico-militares que encontramos en Córdoba— es especialmente iluminador: defensor en sumarios durante el día, ejecutor por la noche,

beneficiado económicamente por los procedimientos militares de posguerra, repudiado por sus propias élites sociales. Su doble vida, sus excesos y su ascenso truncado simbolizan la manera en que el régimen utilizó, instrumentalizó y luego marginó a algunos ejecutores materiales.

Las conclusiones del libro son poderosas. El golpe del 18 de julio fracasó en su objetivo principal —tomar Madrid en días— y ese fracaso generó ansiedad, miedo y sensación de desbordamiento entre los sublevados. Esa ansiedad explica la magnitud de la violencia. Pero Alegre va más allá: demuestra que la violencia sublevada en España anticipa lógicas eliminacionistas que luego operarían en otros fascismos europeos. Ni la Italia fascista ni la Alemania nazi habían emprendido, en 1936, campañas de exterminio masivo contra sus enemigos internos. España se convirtió, así, en un laboratorio temprano donde se ensayaron prácticas que luego se verían, agravadas, en la Europa ocupada durante la Segunda Guerra Mundial.

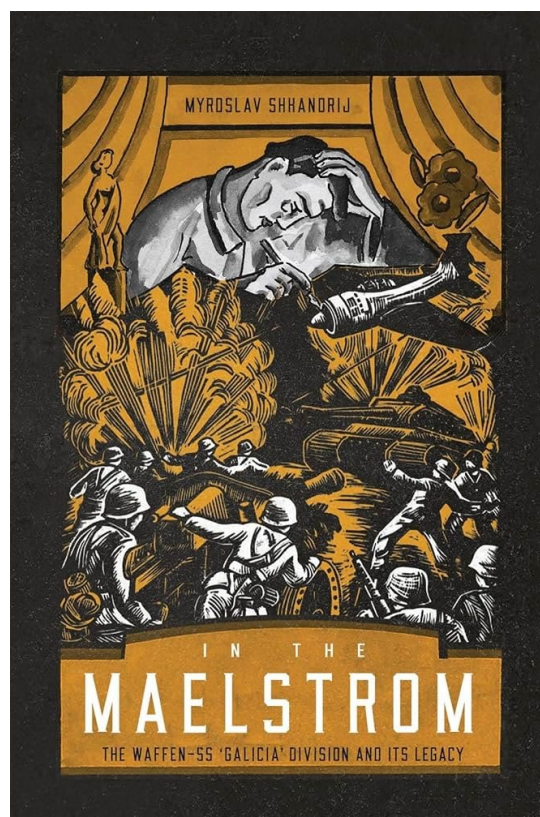
Este libro no solo ilumina la violencia: explica cómo se fabrica. Y ahí reside su gran aportación historiográfica. Alegre desentraña genealogías familiares, trayectorias profesionales, redes de sociabilidad, experiencias de combate, intereses económicos, ambiciones personales y culturas políticas. Muestra cómo las agencias —Ejército, Guardia Civil, Policía, Gobierno Civil, Falange, milicias— cooperaron y compitieron por lealtad, poder y botín. *Verdugos del 36* es, en definitiva, una obra imprescindible que llama a un debate público e historiográfico que no puede posponerse. Ya no basta con estudiar las víctimas; es necesario comprender aún mejor a los perpetradores. Este libro ofrece las herramientas conceptuales, metodológicas y documentales para ello. Y, al hacerlo, ilumina no sólo lo ocurrido en Zaragoza, sino también lo que pudo ocurrir en otros muchos rincones de la España del 36. Esta obra, sin duda, está llamada a marcar un antes y un después en el estudio de la violencia sublevada.

Myroslav SHKANDRIJ: *In the Maelstrom: The Waffen-SS
“Galicia” Division and its legacy*, McGill-Queen’s University Press,
2023, 424 pp., ISBN: 978-0-2280-1653-3.

Carlos Romeu García
Universitat de València

Con el águila nazi en el pecho: los soldados que soñaron con Ucrania

In the Maelstrom es una obra que obliga a pensar críticamente sobre los límites del juicio histórico, la instrumentalización política del pasado y la dificultad de trazar fronteras claras entre víctimas, verdugos y supervivientes. Este volumen del historiador y escritor ucraniano-canadiense Myroslav Shkandrij presenta un contexto de guerra total y ocupación brutal. Es una intervención provocadora y compleja en el debate histórico, político y moral sobre uno de los episodios más controvertidos de la Segunda Guerra Mundial en Europa del Este: la formación, la trayectoria y el legado de la 14.^a División de Granaderos Waffen SS «Galitzia». A lo largo de las páginas, Shkandrij ofrece una mirada matizada, desafiando los relatos polarizados que han dominado el discurso tanto académico como político.



Frente a las voces que la presentan como un cuerpo criminal vinculado directamente al Holocausto o aquellas que la glorifican como expresión legítima de la lucha nacional ucraniana, el autor propone una relectura crítica. En ella se reconoce tanto la complejidad de las motivaciones individuales como las múltiples capas de instrumentalización posterior.

El libro parte de una cita sugerente, tomada del escritor vietnamita-estadounidense Viet Thanh Nguyen: «Todas las guerras se luchan dos veces, la primera en el campo de batalla, la segunda en la memoria». Esta reflexión sirve como pórtico al enfoque que adopta Shkandrij, un análisis que no se limita a la dimensión bélica, sino que se sumerge en el ámbito de la memoria cultural y política. Se explora cómo la

división ha sido narrada, reinterpretada o condenada por diferentes actores, como los propios veteranos e intelectuales en la diáspora, los medios de comunicación occidentales, los servicios secretos soviéticos y, en las últimas décadas, los nacionalistas ucranianos contemporáneos. Así pues, el autor se propone responder a las motivaciones de los combatientes, su papel en el Holocausto, sus objetivos y sus afiliaciones.

Para resolver estas cuestiones, Shkandrij entabla diálogo con un abanico amplio de historiadores, como Per Rudling o Christopher Hale, que acusan a la división de ser parte integral del aparato genocida nazi y servidores leales al *Führer*. También incluye a apologistas, que insisten en el carácter estrictamente militar y patriótico de la unidad, como la prensa emigrada, en particular *Vista kombatanta*. Shkandrij adopta una posición intermedia y crítica: reconoce los peligros del revisionismo y el blanqueamiento del pasado, pero también denuncia la manipulación propagandística de la historia por parte del régimen soviético y, más recientemente, del Gobierno ruso. Desde esta postura, el caso de la División Galitzia debe comprenderse en su especificidad. Es decir, una formación militar germano-ucraniana, sin mando ucraniano real, utilizada por el Tercer Reich, pero también apropiada simbólicamente por sectores del nacionalismo ucraniano. En este equilibrio inestable entre pasado y presente, entre nazismo y nacionalismo, reside su singularidad.

In the Maelstrom se basa en la combinación de interrogatorios, cartas, prensa de la diáspora y testimonios orales, así como obras literarias de exiliados y documentos oficiales. También recibe un enfoque comparativo, que integra casos coetáneos de violencia en Yugoslavia para ilustrar procesos de brutalización y ambigüedad moral comunes en la Europa ocupada. El uso de microhistorias y del análisis literario añade una dimensión cultural al relato, lo que permite entender cómo el pasado ha sido construido, silenciado o mitificado. La pluralidad de enfoques, tanto metodológicos como de recursos, es un acierto que enriquece el debate. Shkandrij busca alejarse de una historia puramente factual o militar, desarrollada con anterioridad por autores de perfil más técnico, como Michael James Melnyk y Andrii Bolianovskyi. Para ello se interesa por la «historia larga» de la división, es decir, su evolución en la conciencia colectiva, el discurso público, la literatura testimonial y la controversia política que ha persistido hasta nuestros días.

Con un enfoque interdisciplinario, Shkandrij entrecruza historia oral, análisis textual, sociología de la memoria y estudios poscoloniales. Se sitúa así a medio camino entre la historiografía tradicional y los estudios de la memoria, pues no solo expone los hechos, sino que examina cómo han sido recordados, manipulados, silenciados o idealizados en distintos momentos. Esto incluye el papel de la prensa emigrada ucraniana, que entre los años cincuenta y setenta promovió una imagen heroica y purificada de los voluntarios, así como la literatura de ficción, la poesía de guerra y las memorias, que sirvieron como vehículos de construcción identitaria en el exilio. También presta

atención a las comisiones de investigación en países como Canadá o Reino Unido, que en las décadas de 1980 y 1990 investigaron las acusaciones de crímenes de guerra, y cómo sus conclusiones fueron recibidas por las comunidades ucranianas y por sus detractores.

In the Maelstrom se desarrolla en cinco partes, que combinan historia militar, estudios culturales, análisis político y memoria pública. A través de una meticulosa investigación, el autor traza el recorrido de esta unidad de inicio a fin. Su análisis le lleva a seguir a la División Galitzia desde su creación, pasando por sus combates en Brody y su transformación en el Ejército Nacional Ucraniano, hasta su disolución y la dispersión posterior de sus miembros por Europa Occidental, especialmente en Italia y el Reino Unido. También se detiene en las campañas de repatriación, los campos de prisioneros y el modo en que los veteranos gestionaron su pasado a lo largo de las décadas. Finalmente, repasa la memoria de la división en los círculos de veteranos, en la Ucrania moderna y en la comunidad internacional.

No se rehúyen los aspectos más incómodos, ya que se dedican capítulos enteros a los interrogatorios realizados por las autoridades británicas y soviéticas. En estos interrogatorios afloran la diversidad de experiencias personales y las contradicciones ideológicas de los combatientes. Algunos afirmaban haber actuado únicamente por razones patrióticas o para evitar el gulag soviético, otros confesaban haber sido manipulados, y también se documentan casos de implicación directa en actividades represivas. Sin embargo, en lugar de emitir juicios morales sumarios, se opta por contextualizar estas declaraciones, subrayando la ambigüedad y las zonas grises que caracterizan este episodio.

Uno de los principales méritos del libro es su intento de comprender las motivaciones complejas de quienes se alistaron en la División. Fundada bajo supervisión alemana en abril de 1943, en plena Operación Barbarroja, la unidad fue integrada por voluntarios ucranianos, muchos de los cuales no compartían el ideario nazi. Estos voluntarios veían en el Tercer Reich una oportunidad, por limitada que fuera, para luchar contra el dominio soviético y avanzar hacia una hipotética independencia de Ucrania. Shkandrij muestra que los motivos para alistarse fueron desde el fervor nacionalista hasta el deseo de escapar de la violencia del frente oriental o de los trabajos forzados, pasando por la búsqueda de una identidad colectiva o simplemente el instinto de supervivencia. Muchos percibieron el uniforme alemán como la única opción disponible en un contexto sin opciones limpias. Este análisis rechaza la dicotomía simplista entre patriotas y traidores, ofreciendo una visión más humana y realista de los combatientes.

El aspecto más polémico gira en torno a las acusaciones de crímenes de guerra. Durante los años 80, investigaciones oficiales en Canadá, Reino Unido y Australia abordaron las denuncias sobre la supuesta implicación de miembros de la División en atrocidades cometidas contra civiles, incluyendo su presunta participación en el Holocausto. Sin embargo, como documenta Shkandrij, dichas comisiones (como la Deschênes en

Canadá) concluyeron que no existían pruebas suficientes para considerar a la división como una organización criminal. El autor reconoce que hubo individuos implicados en actos violentos, especialmente antes de su incorporación formal a la división; pero critica el uso ideológico y mediático de estas acusaciones para desacreditar la causa nacional ucraniana. Al mismo tiempo, se distancia de toda justificación acrítica del pasado y subraya que muchos veteranos revisaron con el tiempo sus decisiones, arrepintiéndose o reinterpretándolas a la luz de nuevos contextos. Sin embargo, relata con claridad la amplia relación entre la Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN) de Stepán Bandera y la división, así como su protección frente a las actividades partisanas de esta organización.

Uno de los elementos más originales es el análisis del papel de la diáspora ucraniana en la reelaboración del pasado de la división. A lo largo de siete décadas, los excombatientes y sus descendientes publicaron memorias, novelas, artículos y testimonios en que intentaron defender su honor, reinterpretar su papel como luchadores anticomunistas o insertar su experiencia en una narrativa épica de liberación nacional. Shkandrij examina con detalle esta producción discursiva, entre los que se encuentran la literatura popular y los panfletos, que a menudo idealizaban el sacrificio de los soldados y ocultaban los elementos más oscuros del episodio. No obstante, lejos de caer en el cinismo o en la condena moralista, sugiere que estas narrativas fueron una forma de sobrevivir al trauma del exilio, reconstruir una identidad comunitaria y buscar reconocimiento en el contexto hostil de la Guerra Fría.

En conclusión, *In the Maelstrom* es una obra valiente y equilibrada que desafía las visiones condenatorias sin matices y las glorificaciones acríticas del pasado. Myroslav Shkandrij ha escrito un libro incómodo, pero necesario y oportuno. Su principal aportación consiste en ofrecer una lectura compleja y empática de un episodio históricamente cargado de ideología, resentimiento y manipulación. Destaca por su buena documentación y su voluntad de diálogo entre perspectivas contrapuestas. No es un texto de apologética ni un ejercicio de negacionismo, sino un intento por entender las motivaciones, dilemas y consecuencias de una decisión trágica: alistarse en una unidad asociada a un régimen criminal, bajo la esperanza de liberar a la patria. Fue, en definitiva, la decisión de vestir el águila nazi en el pecho soñando con una Ucrania libre.

Su importancia no se limita al ámbito académico. En un contexto marcado por el retorno brutal de la guerra en suelo europeo, *In the Maelstrom* adquiere una resonancia inquietante. Desde la invasión rusa de Ucrania en 2022, las guerras de la memoria han cobrado un protagonismo renovado. El Kremlin ha recurrido al pasado, en particular a la memoria de la Segunda Guerra Mundial, para justificar su agresión, acusando repetidamente al Gobierno ucraniano de nazismo y resucitando la narrativa soviética que equiparaba al nacionalismo ucraniano con la colaboración fascista. En este marco, la existencia histórica de la División Galitzia se convierte en munición propagandística,

descontextualizada y utilizada como prueba de una supuesta continuidad ideológica entre 1943 y el presente.

Ejemplos recientes ilustran esta instrumentalización por parte del Gobierno ruso. La presencia en el frente de símbolos vinculados al nacionalismo ucraniano, como la insignia de la División Galitzia, ha sido utilizada por medios rusos para alimentar una campaña internacional de deslegitimación. En 2023, un homenaje a un veterano de la división en el Parlamento canadiense provocó un escándalo internacional, aprovechado por la maquinaria mediática rusa como evidencia del apoyo occidental al nazismo. Al mismo tiempo, en Ucrania, el derribo de monumentos soviéticos y la revisión de figuras históricas generan debates intensos sobre los límites entre memoria, historia y manipulación. La historia de la División Galitzia, por tanto, no es solo una cuestión del pasado, sino una herida que sigue abierta en el presente.

In the Maelstrom ofrece herramientas para afrontar estas tensiones sin caer en posiciones maniqueas, apostando por una comprensión crítica y honesta del pasado que esclarece los mecanismos por los que se construyen identidades, se justifican violencias y se articulan lealtades en situaciones límite. En este sentido, resulta clave para quienes deseen comprender los pliegues más oscuros y humanos del siglo XX europeo. En tiempos de polarización informativa, posverdad y revisionismo emocional, invita a una reflexión serena y rigurosa.

María de los Llanos PÉREZ GÓMEZ y Damián A. GONZÁLEZ MADRID (coords.): *Las mil caras de la violencia contra las mujeres durante la guerra civil y la dictadura franquista, 1936-1966*. Granada, Comares, 2024, 288 pp., ISBN: 978-84-1369-887-8.

Helena Prohías Moreno
Universitat Autònoma de Barcelona

Historiar la violencia sexuada: una mirada colectiva

En las últimas décadas, la historiografía española ha logrado dar un giro hacia el estudio y la presentación del relato de violencia y resistencia en perspectiva de género, participando en debates que no solo han contribuido a definir el sujeto de las víctimas y las violencias ejercidas contra estas, sino que también han favorecido la incorporación de los relatos en clave femenina en la historia militar española, consiguiendo desmarcarse de la idea de que las mujeres no solo son sujetos presentes en la historia, sino que han sido y son actores de pleno derecho.

En este marco se inscribe *Las mil caras de la violencia contra las mujeres durante la Guerra Civil y la dictadura franquista (1936-1966)*, una obra colectiva coordinada por María de los Llanos Pérez Gómez y Damián A. González Madrid. El volumen reúne investigadoras de trayectorias diversas para analizar las formas específicas de violencia contra las mujeres en un periodo clave de la contemporaneidad española. El libro pone de relieve que dichas violencias se desplegaron tanto en el frente como en la retaguardia, en las cárceles, en el exilio o en la vida cotidiana, y que afectaban a las mujeres debido a su militancia política, su clase social, su sexo y su género. Los textos contribuyen a la idea de que las violencias no solo deben entenderse como una herramienta opresiva, sino que siempre se ha de tener en cuenta la instrumentalidad de esta y los elementos de unión en los procesos violentos, que se sustentan desde creencias e intenciones concretas.

Los trabajos aquí reunidos logran dotar el estudio de la violencia franquista de especificidad y mostrarla en todas sus formas, ampliando el foco de investigación desde



una lectura poliédrica que combina la historia social, la arqueología, la historia de las emociones y los estudios de género. Tal como se señala en la introducción, el vacío historiográfico en torno a estas cuestiones sigue siendo incuestionable, de ahí el propósito y la importancia de este volumen: la realización de un estudio colectivo sobre la violencia sexuada y de género y su funcionamiento y significación en el siglo XX español.

El libro se compone de cuatro partes que tienen como objetivo explorar las distintas dimensiones de la violencia femenina y contra las mujeres de forma cronológica. El primer conjunto de capítulos, titulado «Mujeres como víctimas y agentes de violencia durante la Guerra Civil», se centra en el repertorio de violencias contra las mujeres y en el desmantelamiento de su representación tradicional, presentadas exclusivamente como víctimas e incorporándolas como sujetos activos de violencia.

En este bloque destaca el trabajo de Sofía Rodríguez López, que examina la implicación de las mujeres en la violencia franquista y republicana, tanto en la acción directa como en el ámbito emocional y simbólico. A través de documentos judiciales y militares, el capítulo subraya la importancia de la dimensión política de las emociones, así como su codificación social, para entender las conductas femeninas de las mujeres que participaron en las violencias como colaboradoras, instigadoras o perpetradoras. Responde a la propia hipótesis de la autora: que la Guerra Civil no sirvió como campo para el empoderamiento de las mujeres, sino que su participación y sus motivaciones formaban parte del mismo engranaje que las oprimía.

El término «violencia sexuada» se examina en las aportaciones de Adriana Cases Sola en el segundo capítulo. Explora la definición de la violencia sexuada, dirigida a las mujeres durante la década de la Dictadura de Primo de Rivera y de la Segunda República, destacando el repertorio específico de violencia contra las mujeres. Su estudio sitúa las violencias sexuales y morales como respuesta a la visibilidad femenina en el espacio público con la llegada de la «mujer moderna». De manera complementaria, Queralt Solé y Eulàlia Díaz Ramoneda introducen una dimensión arqueológica a través de la interpretación de la materialidad femenina como fuente histórica, mediante el análisis de objetos y restos hallados en fosas comunes. El análisis de la selección de víctimas muestra que el asesinato no se concebía como una simple aniquilación, sino como un instrumento de ejemplaridad en forma de castigo simbólico. Esta última investigación concluye la primera parte, que sitúa el contexto de la violencia contra las mujeres durante la Guerra Civil.

La segunda parte («Nuevas miradas sobre la violencia carcelaria sobre las mujeres») amplía el campo de investigación y se centra en la vida carcelaria, con la prisión femenina como el núcleo de la violencia y el control moral. Beatriz García Prieto aborda las prisiones femeninas desde las violencias cotidianas (como las terribles condiciones de vida), la reeducación religiosa y hasta la estigmatización y la vigilancia una vez estas mujeres salían de la cárcel. Gracia Prieto plantea cómo el adoctrinamiento político y

religioso se impuso como una guerra invisible orientada a la regeneración moral de las presas.

Francisca Moya Alcañiz analiza la dimensión emocional como parte de los mecanismos de control y castigo. Realiza un estudio desde la historia de las emociones para la comprensión y el análisis de las represiones ejercidas por la justicia militar franquista. La autora analiza 850 escritos, de diferentes mujeres, que fueron utilizados como método de humillación, represión y vigilancia. El estudio permite, desde la escritura íntima de las presas, comprender la experiencia carcelaria y la violencia y humillaciones dentro de las cárceles franquistas, y dar lugar al estudio historiográfico de las emociones.

Siguiendo con la contribución al estudio de las emociones y la cotidianidad, Encarnación Barranquero Texeira es la autora del tercer capítulo de esta segunda parte. La autora se basa en documentación de los archivos de la justicia militar, como el Archivo del Juzgado Togado Militar Territorial n.º 24 (Málaga) y el Archivo del Juzgado Togado Militar Territorial n.º 23 (Almería), de donde aborda 65 procedimientos sumarisísimos de urgencia, donde las emociones son una parte intrínseca de la descripción de las «mujeres rojas» y parte de las causas de detención y sentencia recurrentes para las mujeres. Barranquero Texeira ofrece un retrato del perfil de las víctimas y hace hincapié en cómo cada muestra de emocionalidad era represaliada, pues representaban una ruptura respecto al ideal de mujer tradicional.

Los factores comunes de estas mujeres se investigan en el capítulo de Irene Abad. La autora dignifica este sujeto y presenta los diferentes ejes de la violencia ejercida contra ellas, al tiempo que reconoce la creación de nuevas redes de solidaridad entre las mujeres, nacidas de la necesidad de acompañar y generar vínculos de ayuda. A través de la autoorganización y su metabolización, la solidaridad en las puertas de las prisiones se convirtió en un camino hacia la solidaridad de clase entre mujeres que cuestionaban la estructura social de la época.

La tercera parte del libro, titulada «La violencia sexual en las cárceles, en el exilio y en la propia cotidianidad», considera la dimensión poliédrica de la violencia sexual, a su vez legitimada por la moral católica, y examina su proyección más allá de los espacios de reclusión hacia la vida cotidiana y el exilio femenino. El capítulo de María de los Llanos Pérez Gómez presenta un estudio cualitativo de las violencias específicas que recibieron las mujeres en las cárceles franquistas. La autora dedica parte de su capítulo a la carencia de fuentes documentales, lo que dificulta un estudio óptimo de estas violencias, y amplía el sujeto de estudio más allá de la atención al tipo de violencias y cómo los perpetradores consiguieron dirigir y apaciguar sus efectos a través del lenguaje y el vocabulario. No fueron solo las presas políticas las que recibieron estas violencias, sino también las presas comunes y cualquier mujer relacionada con otros reclusos. Bajo la permisividad del régimen, no hubo ningún tipo de discriminación en cuanto a la perpetración de estas violencias.

Rocío Negrete Peña estudia las violencias poliédricas en contextos bélicos; en concreto, las violencias dirigidas a las mujeres exiliadas en Francia. Reconoce la necesidad de considerar la naturaleza y la estructura del sistema de género dominante, así como la definición de la violación según el punto de vista histórico y el papel de la violencia sexual en el exilio. La autora identifica el concepto de «consentimiento», y su significado contemporáneo, como mecanismo de ocultación de la violencia vicaria y su comprensión como causa de la opacidad documental que dificulta el estudio de la violencia sexual y «poliédrica».

Tamara López Fernández concluye la tercera parte con un capítulo sobre la justicia ordinaria franquista. En él expone la despolitización que siempre ha reducido la violencia sexual a un problema moral antes que público, poniendo énfasis, de nuevo, en la cotidianidad. Reconoce el papel clave del catolicismo en los procesos judiciales y la penalización de la violencia sexual desde la construcción de la moral católica, así como la interpretación de la ley como la verdadera institucionalización de la represión.

La cuarta y última parte («La violencia franquista contra las “mujeres caídas”») se centra, siguiendo la misma línea, en la historia de la prostitución y la marginación de las mujeres en el ámbito privado. La contribución de Carmen Guillén Lorente sitúa la historia de la prostitución en el centro de la investigación. La autora examina la doble moral franquista, que condenaba —pese haber sido reglamentada en 1956— y, a la vez, justificaba la prostitución, concebida como un mal necesario que salvaba a la sociedad de «males mayores». La investigación muestra cómo el régimen creó centros de reclusión y reforma para estas mujeres con el fin de ejercer un control total sobre ellas, así como la creación del Patronato de Protección a la Mujer y la Obra de Redención de Mujeres Caídas (1941), con un discurso que justificaba la intervención estatal y consolidaba los valores del régimen.

Laura Bolaños profundiza en las medidas coercitivas del régimen mencionadas en el capítulo anterior y las condiciones precarias en que tenían que sobrevivir las prisioneras. Analiza el funcionamiento de la Obra de Redención de Mujeres Caídas como institución de «regeneración» moral. Marca una cronología de la evolución de las prisiones especiales, contextualiza ocho de ellas y ofrece un retrato de quienes eran las destinatarias de estos centros que combinaban el castigo y la moral cristiana.

Lucía Prieto Borrego, concluye esta última parte centrando su investigación en el proyecto abolicionista de la dictadura franquista. La autora analiza la capacidad de adaptación del proyecto moralizador del régimen, e instituciones como el Patronato de Protección a la Mujer, a los cambios sociales de los años cincuenta. Remarca cómo la prohibición de 1956 acabó conduciendo a la prostitución clandestina, y cómo esta acabó siendo instrumentalizada para el refuerzo de aplicación de medidas de reconducción y regeneración moral del franquismo.

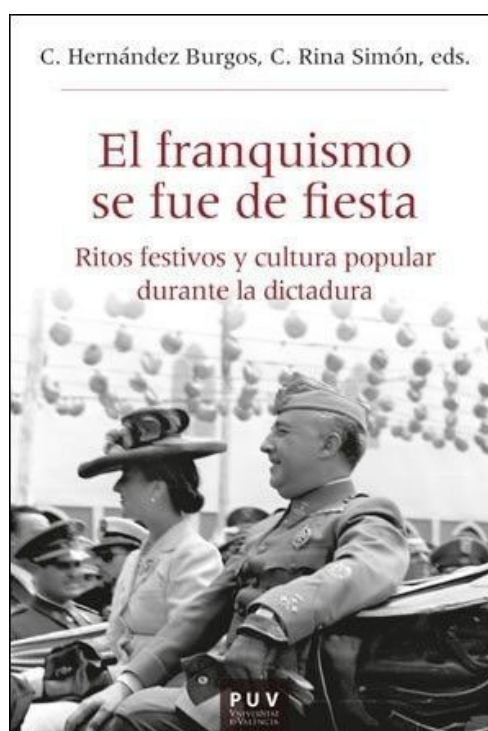
Este volumen colectivo se trata de una obra imprescindible para comprender las violencias y la represión femeninas en la dictadura franquista. Logra dar una visión integral, coherente y renovada a través de diferentes enfoques, contribuyendo a la reducción del vacío historiográfico y la ampliación del campo de investigación.

Claudio HERNÁNDEZ BURGOS y César RINA SIMÓN (eds.): *El franquismo se fue de fiesta. Ritos festivos y cultura popular durante la dictadura*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2022, 236 pp., ISBN: 978-84-1118-003-0.

Daniel Velasco García
Universidad Nacional de Educación a Distancia

Los intentos de instrumentalización del folclore y de las festividades populares

En el trabajo coordinado por Claudio Hernández Burgos y César Rina Simón, *El franquismo se fue de fiesta: Ritos festivos y cultura popular durante la dictadura*, nos ofrece una serie de contribuciones que abordan el intento por parte de las autoridades franquistas de controlar y redirigir las festividades locales que se celebraron en diferentes puntos de España. Estos hechos no solamente se produjeron dentro de una operación calculada para intentar lograr una legitimación de la «Cruzada», sino que también se efectuó una instrumentalización política e ideológica de estas fiestas durante la posguerra en aras de afianzar ese «Nuevo Estado» que se estaba articulando bajo las ideas y los valores promovidos por la dictadura franquista.



El régimen comprendía que el espacio público había sido importante para los grupos de izquierdas durante los años de la Segunda República como un lugar de movilización popular y que debían acabar con esos elementos y «purificar» las calles. Esta operación de imposición de su propia ideología y símbolos se reflejó en cambios en el callejero (introduciendo nombres de militares, batallas de la Guerra Civil en las que salieron victoriosos o personalidades afines a los sublevados), en el calendario de festividades (renombrando algunas, como el 12 de octubre, día de la Raza; restaurando otras, como el 8 de diciembre, Santiago Apóstol, o el 25 de julio, la Inmaculada Concepción; y creando nuevas como el 19 de abril día de la Unificación de Falange Española con la JONS), la construcción de monumentos en recuerdo a los «caídos» o ensalzando las victorias militares, nuevas celebraciones y ritos, consignas o discursos centrados en la

victoria militar, entre otros. Toda una construcción simbólica que pretendía articular aquella «verdadera España» por la que los sublevados habían luchado.

A lo largo de esta obra podemos conocer los trabajos de Gil Manuel Hernández Martí sobre la celebración y la censura vivida en las Fallas de València; el de Francisco Javier Caspistegui sobre lo que el escritor y periodista Ernest Hemingway vivió durante sus visitas a los Sanfermines en Pamplona; la investigación de Claudio Hernández Burgos y César Rina Simón sobre la «recatolización» de la Semana Santa de Andalucía durante la Guerra Civil y la posguerra; el de Jordi Carrillo Caro, que alude a las fiestas mayores celebradas en Cataluña; los trabajos de José Carlos Mancha Castro sobre la instrumentalización de las festividades en torno a la Virgen del Rocío; el trabajo de Lucía Prieto Borrego, que trata sobre la contribución de la Sección Femenina a la recuperación del folclore y los ritos de la victoria realizados en la ciudad de Málaga; la investigación de Enrique Antuña Gancedo, que se basa en el análisis de la utilización del Día de Asturias en Gijón por parte de la dictadura; el estudio de Antoni Vives Riera sobre las fiestas locales en las periferias rurales, examinando el caso de Artà en Mallorca; y, por último, el trabajo de Santiago Moreno Tello, que analiza la evolución y los cambios que se produjeron en el Carnaval de Cádiz.

Estas celebraciones han servido a los diferentes investigadores para explicar que el régimen franquista se preocupó por la resignificación de las fiestas e intentó elaborar un «tejido simbólico» que pudiera legitimar su victoria en la Guerra Civil y consolidar el Nuevo Estado que estaban erigiendo. De ahí la importancia de todos estos estudios sobre las ceremonias, los rituales, los desfiles y otros tipos de actos festivos. En pueblos y ciudades, las autoridades fueron desplegando una serie de actos de exaltación a los «caídos» y a los «mártires», además de llevar a cabo una «lucha» por el espacio cultural, imponiendo valores e ideas tradicionales y eliminando aquellos elementos que estuvieran relacionados con la izquierda o el sistema republicano. Esto supuso una suerte de ceremonias en las que se entremezclaba lo político con lo religioso. Sin embargo, no podemos hablar de una actuación única: el régimen se fue adaptando tanto a los sucesivos acontecimientos internacionales (sobre todo tras el final de la Segunda Guerra Mundial) como al peso que tuvieron las múltiples asociaciones civiles que organizaban aquellas fiestas populares.

Una idea importante a la hora de estudiar estas monografías es comprender que el régimen franquista, aunque articuló una serie de celebraciones de nueva creación, se centró en aquellas de carácter popular que se festejaban antes de la sublevación militar de 1936 y que ya tenían su arraigo entre la población. Esto se hizo evidente en los años cincuenta, cuando también intentó utilizar aquellas fiestas con elementos regionalistas, como las asturianas, mallorquinas, catalanas o andaluzas. Esto nos demuestra que la dictadura no tuvo una posición inalterable a este respecto, sino que consiguió evolucionar y adaptar sus discursos, ritos y simbología con el paso de los años, intentando

mostrar una cara más «amable» incluso entre aquellos movimientos regionalistas que podían no ser de su agrado.

Por otro lado, aquellas festividades que tuvieron un carácter sacralizado y que gozaban de un gran seguimiento entre la población, como se observa en los estudios de las Fallas de València y en el del Carnaval gaditano, también se vieron afectadas por las reinversiones que efectuó el régimen. Aun así, en ambas fiestas se produjeron resistencias a estos procesos de instrumentalización, en general como una actitud de recuperación de los valores sociales y de la cultura local que representaban. Esto lo podemos observar en los movimientos de resistencia que se produjeron en los locales de las comisiones falleras en posguerra. Otra cuestión destacable es la censura que se aplicó en ambas fiestas en cuanto a la temática de las Fallas (sobre todo por motivos «erótico-sexuales» y políticos) y, en lo que respecta a la «Fiesta de los Coros», se pretendían eliminar aquellas «canciones obscenas o de carácter demagógico» que se pudieran interpretar como subversivas.

Por otro lado, nos encontramos con aquellos actos religiosos que fueron potenciados y tomados como un pilar fundamental para el desarrollo del nacionalcatolicismo del régimen. Para ello se analiza el caso de la Semana Santa de Andalucía y los ritos en torno a la Virgen del Rocío, festividades en las que los símbolos religiosos y los elementos políticos convivieron durante aquellos años, utilizados como una fórmula de legitimación de la dictadura. Esto se tradujo, entre otras cosas, en el control interno de las hermandades —incorporando en ellas a personas afines a los preceptos promulgados por el franquismo— y en la resignificación de los símbolos utilizados. Los sublevados consideraban que aquellas festividades religiosas habían sido «contaminadas» y «descristianizadas» durante el periodo republicano y que debían realizar diferentes actividades «purificadoras» y «expiatorias» en ese proceso de recatolización de la sociedad.

Asimismo, se incluyen estudios de aquellas fiestas, romerías o conmemoraciones a través de las cuales podemos descubrir elementos esenciales de la cultura popular de la época, como fueron el Día de Asturias o los Sanfermines de Pamplona. La primera de ellas fue una propuesta realizada por la ciudad de Gijón en los primeros días del mes de agosto, para acompañar el resto de las festividades religiosas locales en torno a la Asunción de la Virgen, que se basaba en un desfile militar que recorría las calles de la ciudad junto a grupos folclóricos. Tenía como intención principal fomentar una identidad asturiana, bajo las pautas y los valores del régimen, y mostrar esta festividad como ejemplo de la «armonía social» que se vivía, intentando reforzar los vínculos sociales entre los vecinos de Gijón y el resto de población de la comunidad asturiana. En el caso de los Sanfermines, hablamos de una celebración en la que la dictadura tuvo dificultades a la hora de controlar e incorporar sus propios elementos, debido al constante cambio y enriquecimiento de esta. Aun así, durante los años sesenta, la dictadura franquista no dudó en utilizar esa resonancia internacional que tuvieron los Sanfermines (sobre todo en los

Estados Unidos) para impulsar el turismo nacional y, a la misma vez, mostrar una imagen más tolerante, moderna y abierta del régimen.

Por último, tenemos que señalar uno de los casos particulares a los que nos enfrentamos en esta obra, ya que es un ejemplo de una de las celebraciones que mejor resistió a las influencias y a la instrumentalización de las autoridades franquistas. Hablamos de Sant Antoni de Artà, celebrado en Mallorca cada 17 de enero. Durante los primeros años de posguerra, la festividad fue retomada de forma progresiva por las diferentes autoridades locales. Estas buscaron interferir en los concursos, que se celebraron a través de una política de premios que beneficiase a las élites económicas y sociales y dejase de lado a la clase trabajadora. A partir de los años cincuenta, el régimen pasó directamente a reprimir, prohibir y censurar dichas fiestas, pero el impulso vecinal consiguió convertir Sant Antoni en una herramienta de participación popular y de resistencia. En este ejemplo observamos los límites del aparato franquista a la hora de controlar una festividad de las periferias que consiguió ensalzar su carácter rural y su propio pasado cultural.

Como se ha señalado en varias ocasiones a lo largo de este libro, en los últimos años se han incrementado considerablemente aquellos estudios que han abordado las fiestas y su relación con la religiosidad popular como herramienta de legitimación de la dictadura franquista. Esto ha sido posible debido al enfoque interdisciplinar utilizado en estos nuevos trabajos no solamente desde la óptica histórica, sino también en la aplicación de otras disciplinas como son la antropología o la sociología. Han sido nueve los ejemplos expuestos en esta obra y cada uno de ellos nos ha mostrado las diferentes evoluciones y las formas en que actuaron el régimen, las autoridades locales y la Iglesia en torno a estos ritos festivos, tratando aquellas festividades gestadas «desde arriba», pero también aquellas impulsadas desde lo popular. Esta pugna en el terreno de lo cultural entre la dictadura y la sociedad nos ha permitido conocer de mejor manera estos procesos de resignificación que condicionaron una parte importante de la vida cotidiana. Además, gracias a estos estudios se abre la puerta al desarrollo de nuevas investigaciones en otros puntos del país que puedan refrendar la idea de que la dictadura franquista instrumentalizó, en mayor o menor medida, el ámbito cultural y los elementos simbólicos de las festividades en su intención de inculcar sus creencias y tradiciones en la sociedad española.